

DE...  
Est... A  
5  
Núm. 53

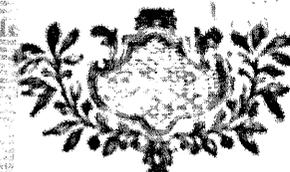
CONQUISTA DE LA BÉTICA:

POEMA HEROICO

DE JUAN DE LA CUEVA.



TOMO XIV.



MADRID, EN LA IMPRENTA REAL.

AÑO DE 1795.

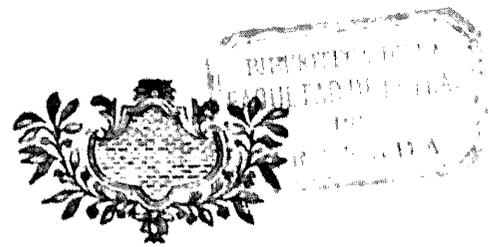
TACQUE  
A  
5  
53

CONQUISTA DE LA BÉTICA:

POEMA HEROYCO

DE JUAN DE LA CUEVA.

TOMO XIV.



MADRID, EN LA IMPRENTA REAL.

AÑO DE 1795.

## PRÓLOGO.

*Sumite materiam vestris, qui scribitis, aequam  
viricus. . . . .*

Al ver la muchedumbre de Poemas épicos que escribiéron nuestros Poetas á fines del siglo XVI y en todo el siguiente, y la facilidad y osadía con que qualquiera de ellos se aventuraba á una empresa tan ardua; se hace verisimil que no tuviese una idea bien exácta de lo que es la Epopeya. ¿A cuál de los Poemas heroicos que entónces se publicaron se le podrá dar justamente ese nombre? Muchos de ellos no son otra cosa que historias en octavas frias, y algunos una cadena de delirios sin término ni concierto: el Poeta que sabia inventar no sabia escribir, y el que sabia escribir estaba desnudo de juicio y de gusto. Así todas aquellas obras, producidas las mas por la temeridad y la ignorancia, yacen justamente sepultadas en el olvido que se merecen: y si algun otro Poema como el *Bernardo* ó la *Jerusalem* llaman todavía la atención de los eruditos, es mas por la

(4)

belleza de algunos trozos, que por la regularidad y la excelencia del todo. Ninguno de ellos ha traspasado los límites del país y logrado celebridad por los extranjeros, si se exceptua la *Araucana*, obra que mirada sin prevención, no es la más á propósito para dar una idea de la elevación y grandeza de nuestra Poesía.

A la verdad que formar un quadro donde se represente noblemente ó la caída ó la fundación de un Imperio producida por la superioridad de un hombre extraordinario, donde se vean grandes caracteres, grandes pasiones, y grandes obstáculos; donde se consignen á la posteridad los ritos, leyes y costumbres de las naciones; hacer que en este quadro todo sea grande y noble sin ser hinchado ni gigantesco, que reynen en todas sus partes la variedad y la armonía, que todo sea nuevo ó presentado con novedad, y que sin valerse de delirios todo produzca la admiración en el alma de quien lo contempla; finalmente ejecutarlo con una dición pura y noblemente sostenida, una versificación bella y armoniosa, y un es-

(5)

tilo animado y vivo que haga ver todos los objetos con los colores que les pertenecen; esta obra digo, es acaso la más difícil que puede emprender el entendimiento humano, y no debe sorprehender que desde el nacimiento de las Artes hayan sido tan pocos los que han acertado á ejecutarla. Dos cuenta la antigüedad, y en los siglos modernos solo Torquato Taso á pesar de sus defectos, es el que se ha acercado más que otro alguno á la belleza del delicado Virgilio, y á la fuerza y actividad del impetuoso Homero.

*Juan de la Cueva*, Poeta Sevillano, que floreció á fines del siglo XVI, quiso también entrar en esta carrera, y compuso el Poema que ahora se publica, dado á luz por la primera vez en Sevilla el año de 1603. Dedicóse como era costumbre en casi todos los Poetas de aquel tiempo á todo género de Poesía. Sus versos líricos y pastoriles están ya olvidados: él alteró la simplicidad que tenían nuestras farsas, y fué el primero que mezcló en el teatro los Reyes y los Príncipes con las personas ordinarias: hizo unas quantas tragedias que solo tienen de tales el nom-

(6)

bre el argumento y los personajes: y finalmente trabajó un Arte poética, donde se encuentran á veces sabiduría y precision en los preceptos, y se echan de ménos el calor y la imaginacion en la Poesía. Mas volvamos á la *Bética*.

Desde luego se advierte en este Poema que la accion es grande é interesante. Vengar las injurias que los Sarracenos habian hecho á este pais, arrojarlos de lo mejor de Andalucía, ganarles á Sevilla, su principal emporio, y dexar asentado en ella el Imperio de los Christianos, tal era la empresa que el Poeta se proponia cantar, y que en las manos de un gran genio hubiera producido bellezas admirables. El héroe de la expedicion era el mas completo que presentaban aquellos siglos. La ambicion de ganar terreno, que en los demas conquistadores es un frenesí, era en los Reyes de España una obligacion, una virtud, y se tenia por mas zeloso del bien público á aquel, que se mostraba mas ardiente en arrojar á los bárbaros de las tierras usurpadas. Son bien notorios el zelo, el esfuerzo y la fortuna de Fernando III: se sabe que á estas prendas co-

(7)

munes en aquellos tiempos, supo unir una prudencia consumada, una magnanimidad heroyca, una humanidad tierna y una inocencia de costumbres sin igual. Las dos naciones rivales que tenian dividido entre sí el Imperio de la Península, estaban entónces en la crisis mas importante: los Christianos ostentaban sus virtudes guerreras, sus costumbres sencillas, el fanatismo de la caballería en su mas alto punto, y fieros con el orgullo que les daban tantos años de victoria, se prometian enseñorearse brevemente de las tierras que restaban fuera de su poder; pero los Moros, aunque ya decayendo, ricos con sus artes y su poblacion inmensa, se veian todavía señores de la mejor parte de España, á donde fácilmente aportaban los socorros que continuamente pedian al Africa. En esta posicion el genio de un hombre grande era el que habia de dar á una de las dos naciones una superioridad decisiva: este hombre fué Fernando, el qual con sus grandes qualidades hizo inclinar la balanza hácia los Christianos, y los Moros jamas pudieron despues levantarse de su caida.

(8)

He aquí los objetos que la *Historia* presentaba al pincel del Poeta; y las virtudes que debían ser puestas en acción, y en su punto de vista el mas bello. Pero es preciso confesarlo: Juan de la Cueva se ha quedado muy inferior á su argumento. Su héroe frío, sin actividad, ni energía, jamas obra, jamas se anima, y es de las primeras figuras la que está dibuxada con ménos fuerza, siendo así que todas ellas son bien débiles. Diráse acaso que Cueva, á manera del Taso, quiso darle magestad y decoro, sacrificando la vivacidad y la acción. Pero prescindiendo de que hay mucha distancia de Fernando á Gofredo, el Poeta Italiano ha sabido compensar la falta de fuego de su héroe, con el que derramó en los bellísimos personajes de Rinaldo y Tancredo. ¿Y dónde encontraremos en la *Bética* un Tancredo y un Rinaldo? El Español ademas no ha hecho resaltar el heroismo de sus guerreros, oponiéndoles dificultades dignas de ellos, ó pasiones que los combatan. Los Moros son siempre muy desiguales á los Christianos, y estos lo superan todo con una facilidad cansada y

(9)

muy poco interesante: en todo el Poema no se encuentra una desgracia, un peligro que avive y despierte la curiosidad; y los episodios son generalmente infelices, y alguna vez indecorosos.

Hemos dicho que los caracteres están dibuxados con mucha debilidad, ó mas bien es preciso decir que no los hay. Botalhá y Tarfira, en quienes se conoce que el Poeta se esmeró, ofrecen defectos capitales. Botalhá libra á la Infanta Alguadaya de las manos de los Christianos, gana su afición, la seduce, el Rey padre de ella los sorprende durmiendo juntos, y toda esta ventura mas comica que épica viene á parar en que los dos amantes huyan de Sevilla, y se ponen baxo el amparo del Santo Rey: el qual por esta vez no hizo una cosa bien digna de la magestad de su carácter, abrigando á un infame que ha dexado abandonada á su esposa en Africa, que ha violado la hospitalidad del Rey de Sevilla, corrompiéndole y robándole su hija, y pérfido á su ley y á su nacion quando combate contra ella. Tarfira en quien quiso dar un traslado de la Clorinda

(10)

del Taso, está muy léjos de la bella gallardía de su modelo: nadie sino Tancredo puede rendir á Clorinda, casi todos en la *Bética* atropellan á la desdichada Tarfira.

¿Para qué detenernos en aquella mezuquina ermita tan poco digna de un Poema heroyco, en aquellos Consejos de guerra tan poco nobles, y en aquellas visiones tan poco maravillosas? ¿Cómo no reirse de la discordia levantada en el campo Christiano por las alabanzas que se dan los unos Caballeros á los otros? Jamas discension mas miserable nació de motivo mas vano: ella es tan pronto apagada como encendida, sin que produzca efecto alguno mas que la risa ó el fastidio.

Lo que se piensa mal se executa regularmente peor: en el citado pasage es donde se encuentra á propósito del honrar aquella octava, que avergonzaria el mas miserable versificador.

*Honrar es gran virtud, y es tener honra;  
Dexar de honrar es bárbara torpeza;  
Aquel es mas honrado que mas honra,  
Y de honrar se donota la nobleza:*

(11)

*Y aquel que de dar honra se deshonra  
Da claro indicio de servil baxeza;  
Baxo es aquel que por honrarse buye  
De honrar, y baxa condicion arguye.*

¡Qué dición tan arrastrada y tan baxa! ¡qué absurdos tan ridículos! Así si la invencion de la *Bética* es poco recomendable, el estilo y la versificación lo son mucho ménos. Esta siempre es una falta imperdonable en un Poeta: porque la primera obligacion del que escribe es escribir bien, y con mas razon del que escribe para agradar. Una versificación bella, y un estilo ardiente, animado y fluido, ¡quánto realce no dan á las bellezas, y qué de faltas no encubren! El inmortal autor de la *Eneyda* no gozaria de la gloria que le sigue, ni fuera la delicia de todos los hombres de gusto sin la admirable parezca del suyo, y sin la indecible belleza de su estilo. Vergüenza da ver en la *Bética* llenas las octavas de ripios, de frases triviales, de transiciones forzadas, y de giros tan baxos que la prosa mas humilde se desdeñaria de admitirlos. Su dición ya dura, ya violenta, ya pobre se arrastra casi siempre desnuda de vigor y

de Poesía. Este Poeta que habia querido dictar las reglas de su arte ¿ignoraba que es preciso embellecer las cosas con las palabras? ¿Cómo disimular la falta de elegancia, el poco nervio, y la continua sequedad y dureza á un escritor que maneja la lengua castellana? Otra cosa que contribuye á hacer mala la dicción de la *Bética* es la eleccion de los nombres propios: jamas Poeta alguno fué mas infeliz en esta parte; y *Axartaf*, *Abenjafon*, *Abdalac*, *Lope Diaz de Alfaro*, *D. Lorenzo Suarez*, *Garciperez*, *Gil Manrique*, *Arias Quixada* endurecen los versos con su escabroso sonido, ó los envilecen con su baxeza.

Pero ya que hemos reconocido los vicios de este Poema, digamos tambien algo de sus bellezas, porque las tiene sin duda. Y primeramente es digno de notarse que el plan, aunque concebido sin elevacion y sin genio, está pensado sin embargo con madurez y simplicidad. La accion principal tiene su grandeza proporcionada, y su movimiento aunque lento es continuo: ella camina hácia su fin libre y desembarazadamente, sin perderse

en episodios eternos que la ofusquen ó la ahoguen. Algunos trozos estan muy bien escritos; y generalmente las batallas se ven pintadas con mas viveza que lo demas. Tales son entre otras la batalla naval del lib. 10, la alegría del Betis al ver á los Christianos sobre sus ondas, todo el lib. 12, y algunos pasages de los dos últimos libros quando los Moros se ven precisados á abandonar á Sevilla. Diximos que el colorido estaba escaso de fuerza de vivacidad y de nobleza: pero á veces presenta comparaciones excelentes como estas.

*No el soberbio leon con igual ira  
Revuelve lleno de cruel despecho  
Al ginete Masilio que le tira  
La gruesa lanza, y le atraviesa el pecho,  
Que estimulado á la venganza aspira,  
Y arremetiendo al ofensor derecho  
Paró, impedido de vengar su saña,  
Y de bramidos hinche la montaña.*

.....  
*Con la presteza que el ayrado viento  
En el tendido Oceano revuelve  
La fragil onda, y con furor violento  
A la parte que quiere allí la vuelve &c.*

(14)

Su estilo á veces es enérgico, como aquí:

*La memoria, que nunca esta quieta,  
Cuchillo fiero del mortal reposo.....*

fluido en estos versos que dice el Betis:

*Llegada es ya la gloria que esperamos;  
Ya el varon Santo prometido vemos;  
Ya la opresion del Bárbaro en que es-  
tamos*

*Trocada en dulce libertad tenemos.*

gracioso y tierno en esta octava, donde habla de Tarfira:

*Tal vez se determina á la venganza  
Resuelta con la espada ya en la mano,  
Y en sí volviendo dice, ¡ay que no alcanza  
Mi corta diestra á donde está el tirano!  
Huyó, y con él mi gloria y mi esperanza,  
Que con su fe las lleva el ayre vano:  
Siendo perjuro en su promesa al cielo,  
Aieve infame en su palabra al suelo.*

resuelto y desembarazado, quando la mis-  
ma dice á dos guerreros que la siguen:

*Si á buscarme venis, ya estoy presente,  
Si á probaros conmigo, ya os aguardo....*

Estos y otros lugares que facilmente se  
pudieran señalar, prueban evidentemente  
que el autor de la *Bética* no estaba ente-  
ramente escaso de ingenio poético: pero

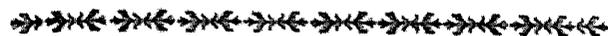
(15)

estas mismas bellezas hacen por otra par-  
te mas desabrido lo demas. Juan de la  
Cueva no habia meditado bien sobre la  
naturaleza de la obra que emprendia; no  
conoció que sus fuerzas eran muy pocas,  
y que jamas podria elevarse á la perfec-  
cion y grandeza que ella requeria. Así la  
*Bética*, sin hacerla la injusticia de igua-  
larla con los *Macabeos* y los *Pelayos*, ja-  
mas saldrá de la clase de un Poema me-  
diano, donde lo malo es casi siempre su-  
perior á lo bueno.

Pero se preguntará y con razon que  
si es así ¿por qué se le imprime ahora? A  
lo qual solo puede responderse, que siendo  
estimada esta obra por su rareza, como  
sucede á otras muchas, se creyó al princi-  
pio que se hacia un servicio al público en  
volver á darla á luz, y que despues ya  
era tarde para suspenderlo. Quizas tam-  
bien á muchos les agradará tal como es,  
y aprobarán su publicacion, porque en el  
mundo hay variedad infinita de palada-  
res. Aun hay quien gusta de los Autos de  
Calderon y de la prosa de Gracian, y la  
*Bética* vale mas que ellos. Finalmente es-  
tando ya en la prensa un *Cuncionero* y

(16)

un *Romancero* sacados de los antiguos, ofrecemos no omitir esmero alguno para que esta Coleccion se haga cada dia mas digna del público, en cuya utilidad se publica.



## CONQUISTA DE LA BÉTICA.

---

### LIBRO PRIMERO.

Cante el Griego furor y el Frigio llanto  
La docta Musa y la sagrada Lira  
De Smirna y Mantua, que pudiéron tanto  
Que templáron del Júpiter la ira.  
Que yo las armas y la gloria canto  
Del santo Rey, á quien el cielo inspira  
A conquistar la Bética famosa,  
Y hacer suya á Hispalis gloriosa.  
O tú, eterna deidad de quien procede  
Quanto tuvo principio, y tiene hoy nombre,  
A quien el veloz tiempo no precede,  
Ni privar puede el inmortal renombre.  
Tú le aspira á mi Musa, y le concede  
Que en tan difícil paso no se asombre  
Y cumpla su promesa, con que solo  
A Lino seré igual, á Orfeo y Apolo.  
Cantaré los varones excelentes  
Restauradores del honor de España,  
Sus claros hechos, las rendidas gentes  
Al furor justo de su ardiente saña.  
Sin que lisonja obligue á los oyentes,  
Tom. III. A

Ni la invención que la verdad engaña,  
 Pues sin que della el paso mio desvie,  
 En el sugeto hay tanto que me guie.

Vos, á quien se consagra el claro asiento  
 Donde de Apolo está el divino coro,  
 De Marte gloria, lustre y ornamento  
 Don Antonio, de España honra y tesoro.  
 Recibid con piadoso acogimiento  
 El don humilde que desprecia el oro  
 De la Musa, que en sangre de paganos  
 Tinta en ella, se ofresce á vuestras manos.

Oiréis de la guerrera gente nuestra  
 Donde los vuestros su valor mostraron,  
 Y el vuestro, lo que fueron ellos muestra  
 Quando con mas hazañas se ilustraron.  
 Los que siguiendo la invencible diestra  
 Del santo Rey, la santa Fe ensalzaron,  
 Y en honor della al paganismo fiero  
 Lanzaron del opreso reyno Ibero.

Despues que el poderoso Rey Fernando  
 Puso en sosiego su alterada tierra,  
 Los tres rebeldes Condes desterrando  
 Que la inquietaban y movian á guerra.  
 En paz segura, en su dominio y mando,  
 Quanto en sí el reyno de Leon encierra  
 Poseia, por muerte de su padre,  
 Y por la industria de la sabia madre.

Viendo en estrecha sujecion á España  
 Del Libico Agareno poseida,  
 Sujeta al duro fuero y ley extraña,

En triste infamia á su querer rendida.  
 Que ni la fuerza, ni prudente maña  
 Restauraban la misera caída,  
 Causada por el loco amor, que pudo  
 De libre atarla á tan estrecho nudo.

El fuerte pecho de temor vacío,  
 De celestes espíritus asiento,  
 No pudiendo sufrir que el señorío  
 Bárbaro así triunfase tan contento.  
 De horror lleno, al vil ocio dió desvio,  
 A la bélica trompa y caxa aliento,  
 De Christo enarbolando el estandarte  
 Contra el soberbio Moro el santo Marte.

Del riguroso hibierno el aspereza  
 Mientras duró estuviéron recogidos  
 Donde los dos hermanos con crueza  
 Y falsa acusacion fueron punidos.  
 Sin que de Marte la hórrida fiereza  
 Se administrase, y siendo consumidos  
 Los húmidos vapores, con ardiente  
 Presteza, apresta el esquadron valiente.

Resuelto de ir á renovar la guerra  
 Que por el tiempo pluvioso habia  
 Cesado, y libertar la opresa tierra  
 Que el vencedor contrario poseia.  
 Y el distrito ensanchar que los encierra,  
 Deshaciendo la horrible tiranía  
 Del paganismo, con su brazo fuerte,  
 Temido dél como la propia muerte.

Ya cubria el pecho el fulminante acero

Del defensor de Esperia glorioso,  
 Para seguir su ejército, y al fiero  
 Bárbaro dar castigo riguroso.  
 Quando llegó á visalle un escudero  
 Que de Murcia volvía vitorioso  
 Don Pelayo Correa, y á este punto  
 Llegó la nueva, y el Maestro junto.

Fuele al Infante Don Alonso dada  
 Para conquista de Murcia, y fuele dado  
 La que con la toga y con la espada  
 Fuese deste varon administrado.  
 Y habiéndole servido en la jornada  
 Que con felice efecto habia acabado,  
 Ante el Rey puesto, dice desta suerte  
 El Nestor sabio, y el Achiles fuerte. (fante

La conquista, ó gran Rey, que al fuerte In-  
 Don Alonso tu hijo cometiste,  
 Queda hecha, y tu ejército triunfante  
 La vitoria alcanzó que á Dios pediste.  
 Murcia la frente no alzaré arrogante,  
 Que por tuya qual verla pretendiste  
 Queda, y tu gente ya alojada en ella,  
 Sin que poder pudiese defendella.

De nuevo puso en tierra las rodillas  
 Don Pelayo, y las cartas en la mano  
 Del Rey, que quando quiso recibillas  
 Lo levantó, mostrándosele humano.  
 Y empezando á leer las maravillas  
 Que su ejército hizo en el pagano,  
 Las muertes, los destrozos, la vitoria

Habida dél, y los trofeos de gloria.

Juntó las palmas, levantando al cielo  
 Los ojos, del contento enternecidos,  
 Y el deificado espíritu su vuelo.  
 Trascendió los alcázares subidos:  
 De donde procederle aquel consuelo  
 Conoció, y los mas premios recibidos,  
 El Rey invicto en esta fe resuelto  
 Dixo en voz alta, así á los suyos vuelto.

Claro nos muestra ó fuertes defensores  
 De la christiana religion, su amparo  
 El eterno Señor de los señores,  
 Cuyo imperio desprecia el tiempo avaro.  
 Que estas vitorias grandes son favores  
 Suyos, en que decirnos quiere claro  
 Que en virtud suya siempre venceremos,  
 Y el reyno amancillado limpiaremos.

Visto habeis que mi hijo y vuestro Infante  
 A Murcia fué, y teniéndola cercada  
 Con la gente invencible, que bastante  
 Era, para que fuese conquistada:  
 Abenhuc (Rey de Ecija) arrogante,  
 Confiado en su fuerza aventajada  
 Y en su esfuerzo, partió en socorro della,  
 Seguro que pudiera defendella.

Mas la clemencia eterna del divino  
 Protector nuestro quiso refrenallo  
 Qual hizo á Faraon, y en el camino  
 Le dió la justa muerte un su vasallo.  
 A su soberbia fué el castigo dino

Con que quiso el Señor, con estorballo  
Traer Abenhudí á nuestra obediencia,  
Y de Murcia entregarnos la tenencia.

Bien conocidamente deste hecho  
Dexa entenderse el bien que nos procura  
El celeste retor, que en nuestro estrecho  
Nos acude, y los riesgos asegura.  
¿Quién hay, que no esté desto satisfecho?  
Pues en los casos desta guerra dura  
Habeis visto milagros conocidos,  
Y los Moros por ellos ser vencidos.

Así, ó amparo mio, á quien ha dado  
El General supremo la conquista  
Contra la horrible gente del malvado  
Profeta, que tenemos á la vista;  
Decidme, ¿dónde irá nuestro formado  
Campo? y de darme nadie se desista  
Su parecer, y vos Maestro quiero  
Que vuestro acuerdo en esto sea el primero.

Que estos fuertes varones, que á la fiera  
Parcialidad de Agar el yugo han puesto,  
Están en pareceres de manera  
Contrarios, que no sé á qual siga en esto.  
Unos dicen, que el ir á la frontera  
Convience, otros condenan lo propuesto,  
Y piden que á Granada, otros que vamos  
A Jaen, y en aquesta duda estamos.

Yo, sus acuerdos viendo diferentes,  
Y que ni conformaban, ni acudían  
Con mi deseo, que pide á sus valientes

Animos ocupar do el mio impedian:  
Mandé marchar, y siéndome obedientes  
Del ocio regalado se desvian  
Para seguir el orden que les diere,  
Y el estandarte mio á donde fuere.

Esto fué con intento, que en estando  
Aprestados, del modo que los veo  
En orden pue-tos ya para ir marchando,  
Decir qual es en esto mi deseo.  
Mi acuerdo con aquellos conformando  
Que aspiran de Jaen hacer trofeo,  
Porque despues de sernos de importancia,  
A nuestro honor ofende su arrogancia.

Ved Don Pelayo vos lo que os paresce  
En este caso, y digan los varones  
Que contradicen, que se les ofresce  
Que variar los hace en opiniones.  
En mi por horas y momentos cresce  
Este cuidado, y hallo en él razones  
Tan precisas, que es yerro conocido  
Lo que en esto nos hemos detenido.

Ceso el caudillo y defensor de España,  
Dando lugar que fuese respondiendo  
A su proposicion su fiel compañía,  
En la qual un murmuréo fué creciendo;  
Qual suele el blando aliento en la montaña  
Los árboles hojosos removiendo  
A una y á otra parte mansamente,  
Que solo un sordo son se oye y siente,  
Así los invencibles caballeros

Del Rey oyendo el parecer, alzaron  
 Un confuso clamor, que los ligeros  
 Ayres, en torno llenos dél quedáron.  
 Y aquellos que á Granada pedian fieros,  
 Y los que á la frontera demandáron,  
 Con bastantes razones defendian  
 La empresa, que sirviendo al Rey pedian.

Viendo el Maestre Don Pelayo el bando  
 De la valía Christiana desta suerte,  
 Puesto en confusa duda deseando  
 Que en un acuerdo todo se concierte:  
 Al Rey miró, y la voz y el brazo alzando,  
 Y en él la espada de enemigos muerte,  
 La punta señalando á donde estaba  
 Jaen, así al Rey dice que aguardaba:

Si no estuviera el mundo satisfecho,  
 O Principe invencible de tu gloria,  
 De los tuyos contando el menor hecho,  
 Bastante fuera para ser notoria.  
 Quanto mas donde hay tantos, que á despecho  
 Del tiempo, y de la invidia su memoria  
 Vivirá lo que el sol en su viage,  
 Sin que le haga el ciego olvido ultrage.

Esta alabanza no hay para que sea  
 De mi razon agora encarecida,  
 Ni tu heroica grandeza la desea  
 Para en el mundo hacerla conocida.  
 Mas por decir que ya parece fea  
 La remision de aquesta esclarecida  
 Y leal gente, á quien tu esfuerzo y arte

De uno y otro ha dado tanta parte.

Bien, que su duda ha sido deseando  
 Acertar á servirte, y la experiencia  
 De su virtud lo van manifestando,  
 Y los hechos que ensanchan tu potencia.  
 Mas conociendo (ó excelso Rey Fernando)  
 Que en la milicia alcanza tu prudencia  
 Tanto, que Baco y Marte á deprendella  
 Pueden venir de ti para sabella.

Por esto digo, que la ciega duda  
 Cese, si alguna en nuestros pechos cabe,  
 Y al parecer de nuestro Rey se acuda,  
 Pues es quien puede mas, y el que mas sabe.  
 No entienda ese lugar que el Rey se muda  
 De conquistallo, y porque no se alabe  
 Digo, que donde aquesta punta apunta  
 Que es á Jaen, la gente marche junta.

Tendió la espada fiero y desdeñoso  
 El Maestre, mostrando en su denuedo  
 Contra Jaen el brazo poderoso,  
 De ponerla en pavor, y al mundo en miedo.  
 Y al conmovido ejército animoso  
 (Que solia mirar con rostro ledo)  
 Desdeñoso miró, y así le manda  
 Que del Rey se obedezca la demanda.

Quedó suspenso todo, concluyendo  
 Su razon el de Eucles y los valientes  
 Guerreros, sus acuerdos remitiendo  
 Al silencio, temiendo inconvenientes.  
 Los unos el deseo conociendo

Del Rey, otros callaban de prudentes,  
Que voluntad de Rey de ningun modo  
Puede dexar de obedecerse en todo.

Algunos, á quien mas les obligaba  
Y podian hablar con preeminencia,  
Viendo que el Rey queria y demandaba  
Que de Jaen rindiesen la potencia:  
(Aunque segun su acuerdo se engañaba)  
Callando confirmaban su sentencia,  
No queriendo en contrario señalarse,  
Ni con los de aquel voto conformarse.

Desta dudosa (aunque leal) fatiga  
Los unos y los otros conmovidos,  
Los unos por hacer que el Rey se siga,  
Los otros por no verse preferidos,  
Aunque lo uno y otro les obliga,  
Y todos son de fe y lealtad regidos,  
Sancho Lopez de Avalos se pone  
En pié, y con grave voz al Rey propone:

Bien conoces, señor, bien sabes claro  
De tu leal gente la virtud constante,  
Pues le da siempre tu grandeza amparo  
Con que se aumenta y siempre va delante.  
Y sé tambien, que no serás avaro  
En permitir que sus proezas cante  
Testigo dellas, cuya voz resuena  
En gloria tuya, y del contrario en pena.

Con el seguro desto, habiendo sido  
De parecer, y el que voté el primero  
Que sirviéndote fuese el campo unido

A buscar en frontera el Moro fiero,  
De algunos caballeros fué seguido.  
Otros dixéron que era mal guerrero  
Si estorbase que fuese la jornada  
A Jaen, ó la vuelta de Granada.

En tanta variedad de pareceres  
Reponer hacen en confusa duda  
El mio, y sin saber qual cumple ó quieres,  
Casi de su propósito se muda.  
Mas digo, que si tú servido fueres  
Que el campo nuestro á la frontera acuda,  
Haces en hacer esto muchas cosas  
Al designio que llevas provechosas.

Ya sabes por avisos que te han dado  
Quan fértil está ogaño, y bastecida  
De los frutos que Ceres, y el sagrado  
Baco y Palas la han hecho enriquecida.  
Yendo (qual digo allá) será estorbado  
Que sea esta cosecha apercebida  
Contra ti, ni con ella te den guerra,  
Ni della puedan bastecer su tierra.

Impides (yendo allá) que no se mude  
El Africano de guardar su estancia,  
Que de pasar el fiero Alarbe dude,  
Y tenga el no venir por mas ganancia.  
Que el vagante Numidio que á esto acude,  
El furor temple ó indomita arrogancia,  
Y temiendo encontrarte se detenga,  
Y la frontera á socorrer no venga.  
Desde allí puedes acudir á todo

Con mas comodidad que de otra parte,  
De allí á tu gusto, desde allí á tu modo  
Correr la tierra, y della asegurarte.  
De allí ganar el pueblo que al Rey Godo  
Vendió, en sí rescatando el estandarte  
De la Africana liga, y el que ha sido  
Del Infante tu hijo combatido.

Desde allí puedes (siendo conveniente)  
Ir á Granada, y á Jaen dar vuelta,  
Esto se entiende habiendo causa urgente,  
Que no habiéndola, está la duda absuelta.  
De allí refrenarás la feroz gente  
Que libre anda, sin dominio y suelta,  
Harás que no se acuda el Celtiberio  
Y Vándalo, el Andaluz y el Eliberio.

Otras mil cosas que á mi intento ayudan,  
Traer sobre el propósito pudiera,  
Aspiradas de muchos que no dudan  
De pedir la jornada á la frontera.  
Mas si las que has oído no te mudan,  
Y constante tu intento persevera,  
Todos sin discrepar te obedecemos,  
Y á tu solo querer nos disponemos.

Esto diciendo el fuerte, el justo, el sabio  
Sancho Lopez, volvió á tomar su asiento,  
Seguro que pudiese hacerle agravio  
A su razon contrario pensamiento.  
El uno sella con el otro labio,  
Y á oír se pone á Don Ramiro atento,  
Hombre lenguaz, altivo y sedicioso,

Por sus costumbres y linage odioso.

Tuvo el Conde Don Alvaro una hermana  
Que casó con Don Jayme de Toledo,  
Hombre rico, aunque ya de edad anciana,  
Noble, y de los mas nobles de Laredo.  
Este siguió la voluntad tirana  
Del aleve cuñado, y puso en miedo  
El reyno de Castilla, por la muerte  
De Don Henrique de infelice suerte.

De la hermana del Conde Doña Sancha,  
Y del traydor Don Jayme nació el fiero  
Don Ramiro, esmaltado con la mancha  
Que vivirá lo que el renombre Ibero.  
Y él por su parte la maldad ensancha  
Con tal disolucion, que honor, ni fuero  
Jamás le constriñeron ni obligaron,  
Ni de su horrible inclinacion mudaron.

Y despues que en prisiones y en destierro,  
Murió Don Jayme, el Conde y sus hermanos,  
Y se enxugó el sangriento y mortal hierro  
Entre Leoneses y entre Castellanos.  
Sin acordarse del infame yerro  
Del titulo afrentoso de tiranos  
Que á su padre le daban y á sus tios,  
Decia y hacia insolentes desvarios.

Siguió la guerra, siempre acompañaando  
Del santo defensor el estandarte,  
No con gloriosos hechos procurando  
De adquirir nuevo nombre por su parte.  
Mas la discordia y cisma administrando,

Mas que la honrosa profesion de Marte,  
De su maldad siguiendo en todo el uso  
Puesto en pié, vuelto al Rey así propuso.

Pareceme, ó gran Rey, habiendo estado  
Atento al proceder del noble viejo,  
Que su discurso todo ha encaminado  
A su gusto, y no á darte buen consejo.  
Esto aprueba á una voz tu real Senado,  
De quien eres señor y claro espejo,  
Esto dirá el que solo procurare  
Servirte, y á este fin solo aspirare.

Así yo, deste firme y leal deseo  
Estimulada el alma y conmovida,  
Sin que me mueva mas que ver qual veo  
Tu duda y tu leal gente dividida.  
Del parecer oido dudo y creo  
Una sospecha clara y conocida,  
Que si se advierte bien y considera,  
Gran daño, y poco bien della se espera.

La ida donde dice ese hidalgo  
Es de los mismos Moros deseada,  
Y por esta razon me opongo, y salgo  
A pedirte Señor, que sea excusada.  
Solo del bien comun me amparo y valgo,  
En él va toda mi intencion fundada,  
No en mi particular, no en mi interece,  
Qual de mi justo proceder parece.

Si está (qual dice) bastecida y llena  
De frutos la frontera, eso que dice  
Da indicio á no sé qué, que le condena,

Y la lealtad que vende contradice,  
Y recelando la debida pena,  
Porque su intento á nadie escandalice  
Alaba tu leal gente, y deste modo  
Da fuerza á su discurso falso en todo.

Dice, que algunos caballeros siguen  
Su acuerdo, ménos cuerdo que dañoso,  
No sé yo quales hay, que á tal se obliguen,  
Y en duda estoy remiso y sospechoso.  
Y quando hubiese algunos que se ligen  
Con él, será algun bando sedicioso,  
Alguna esquadra de hombres bandoleros,  
Que ni ley guardan, ni obedecen fueros.

A esta razon en pié se puso ayrado  
Don Gil Manrique, y dixo: no prosigas  
Don Ramiro, que vas desacordado,  
Y á responderte de otro modo obligas.  
Que yo soy uno de los que han votado  
Que á la frontera vamos, y no digas  
Que sediciosos bandoleros fuéron  
(Que no es así) los que este voto diéron.

Y el parecer del venerable viejo  
Sancho Lopez de Avalos, ha sido  
Tan bueno, qual fué siempre su consejo,  
Tan leal, qual su nombre esclarecido.  
El Rey se mira en él como en espejo,  
Del reyno es adorado, y es tenido  
No por traydor ni descendiente dellos,  
Mas por cuchillo, que cortó sus cuellos.  
Si dura aun la pasion, si el odio aun dura,

Si te estimula el vil rencor el pecho  
De quando fué juez, mira y procura  
Si el deber hizo, ó si torció el derecho.  
Y si guardó justicia, mas cordura  
Será que encubras el aleve hecho  
Que el castigó, y no quieras por tus brios  
Se acuerden de tu padre y de tus tios.

Furioso y lleno de rabiosa saña,  
A responder revuelve Don Ramiro,  
Instigado del odio que lo ensaña  
Se le trabó la lengua y dió un suspiro.  
Don Lorenzo mirando al Rey de España,  
La voz levanta y dice: yo me admiro  
(O gran Señor) que Don Ramiro quiera  
Que dél se entienda lo que no se espera.

¿Quándo ha sido llamado á tus conciones?  
¿Quándo el acuerdo suyo demandáron?  
¿Quándo en las dudas nuestras y opiniones  
Su parecer se oyó, ni lo acetáron?  
¿Quándo ante ti, y tan célebres varones  
Sus palabras lugar, ni puerta halláron?  
¿O quando de un varon tan excelente  
(Que es nuestro honor) se habló tan libremente?

Cierto, que es temerario desatino  
Que Don Ramiro hable en este puesto  
Con tanta libertad, donde el mas dino,  
Y el mas alto ~~que~~ ha de andar justo y modesto.  
El no ve, que si pide este camino  
Sancho Lopez, que fué signiando en esto  
A Don Domingo Obispo de Palencia,

¿A quien para elegir diste licencia?

Don Pedro Ponce de Leon demanda  
Que á la frontera vamos, y no excede  
De su deber, ni en nada se desmanda,  
Ni como aleve ó desleal procede:  
Lo mismo sigue y procurando anda  
Don Pedro de Guzman, y no concede  
Lo que el Rey pide, y el Señor de Lara  
En parecer contrario se declara.

Don Lope de Quevedo y Don Garcia  
Su hermano, y Don Fernando de la Cerda,  
Don Tello Alvar Ruiz, Don Juan Mexia,  
De por si en esto cada qual concuerda.  
Pide el valiente en toda valentia  
Diego Perez, que el tiempo no se pierda,  
Y á la frontera sea la jornada,  
Que está qual dicen rica y descuidada.

Iba así Don Lorenzo prosiguiendo  
En su discurso y varias opiniones,  
La voluntad y votos refiriendo  
De aquellos y otros inclitos varones.  
Don Ramiro que atento estaba oyendo  
De los unos y otros las razones  
Loables, con soberbio y cruel despecho  
La horrible voz lanzó del fiero pecho.

No sé, ó Don Lorenzo, como diga  
Lo que deseo mostrar como lo siento,  
Lo que lealtad y fe y razon me obliga  
A decir, sin ningun impedimento.  
Mas dame solo una mortal fatiga

Que es entender que tomo atrevimiento  
A replicarte, mas en caso justo  
El dexar de hacerlo será injusto.

Testigo hago desta causa al cielo  
Y al mismo Dios, que entiende el pecho mio,  
Que sabe mi lealtad, mi fe y mi zelo,  
Y el fin á donde con mi acuerdo guio,  
Que es solo (ay noble Rey) porque recelo,  
Y en pensarlo me vuelvo un mármol frio,  
Que en tanta variedad de pareceres  
Alguna fuerza estorbe lo que quieres.

Estaba entre estos nobles caballeros  
Que en tan varios acuerdos conferian  
Gomez Ruiz, de padres jornaleros  
Nacido, en quien mil glorias florecian.  
Los habitos humildes y groseros  
Dexó, porque á su ánimo ofendian,  
Y el corvo arado y trabajosa azada  
Trocó por el arnes y por la espada.

Siguió el campo de Marte y duro oficio,  
Sirviendo en él al protector de España,  
Dando en sus altos hechos claro indicio  
De su valor y su virtud extraña.  
Y en este acto, conociendo el vicio  
De Don Ramiro y la mortal cizaña  
Que intentaba encender, desaviniendo  
Al Rey y su leal gente revolviendo.

Gomez Ruiz, que el falso pensamiento  
Del cauteloso Don Ramiro entiende,  
Y á donde encaminado iba su intento

Con que á todos agravia y al Rey vende:  
Con la reportacion dexó el asiento,  
El alma en ira y en furor ardiendo,  
Junto al traydor se puso, y por la mano  
Le asió, diciendo el Marte castellano.  
No tiene el mundo fuerza poderosa,  
Que impedir pueda el mando de su Alteza,  
Ni hay uno entre su gente belicosa  
Quien se atreva á pensar tan gran baxeza.  
De tí si pueden sospechar tal cosa,  
De tí si y de tu vil naturaleza,  
Que es la suerte, ó traydor, que ha profesado,  
Y eres hombre de todo honor privado.

Esto diciendo, la cabeza inclina  
Al pecho, y las rodillas puso en tierra,  
Miro al contrario, y sin hablar camina,  
Con que lo llama y lo provoca á guerra.  
Don Ramiro, aunque muestra que se indina,  
Descubre el miedo que en su pecho encierra  
Diciendo: yo saliera á darte muerte,  
Si igual conmigo fueras en la suerte.

Yo soy (qual saben todos) caballero,  
De abuelos y de padres hijosdalgo,  
De dos casas de grandes heredero,  
Y yo por mi lo que ellos valen valgo.  
Y así con un humilde hombre pechero  
No debe hacer campo el que es hidalgo,  
Porque le da en qualquiera acaecimiento  
Honor, aunque no alcance el vencimiento.

No el soberbio leon, con igual ira

Revuelve lleno de cruel despecho  
 Al ginete Masilio, que le tira  
 La gruesa lanza y le atraviesa el pecho.  
 Que estimulado á la venganza aspira,  
 Y arremetiendo al ofensor derecho  
 Paro, impedido de vengar su saña,  
 Y de bramidos hinche la montaña.

Qual de fiereza lleno el invencible  
 Gomez Ruiz, revuelve furioso  
 A Don Ramiro, y el denuedo horrible  
 Refrena, y un gemido dió espantoso;  
 Diciendo al Rey, Señor, ¿cómo es posible  
 Que así quede afrentado y vergonzoso  
 Gomez Ruiz en la presencia tuya?  
 Pues no hay vivo que triunfe de honra suya.

Suplicote Señor, pues ves mi ultrage  
 Y lo vén todos, hecho por un hombre  
 Que negocia mejor con buen language,  
 Que con hazañas dignas de renombre:  
 Que el defeto que pone á mi linage,  
 El nombre humilde y de pechero el nombre  
 Suplas, habilitando en este dia  
 La humilde suerte y la baxeza mia.

Que no es justo que sirva á tu persona  
 Hombre ofendido, ni con tal defeto  
 Viva, viviendo aqueste que blasona,  
 Siendo á quantas infamias hay sujeto.  
 Sin advertir quien faltas mias pregona,  
 Que si no fui en alta silla eieto  
 Que á mi naturaleza avara en darme

Mis hazañas la enmiendan para honrarme.  
 Proceder quiso y se quedó mirando  
 Al Rey, la voz asida á la garganta,  
 Los unos dientes con los otros dando,  
 Con vista horrible y con horror que espanta.  
 Don Ramiro temiendo y recelando  
 El clamor que en su daño se levanta,  
 Quiso hablar, y el defensor Christiano  
 Que no hable mandó, y tomó la mano.  
 Dime (le dice) ó Don Ramiro ahora,  
 ¿Qué razon hay, ó que ocasion te mueve?  
 Qué odio, que interés, que vengadora  
 Furia te irrita el ánimo y conmueve?  
 Si en tu cruel pecho esa cizaña mora,  
 Y tu soberbia inclinación se atreve  
 A decir mal de lo que en todo es bueno,  
 Ni te admito, ni creo, y te condeno.  
 Y dexando prolixas dilaciones  
 Que satisfagan tu intencion dañada,  
 Contra las cavilosas objeciones  
 Que has puesto aquí, sin que hayas dicho nada;  
 Digo, y no respondiéndolo á tus razones,  
 Que en eso la respuesta es excusada,  
 Y no hallo ninguna que convenga  
 Que envuelta en sangre y deshonor no venga.  
 Que quanto sin razon, ni buen gobierno,  
 Y sin guardar decoro de prudente,  
 Ese pecho sin Dios, hecho un infierno,  
 Lanzó contra varon tan excelente.  
 Si merece su nombre nombre eterno,

Ser su virtud cantada eternamente,  
 Sus hechos lauro; su lealtad corona,  
 ¿Qué le falta, Ramiro, á tal persona?

Nada le falta, y esa humilde falta  
 Suple la gran nobleza de sus hechos,  
 Y es de sus alabanzas la mas alta,  
 Y es la que tiene á todos satisfechos.  
 Y porque nadie diga que le falta  
 Nada, ni sus loores sean deshechos,  
 Le hago caballero hijodalgo,  
 Y le doy el renombre de hidalgo.

Inclinó las rodillas, y á este punto  
 Resonó el ayre dando mil loores  
 Al Rey, al nuevo hidalgo que ya á punto  
 Lo tenían los grandes y señores.  
 A la real silla lo allegaron junto  
 El de Eucles, Don Lorenzo, Alfonso Flores,  
 El de Vizcaya, y el señor de Lara, (para  
 Que el noble al noble, y el bueno al bueno am-  
 El Rey lo armó allí luego caballero  
 Con grande aplauso y general contento,  
 Sino de solo su enemigo fiero  
 Que se fué con notorio sentimiento.  
 Cortando el ayre con volar ligero,  
 Baxó á este punto del celeste asiento  
 El ave, que fué insignia del Romano  
 Blason, y sirvió á Jove soberano.

Traía en las garras un cordero asido,  
 Que por el ayre mil balidos daba,  
 Que del Christiano ejército era oido,

Que en torno dél con baxo vuelo andaba.  
 Y quando vió que atento y conmovido,  
 Aguardando el dudoso fin estaba,  
 Largó la presa, y en llegando al suelo  
 Volvió á cogella y levantó su vuelo.

Levantóse un clamor, un espantable  
 Tumulto, un alarido y vocería  
 En todas partes con furor notable,  
 Que ni el Rey puede, ni su voz se oia.  
 Qual suele en un conflicto miserable  
 Donde del mar y bientos la porfia  
 Alteran con horror los pasajeros,  
 Confunden al piloto y marineros.

Asi, sin alcanzar que fuese aquello,  
 Las voces iban y el rumor creciendo,  
 Que ni daban lugar para entendello,  
 Ni podia nadie en el confuso estruendo.  
 Estando asi, sin que pudiesen vello  
 En quietud, salió una voz diciendo,  
 A Jaen vamos, á Jaen cerquemos,  
 Que el cielo nos la da, si lo entendemos.

Como esta voz se fuese reforzando  
 Sin discrepar, acuden los guerreros  
 A quien estaba cometido el mando  
 De reducir los Españoles fieros.  
 Hace señal la caja, y resonando  
 La trompa, por los ayres van ligeros  
 Avisos al ausente y ocupado,  
 Que acudan luego al fin determinado.  
 A esta sazón la luz del claro día

Con las tinieblas peleando estaba  
 Porque no entrasen, ni hallasen via  
 Para hacer la noche que llegaba.  
 El de Eucles, recogió la Infantería,  
 Y á los abanderados avisaba  
 De la disposicion, del arte y modo,  
 Y el Rey se retiró á ordenallo todo.

---

## LIBRO SEGUNDO.

**A**rdiendo en ira y vengativa saña,  
 Confuso, melancólico, furioso  
 Contra el Rey, contra si, y contra España,  
 Colérico, impaciente, desdenguado;  
 De la ciega pasion que le acompaña  
 Acompañado triste, congojoso,  
 Don Ramiro su estado considera,  
 Su horrible injuria y su deshonra fiera.

Dice (hablando consigo) ay dura suerte  
 Que con tanta constancia me persigues,  
 Con tanto odio y desamor tan fuerte,  
 Con tantas causas que á morir me obligues.  
 Cásate ya, ó acaba con mi muerte  
 Las deshonras y muertes con que sigues  
 Mi vida, y no me acabes, sin que acabe  
 Esta espada, á quien tú, y mi pecho sabe.

El tiempo es este en que veré si puedo  
 Venganza de la ofensa que me han hecho,

Que al villano hidalgo tiene ledo,  
 Y á mi gimiendo en vergonzoso estrecho.  
 Honor, ni deshonor me ponen miedo,  
 Privanzas, ni favor templan mi pecho,  
 Que dentro dél está un infierno junto,  
 Que á la venganza se me ofrece á punto.

Sin recibir aliento, ni sosiego,  
 Frenético, impaciente, á priesa llama  
 A Ibañez, que en amor de Marte ciego  
 Siempre discordias sediciosas ama.  
 Que si templara el vil desasosiego  
 Segun su esfuerzo, el libro de la fama  
 Sus admirables hechos ocuparan  
 Que lugar libre á pocos le dexaran.

Cercado de cien mil facinerosos  
 De vida suelta y de costumbres malas,  
 Que teniendo los vicios por honrosos  
 Libres por ellos descogian sus alas:  
 Con esta compañía de hombres dañosos  
 Que eran de Ibañez las preseas y galas,  
 A Ramiro llegó, que en sus pasiones  
 Envovio en un suspiro estas razones.

O amigo Ibañez, rayo del Dios Marte,  
 Y honor suyo, y del siglo nuestro gloria,  
 Por quien de España el bélico estandarte  
 Hace eterna con triunfos su memoria.  
 Si mis desdichas suelen apiadarte,  
 Ove con atencion mi triste historia,  
 Mi doloroso caso, mi deshonra,  
 Y la amarga tragedia de mi honra.

Presente al caso miserable fuiste,  
 A las libres razones que ofendiéron  
 A mis padres, y claro al Rey oiste  
 Las tuyas que en deshonra mía naciéron.  
 Hacer hidalgo al vil pechero viste  
 Con que á mí de mi honor me decindiéron,  
 Y de mi estimacion me despojaron,  
 Y á obscura infamia y llanto condenaron.

Esto, como es razon, pide venganza  
 No solo (ay crudo cielo) del villano  
 Que hoy de hidalgo el claro nombre alcanza,  
 Mas del que ilustrar quiso hombre tan llano.  
 Y pues no llega á tanto mi pujanza,  
 Llegue á donde no salga el golpe en vano,  
 Y en el nuevo hidalgo y caballero  
 Emplee mi brazo su vigor y acero.

A esta ocasion te obliga el fiel deseo  
 De mi amistad, y en confianza della  
 Me pongo á que me veas qual me veo  
 Sin honra, y sin poder satisfacella.  
 Ayúdame á alcanzar este trofeo,  
 Ayúdame á que viva sin querella,  
 Que no es justo que siendo yo tu amigo  
 Viva afrentado, y viva mi enemigo.

Tentó la espada con feroz denuedo  
 El indignado Don Ramiro, y queda  
 Mirando á Ibañez si con rostro ledó  
 Le oye, ó si le da respuesta aceda.  
 El soberbio Español, á quien el miedo  
 No refrenó jamás, sin que hablar pueda

Quedó, y de ira el alma estimulada,  
 Movió la lengua y empuñó la espada.

Bien sabes (que sé yo) que tu no ignoras  
 Las razones que tengo de excusarme  
 De acudir (ó Ramiro) á eso que doras  
 Con nombre de amistad para obligarme.  
 Si á la venganza aspiras, y si doras  
 Tu honor, no será bien deshonorarme  
 En acudir contra el que el Rey ha hecho  
 Hidalgo con tan justo y buen derecho.

No solo en él tu temerario intento  
 La mira pone de vengar su saña,  
 Mas va tan adelante, que no siento  
 (Si no es furia infernal) quien te acompaña.  
 El Rey me hace honroso acogimiento,  
 Gomez Ruiz me ampara en toda España,  
 Faltar á mi señor, negar mi amigo,  
 ¿Dime tú si es razon por ir contigo?

Dices que tu amistad y fiel deseo  
 Me pone obligacion de acompañarte,  
 Tambien te obliga á ti en caso tan feo  
 Que no te acuerdes que podré ayudarte.  
 Desta amistad que pones por trofeo  
 Entre tí, y entre mí, vuelta á mi parte,  
 Si eres mi amigo y la lealtad mi amiga,  
 Destas dos cosas dime ¿qual me obliga?

Dime ¿destas dos cosas no me fuerza  
 La mas urgente y de mayor estima?  
 Luego razon tendré que no me tuerza  
 A aquello que al glorioso honor lastima.

Lo uno es voluntario, y lo otro es fuerza,  
Y tanta fuerza, que aunque cayga encima  
El orbe celestial, no ha de moverse,  
Ni ha de faltar, ni punto ha de torcerse.

Con esto he concluido á tu demanda,  
Y porque en amistad su fuerza pones  
Te quiero aconsejar que se desmanda  
Tu horrible intento en tales pretensiones.  
Venza á la furia que en tu pecho manda  
La razon, la lealtad y obligaciones,  
Y si contigo aquesto vale poco,  
Busca quien siga tu desorden loco.

Habiendo Ibañez tal respuesta dado  
Se fué y tras él su libre compañía,  
Sin ser parte el vivir desbaratado  
Que en la lealtad faltase que debia.  
Don Ramiro corrido y alterado  
En furia, en saña y en corage ardia,  
Y revuelto en su fiero encendimiento,  
Solo se entró gimiendo á su aposento.

Ya de la noche la tiniebla obscura  
La redondez dexaba de la tierra,  
Las estrellas caian de su altura,  
Lanzándose en el mar que las encierra.  
Coronada de rosas y luz pura  
A los príncipes daba de la guerra  
La bella aurora aviso que venia  
Tras ella el carro de la luz del día.

Fué sacudido el blando refrigerio  
Restaurador de espíritus vitales,

Del prevenido y fuerte campo Esperio,  
No descuidado en ocasiones tales.  
Cada qual acudia á su ministerio  
Aprestando las cosas esenciales,  
La trompa da señal, la caxa llama,  
Y los ánimos uno y otro inflama.

Echan bando que apriesa se aprestasen  
Para volver sobre Jaen al punto,  
Sin que mas la jornada dilatásen,  
Ni la vitoria á que se vian tan junto.  
Protestando que ántes que dexasen  
De conseguirla, y de cumplir su asunto,  
Sobre el cerco las vidas perderian  
Todos, y della el campo no alzarían.

Arde el furor en los heroycos pechos  
De la invencible y belicosa gente,  
Aunque en dura opresion se vian estrechos,  
No faltos de su esfuerzo y brio valiente.  
Prometiendo mostrar en altos hechos  
De su clara virtud resplandeciente,  
El valor conocido del Romano,  
Y temido del áspero Africano.

Crece con el deseo la diligencia  
En aprestar lo que á la empresa importa,  
El ingenio da ayuda, y la experiencia  
La dilacion del largo tiempo acorta.  
Renuevan armas fieras pestilencia  
De los hombres, que así el vivir les corta  
Despachan carros, marchan municiones,  
Salen escoltas, forman esquadrones.

La solícita priesa no concede  
 Reposo, y la ocasion no da sosiego,  
 La diligencia á la tardanza excede,  
 Metiendo espuelas, y encendiendo el fuego.  
 Viendo el Rey esto, y que aprestado puede  
 El esquadron Christiano marchar luego,  
 De Martos parte con su campo, y llega  
 Sobre Jaen y ocupa dél su vega.

Un fértil llano espacioso tiende  
 Su verde falda que en el foso toca,  
 Donde se corta, y desde allí descende  
 Otro prado que está en distancia poca.  
 Hasta llegar al muro, que defiende  
 La Ciudad, que está puesta en una roca  
 La mitad, y la otra baxa al llano,  
 Del alto muro confiada en vano.

Luego que vido el Rey su fuerte gente  
 Donde aspiraba, considera el puesto  
 De la Ciudad, y mira el eminente  
 Castillo en lo alto de la cumbre puesto;  
 Donde llegar dificultosamente  
 De la vista aun podia el vuelo presto,  
 Así por la distancia de la tierra,  
 Como por la aspereza de la sierra.

De aquel divino espíritu inspirado,  
 Que su invencible corazon regia,  
 Siendo dél visto, y bien considerado  
 Quanto al presente caso convenia:  
 En quatro partes dividió el formado  
 Campo, y en torno la Ciudad ceñia,

De modo que de fuera nadie entrase,  
 Ni de dentro salir ninguno osase.

Con esta division tenia cercada  
 Por todas partes la Ciudad famosa,  
 No rendida, aunque siempre conquistada,  
 Ni por largos asedios temerosa.  
 Antes rebelde en su porfia obstinada  
 La servitud huyendo trabajosa,  
 Solo acudia á su inmortal defensa,  
 Con ánimo invencible y fuerza inmensa.

No les menguaba el ánimo la saña  
 Violenta del ejército Christiano  
 Que alojado via estar en la campaña  
 Lleno de gloria, y de su afrenta ufano.  
 Ni la custodia y vigilancia extraña  
 Que se ponía en guardar el monte y llano,  
 Que no le socorriese el Rey de Arjona  
 Como á lugar sujeto á su corona.

Esto traía en un cuidado eterno  
 Al Católico ejército, apartando  
 Que en él pudiese entrar el ocio tierno,  
 Ni cabida tuviese el sueño blando.  
 El militar trabajo era el gobierno  
 Suyo, de dia y noche procurando  
 Al enemigo, que el cerrado muro  
 Y la eminente fuerza hacían seguro.

Viendo el glorioso Rey la resistencia  
 Que el obstinado pueblo le hacia,  
 El poco espanto que su real presencia  
 Con tenerla presente le ponía:

Mandó de los combates la violencia  
Renovar cada punto todo el día,  
Ya al fuerte muro, ya al castillo alto,  
Que se alcanzaba el uno al otro asalto.

Igualmente crecía el furor violento  
Con la obra, el cuidado y la fatiga,  
Por ver llegar al cabo el justo intento,  
Asolando la gente su enemiga.  
Perseverando en este pensamiento  
Heroyco, en que su intento se consiga,  
Los Christianos ginetes cautiváron  
Un Moro, y ante el Rey lo presentáron.

Traía el rostro en alto levantado,  
Sin mostrar confusion, ni darle pena  
El verse de Christianos rodeado,  
Ni en cautiverio puesto en su cadena.  
Antes así como venia amarrado,  
Entre la gente de su ley agena,  
Aunque temer pudiera algun castigo,  
Miraba á todos con semblante amigo.

Ambas rodillas en el suelo inclina  
Luego que la real presencia vido,  
Y la tierra besó como divina  
Que el pie del Rey tocaba esclarecido.  
Que de ver esto, el ánima benigna  
Siguió su natural, y el escondido  
Cordel dentro en los brazos mandó al punto  
Quitalle, y mas á sí llegarlo junto.

En torno de la tienda real estaban  
Los caballeros que lo habían preso,

Y al Rey el modo y forma le contaban  
Del caso, y quanto hubo en el suceso.  
Como huyéron dos que le guardaban,  
Valiéndose del alto monte espeso,  
Aunque el uno en mitad de la subida  
Hecho piezas quedó de una caída.  
Quando á esto llegaron, con semblante  
Triste puso los ojos en el suelo  
El bárbaro cautivo, con bastante  
Muestra de su congoja y desconsuelo.  
Por los ojos lanzando una abundante  
Vena, mirando enternecido al cielo,  
De quando en quando dándole un abrazo,  
Cruzando el uno con el otro brazo,  
Suspiraba y gemía amargamente,  
Sin decir cosa que entendida fuese,  
Mas que mostrar que su ánimo doliente  
Aquello le forzaba que hiciese.  
El Rey se admira, y de su pena ardiente  
Lastimado, y queriendo que dixese  
La causa cierta de su angustia extraña,  
Así le dice el protector de España.

Tan contrarios efectos estoy viendo  
En ti, que la extrañeza me da espanto,  
Y en un deseo de saber me enciendo  
Lo que decirnos quiere tu quebranto.  
Quando llegaste aquí venias riendo,  
Y ahora veo deshacerte en llanto,  
Dinos ¿qué es esto? porque yo imagino  
Que no siendo pasion es desatino.

Oyendo al Rey el bárbaro lloroso  
 Refrenó el llanto que su angustia fiera  
 Le causaba, y con ménos congojoso  
 Semblante respondió desta manera:  
 De mi suceso amargo y doloroso  
 Quando decirte alguna cosa quiera,  
 O esclarecido Rey, será cansarte,  
 Y no decirte dél la menor parte.

Mas pues mandado soy de tu grandeza  
 (Y no puedo dexar de obedecerte):  
 Que de mi risa cuente y mi tristeza  
 El diferente efecto en esta suerte.  
 Si del dolor me otorga la graveza  
 Tratar en él, podré satisfacerte,  
 Mas si me aqueja, qual me está aquejando,  
 La muerte impedirá el cumplir tu mandado.

Sabrás, ó gran Señor del Reyno Esperio,  
 Que fué de amor mi alma poseida  
 De una Mora, que el cielo por misterio  
 Hizo de su belleza enriquecida.  
 Sufria de amor el duro cautiverio,  
 En confianza que era agradecida,  
 Mi pasion, y mis ansias y dolores  
 Remunerados della con favores.

En aquesta quietud los dos vivimos,  
 Aguardando que el tiempo nos dixese  
 Y la necesidad en que nos vimos  
 Lo que en el caso á entrambos conviniese.  
 Finalmente los dos nos dispusimos  
 Que de nuestro deseo concluyese

El fin, que era casarnos, y con esto  
 Satisfacer mi fe y su amor honesto.

De las casas del padre hizo ausencia,  
 Eligiendo la mia en lugar dellas,  
 Confiando su guardia en la presencia  
 De la noche, y su guia en las estrellas.  
 Y apenas se ausento (ay inclemencia  
 Del crudo hado, sordo á mis querellas)  
 Quando sentida fué, y sabido todo,  
 Como si yo les descubriera el modo.

El padre, que es Alcayde de la fuerza  
 De Arjona, y deste reyno el que mas puede,  
 Y el que le hace al Rey que mueva ó tuerza  
 Su gusto, y quanto pide, le concede;  
 Diciendo ser traycion lo que era fuerza  
 De amor, que es el que á toda fuerza excede,  
 Tomo las armas, y á buscarme vino  
 Ardiendo en furioso desatino.

La casa nos cerró en llegando luego,  
 Arrebatado de rabiosa ira,  
 Sin dar á su soberbio ardor sosiego  
 Dentro mil teas encendidas tira.  
 De oir plegarias mi piadoso ruego  
 El indignado Alcayde se retira,  
 Protestando vengar la honrosa injuria  
 (En hija y yerno) su implacable furia.

Yo acudí á las armas conociendo  
 Nuestro peligro, y que ellas solamente  
 Nos podian librar del trance horrendo,  
 Del fiero fuego y enemiga gente.

Mi amada esposa mi denuedo viendo,  
Que á arrojar me llevaba al fuego ardiente,  
Colgada de mi cuello con sus brazos  
Me detenía con lágrimas y abrazos.

No con voz mas llorosa le impedía  
La bella esposa al Príncipe Troyano  
Volver á la batalla que pedía,

A vengarse ó morir en ella ufano;  
Que á mí viendo mi ciego ardor la mía,  
Su muerte cierta, y mi peligro llano,  
Con llanto, abrazos, voces y gemidos  
Conmover hizo el alma mía y sentidos.

Pudo su ruego mas que el furor mio,  
Mas su razon que mi alterado pecho,  
Pues de mi desatiento enfrenó el brio  
Que me llevaba así á morir derecho.  
Detuve el paso, viendo el desvario  
Que hacia en dexarla en tal estrecho  
Sola, aunque iba solo á defendella,  
Y de aquel riesgo en libertad ponella.

A esta sazón (ó miserable punto)  
Iba creciendo el fuego y los clamores,  
Y mi padre acudió, y con él junto  
Mi madre, y dos hermanos míos menores.  
De una flecha á mis pies cayó difunto  
Mi padre, que entre todos los mayores  
Consejeros del Rey fué en mas tenido,  
Y del Rey mas aceto y mas querido.

La triste vieja, viendo á sus pies muerto  
El amado marido, pavorosa

Huyó, poniendo su remedio incierto  
En la huida, entónces peligrosa.  
Porque siguiendo el mismo desconcierto  
Los hijos, y compañía temerosa  
De mugeres y mozos que acudieron  
En las manos contrarias ciegos diéron.

Qual suele en noche obscura el lobo fiero  
El encerrado aprisco rodeando  
Ahullar, que vaporoso huye el carnero,  
Y la oveja tras él sigue bajando.  
Y sin saber á donde con ligero  
Curso, el remedio yendo procurando  
Dan entre la manada de homicidas  
Lobos, donde los privan de las vidas.

Así (ay de mí) siguiéron mis hermanos  
Tras la afligida madre, que turbada  
De su casa huyendo dió en las manos  
De la gente en su daño conjurada.  
Usáron la crueza de tiranos,  
Que sin hacelles, ni á ellos illes nada,  
La madre, hijos, mozas y criados  
Dellos fuéron allí despedazados.

De su crueza andando así la horrible  
Furia, ya el fuego y llamas se esparcía  
Por los sublimes techos con terrible  
Son, y la casa al suelo se hundía.  
Qualquier remedio parecia imposible  
Segun la rabia y crueldad crecía,  
Y quando mas su furia ardía y violencia,  
Hizo del mundo el claro día ausencia.

Este solo remedio ordenó el cielo,  
 Para que lo tuviese el trabajoso  
 Estado nuestro en tanto desconsuelo,  
 En tanto afán y riesgo peligroso.  
 Una pared mostró venir al suelo  
 Rindiéndose al asalto riguroso,  
 Que era remate de un jardín, y daba  
 Vuelta á otra calle, que apartada estaba.

Tomé un grueso madero, y por la parte  
 Donde mostraba la caída cierta,  
 Con fuerza la impelí, y fué de tal arte  
 Que en ella hice una pequeña puerta.  
 Mi esposa, un page y yo del fiero Marte  
 Que nos cercaba, en siendo al punto abierto  
 Por ella envueltos en la sombra obscura  
 Huir pudimos de la muerte dura.

Con el trabajo que será imposible  
 Poder contarte, á este lugar llegamos,  
 Donde hospedage hallar creí apacible,  
 Y no con la impiedad que lo hallamos.  
 Fué nos mandado luego con terrible  
 Apremio de los mismos que esperamos  
 Favor que de la tierra nos saliésemos,  
 Y en ella punto mas nos detuviésemos.

Esta crueza, que se usó conmigo  
 Disculpaban diciendo, que si estaba  
 En su Ciudad, hacian su enemigo  
 A mi suegro, á quien tanto el Rey amaba.  
 Que al punto por vengarse haria contigo  
 Liga, de la qual cierto se esperaba

Su perdición, así en dexar su parte,  
 Como en seguir la tuya en ayudarte.

Sin este es el temor que mas los tiene  
 Pavorosos, no sea descubierta  
 Por donde el agua ocultamente viene  
 A la Ciudad, que tanto se ha encubierto.  
 Y si en su pertinacia se sostiene  
 Ese rebelde pueblo, entienda cierto  
 Gran Rey, que esta es la causa, y que el verano  
 Nos dexa, y viene ya el invierno cano.

En esto tienen todos su esperanza  
 Diciendo, que en soplando los ayrados  
 Vientos, con furia y fiera destemplanza  
 De la obscura caverna desatados.  
 Has de hacer de este lugar mudanza,  
 Porque será imposible á tus soldados  
 Sufrir del frio invierno los molestos  
 Yelos en este largo asedio puestos.

No sé, para que alargo mis razones,  
 Ni te suspendo con prolixos cuentos,  
 O Rey excelso, y tengo á estos varones  
 A mi discurso doloroso atentos.  
 Pues de estar escuchando mis pasiones  
 Dexan de poner fin á tus intentos,  
 El yugo echando á esa rebelde tierra,  
 Que á mi me pone en esta mortal guerra.

Mas concluyendo con la triste historia  
 En que reir me viste y llorar junto,  
 Que me acaba la vida su memoria,  
 Porque viviendo en mí, no estoy difunto.

Ya dije que el amor me dió vitoria,  
 Mi deseo llegando al dulce punto,  
 A mi Ardalaxa en mi poder poniendo,  
 Con la qual vine aquí á Jaen huyendo.

Como me fué mandado que saliese  
 Del lugar, disfracé á mi Mora bella,  
 En hábito, en que nadie aunque la viese  
 Y hablase, pudiese conocella.  
 Aguardé que en el mar de Atlante fuese  
 Ascondida la luz, y que tras ella  
 La obscuridad profunda se mostrase,  
 A quien la guarda nuestra encomendase.

Luego que dió señal la primer vela,  
 Con el silencio al caso conveniente  
 Salimos, yendo yo por centinela  
 Delante al riesgo que se via presente.  
 Y el hado, que en seguirme se desvela  
 Nos llevó á dar en manos de tu gente,  
 De tal suerte, que quando lo advertimos,  
 Cercarnos de una y otra parte vimos.

Volvi despavorido conociendo  
 Las enemigas armas rodearnos,  
 Por todas partes el peligro viendo,  
 Y que imposible ya seria el salvarnos.  
 Dixela que huyese, y revolviendo  
 A detener á los que via cercarnos,  
 La dexé ir, y un page en compañía,  
 Por ese enhiesto monte haciendo via.

Fué la desdicha fiera que me sigue  
 Tan poderosa como siempre ha sido,

Porque de nuevo á nuevo mal me obligue,  
 Y en llanto amargo muera consumido.  
 Y el Alcayde cruel que me persigue,  
 Venganza vea del yerro cometido  
 De su hija, la qual en su huida  
 De ese monte cayó, y perdió la vida.

Yo vine preso á la presencia tuya,  
 Y aunque lloroso, me holgué entendiendo  
 Que me haria la muerte presa suya,  
 Mi desdicha con esto redimiendo.  
 Y deseando, ó Rey, que se concluya  
 El mal, que por vivir estoy sufriendo,  
 Me rei entendiendo que en llegando  
 La muerte me darias que te demando.

Puso el Moro los ojos en el suelo  
 Quando llegó á esta razon postrera,  
 Demostrando bien claro el desconsuelo  
 Que le causaba su congoja fiera.  
 Mas el santo caudillo, que del cielo  
 Defiende la fe santa y verdadera,  
 Al congojoso Moro arrodillado  
 Delante dél esta respuesta ha dado.

De tu ardiente pasion ha dado muestra  
 Tu triste y doloroso sentimiento,  
 Que aunque de ley contraria de la nuestra  
 Sentimos con piedad tu acaecimiento.  
 Que si en poder real, ó en fuerte diestra  
 Estuviera volberte á tu contento,  
 La fe te doy, que yo acudiera á darte  
 Mi favor contra el mundo y contra Marte.

Mas ya que el cielo así ordenó que fuese  
 Tu libertad perdida y gloria muerta,  
 Que tu bien y esperanza concluyese,  
 Cerrando á todo en tu favor la puerta.  
 Y para lo que él sabe, te truxese  
 Al estado en que estás de suerte incierta;  
 Quiero que por mí hagas una cosa,  
 Que te será en tu estado provechosa.

Tu me dixiste que este pueblo tiene  
 Temor, que el agua no le sea quitada,  
 Y que por partes encubierta viene  
 A la Ciudad, en esto confiada.  
 Si tu acudiendo á lo que á ti conviene,  
 Y á que tu ofensa sea por mí vengada,  
 De este caso descúbreme el secreto  
 Si lo sabes, que el premio te prometo.

El Moro respondió: Rey poderoso,  
 ¿Con qué premio podrás jamas premiarme,  
 Que importe mas, ni sea tan forzoso  
 Como servirte, y tu querer mandarme?  
 Este solo es el premio mas glorioso  
 Que Alá pudo del alto cielo darme,  
 Esta es la suerte de mayor alteza  
 Que sucederme pudo en mi baxeza.

Verdad es, que yo dixé que vivian  
 Recelosos los Moros de esta tierra  
 Que el agua les faltase, en que tenian  
 La confianza toda de la guerra.  
 Y si así se resisten, y porfian  
 Contra tí, y la puerta se te cierra,

No es otra la ocasion, ni otro seguro  
 Los asegura en su trabajo duro.

Esto en que tienen su esperanza puesta,  
 El fin de toda su mortal fatiga,  
 El reparo de ver su muerte presta,  
 Y que el intento tuyo se consiga:  
 Esto quiero con prueba manifiesta  
 Que no es el odio solo el que me obliga,  
 Ni la venganza que me está incitando,  
 Sino el deseo de hacer tu mando.

Ibamos, que mi fe doy de ponerte  
 En donde el agua nace, y en la parte  
 Que se asconde, y en esto, ó Rey, hacerte  
 El servicio que mandas sin faltarte.  
 Holgóse de esto el invencible y fuerte  
 Defensor de la fe, y siguiendo el arte  
 Militar, escogió de sus guerreros  
 Quatrocientos valientes caballeros.

Los demás como estaban en sus puestos  
 Mandó que al arma luego se pusiesen  
 En sus alojamientos, y dispuestos  
 Por quarteles y en órden estuviesen.  
 Hizo salir los adalides prestos,  
 Que la tierra mirasen y corriesen,  
 Junto los gastadores aprestados  
 De escodas y de picos acerados.

Ya del hermoso dia la luz ardiente  
 Faltaba al mundo, y la tiniebla obscura  
 Envuelta en sueño á la cansada gente  
 De su trabajo concedia soltura.

Proserpina con vuelta diligente  
 El paso á ver al Cerbero apresura,  
 Febo el carro al Zodiaco llegaba,  
 Y en profundo silencio todo estaba.

Por el orden que á todos habia dado,  
 (Dispuesto el campo) se aprestó al camino  
 El fuerte Rey, del bárbaro guiado,  
 Y su deseo del motor divino.

Yendo marchando en esquadron formado  
 A la falda llegaron del vecino  
 Monte, donde dexáron los caballos,  
 Que la aspereza les forzó á dexallos.

Iban subiendo la fragosa cumbre  
 Los Christianos guerreros, trabajando  
 Por llegar ántes que la alegre lumbre  
 Viniese el mundo con su luz dorando.  
 De su valor siguiendo la costumbre,  
 En los trabajos mas vigor mostrando,  
 Qual tocando en la lucha Anteo la tierra  
 Volvia con nuevas fuerzas á la guerra.

Tal en la enhiesta y áspera subida  
 Los Christianos (aunque era trabajosa  
 De matas y de riscos impedida)  
 Mostraban su virtud maravillosa.  
 Que en los heroycos pechos que se anida  
 Hace fácil la mas dificultosa,  
 Porque como al temor no dan entrada,  
 Resiste á todo sin rendirse á nada.

Por todo con igual valor rompian  
 Poco á poco su empresa consiguiendo,

Y á la elevada cumbre se subian  
 Trabajos y peligros resistiendo.  
 Y quanto mas del llano se desvian  
 Mas el rigor del viento iba creciendo,  
 Que Bóreas ya con soplos diferentes  
 Volvia en cristal las líquidas corrientes.

El invencible Rey de los primeros  
 Iba subiendo el áspero camino,  
 Imitado de todos sus guerreros  
 En el cuidado y caminar continuo.  
 El Moro iba entre algunos caballeros  
 Delante, el qual ya viéndose vecino  
 Al castillo, mostrando el fuerte asiento  
 Paró, y al Rey le dixo muy contento.

Aquí acaba Señor, nuestro viage,  
 Ves aquí los cimientos de esta fuerte  
 Alcazava, que niega el homenaje  
 A tu invencible diestra y sacra suerte.  
 Y porque su arrogancia y brio se ataje  
 Cumpliendo mi palabra de ponerte  
 Donde el agua le quites, te he traído  
 A donde estás, con que te la he cumplido.

El agua es esta, y por aquesta parte  
 Una oculta y secreta cañería  
 Va rompiendo la tierra con tal arte,  
 Que encubre á todos su secreta vía.  
 Desde aquí es de donde se reparte,  
 Por estos atanores se desvia  
 De la madre, y entrando en el castillo.  
 Lo hace inexpugnable al combatillo.

Silencio puso el Moro á sus razones.  
 Que el gran propagador de España estaba  
 Oyendo, en torno puestos sus varones,  
 En orden que la cima alta ocupaba.  
 Y sin mas detenerse en dilaciones,  
 Por el lugar que el Moro señalaba  
 Los atanores manda que rompiesen,  
 Y nueva via al agua oculta diesen.

Comienzan con hervor y brio valiente  
 Los robustos y fuertes gastadores  
 Con ánimo y con priesa diligente  
 A buscar los guardados atanores,  
 Qual con la gruesa barra y fuerza ardiente  
 Hierre la tierra, y mueve yerba y flores,  
 Qual la doblada escoda levantando,  
 Qual el pico acerado va aplicando.

Unos por otra parte recogian  
 La tierra, y con azadas la juntaban  
 En montones, y otros que acudian  
 De la zanja en espuertas la sacaban.  
 La apretada argamasa removian  
 Con la fornida escoda, y la quebraban  
 Los fuertes picos, que con ambos brazos  
 Descargaban haciéndola pedazos.

Con la obra el trabajo iba creciendo,  
 Y el cuidado en abrir el suelo duro,  
 Por una parte y otra removiendo  
 Quanto á estar fixo le hacia seguro.  
 En su labor los unos, y otros yendo  
 Cubiertos del silencio y manto obscuro

De la húmida noche, que ya en vuelo  
 Iba baxando la mitad del cielo.

A unos y á otros acudia cuidadoso  
 El magnánimo Rey, á todos dando  
 Esfuerzo en su ejercicio trabajoso,  
 Con entender que los está mirando.  
 Ellos con brio ardiente y codicioso,  
 Que del Rey fuese ya cumplido el mando  
 Les era el afan dulce, y daba aliento  
 Para emprender el fin del justo intento.

Gran parte habian la zanja descubierto  
 Sin que el agua les fuese manifiesta,  
 Ni por do iba el atamor cubierto  
 Que tal fatiga y tal afan les cuesta.  
 Y estando asi dudosos de lo cierto  
 Rompen la acequia, y sale el agua presta,  
 A borbollones por la zanja alzándose,  
 Por una y otra banda derramándose.

No fué con igual gozo recibida  
 La fuente que en la Lybia calurosa  
 Halló la gente que restó con vida  
 De la mano de Cesar vitoriosa;  
 Ni la que fué de Jove concedida  
 A Baco, en su fatiga trabajosa,  
 Que de esta merced dando testimonio  
 Le consagró el famoso templo Amonio.

De este favor del cielo agradecidos  
 La voz á una todos levantaron,  
 De un general contento conmovidos,  
 Y el agua en torno alegres rodearon.

Como estaban calzados y vestidos  
 Dexarse tocar de ella no esquiváron,  
 Porque al que ménos le tocaba piensa  
 Que á la merced del cielo hace ofensa.

Al punto mandó el Rey que atravesasen  
 El corte que derecho habian seguido,  
 Y por la sierra abaxo encaminasen  
 La suelta presa al fin que ha pretendido.  
 Acuden sin que punto dilatasen  
 Rompen á fuerza el risco endurecido,  
 Hacen camino nuevo, danle paso  
 Por donde baxe con violento paso.

Hizo asimismo toda á la redonda  
 Deshacer la trabada cañeria,  
 Sin que el un cañio al otro corresponda,  
 Ni se conozca la encubierta via.  
 Cercóla en torno de una zanja honda  
 Y ancha, que la ataja y la desvia,  
 Con que la aseguró que no pudiese  
 El Moro reparalla si quisiese.

Todo puesto en razon, y en órden puesto  
 El esquadron de la invencible gente,  
 Dexo el fragoso y levantando puesto,  
 De la cumbre baxándose eminente.  
 Comenzaba á hacerse manifesto  
 El nuevo dia con la luz de oriente,  
 Trayendo á priesa la Menonia aurora  
 En su rosado carro el áurea ora.

A este punto llegó á hallarse en medio  
 Del Castellano ejército, que estaba

Puesto al arma en custodia del asedio,  
 Y su venida con deseo aguardaba.  
 Certificó que todo humano medio  
 Con lo hecho al contrario le faltaba,  
 Que fuesen y al reposo se entregasen,  
 Y para la vitoria se aprestasen.

---



---

### LIBRO TERCERO.

**D**el fiero ardor de Marte el fuerte pecho  
 Del santo Marte, á su gloriosa empresa  
 Instigado, teniendo en este hecho  
 Inmóvil la alma, y la memoria impresa.  
 Resuelto que primero sea deshecho  
 Con bélico rigor, y hecha presa  
 Del rebelde lugar, quel cerco dexé,  
 Y con asaltos, fuego y hierro aqueje.

Firme en este propósito, dispone  
 Por nueva órden todo lo importante  
 Al fin que aspira, y con cuidado pone  
 En lugares dispuestos lo restante.  
 Ingenios, mantas, máquinas opone  
 Al muro, que soberbio y arrogante  
 Se levantaba, dando á los de dentro  
 Animo al daño y peligroso encuentro.

Tenia el Rey á un lado de la sierra,  
 Que se decia la peña, en una fuente  
 Su alojamiento; y desde allí la tierra

Salía á correr, y requería su gente.  
 Por aquí el paso al enemigo cierra;  
 Y á la parte que está puesta al poniente  
 Los instrumentos bélicos allega,  
 Al muro quanto puede mas los pega.

Por esta banda iba corriendo el muro  
 Hasta juntarse al que cerraba el fuerte  
 Castillo inexpugnable, que seguro  
 Hacia al pueblo, y no temer la suerte,  
 Y en los asaltos donde Marte duro  
 Amenazaba con horrible muerte,  
 Por aquí á los de arriba bastecian,  
 Y los de arriba abaxo descendian.

Advirtiendo el magnánimo caudillo  
 De la christiana fe, quanto importaba  
 Evitar aquel paso del castillo  
 A la Ciudad, á quien batiendo estaba.  
 Pues de quedar en pié sin dividillo,  
 Inconveniente y riesgo resultaba,  
 Que la pequeña fuerza estando unida,  
 Es mayor que la grande dividida.

Esto entendido, y dado á entender esto  
 Del Rey á sus valientes caballeros  
 Qual fué mandado, se cumplió tan presto,  
 Y á ejecutarlo se presentan fieros.  
 Rodean de gente y máquinas el puesto,  
 Con hierro, fuego y fuerza los guerreros,  
 A combatir comienzan el seguro  
 Y hasta allí intratable y fuerte muro.  
 Los bárbaros de dentro á la defensa

Con no ménos corage y brio acudian,  
 Ni resistiendo el muro hacian ofensa  
 A los que entrallo á fuerza pretendian.  
 De arriba echaban peñas con inmensa  
 Furia, y de abaxo el golpe recibian  
 Cubiertos con las mantas, de clavados  
 Pinos, de cuero y planchas aforrados.

Aquí el valor hacia de su parte  
 Resistencia al cobarde y torpe miedo,  
 Y por las armas del sangriento Marte  
 Rompia el Christiano con feroz denuedo.  
 De arriba el Moro con esfuerzo y arte,  
 Y con presteza mas que decir puedo  
 Lanzas y teas lanzaban encendidas  
 Con que las mantas fuesen consumidas.

De nerviosas rodelas muy cubiertos  
 Unos subian sufriendo golpes crudos,  
 Otros llegaban las escalas ciertos  
 Que los defenderian planchas y escudos.  
 Los unos de pedradas caian muertos,  
 Otros ya casi arriba, los agudos  
 Y arrojados dardos los volvian,  
 Y otros de flechas el vivir perdian.

Crecian las voces, el clamor y estruendo  
 De entrambas partes, de la mesma suerte  
 Que el esquadron de grullas, que huyendo  
 El agua, o recelando el tiempo fuerte:  
 Por los ayres confuso son haciendo  
 A los pigmeos descenden á dar muerte,  
 Que revueltos en áspera contienda,

Solo un rumor confuso hay que se entienda.

La muchedumbre bárbara acudia  
 Con algazara, y el Christiano bando  
 Alzaba la confusa voceria,  
 Que por los ayres iba resonando.  
 De entrambas partes crece la porfia,  
 Los enemigos el subir vedando  
 A los Christianos, los Christianos fuertes  
 Por subir recibiendo y dando muertes.

En aquesta trabada lid horrible  
 Era el Christiano ejército ofendido  
 Del enemigo con furor terrible,  
 Con ánimo y violencia resistido.  
 Por otra parte el tiempo era insufrible,  
 Que nunca un dia el claro sol se vido  
 Sino de obscuras nubes ofuscado,  
 De vientos, agua y frio acompañado.

Recebia el ejército Christiano  
 (Que sin reparo estaba en la campaña)  
 Mas daño que del áspero pagano  
 Del tiempo frio y destemplanza extraña,  
 Sin que el valor heroyco y soberano  
 Menguase, ni en la lid la ardiente saña,  
 Resistiendo al ayrado viento y frio,  
 Y del contrario el animoso brio.

Libre iba el furor del duro acero,  
 De la inhumana Aleto acompañado,  
 Encendiéndose mas, y con mas fiero  
 Destrozo en el asalto comenzado,  
 Quando de oriente se mostró el lucero

Que trae la noche de humedad cercado,  
 Faltando el bello resplandor del dia,  
 El mundo envuelve en la tiniebla fria.

Hizo á este punto desde un lugar alto  
 Señal la trompa bélica, que fuese  
 Por entonces dexado el cruel asalto,  
 Y al reposo y quietud se remitiese.  
 Y aunque de luz el mundo estaba falto,  
 Y el trabajo obligaba á que pusiese  
 Tregua, no fué posible que el sangriento  
 Furor perdiese el crudo encendimiento.

Sobre un caballo el fuerte Rey se puso,  
 Y á la parte que vió mas encendido  
 El sangriento combate y mas confuso,  
 De heridos y muertos impedido:  
 Por allí rompe, y de apartar propuso  
 La porfiada lid, pues el sonido  
 Del sonoro metal no refrenaba  
 De su animosa gente la ira brava.

Llegó, y al punto que del alto muro  
 Por las insignias cierto conociéron  
 Ser la real persona, aunque de duro  
 Y fuerte acero estar cubierto viéron:  
 Un bárbaro teniendo por seguro  
 Hablar con él, á voces que le oyéron  
 Dixo, entre dos almenas de pies puesto,  
 Con desdeñoso ceño y feroz gesto.

No sé, quien te aconseja, o Rey Fernando,  
 Que con tan ciego porfiar intentes  
 Conquistar á Jaen, menospreciando

El poder suyo, y fuerzas eminentes.  
 ¿No ves, que vas en valde contrastando  
 A los que por seis veces tus valientes  
 Guerreros han cercado, y no han habido  
 La vitoria que han dellos pretendido?  
 ¿Piensas tú que contiendes con aquellos  
 Que en el primer reencuentro se te diéron?  
 ¿O con los otros, que en llegando á vellos  
 En tu poder rendidos se pusieron?  
 Diferente valor verás que en ellos,  
 Por que sí ellos el morir temieron,  
 A nosotros nos da esfuerzo la muerte,  
 Y pelearemos hasta ver tal suerte.

Aunque entendido y puesto bien en cuenta  
 Desde el dia que el cerco nos pusiste  
 Para tí ha sido confusion y afrenta,  
 Pues el mal sufres que hacer quisiste.  
 Tu Dios se desagrada y descontenta  
 Desta guerra, pues desde que veniste  
 Te castiga con tiempos tempestuosos,  
 Mas que la guerra para tí dañosos.

Esto nos hace estar aquí encerrados,  
 Y no el temor de verte á tí presente,  
 Que con seguro estamos confiados  
 Que es tu trabajo todo impertinente.  
 Que los hádos, los vientos frios y ayrados  
 Han de vengarnos, y apocar tu gente,  
 Y como estamos satisfechos desto,  
 No salimos á echaros de ese puesto.

Dixo el Moro arrogante, y con denuedo

Desde el muro vibró una gruesa lanza  
 Hacia el R y, que con rostro firme y quedo  
 Se estuvo quedo sin hacer mudanza.  
 A este punto Don Lope de Quevedo  
 A resistir el tiro se abalanza,  
 Poniéndose ante el Rey quan presto pudo,  
 Y el golpe recibió en su firme escudo.

Quedo el asta blandiéndose hincada  
 En el escudo, que pegado al pecho  
 Estuvo sin poder moverlo nada  
 Sino fué á ira el atrevido hecho.  
 Y de ardiente furor arrebatada  
 El alma, apaña un dardo, y va derecho  
 Al Moro, que subido en su alto muro  
 De haber peligro se reia seguro.

Pone la aguda vista en él, alzando  
 El fuerte brazo, al pecho el golpe apunta,  
 Ya adelante el brazo, ya tornando  
 Atras, el hierro casi al rostro ajunta.  
 Puesto en el punto arrojalo, y volando  
 Por las entrañas se le entró la punta,  
 Dando al alma lugar que huya en vuelo,  
 El cuerpo vino atravesado al suelo.

No cayó con ruido semejante  
 (Del hijo de Saturno poderoso  
 Derribado al infierno) el cruel gigante  
 Que movió guerra al cielo glorioso;  
 Ni de la cumbre excelsa de Atlante  
 Herido el duro risco del fogoso  
 Rayo, que removiéndose y cayendo

Hace un horrible y admirable estruendo.

Así el Moro soberbio en su caída  
Con espantable estruendo al suelo vino,  
Lanzando sangre la mortal herida  
Que á la fiera alma al Huerco dió camino.  
Regó los pies con ella al homicida,  
Que le dió el premio á su osadia condino,  
El qual de un pié lo arrastra, y se lo lleva  
Al Rey, testigo de la heroyca prueba.

Viendo los Moros muerto el que ponía  
Con soberbia arrogancia y cruel denuedo  
Animo á su flaqueza ó valentia,  
Y él solo dellos desviaba el miedo:  
Alzan una confusa vocería,  
Y lanzas, flechas, dardos á Quevedo  
Desde el muro furiosos arrojaban,  
Sin saber donde á bulto las tiraban.

La obscuridad, las voces y alaridos,  
Mezclados de la una y otra parte  
Con horrisono son y con gemidos  
En el ciego furor del crudo Marte:  
Hizo al Rey que mandase á sus temidos  
Caballeros de Christo y su estandarte,  
Que no aguarden mas tiros, ni los tiren,  
Y en orden á sus puestos se retiren.

Pasó la voz en vuelo presuroso  
Avisando que el Rey á todos manda  
Que el combate dexasen furioso,  
Y el puesto á la enemiga gente infanda.  
Obedecen el mando poderoso

Del Rey, y el que mas fiero se desmanda  
En combatir al Moro, se retira  
Poniendo freno á la impaciente ira.

De Marte los ingenios y potencias  
A la guarda quedáron sometidos  
De Don Domingo, Obispo de Palencia  
Con trescientos guerreros escogidos.  
Los demas, esquivando la violencia  
De la noche, en sus sombras escondidos  
A dar reposo á sus cansancios fuéron,  
Y á los Cymmerios Dioses se ofrecieron.

Hizo el valiente Obispo encender fuego  
En torno de las máquinas que estaban  
Pegadas con el muro, y cercar luego  
De postas todo el puesto adonde estaban.  
Los demas se entregáron al sosiego,  
En confianza de los que velaban  
Por sus quartos, y él iba requiriendo  
Los que velando estaban y durmiendo.

Algun espacio habian reposado  
Los bárbaros despues que con su gente  
El Rey dexó aquel puesto, encomendado  
Al Obispo, por sabio y por valiente.  
El qual, siempre á las máquinas pegado,  
En torno de las guardas diligente  
Solicitando andaba que hiciesen  
Los que velaban vela, y no durmiesen.

Un Alfaquí los bárbaros tenían  
Llamado Abetanzu, grande adivino,  
Al qual quando a'gun daño ó mal temian,

Iban como á un oráculo divino.  
 Deste por sus encantos entendian  
 Lo que ordenaba dellos el destino,  
 Acudiendo al remedio que les daba  
 En que la pobre gente confiaba.

Como su daño viesen ir creciendo  
 Cada día, y menguarles su esperanza,  
 Al contrario el efecto sucediendo  
 De aquello en que vivia su confianza:  
 Acudiéron al Mágico, pidiendo  
 Que les dixese si haria mudanza  
 Aquella desventura que sufrían,  
 En que de hambre y sed morir se vian.

El Moro encantador en medio puesto  
 Del temeroso pueblo y miserable,  
 Despues de haber con demudado gesto  
 Con ronca voz horrible y espantable,  
 Consultado las furias del infesto  
 Rio, y al Rey del Reyno inexorable,  
 Lavándose tres veces rostro y manos,  
 Esto dió por respuesta á los paganos.

Si no es vana la ciencia en que mis años  
 He con prolixo estudio consumido,  
 Con que os he revelado tantos daños,  
 Y os he de tantos riesgos guarecido:  
 En los presentes, donde tan extraños  
 Males sufris, qual nunca habeis sufrido,  
 Hay un remedio solo, que aquel fuego  
 De los Christianos apaguemos luego.

Esto ha de ser del modo que conmigo

Concertó la deidad, que me revela  
 El orden de librar el pueblo amigo  
 Del Rey, que en perseguirlo se desvela.  
 Será cumplido qual prometo y digo,  
 Sin que la fuerte guardia ó presta vela  
 Impida el fiel designio que me llama,  
 Con que á vos daré vida, y á mi fama.

Solo habeis de advertir, que quando echare  
 Dentro del fuego lo que el cielo manda,  
 Que si con ello el fuego se apagare,  
 Libres sereis de la opresion infanda.  
 Mas si con nuevo aliento se esforzare  
 Ondeándose á una y á otra banda,  
 No tengais confianza, y sabed cierto  
 Que este pueblo será cautivo ó muerto.

Del no entendido proceder quedaron  
 Llenos de espanto, y todos le pidiéron  
 Que lo que en profecia le reveláron  
 Cumpla, sin exceder qual le dixéron.  
 Y para que abaxase traer mandáron  
 Una escala, que al fuerte muro asiéron,  
 Y con seis Moros descendió escogidos,  
 Y á los fuegos caminan encendidos.

Puestos los siete Moros en camino,  
 Cubiertos de armas, y ánimo dispuesto  
 De morir ó poner á su adivino  
 Donde el habia señalado el puesto:  
 El bárbaro Alfaqui, de blanco lino  
 Vestido, y de hojas de cipres funesto  
 Coronado, y un libro en la una mano

Del Alcoran de su profeta vano.

Con el menor ruido que podian  
Al fuego poco á poco se acercaban  
Los temerarios Moros, que confian  
En el encantador, que acompañaban.  
Y puestos donde estar las guardias vian  
Que en torno de las máquinas velaban,  
Abetanzu, el rostro á oriente vuelto  
Dice, el cabello por los hombros suelto.

O tú deidad, que á tan heroyco hecho  
El ánimo quieto me espoleas,  
Y á que apague aquel fuego traes derecho,  
Para el fin que tú ocultas ó deseas:  
Suplicote que deste duro estrecho  
En que Jaen está, servido seas  
Que salga, sin que alcance el cruel Christiano  
La vitoria que tiene ya en la mano.

Esto diciendo, á todos abrazando  
Les dixo, que en el punto que apagase  
El fuego, ellos la vuelta apresurando,  
Cada qual con huida se librase.  
Que hasta allí le venian acompañando,  
Porque si alguno el paso le estorbase  
Resistiéndolo ellos, él pudiese  
Llegar al fuego, y su intencion cumpliese.

Todas estas razones escuchaba  
El invencible Obispo, y quando vido  
Al Moro, que de esotros se apartaba,  
Arremetió á los seis enfurecido.  
Mézclase entre ellos, y en batalla brava

Hiere en ellos, y de ellos es herido:  
Resueña el cavernoso monte, y vuela  
El son horrible á donde está la vela.

Toca al arma, de léjos divisando  
Las armas, y los golpes claro oyendo,  
Dexan el sueño los que en ocio blando  
Están, y corren do se oia el estruendo,  
Con la priesa las armas apañando  
Que delante ponía el furor horrendo,  
Cercan los Moros, que en sangrienta guerra  
Tenía el Obispo muertos tres en tierra.

Los demas, pavorosos y turbados,  
Del camino seguido que truxéron  
Por diferente senda desviados  
Qual mas podía todos tres huyéron.  
Y siendo á pocos pasos alcanzados  
En un instante hechos piezas fuéron,  
Qual si en rebaño flaco de corderos  
Diera una esquadra de leones fieros.

El Obispo siguió los pasos luego  
Del Alfaqui, que en vuelo presuroso  
Puesto se habia junto al vivo fuego  
Por orden del oráculo engañoso.  
En torno del hablaba sin sosiego  
En ronca voz y acento congojoso,  
Y habiendo por tres veces dado vuelta  
La guirnalda arrojó, y la ropa suelta.

Revuelve el rostro al que en su alcance vido  
Que con sangrienta espada le seguía,  
Diciéndole: Christiano, no te pido

Mas de que aguardes una razon mia.  
 El Obispo, aunque en colera encendido,  
 El curso suspendio á oir qué decia  
 El Moro, el qual saltó en la llama ardiente,  
 Y puesto en ella, dixo así impaciente.

Con esta fatal muerte á que me ofrezco  
 Queda libre Jaen, que el cielo ordena  
 Que yo su Sacerdote, que padezco,  
 La libré con sufrir aquesta pena.  
 La gloria que promete Alá merezco,  
 Ya me veo puesto en la region serena,  
 Segun me reveló, quedando en vano  
 El intento cruel del Rey Christiano. (do

La llama, que ya en él se iba emprendien-  
 Lo derribó cubriéndolo, y alzándose  
 En retorcidas puntas, que volviendo  
 Abaxo, se esparcian ondeándose.  
 Los que atentos del muro estaban viendo  
 Si se apagaba el fuego en él echándose,  
 Lo que les habia dicho el adivino  
 Que echar mandó el oráculo divino.

Y al adivino viendo que animoso  
 Con temerario osar en la inclemente  
 Llama se habia arrojado furioso,  
 Sin que aplacase su furor ardiente.  
 Despues de haber el brazo poderoso  
 De la Christiana y vitoriosa gente  
 Muerto los que llevaba por seguro,  
 Y hecho las piezas verlos junto al muro,  
 Un frio pavor en ellos entró luego

Viendo que del oráculo faltaba  
 La promesa en que el vulgo duro y ciego  
 Tan confiado y tan seguro estaba.  
 En llanto y en cruel desasosiego  
 Se convirtio el esfuerzo que mostraba,  
 Que la necesidad es insufrible,  
 Y mas donde la habia tan terrible.

De la guardia del muro se quitáron  
 Tristes y con mortal desconfianza  
 Los que en todas las velas se halláron  
 A defenderlo con espada y lanza.  
 Renuevan postas, y un clamor alzáron  
 Confuso, que al real Christiano alcanza,  
 Y fué el primero á quien tocó el oido  
 Al Rey, el qual saltó despavorido.

Tomó la espada, y embrazó el escudo,  
 Y á la entrada se puso de la tienda,  
 Como en la cama se halló desnudo,  
 A ver que fuese, ó que del caso entienda.  
 Un grande espacio allí aguardó, y no pudo  
 Entender la ocasion de aquella horrenda  
 Y mal formada vocería, que el bando  
 Bárbaro alzó su fin pronosticando.

El Rey invicto estando desta suerte  
 Al rigor puesto del helado aliento,  
 Cuidoso por saber de aquella suerte  
 Qual fuese la ocasion y fundamento:  
 Ante él llegó el invencible y fuerte  
 Don Pelayo Correa, que el propio acento  
 De los llorosos Moros le alteráron,

Y del reposo apriesa lo sacáron.

Don Alvar Perez acudió el valiente,  
Don Gil Manrique tras sus pasos vino,  
Tello Alfonso, y tras él el excelente  
Rui Gonzalez, del Rey mayor Merino:  
Diego Perez, aquel que justamente  
De Machuca heredó el renombre digno  
A la hazaña, y su contrario fiero  
Gomez Ruiz, en valentia el primero.

Al firme pecho puesto el fuerte escudo,  
Y en la vitoriosa y diestra mano  
El fulminante acero, que desnudo  
En la segur fatal del Africano;  
Con la presteza que decirse pudo  
Ante el invicto protector Christiano  
Llegó Don Pedro Ponce, á quien siguiéron  
Muchos que el llanto y alboroto oyéron.

Siguiendo esta Nestoria compañía  
De Scipiones, que ante el Rey estaba  
Tratando de la estraña vocería  
Que resonó del muro y alcazava;  
Acudió la marcial infantería  
Aunque con el reposo reparaba  
El trabajo pasado, al congojoso  
Clamor cada qual sale presuroso.

El Rey se retiró á tomar vestido,  
Dexándolos á todos confriendo  
Sin concluir la causa, que habia sido  
Del lloroso rumor y ronco estruendo.  
En esta duda estaba confundido

El invencible ejército, acudiendo  
Al reparo, quando la sombra obscura  
Al Erebo huyó de la luz pura.

Comenzóse á adornar de la belleza  
Del oriental planeta el monte y llano,  
A verse de las cumbres el alteza  
Y al rio tender su fértil falda ufano.  
A las armas acuden con fiereza  
Todos, pidiendo al protector Christiano  
Que la duda se aclare, con que al punto  
Suban donde el clamor oyéron junto.

Quedó desta demanda el glorioso  
Y deificado espíritu contento  
Del defensor de Esperia vitorioso,  
Viendo acudir á su invencible intento.  
Y sin aguardar mas, por el fragoso  
Monte el camino enderezó al momento,  
Diciendo que por obra se pusiese,  
Sin que en cumplirlo mas se difiriese.

Imitando á su Rey los excelentes  
Varones, suben la fragosa sierra,  
Dispuestos de rendir las eminentes  
Fuerzas, y la ciudad poner por tierra.  
Si en contrastar sus ánimos valientes  
Mas porfiase la rebelde tierra,  
Este intento hacia á los que subian  
Menos grave el trabajo que sufrían.

Pudo el cuidado y presta diligencia  
En los heroycos Españoles tanto,  
Que al trabajo haciendo resistencia

Y el ocio perdonando al cruel quebranto:  
Llegó la gente y la real presencia  
Donde se oyó el no entendido llanto,  
Y donde el glorioso Obispo estaba  
Los ingenios mirando que guardaba.

Tenia los muertos que en la lid pasada  
Las vidas junto al muro habian perdido,  
Del lugar apartados que la espada  
Contraria habia su vivir rompido.  
Y para serles sepultura dada  
Al puesto suyo los habia traído  
Contra el querer del enemigo fiero,  
Que impedía hacerles este bien postrero.

Enternecióse el Rey de ver en esto  
Ocupado el Obispo, y con semblante  
Que de dolor dió indicio manifiesto,  
Y de piedad exemplo fué bastante.  
Y á todos los que al triste honor funesto  
Asistian, él puesto de delante  
Los animaba, y daba aliento á priesa  
Qual á romper, qual á hondar la huesa.

Los unos cargan al amigo muerto  
Sobre sus hombros, mil gemidos dando,  
Y llévanlo á que dellos sea cubierto  
De la tierra que estaban conquistando.  
El otro halla al caro hermano abierto  
El fuerte pecho, y sobre sí cargando  
El dulce peso á darle sepultura  
Lo lleva y llora de congoja pura.

A esto solo todos acudian,

Y en esto estaban todos ocupados,  
Los unos de piedad se conmovian,  
Los otros eran de amistad forzados.  
De la enemiga tierra los cubrian,  
Y eran con ella de sus pies pisados,  
Que era lo que podian hacer por ellos  
Para de fieras y aves defendellos.

Administrando este piadoso oficio  
Con diligencia todos igualmente,  
Al muerto haciendo bien, y á Dios servicio,  
Con cuidado solícito y ardiente.  
Qual en Liquicio suele en su ejercicio  
Acudir de mancebos la valiente  
Esquadra á derribar las levantadas  
Encinas al gran Jove consagradas.

No de otra suerte en hervoroso aliento  
Los Christianos guerreros á la tierra  
Los cuerpos daban que el furor violento  
Privó de vida en la discordie guerra.  
Cumpliendo el justo y piadoso intento  
Qual al amigo, y qual al deudo entierra,  
Sin que á ninguno en premio de su muerte  
Se le negase la piadosa suerte.

Siendo á la antigua madre en poder dados  
Los cuerpos todos que de la enemiga  
Espada fuéron del vivir privados,  
Y en libertad de la mortal fatiga.  
Los muertos como a muertos ya dexados,  
Los vivos porque el Rey su fin consiga,  
Acuden todos á las armas luego

Pidiendo guerra, ardiendo en furor ciego.

El fuerte Rey caudillo soberano,  
Lleno de gloria el invencible pecho,  
Delante viendo á su esquadron Christiano  
Que defendia el celestial derecho:  
Con rostro alegre y con semblante ufano,  
De su valor y esfuerzo satisfecho,  
En medio dél se pone y en voz alta  
Dice, y la gloria de su gente exalta.

Invencibles leones de Castilla  
Por quien de España el nombre será eterno,  
Y en su antiguo lugar la real silla  
Que perdió el Godo por su mal gobierno:  
Esta infamia, esta pérdida y mancilla,  
Que á toda España tuvo en llanto tierno  
Tantos años, con vuestra fuerte espada  
La mayor parte ha sido restaurada.

No quiero en alabanza vuestra y gloria  
Detenerme, pues quando yo os alabe  
Y de vosotros haga larga historia,  
Diré lo menos que en vosotros cabe.  
Los hechos dignos de inmortal memoria,  
Los triunfos que la fama eterna sabe  
Y celebra en el mundo, son conmigo  
En decir lo que yo callando digo.

Todas las tierras que Pisuerga baña,  
Y las que son sujetas á su fuero,  
Son por vuestro valor y fuerte saña  
Reducidas al yugo de mi impero.  
Al Africano se le estrecha á España,

Pues quanto riega el Tajo, y cerca Duero  
Por todas partes al contrario bando  
Le habeis ganado, y le venis ganando.

Ahora resta que por esta parte  
Que vuestra espada conquistando viene,  
De que habemos ganado tanta parte,  
Que ya el contrario es poca la que tiene:  
Que con aquel valor, esfuerzo y arte,  
Que vuestros fuertes ánimos sostiene,  
No dexemos lugar que no someta  
A nuestro fuero su maldita seta.

Y este que con altiva confianza  
Tanto tiempo ha negado su obediencia,  
Y con rebelde y bárbara esperanza,  
Se ha puesto, haciendoos tanta resistencia:  
Pues ha abierto la puerta á la venganza,  
Y por su justo mal á la clemencia  
La cierra, no será el castigo injusto  
Al que está pertinaz contra lo justo.

Resuelto estoy que por el suelo venga  
Hoy ese muro, y vean quan bastantes  
Sois, porque el ciego bárbaro no tenga  
Confianza en acuerdos de ignorantes.  
Esto importa y que mas no se detenga,  
Que los negocios graves é importantes  
Piden maduro acuerdo á contemplallos,  
Y diligencia grande á executallos.

Dixo el divino Rey, y en el momento  
Al muro sus valientes caballeros  
A cumplir de su Rey el mandamiento

A una todos arremeten fieros.  
 Ni máquina, ni bélico instrumento  
 Quedó, ni tiros graves, ni ligeros  
 Que no aprestasen al cruel recuento,  
 Ni hombre que rehusase de entrar dentro.

Negándoles la entrada á la defensa  
 Se puso el bando bárbaro en el muro,  
 Y al que arrima la escala ó subir piensa,  
 Lo desvia cruel dardo ó golpe duro.  
 Desde abaxo hacian mortal defensa  
 A los que el baluarte alto y seguro  
 Guardaban, porque apenas descubrian  
 Blanco, quando los tiros los herian.

Diego Perez de Vargas el primero  
 (Siguiendo su alto esfuerzo) al muro allega  
 Una doblada escala, y sube fiero  
 Por ella al bando que subir le niega.  
 Otra arrimó, y por ella va ligero  
 Ruiz Gonzalez ardiendo en ira ciega,  
 Don Gil Manrique y Tello Alfonso hicieron  
 Lo propio, y ser primeros pretendieron.

Los Moros dando gritos espantosos  
 A aquella parte acuden con fiereza,  
 Y con tiros resisten rigurosos  
 La subida á ganar su fortaleza.  
 Los caballeros suben animosos,  
 Lanzan sobre ellos piedras de grandeza  
 Desmesurada, suben reparándose  
 Cubiertos, por los pasos agarrándose.  
 De abaxo á los que al muro iban subiendo

Ayudaban con tiros, que impedian  
 Con dura muerte y espantable estruendo  
 A pararse á herir los que subian.  
 Crecia en todos el furor horrendo  
 Del crudo Marte, y quanto mas podian  
 Los Christianos á lo alto se acercaban,  
 Y los Moros de dentro lo estorbaban.

Iba lo alto ya del muro echando  
 El diestro brazo Diego Perez fuerte,  
 Y un Moro vino encima dél lanzando  
 Un gran peñasco á darle con él muerte.  
 Sobre el escudo el golpe descargando  
 En contraria volvió su buena suerte,  
 Que la escala, el peñasco y él vinieron  
 Juntos al suelo que tremer hiciéron.

Aquí, ó varon fortísimo, acabara  
 Tu justa vida, si el piadoso cielo  
 (De quien eres amado) no guardara  
 Para defensa de su fe en el suelo.  
 Y contrastando á la fortuna avara,  
 Del duro risco á un lado torció el vuelo  
 Dando contigo donde el golpe crudo  
 Sin riesgo de la vida escapar pudo.

Quedó del duro golpe sin sentido,  
 Sin mover pie, ni mano, y al momento  
 Fué llevado á que fuese guarecido  
 (Como el Rey lo mandó) á su alojamiento.  
 Encendióse el furor embravecido  
 De entrambas partes con horror violento,  
 La tierra hunde el alboroto horrible

Con ronco ruido, y resonar terrible.

Viendo Gomez Ruiz á su enemigo  
Diego Perez así, lleno de ira,  
No del suceso, mas por dar castigo  
A los que el Rey con fiero ceño mira:  
De sí queriendo al Rey hacer testigo  
Contra los Moros furioso tira  
Una lanza que presta el ayre pasa,  
Y el pecho á un Moro y un pavés traspasa.

La mortal asta se quedó blandiendo  
Fuera del muro en el pavés hincada,  
Y en el pecho del Moro, que gimiendo  
Despidió el alma al fuego condenada.  
El peso de la lanza sosteniendo  
Aquella parte que tenia clavada  
Del cuerpo, la agravaba de manera  
Que ni iba dentro, ni caía á fuera.

Tomó (viéndolo estar como en balanza  
Meciéndose hácia afuera y hácia dentro,  
Hácia fuera traído de la lanza,  
Hácia dentro á buscar yendo su centro)  
La escala y sube arriba sin tardanza,  
Y al muerto apaña que halló al encuentro,  
Y dél tirando, lo sacó del muro  
Por fuerza, y con él dió en el suelo duro.

Qual de la cumbre de Ida cae furioso  
El árbol á Cibeles consagrado,  
Que Boreas fiero arranca y desdeñoso  
Lo impele con furor desenfrenado.  
Ni Jove de su alcázar luminoso

Arrojó al esquadron contra él armado  
El fulminante rayo con estruendo  
Igual, ni son qual hizo el Moro horrendo.

Así arrojado desde el muro alto  
El bárbaro á la tierra vino en vuelo,  
Donde en llegando el cuerpo de alma falto  
Lo estremeció, y de sangre rego el suelo.  
Arriba acuden fieros al asalto  
Los enemigos llenos de recelo,  
A Gomez Ruiz viendo que apartando  
A unos y á otros iba el muro entrando.

Tenia el muro por aquella parte  
De los ingenios un portillo abierto,  
Que por derecho lo divide y parte,  
Y puesto en lo alto estaba descubierto.  
Esta entrada tomó este fiero Marte,  
Y por ella ganar tenia por cierto  
El muro, en el qual puesto resistia  
El bando Moro que sobre él venia.

Conociendo los bárbaros su daño,  
Acuden al remedio con presteza  
Despavoridos con temor extraño,  
No confiando ya en su fortaleza.  
Y un pino ardiendo de grosor tamaño  
Que seis hombres movian su graveza,  
Le ponen al portillo á donde estaba,  
Que el entrar humo y llama le estorbaba.

Sobre la llama echaban pez ardiente  
Que la espesaba en humo, y la encendía,  
Que por el hueco andaban igualmente.

Ondeándose y todo se henchía.  
 Forzado desto el Español valiente  
 Para dexar el puesto se salía,  
 Que las pavesas, humo y llama suelta  
 Le hacian atras forzado dar la vuelta.

Un Moro estaba en asechanza puesto  
 Sobre el muro en la parte descubierta,  
 Con un alfange y ánimo dispuesto  
 De á la salida darle muerte cierta.  
 Y al punto que el Christiano dexó el puesto  
 (Porque la suerte no le fuese incierta)  
 Alargó el brazo el Moro quanto pudo,  
 Y un golpe le dio encima del escudo.

Lleno de saña el rostro levantando  
 Gomez Ruiz, sintiendo así herirse,  
 Del Moro el brazo y cuerpo vió colgando,  
 Que no pudo aunque quiso reducirse.  
 Que como fué el cruel golpe descargando,  
 Brazo y cuerpo dexó detras del irse,  
 El Christiano largó el escudo al punto,  
 Y asió del brazo que halló tan junto.

Por fuerza, aunque de allá lo resistian,  
 Del muro lo arrancó y lo puso encima  
 De sus hombros que aquello y mas sufrían,  
 Sin que tan poco peso los oprima.  
 Los Christianos que el hecho extraño vian  
 Admirados les daba horrible grima  
 Verle baxar al fuerte caballero  
 Por la escala, y encima el prisionero.

Presentó al Rey el Moro, que espantado

Sin pensar se halló en su acatamiento,  
 De las Christianas armas rodeado,  
 Mirando á todos sin valor, ni aliento.  
 Queriendo el fuerte Rey ser informado  
 Del rebelde lugar el vano intento,  
 Le preguntó, y á la razon primera  
 Lo interrumpió una algazara fiera.

Y fue que los valientes caballeros  
 Que al muro las escalas arrimáron,  
 Casi lo habian ganado, mas los fieros  
 Bárbaros acudiendo lo estorbaron.  
 Y á los que estaban al subir primeros  
 Con fuego y armas á volver forzáron  
 Atras, aunque su invicta valentia  
 Llamas, armas y Moros resistia.

Viendo el Rey el peligro conocido  
 De sus valientes caballeros, luego  
 Mandó que el ronco son hiera su oido  
 Antes que lo hiciese el crudo fuego.  
 Y andando en el combate enfurecido  
 De entrambas partes suelto el furor ciego,  
 Hizo la seña el bélico instrumento,  
 Y volvió á los guerreros de su intento.

Como cesase el áspero combate,  
 Y las escalas viesse desviadas  
 Del muro, que defiende que no ate  
 Las cervices rebeldes y obstinadas:  
 Que ni tenga temor, ni se recate  
 Al Moro dixo el Rey, que vió cruzadas  
 Las manos, y los ojos en el suelo,

Que él lo asegura del presente duelo.

Solo quiero (le dice) que me digas  
¿Cómo ese pueblo se resiste tanto?

¿Cómo la sed, la hambre y las fatigas  
No le rinden, ni el bélico quebranto?

¿Cómo las armas sobre sí enemigas  
Sufren tan largo tiempo, si el espanto  
Dellas los hace estar dentro de un muro,  
Y ese ya á su defensa mal seguro?

Que me des razon desto es lo que quiero,  
Sin que me informes cosa que se aparte  
De la verdad que hoy saber espero,  
Y si excedes, prometo castigarte.  
Con humilde semblante el prisionero  
Inclinado á los pies del santo Marte,  
Los dos brazos cruzando sobre el pecho,  
Lo dexa así del caso satisfecho.

No dudes, ó Rey alto y poderoso,  
Que en decirte verdad un punto exceda,  
Sin que el discurso largo y fabuloso  
En esto mas que el verdadero pueda.  
Que á mi patria sea ingrato, que alevoso,  
Que tal renombre el que la vende hereda,  
El cielo de mi pura fe es testigo  
Que no es venderla en la verdad que digo.

Mas siendo como es justo que sea odiosa  
La mentira, que huyo y aborrezco,  
Aunque á mi patria ofenda, y sea dañosa  
La **verdad** que me pides, y te ofrezco:  
Ni la muerte espantable y rigurosa

Que por dañar á mi nacion merezco,  
Ni el premio de la vida serán parte  
Que de decirte la verdad me aparte.

Yo soy de tu grandeza preguntado  
Como este pueblo tanto se resiste,  
Siendo de hambre y sed necesitado,  
Despues que el largo cerco le pusiste.  
Como siendo por horas asaltado  
Con tan grande rigor, no se desiste  
De la defensa, y con soberbia fiera  
En su rebelde intento persevera.

Sabrás, señor del sacro reyno Esperio,  
Que viendo este lugar que le apretaba  
El importuno cerco, y que á misterio  
Se tendria si en él no se arruinaba;  
Temiendo el miserable cautiverio,  
Que era el daño menor que se esperaba,  
Segun iba la hambre y sed creciendo,  
Las fuerzas y salud enflaqueciendo;

A nuestro Rey de Arjona le escribimos  
El miserable estado, y la insufrible  
Necesidad, y qual mejor supimos  
Representamos nuestro mal terrible.  
Y al punto por respuesta dél tuvimos  
Que se aprestaba contra tu invencible  
Poder, y que él vendria á socorrernos  
Luego que no cesase el defendernos.

Con esto el mas cobarde en un furioso  
Ardor de Marte fué encendido luego,

Y á las armas acude con rabioso  
 Denuedo, en ira y en corage ciego.  
 Despiden el cobarde y vergonzoso  
 Temor, y todos en honroso fuego  
 Apellidando libertad acuden,  
 Y el miedo, hambre y sed fieros sacuden.

Esta sola esperanza nos sustenta  
 Y en tan largos trabajos pone aliento,  
 Para que menos el afan se sienta,  
 Y mejor se defienda el patrio asiento.  
 El tiempo ante los ojos nos presenta  
 Que tarda y que vendrá cada momento,  
 Porque seis veces se ha de luz vestido  
 El mundo, y seis la noche lo ha escondido.

Despues que de la última embaxada  
 Cartas del Rey que ya venia tuvimos,  
 Y antes de ayer nos fué otra nueva dada  
 Que no con poco aplauso recibimos.  
 Que de Arjona marchaba á la jornada,  
 Con la gente y socorro que pedimos,  
 Que ayer estaria aquí, y así pensamos  
 Que hoy ocupará el puesto que ocupamos.

Puso el Moro silencio á sus razones,  
 Y sobre el pecho la cabeza inclina,  
 Significando en sus demostraciones  
 Que á su dafío el remedio se avvicina.  
 Esto encendio á los bélicos varones  
 A desear de nuevo la ruina  
 De la ciudad, y vueltos á ella fieros

En voz confusa dicen los guerreros:

No hay que aguardar que ya este pueblo venga  
 A conocer la cometida culpa,  
 Ni que reduzca su porfia tan luenga  
 A términos que se oiga su disculpa.  
 Muera en su yerro, muera, y no se tenga  
 Piedad de aquel á quien el cielo culpa,  
 Venguen la ofensa que se hace á España  
 Armas, fuego, furor, rabia, ira y saña.

Todos, qual suele el fiero torbellino  
 De los ayrados vientos levantarse  
 Del ancho mar, y en corvo remolino  
 Al mas cercano monte abalanzarse:  
 Que ni la antigua encina, ni alto pino,  
 Ni el fuerte roble puede sustentarse  
 Del ímpetu y furor de su violencia,  
 Ni el duro risco le hace resistencia.

Así los defensores gloriosos  
 De la valia de España arrebatados  
 De sus brios y esfuerzos valerosos,  
 A los muros se arrojan denodados.  
 Mas del sol viendo el Rey que los fogosos  
 Rayos al mar atlántico llegados  
 Con las bordadas nubes se envolvian,  
 Y las crecidas sombras se volvian.

Hizo señal á recoger, y luego  
 En medio puesto de su invicta gente  
 Dixo, que aquel corage y furor ciego  
 Guardasen todos para el día siguiente.

Y sin dar á su obra algun sosiego,  
Recorre con cuidado diligente  
Máquinas, fosos, fuegos, postas, velas,  
Y á Arjona envia sueltas centinelas.

## LIBRO QUARTO.

Puestos en arma, en órden de pelea  
Las armas puestas, y velando en puestos,  
Aguardando la bella luz Febea  
Los guerreros de Christo estaban pretos.  
Solo un deseo rige y señorea  
Sus invencibles ánimos dispuestos  
A morir por la fe que defendian,  
Y ganar la ciudad que combatian.

El santo y glorioso Rey Fernando  
Con los héroes del feurte ayuntamiento  
Andaba disponiendo y ordenando  
La hueste, para el fin de su alto intento:  
Las máquinas é ingenios aprestando,  
Sin dexar tiro ó bélico instrumento  
Que no estuviese aparejado á punto,  
Para en llegando del asalto el punto.

No habia parte en todo el campo á donde  
Cabida al ocio inútil fuese dada,  
Que el un trabajo al otro corresponde,

Y una vigilia de otra era alcanzada.  
Todo era igual, ninguno el rostro asconde  
A la obra que le era encomendada,  
Sin haber diferencia de persona  
Desde el mas baxo á la Real corona.

Todo estaba dispuesto y ordenado,  
Segun el caso y la ocasion pedia,  
Alli el ginete en su caballo armado  
Tascando el freno, acá la infanteria.  
Un ala que ceñia el diestro lado  
Del Rey, y por el muro discurria,  
Los ingenios y máquinas cercando,  
Y el muro y ellas por allí cerrando.

Con no ménos cuidado y diligencia  
Sobre el muro los Moros aguardaban  
El suceso, y con armas y advertencia  
Por velas y quarteles se guardaban:  
Deseando del dia la presencia,  
Por ver de Arjona el Rey que deseaban  
Con el socorro, que en su gran quebranto  
Les importaba á su remedio tanto.

En tanto la hermosa luz de oriente  
Con claros rayos descubrió la tierra,  
Dando lugar á una y á otra gente  
A defenderse, y á encender la guerra.  
El Christiano esquadron con saña ardiente  
Al muro arremetio, que guarda y cierra  
La ciudad que los bárbaros temian,  
Y con valor y esfuerzo defendian.

Los baluartes bélicos llegaron

Quanto posible fué al cerrado muro  
 Los Christianos guerreros, y empezáron  
 Por todas partes el combate duro.  
 Gomez Ruíz llegó, y vió que arrimáron  
 Una máquina á un cabo mal seguro,  
 Donde heridos eran de lo alto,  
 Y ella en nada ayudar podia al asalto.

Contra los tiros el doblado escudo  
 Puso encima de sí, y asiendo della  
 Con sus hercúleas fuerzas solo pudo  
 Arrancalla, y del puesto removella.  
 Sin que del muro el golpe ó tiro agudo  
 Le hiciesen parar, hasta ponella  
 En el lugar por donde habia subido  
 Al muro, y roto el ancho lienzo vido.

El Maestre de Eucles, y el invencible  
 Y fuerte Obispo Don Domingo acuden  
 Aquella parte, y con furor terrible  
 Los Moros los desvian y sacuden.  
 La máquina con son y golpe horrible  
 Hace tremar la tierra, y que se muden  
 Los trabados cimientos, y rendirse  
 El muro todo, y de alto abaxo abrirse.

Vino desmoronándose, y cayendo  
 Todo aquel lienzo á donde estaba puesta  
 La máquina, y con son y horrible estruendo  
 Fué en la caída su graveza presta.  
 Resonó el monte con ruido horrendo  
 Qual si cayera de la cumbre enhiesta  
 Su levantado alcázar, ó se abriera

La tierra, y dentro en sí el monte escondiera.

El confuso clamor del temeroso  
 Pueblo á impedir la entrada acudió presto  
 Oponiéndose contra el vitorioso,  
 Que trabajaba de ganarle el puesto.  
 Trábase un espantable y riguroso  
 Combate, y todos trabajando en esto,  
 Procurando la entrada los Christianos,  
 Y estorbando que entrasen los Paganos.

Los de dentro herian á los de fuera,  
 La entrada resistiéndoles, y usando  
 En su defensa de la saña fiera  
 Que siempre, el paso con furor guardando.  
 El Christiano en su intento persevera  
 Rompiendo quanto se lo va estorbando,  
 Tiembla la dura tierra del terrible  
 Ruido, que retruena en son horrible.

Iba con el deseo la fiereza  
 En el Christiano ejército creciendo,  
 Las voces, el ruido y la braveza  
 Por todas partes con furor rompiendo.  
 Sube el clamor al cielo con presteza,  
 Qual llama y viento horrible son haciendo,  
 Resuena por el monte y la campaña  
 Del confuso rumor la furia extraña.

No del ayrado viento la inconstante  
 Onda, del hondo asiento removida,  
 Suena hiriendo el monte con pujante  
 Fuerza, y porfia de soplos impelida:  
 Ni con ruido resuena semejante

El fuego abrasador en la encendida  
Montaña, ni hiriendo el fiero viento  
Los árboles con recio movimiento.

Tal andaba el furor y el clamor alto  
De entrambas partes en la lid sangrienta,  
En el mavorcio y riguroso asalto,  
En que el Christiano la vitoria intenta.  
Y no saliera su designio falto,  
Segun iba creciendo la violenta  
Furia, que sosegó porque venia  
Al Rey dándole voces una espia.

Las dos rodillas ante el Rey inclina  
Diciendo: ó gran señor, el Rey de Arjona  
Con un crecido ejército camina  
Acá, y buscando viene tu persona.  
A nuestro campo el suyo se avvicina,  
Y su arrogancia bárbara pregona  
Que te viene á hacer que el cerco dexes,  
Y con tu campo de Jaen te alejes.

La veladora espia prosiguiera  
En su razon, si el Rey no le atajara  
Con mandarle callar y salir fuera,  
La saña oyendo y barbara algazara.  
Junto el Consejo ardiendo en ira fiera,  
Y puesto en medio dice: ya veis clara  
La suerte en que el honor su punto tiene,  
Pues á buscarnos el contrario viene.

Solo quiero, pues ya venir le vemos  
Con la priesa que veis y diligencia,  
Que con la misma aquí determinemos

Como será impedida su potencia.  
Si á la ciudad llegar le dexaremos,  
O si le será hecha resistencia,  
Si habemos de acudir á los cercados  
A estorbar que no sean ayudados.  
Resueltamente diga cada uno  
Su parecer, pues la razon no pide  
Usar aquí de término importuno,  
Que el largo acuerdo esta ocasion impide.  
Y dando el mio primero que ninguno  
Digo, que pues se aparta y se divide  
El campo del contrario, que juntemos  
El nuestro aquí, y el muro no dexemos.

Por esta parte deste muro estamos  
Seguros, y guardando este arruinado  
Portillo, al enemigo le estorbamos  
Poder herirnos por aqueste lado.  
Demas desto la entrada les vedamos  
A los que vienen, y de aquí el formado  
Campo puede asaltar y estar seguro,  
Dar la batalla, sin que dexe el muro.

Mi parecer es este, el vuestro espero,  
Para que sea el acuerdo concluido,  
Pues nos instiga el son de Marte fiero,  
Y del contrario el bárbaro alarido.  
Cesó el caudillo del Esperio impero,  
Y entre todos creciendo fué un raído  
Pidiendo unos que al contrario fuesen,  
Y otros que de allí el campo no moviesen.  
Trabáronse en acuerdos diferentes

Diciendo unos que á guardar quedasen  
 El derribado muro cien valientes  
 Hombres, y en órden los demas marchasen,  
 Otros daban razones concluyentes  
 Contradiendo que de allí mudasen  
 El ejército, y otros se apartaban  
 Desto, y al primer voto se llegaban.

De los Nestóreos Príncipes la duda  
 El de Eucles viendo, y tanta diferencia,  
 Sin haber quien á lo que importa acuda  
 Resueltamente dando la sentencia:  
 De donde estaba junto al Rey se muda,  
 Y haciéndole humilde reverencia,  
 En medio dice del Senado puesto,  
 Con elegante voz y grave gesto.

No sé qué es lo que estorba el justo intento  
 De vuestros invencibles corazones,  
 Ni qué os perturba, y causa un movimiento  
 Tan diferente, ó célebres varones.  
 Si el largo tiempo y gran conocimiento,  
 Que tenemos en tantas ocasiones  
 Quantas habemos visto en nuestro invito  
 Rey, iguales al mas de que hay escrito.

Y que os avisan todas, que dél solo  
 El parecer se siga que os demanda,  
 Con poder darlo, qual su luz Apolo,  
 De Marte en esta profesion que anda.  
 Y en la distancia que hay de polo á polo  
 Por esta nuestra y por la otra banda  
 Ya sabeis que ninguno hay mas valiente,

Ni en los casos de guerra mas prudente.  
 ¿Y con saberlo como yo lo digo,  
 Pues lo habeis visto qual lo voy diciendo,  
 Y que lo propio dice el enemigo  
 Bando, que tiembla el nombre suyo oyendo,  
 Estais dudando? y no seguis qual sigo  
 Su parecer, que aspira y va siguiendo  
 A que la gloria vuestra y claros nombres  
 Viva en el mundo lo que en él los hombres.

De todos fué con un clamor subido  
 Lo que el Maestro dixo confirmado,  
 Y cada qual acude apercebido  
 A lo que está á su cargo encomendado.  
 Júntase el campo ántes dividido,  
 Pónese en torno al muro derribado,  
 Los de dentro ignorando el fin de aquello,  
 Acuden á morir, ó á defendello.

Comenzara á trabarse una espantable  
 Lid, si del muro un Moro no baxara  
 Diciendo: ya nos viene el saludable  
 Remedio, ya acabó la suerte avara.  
 Paráron todos con horror notable,  
 Y él el brazo alargó, y volvió la cara  
 A la parte que alzó la polvareda,  
 Y oía las voces, y via la gente queda.

Conocen cierto ser el Rey de Arjona,  
 Que á dar socorro á su alliccion venia,  
 Y á librar el lugar que á su corona  
 Con tanta fe y lealtad obedecia.  
 Divisan claro su real persona

La insignia viendo que ante sí traía,  
Dan voces animando á sus paganos,  
Con ellas ultrajando á los Christianos.

Aguardaban de Christo los guerreros  
Aprestadas las armas su venida,  
Los oprobrios oyendo y desafueros  
De la gente sin Dios enfurecida.  
Iba creciendo el algazara y fieros,  
Quando viéron al viento descogida  
Una blanca bandera tremolando,  
Que al Christiano real venia marchando.

Doce Moros sin armas, y á caballo  
La pacífica insignia acompañaban,  
Que un camino seguian sin dexallo,  
Ni ellos de en torno della se apartaban.  
El término llegaron á caballo  
Donde la voz se oía, y divisaban  
Las personas, parando la bandera  
Salió un Moro, y habló desta manera.

De nuestro Rey de Arjona y de Granada  
Al santo y poderoso Rey Fernando  
Venimos á traerle una embaxada,  
Y así su audiencia por mi Rey demando.  
Del protector de España fué escuchada  
La demanda del Moro, y levantando  
El grave rostro, dió á entender que fuesen  
Por él, y á su presencia lo truxesen.

Don Pedro Ponce de Leon al punto  
A darle al Moro por el Rey licencia  
De poder donde estaba llegar junto,

Y á traerlo en su nombre á su presencia.  
El campo todo como estaba á punto  
De executar de Marte la violencia  
Quedo suspenso, y dió camino abierto,  
Por donde llegue con seguro cierto.

Luego que vido el bárbaro apartarse  
Al valiente Christiano en su demanda,  
La rienda alarga, y pica adelantarse,  
Y quanto puede mas sin parar anda.  
Llegando á punto de poder hablarse  
El de Leon le dixo, que el Rey manda  
Llevarlo ante él á dar su legacia,  
Y así para guiarlo ante él venia.

Cruzó los brazos, y firmó en el pecho  
La barba, dando el Moro clara muestra  
Quedar agradecido y satisfecho,  
Y serle en esto su fortuna diestra.  
Mientras que su camino trae derecho  
Al Rey, tras de Don Pedro que lo adiestra,  
Buyarruz, ante el santo Rey se pone  
De rodillas, y humilde así propone.

Quando fui preso, y puesto en tu presencia  
Donde conté la historia de mi vida,  
Y de aquella, que en llanto y triste ausencia  
La que me resta tiene consumida:  
Me dixiste, sintiendo con clemencia  
Mi suerte miserable y dolorida,  
Que si en poder humano el remediarme  
Estuviera, que no podias faltarme.

Desta merced, qual debo estar seguro,

En mis trabajos el vivir sustenta,  
 Teniendo cierto que en mi estado duro  
 Ha de ser el remedio y en mi afrenta.  
 Pues esto solo es lo que mas procuro,  
 Suplico á tu grandeza, que ahora sienta  
 Ese Moro que viene, que me ampara  
 Tu diestra invicta y tu clemencia rara.

Ese es el Alcayde, ese es el fiero  
 Hamet Golut, á quien qual he contado  
 Saqué la hija, y temo dél y espero  
 No te demande en dándote el recado,  
 Que me entregues á él por prisionero,  
 O que del Rey te sea demandado,  
 Para vengarse, no dexando pieza  
 En mí desde los pies á la cabeza.

Si este deseo lo trae, y si esto quiere  
 Que hagas, solo quiero suplicarte  
 Que quanto en este caso te pidiere  
 Le otorgues, demandando por mi parte:  
 Que me pondré en el campo, y si él pudiere  
 Me lleve, reduciendo al crudo Marte  
 La potencia real, en que confia  
 Tanto y mas que en su esfuerzo y valentia.

Quedó en esta razon, porque á este punto  
 Que Buyarruz pasar queria delante,  
 El Alcayde ante el Rey llegaba junto  
 Sobre el negocio á que venia importante.  
 Perdió el color, quedó como difunto  
 Mirando á su enemigo, y con semblante  
 Horrible acometió á hablar, y para,

De su fiereza dando muestra clara.

Mas viendo la presencia poderosa  
 Del fuerte muro y defensor de España,  
 Las rodillas inclina, y la furiosa  
 Ira refrena y concebida saña.  
 Y del pecho que aspira la rabiosa  
 Esquadra, que en los odios acompaña,  
 Esta voz mal formada salir fuera  
 Dexó, y al Rey decir desta manera.

Si al recaudo á que vengo me faltare  
 La eloquencia que pide su graveza,  
 Y con términos rudos lo tratare,  
 Supla el defeto tu real grandeza.  
 Que no es mucho que aquí me desampare  
 Ingenio y lengua, y venga á tal baxeza  
 Que no pueda explicar el pensamiento  
 De mi Rey en tu alto acatamiento.

Serás servido en esto, ó Rey potente,  
 De absolver la rudeza y falta mia,  
 Mi recaudo admitiendo humanamente  
 Qual la intencion del Rey que á tí me envia:  
 A suplicarte porque aquesta ardiente  
 Guerra se acabe y su mortal portia,  
 Le concedas llegar á tu presencia  
 Como á Rey suyo á darte su obediencia.

A este fin solo encaminado viene  
 Con la gente que está en el campo puesta,  
 Que en nombre tuyo y tu servicio tiene  
 Para ayudarte en tu conquista presta.  
 Tu voluntad es sola quien detiene

Que no haga la obra manifiesta  
Lo que rige á mi Rey, que solo quiere  
Hacer aquello que servirte fuere.

El Moro paró aquí, y quedó aguardando  
Que el general de Christo respondiese,  
Lleno de ira, con horror mirando  
A su enemigo, porque no se fuese.  
El santo Rey el caso consultando,  
Dió por respuesta, que á su Rey dixese  
Que él le otorgaba qual pedia licencia  
Para poder venir á su presencia.

Levantóse en pié luego el Moro, y fiero  
Dixo: agora propongo un caso mio,  
En que, ó gran Rey, haber justicia espero,  
Qual de tu eterna rectitud confio.  
Ese pagano y baxo caballero,  
Ese, que á tu Christiano señorío  
Siendo aleve, se viene á ser guardado,  
Es de quien me querello injuriado.

Yo soy Hamet Golut, de tus valientes  
Guerreros en mil pruebas conocido,  
Soy de Arjona y sus fuerzas eminentes  
Alcayde, y deste reyno el mas valido.  
Tuve (para que vean en mí las gentes  
Un exemplo de un caso dolorido)  
Una hija, que nunca permitiera  
El cielo que en mi casa ella naciera.

Y este traydor con título de amigo,  
La fe quebrando al amistad segura,  
Me la robó, llevándola consigo,

Donde mi honor padece ofensa dura.  
Porque conforme al yerro haya el castigo,  
Y el castigo igual sea á mi desventura,  
Te suplico, señor, que me lo entregues,  
Y á ti un traydor sin fe y sin Dios no allegues.

No fué posible, no encenderse en ira  
El Moro, que traydor oyó llamarse,  
De corage y dolor gime y suspira,  
No pudiendo de oprobrio tal vengarse,  
Con ceño horrible á su enemigo mira,  
Y ante el Rey viene humilde á arrodillarse,  
Quiere hablar, la voz se le detiene,  
Y al cabo como pudo á decir viene.

¿Qué razon hay, que estando en la presencia  
Del glorioso Rey que ves presente,  
Digas con libertad y sin prudencia  
Lo que no harás bueno eternamente?  
Y asi te pido, ó gran señor, licencia  
Para satisfacer este insolente,  
De suerte que le haga que él conceda  
Que no hay ofensa que ofenderme pueda.

Fué la razon del Moro recebida  
De la Christiana union con levantado  
Aplauso, y del piadoso Rey oida,  
Qual la humildad con que se habia mostrado.  
Tratan si le seria concedida  
La licencia que habia demandado,  
Hay varios pareceres y respetos,  
Y todos ellos á razon sujetos.

Los unos dicen que le sea dada

Facultad de hablar en su disculpa  
**A Buyarruz**, de otros es negada,  
 Conociendo el valor del que lo culpa.  
 Otros dicen que quede reservada  
 Para otra ocasion oír la culpa,  
 Y que el Alcayde lleve la respuesta  
 Del Rey que aguarda, y tanto va en ser presta,

Sin conformarse conferian en esto,  
 Voces los unos y los otros dando,  
 Los dos paganos ocupando el puesto  
 Que los Christianos iban conquistando.  
 Mas el Rey viendo el yerro manifesto  
 De todos los que estaban porfiando,  
 En una duda que tan poco importa,  
 Con tal razon las muchas dellos corta.

Todo el discurso sé, y acaecimiento  
 De tu hija, y sé, Alcayde, que robada  
 Te fué de aqueste Moro, y que en descuento  
 Fué su generacion casi asolada.  
 Y no harto tu fiero pensamiento  
 De la sangre que tienes derramada,  
 Este solo que resta en su linage  
 Me pides, en quien vengues tu corage.

Yo quiero hacer por solo darte gusto  
 Una cosa en que á entrambos satisfaga,  
 A tí, y á él, por parecerme justo  
 Que del insulto se le dé la paga.  
 El es cautivo mio, y será injusto  
 Permitir yo que ofensa se le haga,  
 Y así lo hago libre, él te responda,

O salga al campo, ó huya, ó se te asconda.

A su voluntad queda cometido,  
 Haga lo que mejor le pareciere,  
 Siguelo tú, defienda él su partido  
 Por el camino que mejor pudiere.  
 El Alcayde con rostro agradecido  
 Dió á entender que aquello es lo que él quiere:  
 Buyarruz las rodillas inclinando,  
 Alegre dice al santo Rey Fernando.

No podia venirme de tu mano,  
 O gran restaurador del reyno Ibero,  
 Ménos merced que darme á este pagano,  
 Que es lo que pido, y mas que el vivir quiero.  
 Yo entre el campo Moro y el Christiano  
 Me pondré en campo como estoy, y espero  
 Satisfacerte, tú podrás llevarme  
 Preso de allí, ó allí despedazarme.

Si haré, respondió el Alcayde, y parte  
 A dar respuesta al Rey que lo aguardaba,  
 En tanto el glorioso y santo Marte  
 Su gente puso en órden como estaba:  
 Y mandó que por una y otra parte  
 De la suerte que el muro rodeaba  
 Doblasen postas, y estuviesen puestos  
 Al punto con las armas en sus puestos.

Fué obedecido, y todos acudieron  
 A lo que por el Rey les fué mandado,  
 Y en orden desde allí se reduxéron,  
 Quedando el campo qual se vio formado.  
 Llegar al furioso Alcayde viéron

Ante su Rey, y en dándole el recado  
Pifanos, caxas, trompas resonáron,  
Y el estandarte blanco tremoláron.

Luego el bárbaro Rey subió á caballo,  
Y una esquadra de fuerte infantería  
Con insignias de paz á acompañallo  
(Y no por guardia) en torno dél venia.  
Del Christiano real salió á aguardallo  
Para que entrase en él, y serle guía  
A la tienda real, el sin segundo  
Don Pedro Ponce, horror y honor del mundo.

En seguimiento suyo fué el valiente  
Don Lope de Quevedo, y Ruiz Gonzales,  
Tello Alfonso, y la mas florida gente  
Del campo, y de varones principales.  
Llegan todos ante él, y humildemente  
Le saludan, y el Moro con señales  
De amistad los recibe, y rodeado  
Dellos al santo Rey se lo han llevado.

El barbaro humillado en su presencia  
Para besar le demandó la mano,  
Con amigable rostro y apariencia,  
Que satisfizo al general Christiano:  
Y acudiendo á su humilde reverencia  
Lo levantó, y con semblante humano  
Junto al suyo le dió un honrado asiento,  
Que es la humildad de gran merecimiento.

A sus cortesés pláticas poniendo  
Fin los dos Reyes, el Señor de Arjona  
Y de Granada al santo Rey pidiendo

Licencia de hablar, así razona:  
De oír la causa con que vengo, entiendo  
Que entenderás que sirvo á tu persona,  
O magnánimo Rey, cuya alabanza  
Excede á quanto ingenio humano alcanza.

Viendo el deseo que en tu heroyco pecho  
Tan sin cesar eternamente arde  
Por echar á Jaen el yugo estrecho,  
Sin que tiempo, ni riego te acobarde:  
Perseverando en este solo hecho,  
No te impide que sea temprano ó tarde,  
Con parecer resuelto de batilla,  
Sin dexalla hasta habella, ó destruilla.

Sobre esto vengo, y lo primero á darme  
Por tu vasallo, y someterme al fuero  
De tu jurisdiccion, y el yugo echarme  
Como tu mas humilde prisionero.  
Deste modo, señor, puedes mandarme,  
Y á mi reyno que ofrezco á tu alto impero,  
Para que sea amparado como tuyo,  
Y así en él por señor te constituyo.

Dexó el asiento en que sentado estaba,  
Y en el suelo hincandó el Rey pagano  
Las dos rodillas, dixó que él besaba  
Por señor suyo al santo Rey la mano.  
El qual, con la piedad que siempre usaba  
El espíritu suyo soberano,  
Lo recibió; mirando que en su estado  
Era Rey como él propio coronado.

Y lleno de santísima clemencia,

La humildad viendo del humilde Moro  
 Postrado ante él, rendirle la obediencia,  
 Y ofrecerle su reyno y su tesoro:  
 No dando á la codicia vil licencia,  
 Y á la piedad guardándole el decoro,  
 Al Moro levantándolo del suelo,  
 Así responde el defensor del cielo.

Para que haga al gusto y querer mio  
 Tú libertad me ofreces, y tu tierra,  
 Dándome sobre todo señorío  
 Quanto tu mando y tu potencia encierra.  
 De aceptar lo que ofreces me desvío,  
 Gózalo tú, haz dello paz ó guerra,  
 Solo quiero que quedes de cumplirme  
 Lo que dixere aquí para servirme.

Tú lo primero tienes de firmarme  
 Que serás mi vasallo, y darás cierto  
 Cada un año el tributo sin faltarme,  
 Que asentado será en nuestro concierto.  
 Que á mis Cortes vendrás á acompañarme,  
 Hasta que seas por larga vejez muerto,  
 Y con esto te queda libremente  
 Con tierras, señoríos, tesoro y gente.

Solo á Jaen deste concierto exceto,  
 Porque la tengo qual la ves ganada,  
 Y me ha tenido y puesto en tal aprieto  
 El largo tiempo y la estacion helada.  
 El Moro respondió: todo eso aceto,  
 Jaen al punto te será entregada;  
 Y á su Alcayde envió, que luego abriesen

Las puertas, y las llaves al Rey diesen.  
 Un clamor se alzó luego en siendo oida  
 Esta razon, qual el agreste bando  
 En Mesia suele la sazón venida  
 A Ceres ir del fruto despojando:  
 Que la voz por los ayres esparcida,  
 Van de la Diosa el nombre celebrando  
 En himnos, de la suerte que al glorioso  
 Rey su ejército exalta vitorioso.

Abren las puertas hasta allí cerradas  
 Que resistido habian al osado  
 Furor Christiano, y siendo incontrastadas,  
 Le habian la entrada en su ciudad negado.  
 Viene el anciano Alcayde, y las guardadas  
 Llaves que recibió juramentado  
 De su Rey, y ante él puesto de rodillas  
 Se las entrega, y dice al recebillas.

Tres cosas son las que me dan licencia,  
 Y el temor hacen que de mí se aparte  
 Para hablar sin miedo en tu presencia,  
 Pues sin él osé siempre aconsejarte:  
 La lealtad, el amor y la experiencia  
 Que tengo en esta profesion de Marte,  
 En que tan largos años te he servido,  
 Y tantos daños he por tí sufrido.

Yo te hice, señor, pleyto homenaje  
 De guardarte á Jaen y defendella,  
 De morir ó sufrir qualquier ultrage,  
 Antes que pie Christiano entrase en ella.  
 Y ha servido esta fe y este corage,

Los riesgos, hambres, y el morir por vella  
 En poder tuyo; en que á los tuyos niegues,  
 Y al Rey las llaves por tu mano entregues.

Estas son las que en guarda me entregaste,  
 Y á tí que me las diste las entrego;  
 Para que tú al que siempre las negaste  
 Las des, y la ciudad le entregues luego.  
 Entren en ella libres de contraste,  
 Maten, roben, cautiven, pongan fuego,  
 Que pues en tí no hallan mas defensa,  
 Sufran los tuyos esta injusta ofensa.

Demudó el rostro el fiero Rey pagano,  
 Y á su Alcayde miró con espantosa  
 Vista, y las llaves dándole en su mano,  
 Le mandó ir sin responderle cosa.  
 Conoció el Moro el ánimo inhumano  
 De su Rey, y con vuelta presurosa  
 Pavoroso á Jaen dexó, y camina  
 A guarecerse en Hispalis divina.

Quedó en silencio todo sosegado,  
 Sin que ninguno de los Reyes diese  
 Principio de hablar en lo tratado,  
 Y el fin que pretendian se concluyese.  
 Mas el Moro así viendo estar parado  
 Al santo Rey, le dixo que hiciese  
 La gente entrar en la ciudad, que estaba  
 Para que entrase abierta, y lo esperaba.

Pareció á este punto una bandera  
 Sobre el muro, y un Moro que decia:  
 Ven, Rey Fernando, ven, que ya te espera

Tu ciudad, goza el fin de tu porfia:  
 Echa á los tristes naturales fuera,  
 A quien llegó de su opresion el día,  
 Triunfe tu diestra vencedora agora  
 De la ciudad de tantas vencedora.

Levantóse un clamor alto y confuso  
 Dentro del muro con lloroso acento,  
 Fuera de todo razonable uso,  
 Y limite de humano sufrimiento.  
 La gente del Christiano Rey se puso  
 A oír el triste y misero lamento  
 Que iba creciendo mas, quanto mas iba  
 Creciendo la ocasion de su ansia esquivada.

No fué igual llanto en la ciudad oído,  
 Que el furor destruyó del bando Griego,  
 Ni en la que edificó la casta Dido,  
 Que el Romano rigor entregó al fuego.  
 Ni en quejas, ni en dolor, ansia y gemido,  
 En muertes, ni en cruel desasosiego  
 Mostrar pudieron su desdicha tanto,  
 Quanto Jaen en su ruina el llanto.

Viendo suspenso el Rey de Arjona en esto  
 Al santo Rey, le dixo: ó Rey divino,  
 ¿Qué es lo que te detiene en este puesto,  
 Pues te llama tu próspero destino?  
 Ven, no tardemos, entra en Jaen presto,  
 Toma la posesion, pon en camino  
 A los que della tu invencible lanza,  
 Tu diestra y vitoriosa espada lanza.

Fué la invencible gente que aprestada

Estaba, en orden militar entrando  
 En la ciudad en llantos ocupada,  
 Que ántes un punto ardia en furor infando.  
 Junta la Clerecía y ordenada,  
 Una solemne procesion formando,  
 A la inmunda mezquita, los Christianos  
 A limpiar fuéron de sus ritos vanos.

Donde el honor del pérfido Mahoma  
 (Que tantos ciegos y engañados tiene)  
 Se guardaba de aquellos á quien doma  
 La ley, que con las armas se mantiene.  
 Mas la gente á quien da la sacra Roma  
 La verdadera gracia, con solene  
 Ceremonia dexó el lugar sagrado  
 De la Virgen Christifera llamado.

Mientras esto en la Iglesia se hacia,  
 El Rey Moro con priesa diligente  
 Por las calles y plazas discurría,  
 Salir mandando á todos igualmente:  
 Y la ciudad dexársela vacía  
 Al santo Rey y á su Christiana gente,  
 Que puesta al arma estaban aguardando  
 Verlos salir, y la ciudad guardando.

Obedecido el bárbaro Rey Moro,  
 La ciudad de sus Moros defendida  
 Dexan llena de armas y tesoro  
 A los que nunca fué jamas rendida.  
 Con suspiros hiriendo el alto coro,  
 Con lágrimas regando la querida  
 Patria, de todos fué desamparada,

Y del Christiano ejército ocupada.

Fuéron las calles y las casas luego  
 Llenas de gente, que sin orden iba  
 Corriendo con veloz desasosiego,  
 Ardiendo en ansia y en codicia viva:  
 Qual llama fiera de encendido fuego  
 A quien el Austro el rapto soplo aviva,  
 Que allana quanto coge por delante,  
 Sin que á impedirle nada sea bastante.

Tal la guerrera gente libre y suelta  
 Del orden militar, con diligencia  
 Quanto hallaba, sin que cosa absuelta  
 Fuese, arruinaba su feroz violencia.  
 Toda siguiendo el saco iba revuelta,  
 Usando de la libre preeminencia  
 De la milicia, que en llegando á efeto  
 Ni guardar ley sabe, ni tener respeto.

Andando desta suerte los guerreros  
 Tocó la caxa á recoger, y al punto  
 Los infantes y sueltos escuderos  
 La presa dexan por ponerse á punto.  
 Creyendo que los Moros volvian fieros,  
 El campo todo se reduce junto,  
 Porque del mundo se escondia la bella  
 Luz, y la sombra aparecia tras ella.

Siéndole del Rey santo concedida  
 Al Rey Moro licencia de ir do estaba  
 Su gente miserable y afligida,  
 Que el llanto solamente exercitaba:  
 Fué la Christiana huoste repartida

104 CONQUISTA DE LA BÉTICA.  
Una al reposo, y otra que velaba  
En el alto castillo el estandarte,  
Donde fué puesto por el santo Marte.

---

## LIBRO QUINTO.

Guardando estaba la Christiana gente  
Por el Rey santo la ciudad ganada,  
Fortalecida de armas la eminente  
Fuerza, y de caballeros ocupada,  
Quando esparciendo rosas del oriente  
Salió de Menon la hermosa amada,  
Principio dando al claro y bello dia,  
Que cubrió la tiniebla obscura y fria.

Luego que dexó verse el claro cielo,  
Por todas partes los héroes famosos  
Libres andaban sin ningun recelo  
Los edificios viendo suntuosos.  
Del soberbio castillo el alto vuelo  
Admiraba, y los muros espaciosos  
Del contramuro y cava rodeados,  
Y de puertas fortísimas cerrados.

Salían por ellas, y en el fresco llano  
Con vista alegre se espaciaban viendo  
La fértil arboleda, que un ufano  
Abril promete su sazón viniendo.  
Con esto andaba el esquadron Christiano  
El trabajo pasado suspendiendo,

LIBRO V. 105  
Quando su tienda y compañía dexando  
El Rey Moro llegó al Christiano bando.

Venia su Alcayde algo distante, puesto  
A punto de pelea, en un caballo  
Africano, feroz, revuelto, presto  
Qual rayo, que impedía el poder mirallo:  
Haciendo su denuedo manifiesto  
El ánimo del Moro, que parallo  
Quiso, donde en llegando desta suerte  
Dixo á la union de Scipiones fuerte.

Quando al Rey santo truxe la embaxada  
De mi Rey, le pedí que me entregase  
El Moro, por quien veo deshonrada  
Mi fama, y que en infamia se trocase.  
De su Alteza me fué respuesta dada  
Que él lo hacia libre, que él usase  
De sí á su voluntad, que se ascondiese,  
O á pelear conmigo se ofreciese.

Respondió el Moro, conociendo claro  
La merced que el Rey santo le hacia,  
Y que estaba seguro con su amparo  
Mas que no con su vana valentia:  
Que en esto un premio se le daba raro,  
Y que él entre ambos campos se pondria,  
Que de allí si pudiese lo llevase,  
O allí el soberbio intento executase.

Vengo á que el Moro cumpla su palabra,  
Pues ante el Rey quedó este pacto hecho,  
Para que Lemnos vean que no labra  
Armas, que lo defiendan deste estrecho.

Ni el mundo, ni la tierra aunque se abra,  
Harán que pierda punto mi derecho,  
Que el mundo arruinaré, y al hondo abismo  
Baxando á él, en él haré lo mismo.

Dexó entre los Christianos la arrogante  
Braveza del pagano un sobresalto,  
Un ayrado furor, un resonante  
Murmúreo, y un clamor confuso y alto:  
Que su Rey viendo la ocasion bastante  
Que dió para de vida hacerlo falto,  
Pidió que al santo Rey á hablar fuesen,  
Y que respuesta al Moro no le diesen.

Todos al Rey pagano obedecieron,  
Y al fiero Alcayde sin hablar dexáron  
En el puesto, y al Rey Fernando fuéron,  
Y el caso sucedido le contáron:  
Y á una voz en alta voz pidiéron  
Todos los que presentes se halláron  
Que Buyarruz saliese al campo luego,  
Pues él lo pide con humilde ruego.

Al glorioso defensor de España  
Pareció bien que Buyarruz saliese  
(Pues él lo demandaba) á la campaña,  
Y con sus armas su causa defendiese:  
Que vengase el Alcayde en él su saña,  
O él de sus padres la venganza hubiese,  
Y llamado sobre esto vino al punto,  
Y el Alcayde llegó á lo propio junto.

Dexó el caballo el arrogante Moro,  
Y en la presencia de los Reyes puesto

Dixo: aunque mal me guardo á mi el decero  
En ponerme con solo un hombre en esto:  
Ante Macon á quien por Dios adoro,  
Y ante vuestra presencia real protesto  
Que no peleo con él con esperanza  
De gloria, sino solo de venganza.

Buyarruz respondió: si ese deseo  
Te incita, ó Alcayde, él mesmo me espolea,  
El mesmo al campo á darte ese trofeo  
Me llama á que lo hayas en pelea.  
Con este alfange solo que poseo,  
Sin otras armas quiero que se vea  
Que el decir y el hacer son diferentes,  
Y el hacer sin hablar es de valientes.

Hizo una humilde reverencia, y parte  
Qual desatado rayo el Moro fiero,  
Pónese en campo, y en la mesma parte  
Que dicho habia al santo Rey primero.  
El furioso Alcayde, que al Dios Marte  
Despreciaba, tras él corrió ligero,  
Sin que las graves armas lo impidiesen,  
Ni el veloz curso estorbo alguno fuesen.

Siguen tras ellos con veloz carrera  
De los que en la presencia real estaban  
Muchos, por ver de entrambos la lid fiera  
Que con deseo tan grande procuraban.  
Cubre el muro la gente, y por defuera  
El llano, y de clamores resonaban  
Las cóncavas cavernas, donde el viento  
Hacia hiriendo un mal formado acento.

Diego Perez de Vargas, que en su tienda  
Al Moro tuvo y alojó consigo,  
Puso las piernas y largó la rienda  
Al caballo, y buscando fué á su amigo;  
Temiendo que el Alcayde no le ofenda  
Por ir armado, dándole el castigo  
Que prometia su feroz denuedo,  
Tan falto de piedad como de miedo.

Llevó el Alcayde un Moro en quien tenia  
Su confianza, que llegando á manos  
En esfuerzo pudiera y valentia  
El solo contrastar muchos Christianos.  
Este quedó por guarda y compañía  
Del caballo, el qual viendo á los paganos  
En campo, y que el Alcayde ya llegaba  
A Buyarruz que fiero lo esperaba.

Viendo que Diego Perez con ligero  
Paso tras el Alcayde iba corriendo,  
Subió á caballo Buhadana fiero,  
Para hallarse en el combate horrendo:  
Temiendo que el Christiano caballero  
Iba contra el Alcayde, socorriendo  
A su enemigo, que salió á enconrallo  
Quando el Christiano atravesó el caballo.

Púsose entre los dos, y dixo: advierte,  
Valiente Alcayde, que es ofensa tuya  
Pelear con un hombre desa suerte,  
Armado tú, y él sin defensa suya.  
Vieneslo amenazando con la muerte,  
Que quando el campo dexes, y de ti huya,

No pierdes nada, pues está sin armas,  
Y tú de tantas contra él te armas.

Ponte en armas igual como es costumbre  
En singular batalla de hombre á hombre,  
No desas suerte, aunque se acostumbre  
Entre los que no quieren claro nombre.  
Mira que el día descubre con su lumbré  
Tu hazaña, y dirán quando se nombre  
Que el miedo te cubrió de armas dobladas,  
Para ser con tu infamia exercitadas.

No sé yo (dixo alzando la espantable  
Voz el ayrado Alcayde) qué te mueve,  
O Christiano, á querer que sea loable  
Mi hazaña, y que el mundo la compruebe  
Aquí no aspiro á hecho memorable,  
Sino á solo vengarme deste aleve,  
Y de qualquiera modo que lo acabe  
No importa, pues no aspiro á que se alabe.

El otro Moro que venia á caballo  
Al Alcayde buscando, llegó á esto,  
Y viendo á Diego Perez estorballó,  
Terció la lanza y acercóse al puesto:  
Y á entender dando que queria enristrallo  
Le dixo en alta voz: desviate presto,  
Christiano, ó yo haré que te desvies,  
Y á mi Alcayde no estorbes, ni porfies.

Diego Perez volvió á la voz del Moro,  
Y queriendo ir sobre él, se puso en medio  
El Alcayde guardándole el decoro,  
Y diciendo: acudamos á un remedio.

Ese traidor por quien mi infamia lloro,  
 Pues en mi daño ya no hay otro medio,  
 Mientras yo me desarmo entre en batalla  
 Con este, que ni trae arnés, ni malla.

Buyarruz respondió que él lo acetaba,  
 Y así llegó á pedírselo al Christiano  
 Puestas las manos, y á entender le daba  
 Ser el acuerdo á su intencion mas sano.  
 El Moro se apeó, y al accion traba  
 Del guerrero caballo la una mano,  
 Recógele la rienda, y parte al punto  
 A su enemigo que lo aguarda á punto.

Sin hablarse palabra, en ira ardiendo  
 Los alfanges sacaron animosos,  
 Y el uno contra el otro arremetiendo  
 A herirse comienzan furiosos:  
 Los brazos levantando y descendiendo,  
 Sin cesar golpes dándose espantosos  
 Que en los doblados albornoces daban,  
 Que era con lo que solo reparaban.

El bravo Buhadana con dos manos  
 Tomó el alfange arremetiendo fiero  
 A Buyarruz, diciendo: ¿tan livianos  
 Son mis golpes, que aguarda un vil guerrero?  
 Agora entenderás si han sido vanos  
 Los que suelen abrir montes de acero,  
 Alzó los brazos encendido en ira,  
 Y ciego della un fiero golpe tira.

Buyarruz conociendo el movimiento,  
 En el ángulo diestro con presteza:

Se metió, y al pasar del violento  
 Golpe tirado con bestial fiereza;  
 Con el suyo acudiendo en el momento,  
 Los músculos volviendo con destreza,  
 El brazo diestro á cerce le ha cortado,  
 Y hasta ver las entrañas le abrió el lado.

Cayó qual suele el toro, que herido  
 Del golpe de la ségur riguroso,  
 Que para el sacrificio fué traído  
 Del Dios que rige el mar tempestuoso:  
 Que con su sangre riega el encendido  
 Fuego, tiñe el altar, moja el yerboso  
 Suelo, que un punto antes con lozano  
 Paso midió, poniendo en miedo vano.

Así el Moro cayó, y tiñó el suelo  
 De roxo humor, rindiendo en él la vida,  
 Donde puso pavor, y dió recelo  
 Su horrible aspecto y saña desmedida.  
 El Alcayde blasfema contra el cielo  
 La suerte viendo en contra sucedida,  
 Quitase el yelmo, arroja arnés y escudo,  
 Y á la batalla se ofreció desnudo.

No con igual denuedo al espantable  
 Juego el soberbio gladiator corriendo  
 Se ofreció, ni con furia tan notable  
 Leon herido á su contrario viendo,  
 Ni la hircana fiera que el amable  
 Parto halló robado, arremetiendo  
 Al que se lo robó mostró igual saña,  
 Que al Moro el fiero Alcayde en la campaña.

Saliólo á recibir Buyarruz fuerte  
 Con su tajante alfange y brazo en alto,  
 No menos animoso en esta suerte  
 Que en el pasado y riguroso asalto.  
 Corrió el Alcayde fiero á darle muerte,  
 Y estando el Moro de medida falto,  
 Se puso en proporcion como pudiese  
 Reducirse, y herir si arremetiese.

Lleno de saña y de mortal corage  
 Un golpe y otro á su enemigo tira  
 El Alcayde, poniéndose en parage  
 De donde alcance á executar su ira:  
 Llevando en la venganza de su ultrage  
 La memoria, y así revuelve y mira  
 Por una y otra parte con cuidadoso  
 Animo de venganza codicioso.

Con no menos feroz semblante aguarda  
 El Moro al indinado Alcayde, y fiero  
 En dar sobre él mil golpes no se tarda,  
 Y en recogerse en buen compas ligero.  
 Brama el Alcayde en ver como se guarda  
 De sus soberbios golpes el guerrero,  
 Quiso se abalanzar, y en el instante  
 Halló la punta puesta de delante.

Detúvose, y tocando en la flaqueza  
 Le desvió la punta, y tuvo entrada  
 Para tirarle un golpe con fiereza  
 Que no entendió que lo impidiera nada.  
 Conoció la herida, y con presteza  
 Sobre sí viendo la tajante espada,

De su tajo formó el Moro otro tajo,  
 Que le abrió la cabeza de alto á baxo.

Perdió el sentido, y vino luego á tierra,  
 Rendida el alma, que hallo salida  
 Por la llaga mortal, y se destierra  
 Del mundo, así qual de la dulce vida.  
 Viendo acabada Buyarruz la guerra,  
 Y por él la vitoria conocida,  
 Al Alcayde las armas y el caballo  
 Quitó en señal de gloria, y despojallo.

Acude Diego Perez presuroso,  
 Y al Moro abraza con abrazo estrecho,  
 Alabando su hecho por famoso,  
 Y á él loando por su heroyco hecho.  
 Acude el vulgo y con aplauso honroso  
 Lo recibe, y de allí parte derecho  
 A donde el santo defensor estaba,  
 A darle nuevas de lo que pasaba.

El Rey bárbaro oyendo el miserable  
 Suceso de su Alcayde no esperado,  
 De Budahana el caso lamentable,  
 Siendo por tan valiente reputado:  
 Mudo el semblante, dando un espantable  
 Gemido, en pie poniéndose admirado  
 Dixo: ¿es posible tal, que á Budahana  
 Y á Hamet Golut contraste suerte humana?

No es posible, señor, no creas tal cosa,  
 Y si fué como dicen, ten por cierto  
 Que del cielo fué ira rigurosa,  
 Que hombre mortal no pudo haberlos muerto.

Inclinó la cabeza , y con rabiosa  
 Saña , llevado en fiero desconcierto  
 A saber la verdad del cierto daño  
 Parte el Rey Moro en duda si era engaño.

Lleno de saña y de congoja ardiente,  
 Que le arrancaba el alma al Rey pagano,  
 Iba encontrando la Christiana gente,  
 Y el caso preguntándole inhumano.  
 Y siéndole de todos igualmente  
 Certificado por negocio llano,  
 Ansioso suspiraba, y revolvía  
 La rienda, y del camino se salía.

Desta suerte aquejándose y gimiendo,  
 Solo y lloroso el Moro caminaba,  
 La memoria á mil cosas revolviendo,  
 Que el mal presente allí le presentaba,  
 Quando vió al Moro que su mal horrendo  
 Y su triste congoja le causaba,  
 Sobre el caballo de su Alcayde puesto,  
 Y de sus armas por trofeo compuesto.

Sin poder refrenar la horrible ira  
 Aunque lo vió venir acompañado  
 De Christianos , partió qual presta vira,  
 Y á él llegó diciendo denodado:  
 Perro, ¿es posible que tu brazo tira  
 Tan largo que á mi Alcayde haya llegado,  
 Siendo el que Alá tenia en este mundo  
 Para henchir de almas el profundo?

¿En tí hubo valor, en tí osadia  
 De ponerte en campaña con aquellos

Que defendian la potencia mia,  
 Y al mundo era terror el nombre dellos?  
 ¿Tal nombre ha de heredar tu alevosia?  
 ¿Tal gloria que pudieses ofendellos?  
 O injusto Alá , pues tal maldad consientes,  
 Y á este traydor das vida entre las gentes.

Furioso arremetió poniendo mano  
 Al corvo alfange el bárbaro Rey fiero,  
 Diciendo: ahora entenderás, tirano,  
 Si hay fuerte brazo y si hay tajante acero.  
 Buyarruz respondió, harto mas sano  
 Te será, Rey, ser Rey, que ser guerrero,  
 Queriendo de hombre á hombre señalarte  
 Con quien ni ha de huir ni respetarte.

Con soberbio denuedo al claro cielo  
 El alfange sangriento sacó fuera  
 De la vayna, y ligero saltó al suelo  
 A trabar con el Rey batalla fiera.  
 Diego Perez qual rayo en presto vuelo  
 Llegó, y muchos Christianos de carrera  
 Al Rey y á su compañía deteniendo,  
 Y á Buyarruz con ruegos reprimiendo.

Pudo de los Christianos tanto el ruego  
 Con el Rey Moro, que aunque ardiendo en saña  
 Se reportó y tomó el camino luego,  
 Y en seguimiento suyo su compañía.  
 Buyarruz queda de corage ciego  
 Resistiendo el quedar solo en campaña,  
 Se abalanzaba á ir tras ellos dando  
 Voces , batalla á todos demandando.

El ir le fué de todos defendido,  
 Aunque el ánimo invicto lo llevaba,  
 Sin poder reprimir el encendido  
 Furor que las entrañas le abrasaba.  
 Quedó lleno de bascas, y afligido  
 Como si fuera de una fiebre brava  
 Aquejado, y del fiero encendimiento  
 Respiraba con tardo movimiento.

De todos persuadido fué y rogado  
 Que la cólera ardiente refrenase,  
 Que no fuese tan libre y tan osado  
 Con su Rey, ni en respeto le faltase.  
 A todos escuchaba el Moro ayrado,  
 Sin responder, y como se aplacase  
 Un poco en él la cólera encendida,  
 Respondió á todos su razon oida.

Si no tuviera la razon que tengo,  
 Pudieran con razon reprehenderme  
 Del corage implacable que sostengo,  
 Sin que dél pueda un punto retraerme.  
 Mas ay triste, que donde voy y vengo,  
 Y en quantas cosas hago, veo ofrecerme  
 De mis padres y hermanos la espantable  
 Muerte, que á ese tirano fué agradable.

Dellá tomé en su Alcayde la venganza,  
 Pues fué por él el fiero estrago hecho,  
 Usando en su rigor la destemplanza,  
 Que encerró siempre en sí su infernal pecho.  
 Y con ver este Rey la cruel matanza  
 Que hizo ese Alcayde, sin guardar derecho

De justicia, pues era en inocentes,  
 No reprimió sus fieros accidentes.

Antes con su favor le daba aliento  
 Para que fuese su furor delante,  
 Para que fuese el ánimo violento  
 En tal crueza su crueldad constante.  
 Y por esto, pues veo mi perdimiento,  
 Mi linage asolado, con bastante  
 Causa diera la muerte al Rey injusto,  
 Que de tantas sin causa tomó gusto.

De aquí nació, ó Christianos animosos,  
 El atreverme, y si por vos no fuera,  
 Qual quedan sus dos Moros tan famosos,  
 Al Rey, y á quantos van con él pusiera.  
 Tomó el caballo, y dél los gloriosos  
 Christianos rodeados van do espera  
 El santo Rey, al qual llegado al punto  
 A sus pies las rodillas hincó junto.

Mas siéndole al Rey dicho la osadía  
 Con que á su Rey habló, el semblante puso  
 En el Moro, no afable qual solia,  
 Mas desdefioso y fuera de su uso;  
 Y atras del Moro un paso se desvía,  
 Admirado dexándolo y confuso,  
 Y en suspension á todos, ignorando  
 La extrañeza que así aclaró Fernando.

Premio se le debia á tu hazaña,  
 Si acompañara la humildad su parte,  
 Mas siendo heroyca, y de virtud extraña,  
 Con tal soberbia no hay de que loarte.

Ella pierde por tí, y á tí te daña,  
 Pues ciegamehte hizo así arrojarte  
 Contra tu Rey, que habias en tus enojos  
 Donde él ponía sus pies poner tus ojos.

Y desviado desta humildad justa,  
 Con arrogante y loco pensamiento,  
 Con bárbaro furor y osadía injusta  
 Contra tu Rey tuviste atrevimiento.  
 No hay justo á quien el hecho no disgusta,  
 Ni hay sabio á quien no cause descontento,  
 Ni hay hombre baxo, ni hay hombre de estado  
 De quien no eres por traydor culpado.

Lo qual me tiene puesto en contingencia  
 De en tí hacer exemplar castigo,  
 Para enseñar en él la reverencia  
 Que á un Rey se debe, aunque sea enemigo.  
 Y así te mando luego por sentencia  
 Que un solo punto mas no estés conmigo,  
 Que no es justo que esté entre mi leal gente  
 Quien es á su señor inobediente.

Dió sin aguardar mas el Rey la vuelta,  
 Y el Moro lleno de aficcion y espanto  
 A mil suspiros congojosos suelta  
 La rienda, y da lugar al tierno llanto.  
 Quedó la gente en confusion revuelta,  
 Quedó el Moro temblando del Rey santo,  
 Sin hablar hecho una estatua helada,  
 En tierra la llorosa faz hincada.

Quedando desta suerte el affligido  
 Buyarruz su dolor manifestando,

Unas veces con llanto enternecido,  
 Y otras amargamente suspirando:  
 Sin poder ser de nadie persuadido  
 A consuelo, entre todos lamentando  
 Su desgracia, favor pidiendo al cielo,  
 En su caballo salta y parte en vuelo.

Llevado de su ánimo invencible  
 Aunque de su congoja acompañado,  
 Sin saber donde en suerte tan terrible  
 Fuese de amigo ó deudo recetado.  
 Entrar en su lugar era imposible  
 Teniendo al Rey qual lo tenia enojado,  
 Tampoco era seguro ir á Granada,  
 Ni el esconderse en Loxa servia nada.

Donde quiera que fuese, el espantoso  
 Castigo ante los ojos via presente,  
 Y así en un mar de dudas congojoso  
 Iba engolfado el bárbaro valiente.  
 Todo le parecia dificultoso,  
 Todo imposible y nada conveniente,  
 Y si en algo hallaba algun remedio,  
 Hallaba en contra un mundo luego en medio.

Cansado de aquejarse en pensar esto,  
 Resueltamente el Moro determina  
 Ir á Sevilla, á do el temor molesto  
 Repare, y su cruel muerte vecina.  
 Deste deseo llevado en vuelo presto  
 Con tal priesa de noche y dia camina,  
 Que á la Ciudad llegó, que su buen hado  
 Le inspiró, que buscasse en tal estado.

Seguro ya de su mortal receío,  
Iba mirando la Ciudad famosa,  
Que la guardaba para estancia el cielo  
De Santos y de Mártires gloriosa:  
De su cansancio recibia consuelo  
Ocupando la vista en la espaciosa  
Ribera, que allí el Betis va ofreciendo,  
Por arboledas fértiles corriendo.

A la siniestra mano revolvía,  
Y vía el fértil y espacioso llano,  
Que tanta yerba y tanta flor cubria,  
Que mostraba ser mas que suelo humano.  
En esto el Moro el alma entretenia,  
Con esto iba aunque afligido ufano,  
Quando seis Moros contra él saliéron,  
Y quien era, y do iba le pidiéron.

Buyarruz respondió (en su lengua): amigos,  
De Jaen vengo qual me veis huyendo;  
Vengo á ampararme aquí de los castigos  
Que á mi suerte promete el hado horrendo.  
Si temes los Christianos enemigos,  
(Que ya la están qual dicen poseyendo,  
Respondió Mahayni) ven, que este muro  
De todo el mundo te hará seguro.

Axartaf es señor de esta eminente  
Ciudad, cuyo poder y esfuerzo es tanto,  
Que no hay nacion ni desviada gente,  
A quien no pone el nombre suyo espanto.  
Y así en tu angustia y tu temor presente  
Puedes fiarte dél qual Alá santo,

Que Alá en el cielo, y Axartaf en la tierra,  
Son de poder igual en paz y en guerra.

Su Alcayde soy, y en el nombre dél te ofrezco  
A tus temores el seguro amparo,  
Porque qual es razon me condolezco  
De aquellos á quien sigue el hado avaro.  
Buyarruz respondió: yo te agradezco  
Esa merced, igual al valor raro  
Que representa tu persona ilustre,  
Que á la Agarena gente honor da ilustre.

Esto diciendo en la Ciudad entraron  
Por la calle que toda la atravieza,  
Y armado como estaba lo llevaron  
Al Rey y lo metieron en su pieza.  
Y como de donde era le informaron,  
Un alboroto á levantarse empieza,  
Que el Moro viendo aquello se detuvo,  
Y suspenso aguardando un rato estuvo.

Todos los que al Rey eran mas llegados,  
Y los que le servian de consejeros  
Fuéron de verlo armado alborotados,  
Al Alcayde culpando y caballeros:  
Diciendo que vivian descuidados,  
Pues no temian las trazas de los fieros  
Christianos, y que allí en aquella habria  
Oculto algun ardid ó alevosía.

A esta postrer razon se conmovieron  
Todos, en pie poniéndose Ariadino,  
Moro de gran consejo, á quien tuvieron  
Los Reyes ántes por varon divino.

Y dixo: los Christianos no hicieron  
Traycion, ni semejante desatino  
Como es venir así á buscar la muerte  
En donde ni habrán gloria, ni harán suerte

Salir diez dellos contra cien paganos,  
Morir todos por no perder su gloria,  
Romper un muro con sus fuertes manos,  
Y entrallo á fuerza y alcanzar vitoria:  
Estas obras sí hacen los Christianos,  
Estas sí y otras dignas de memoria,  
Mas venir de esa suerte es cosa nueva,  
Y Alá pluguiera hicieran esa prueba.

Buyarruz entendió la diferencia,  
Y de las armas se desarma al punto,  
Viendo escandalizar la Real audiencia,  
Por ellas dél teniendo mal barrunto.  
Y sin aguardar mas ni haber licencia,  
A los pies de Axartaf se llegó junto  
Diciéndole: yo vengo á socorrerme  
Con tu poder, para poder valerme.

Injustamente de Jaen lanzado  
Buscando vengo en la miseria mia  
Donde ser pueda libre y amparado,  
Y á tí el gran Dios para mi bien me guía.  
De mi necesidad vengo forzado,  
(No qual temerse debe) por espía,  
Qual alguno que oye lo que digo  
Decir puede si soy del bando amigo.

Miró al Alcayde de Jaen, que estaba  
Desviado á una parte, á entender dando

Que por testigo de su abono daba  
Aquel, y así calló el rostro abaxando.  
Los del consejo cada qual mostraba  
Acuerdo diferente variando,  
Unos diciendo que de allí lo echasen,  
Y otros pidiendo al Rey que lo amparasen.

En pie se puso Hacen, un Moro viejo,  
A quien el Rey en casos de la guerra  
Tenia en mucho siempre su consejo,  
De grande estimacion era en su tierra.  
Viendo en tantos acuerdos el consejo,  
El silencio fiel de sí destierra  
Diciendo al Rey: sirviéndote tu dello,  
Puedes muy bien señor, favorecello.

La historia deste me contaba ahora  
El Alcayde, el qual dice, que él presente  
Lanzar vido á este Moro y á una Mora  
De Jaen, sin razon y cruelmente:  
Y que la causa se contó á la hora  
Y fué, que ella fué hija del valiente  
Hamet Golut, Alcayde que es de Arjona,  
Por quien su Rey sustenta su corona.

Y así los de Jaen por no enojallo  
En recibir á su enemigo entre ellos,  
Luego quisieron del lugar echallo,  
Temiendo al suegro que vendria á ofendellos.  
Viénesse á tí, que quieras amparallo,  
Amparalo, y defiéndelo de aquellos  
Que ofenderlo quisieren, pues procura  
Tu favor en su extrema desventura.

Cesó Hacen, y todos sosegáron  
 Del súbito alboroto recibido,  
 Y con menos escándalo tratáron  
 El negocio á que fué el consejo unido.  
 Y fué que los cautivos se alteráron  
 Oyendo que el Rey santo habia rendido  
 La Ciudad de Jaen, y en esto estaban  
 Dando y tomando, y qué harian trataban.

Varios acuerdos hubo variando  
 En él, que sobre el caso convenia,  
 Porque unos decían, que acabando  
 Los Christianos cesaba su porfia.  
 Otros decían, que ir desocupando  
 La Ciudad, y enviar á Berberia  
 La mayor parte, y los demas pusiesen  
 En prisiones y en donde luz no viesen.

Fuéron de aqueste parecer postrero  
 Todos, y del Rey mismo confirmado,  
 Sino de Habrin un renegado fiero,  
 Del Rey en mas que todos estimado:  
 No por ser mas valiente caballero,  
 Ni en partes de virtud aventajado,  
 Mas por ser blando adulador, que destos  
 Son las privanzas y los altos puestos.

Este, á quien era el nombre de Christiano  
 (Por haberse apartado dé') odioso,  
 Con detestable ánimo inhumano  
 Lleno de ira dixo furioso:  
 Veis que nos amenaza el Castellano  
 Ejército, y que es su nombre poderoso

De alterar los Christianos que en cadenas  
 Teneis sujetos á sus graves penas.

Y habeis dado un acuerdo, que estuviera  
 Mejor no haberlo dado al honor vuestro,  
 Pues dél mas daño y pérdida se espera,  
 Que puede reparar el poder nuestro.  
 Quanto mejor (decidme) pareciera  
 Por las razones que aun callando nuestro  
 Un sacrificio hacer de todos ellos,  
 Que entre nosotros en prision tenellos.

Dexad templanzas, con quien es mas justo  
 Que useis todo rigor, toda crueza,  
 Que no parecerá castigo injusto  
 En quien nos trata con mortal fiereza.  
 Esta es razon, no es odio, ni este es gusto  
 Mio, mas porque entiendo que es simpleza  
 Y peligro tener entre nosotros  
 Los que en el riesgo han de ayudar á otros.

Pareció á todos temerario acuerdo,  
 Y no le osó contradecir ninguno,  
 Por entender que el parecer mas cuerdo  
 No lo fuera, y al Rey fuera importuno.  
 Axartaf dixo: en esto yo concuerdo  
 En lo que dice Habrin, que dellos uno  
 No quede en mi Ciudad, y así le mando  
 Que los encierre y vaya aprisionando.

Dexando el real salió, á su aposento  
 Se entró, y el inhumano Habrin se parte  
 A cumplir su deseo, y mandamiento  
 Del bárbaro señor, que lo hace parte.

Y executando el crudo pensamiento  
 En toda la Ciudad no dexó parte  
 Que albergase Christiano, do no fuese  
 A la mazmorra, y con prision truxese.

Habiendo la inhumana diligencia  
 El enemigo de la Fe Christiana  
 En los pobres cautivos con violencia  
 Hecho, cumpliendo su intencion tirana:  
 Un pregon hizo dar en su presencia  
 Que de la ley Judia ni Pagana  
 Nadie tenga Christiano sin traello  
 A la prision, sopena de perdello.

Temiendo este rigor, sin otras penas  
 Que el sacrilego edito prometia,  
 Ninguno osó negar á las cadenas  
 El cautivo Christiano que tenia.  
 Y estando dellos las mazmorras llenas,  
 Que ni habia mas, ni en ellas mas cabia,  
 Contento se fué el fiero renegado  
 A dar reposo á su infernal cuidado.

Debaxo habia del mar el sol ardiente  
 Ascondido su carro, y las primeras  
 Estrellas daban luz resplandeciente,  
 Y la noche reposo á hombres y fieras:  
 Quando de la llorosa y triste gente  
 Puesta en dura opresion, las lastimeras  
 Quejas al cielo en su afliccion envian,  
 Y en ellas con llorosa voz pedian.

Señor, que en el peligro socorriste  
 Al pueblo que seguia el obstinado

Rey, y sin riesgo por el mar pusiste  
 Donde fué de tu mano regalado:  
 Connuévate á piedad nuestra ansia triste,  
 Nuestra miseria y miserable estado,  
 Y sácanos de aquesta sima obscura,  
 Qual á tu Apostol de la cárcel dura.

Tú, Señor, quebrantaste el reyno obscuro  
 Con poderosa mano, y despojaste  
 De las ilustres almas, y al seguro  
 Reyno contigo á descansar llevaste.  
 Tú, que al triphauce horrible el cuello duro  
 Con cadena fortisima ligaste,  
 Tú, que hiciste tales maravillas,  
 Tú puedes remediar nuestras mancillas.

No permitas, gran Dios, que este tirano  
 Oprese mas los que tu Fe creemos,  
 Ni le permitas mas, ni le des mano  
 Sobre los que tu nombre conocemos.  
 Dale tu gracia al santo Rey Christiano  
 Que nos libre del mal en que nos vemos,  
 Pues con ella ha vencido tantas guerras,  
 Gane esta tierra como esotras tierras.

Estas plegarias nuestras le presenta,  
 Sagrado Isidro, al hacedor del cielo,  
 En cuyo opuesto estás, y representa  
 Por nosotros nuestra ansia y desconsuelo:  
 Favorece tu patria, y no consienta  
 Tu grandeza que pise el santo suelo  
 Rociado de sangre soberana  
 Esta gente sin Dios que lo profana.

La voz piadosa el ayre trascendiendo,  
 Y el fuego ardiente en su inmóvil esfera,  
 Con presto curso á todo precediendo,  
 Llegó á donde el gran Rector la espera:  
 Y en su Colegio santo proponiendo  
 La causa de su pena lastimera,  
 Conmovió los espíritus piadosos  
 Llenos de Dios, y en Dios todos gloriosos.

Y ante la Trina Esencia arrodillados  
 Piden remedio al misero quebranto  
 De los Christianos, sin piedad tratados  
 Del bárbaro obstinado al triste llanto.  
 Que sean los duros hierros quebrantados,  
 Que oprimen con crueldad y afligen tanto  
 La gente que sustenta su ley santa,  
 Su nombre adora, y sus grandezas canta.

Al justo ruego al punto fué movida  
 La Magestad, á quien se humilla el coro  
 Que en el alcázar celestial se anida,  
 Que se movió á piedad del tierno lloro;  
 Y para que sea el ansia guarecida  
 Del Christiano, que aflige el crudo Moro,  
 A Isidro inspira que a su patria acuda,  
 Y de su mano ya le dé el ayuda.

Hizo también que el espantable infierno  
 Envíe sus ministros con terribles  
 Formas al Rey y á todo su gobierno,  
 Que claramente dellos sean visibles.  
 Esto ordenado en el Colegio eterno  
 Para dar premio y dar penas terribles,

El divino Arzobispo se adereza,  
 Y por los ayres su camino empieza.  
 De gloriosa lumbre rodeado,  
 Que á la obscura tiniebla esclarecía,  
 Y de lucientes formas esmaltado  
 El vestido que el vuelo revolvia:  
 De las mismas insignias adornado  
 Que quando el santo espíritu regia  
 La terrestre graveza, que sostuvo  
 La vida, en quanto que en la tierra estuvo.

El Deificado espíritu rompiendo  
 Iba las nubes con veloz presteza,  
 Donde su movedor lo iba rigiendo  
 Para el fin que aspiraba de su alteza.  
 Llegó á Jaen su curso concluyendo,  
 Donde está de Fernando la grandeza,  
 Quando la noche estaba en igual peso,  
 Y del sabroso sueño el Rey opreso.

Hinchió de claridad el aposento  
 Donde el santo varon durmiendo estaba,  
 Descuidado del alto acaecimiento  
 Que su gloriosa suerte le ordenaba.  
 Y con aquel no visto encendimiento  
 Que por un cabo y otro le cercaba,  
 Recordó, y viendo cosa tan extraña,  
 Quedó suspenso el santo Rey de España.

Un largo espacio estuvo así mirando  
 La soberana luz, cercado della,  
 Sin hablar, ni moverse, contemplando  
 De donde procedía cosa tan bella.

El alma gloriosa regalando  
 En tal vision, y así elevado en vella,  
 Puestas las manos, de rodillas puesto,  
 Estuvo hecho un Eliseo transpuesto.

En esta elevacion arrebatado  
 La bella luz huyó de su presencia,  
 Dexándole de gloria regalado  
 El espíritu en nueva diferencia.  
 Al Cymerio dulzor quedó entregado,  
 Sin quedar en él fuerza ni potencia,  
 Que los celestes Astros esparcian  
 Su influxo, qual los cielos disponian.

Quedó á un sabroso sueño el excelente  
 Espiritu del santo Rey rendido,  
 Qual el que sale de una lid ardiente  
 Con la victoria y premio pretendido.  
 Que al reposo se entrega blandamente,  
 Reparando el que habia ántes perdido,  
 Y en él dexando viva la memoria  
 Así gozando de segunda gloria.

Así el Rey, contemplando la dulzura  
 De la vision celeste en un sabroso  
 Cuidado, via presente la luz pura,  
 Sin poderla olvidar en su reposo.  
 Que luego que faltó dexando obscura  
 La tierra, con su manto tenebroso  
 De la noche del sueño engendradora,  
 Y de infernales monstrros cubridora.

Por entre sus Letheas sombras luego  
 Del hondo Averno sale presurosa

La infesta esquadra, que el sulfúreo fuego  
 Habita y la region de almas llorosa.  
 Entra en Sevilla, adonde en su sosiego  
 Axartaf reposaba, y con rabiosa  
 Furia, el real palacio le hinchéron  
 De espantables aullidos, que ante él diéron.

Despide el sueño el bárbaro, y levanta  
 El rostro, viendo el esquadron horrible  
 Vuelve á cubrillo, gime, y dél se espanta,  
 Trémendo todo de pavor terrible:  
 Cúbrese de un sudor frio, y en tanta  
 Duda no halla remedio conveniente,  
 Ni osa sacar el rostro, ni estar quedo, (do.)  
 Que el gemir y el temblar hacia aun con el mie-

Estando en esta misera agonía  
 A un mover de cadenas espantoso  
 Quel aposento todo parecia  
 Venir al suelo, vuelve pavoroso:  
 Y viendo la inhumana compañía,  
 Se quedó de turbado y temeroso  
 Mirando en torno dél las formas fieras  
 De Gorgonas, Centauros y Chimeras.

Sin osarse mover, las infernales  
 Eumenides, de sierpes denegridas  
 Coronadas, miraba á los umbrales  
 Con hachas en las manos encendidas:  
 Con todas las insignias funerales,  
 Las ropas en sangriento amor teñidas  
 Acompañando á una hermosa dama,  
 Que junto le pusieron á la cama.

De fuertes cuerdas las hermosas manos  
 Vueltas atrás traia rodeadas,  
 Tirando los ministros inhumanos  
 Dos cadenas, que al cuello traia atadas.  
 Que llegando ante el Rey de los Paganos  
 Ambas fuéron allí despedazadas,  
 Y las Moriscas ropas le quitáron,  
 Y en hábito Christiano la dexáron.

Habiéndose en aquesto detenido  
 Los espantables monstrros del Averno,  
 Haciendo horrible son, fiero ruido,  
 Se van (dexando el mundo) al triste infierno.  
 El bárbaro Rey Moro sin sentido  
 Quedó, casi entregado al sueño eterno,  
 Del pavoroso horror, y á este punto  
 Entro su guardia y su consejo junto.

Veníanle á tratar como era muerto  
 Habrin, sin saber como, y en su cama,  
 Sin poder hallar rastro ni hombre cierto,  
 Que del caso pudiese darles fama.  
 Dudosos, y en turbado desconcierto  
 Por entender lo mucho que le ama  
 El Rey, y darle nueva de tal suerte  
 Les era igual á ellos que á él la muerte.

Mas hallándolo tal, con alaridos  
 Quieren volverlo en sí, y el Rey temiendo  
 No fuesen los espíritus venidos  
 Abrió los ojos de temor gimiendo:  
 Ve su guardia, y ante él sus escogidos  
 Vasallos, y algo el miedo despidiendo

Como pudo, parándose, acezando,  
 Cansadamente el caso fué contando.

De todo habiendo extensa cuenta dado  
 Puso silencio el Rey á sus razones,  
 Quedando congojoso y fatigado  
 En mil ansias revuelto y mil pasiones.  
 Y siéndole de todos suplicado  
 Que se consulte el caso con varones  
 Sabios, y él dé sosiégo al herboroso  
 Pensamiento y cuidado pavoroso.

El Rey condescendió que se hiciese  
 De aquella suerte, y luego señaláron  
 Un Moro y un Judío, á quien se diese  
 Cuenta, y á un Griego que de allí nombráron.  
 Diéron orden, que en obra se pusiese,  
 Sin diferirlo mas, y aderezáron  
 Todo lo necesario, porque el dia  
 Dorando el mundo con su luz venia.

## LIBRO SEXTO.

¶ Junto estaba del bárbaro el Senado;  
 Y los supersticiosos hechiceros,  
 Que el caso entre ellos siendo consultado,  
 Vistas señales y aguardando Agüeros.  
 El Rey solo era dellos esperado  
 Que en sus congojas y temores fieros

Revuelto, sin acuerdo ni sentido,  
Estaba en su aposento retraído.

Entráron avisar que le aguardaban  
Los Máxicos, que él dixo que juntasen,  
Sobre el caso, que todos deseaban  
Que con verdad expresa declarasen.  
El Rey, á quien mil ansias aquejaban,  
Sin que de fatigarle se apartasen,  
El conturbado espíritu temiendo,  
Siempre las Furias qual Orestes viendo.

Oyendo lo que solo su memoria  
Tenía ocupada, se aprestó al momento  
Y salió á ver si le hacian notoria  
La causa que afligia su pensamiento.  
Los que á explicar venian la horrible historia,  
Del Rey obedeciendo el mandamiento.  
Isac Judío, Masau Pagano.

Al Griego diéron de informar la mano.

Puso los ojos en el Rey, y luego  
Las dos rodillas estampó en la tierra,  
Tornando á levantarse, y con sosiego  
Grave, los ojos suspirando cierra.  
Y dice: Yo señor, mi acuerdo allego  
Con el de Isac y Masau, y si yerra  
Todos tres somos los que en él erramos,  
Pues todos tres el caso consultamos.

Queriendo por mi larga edad honrarme  
En tu presencia, gran señor, permiten  
Que en este caso quiera señalarme,  
Y su interpretacion me la remiten.

Quisiera á ser posible no aclararme  
Que me excluyeran los que aquí me admiten,  
Por no ser yo revelador de cosas  
Que han de causarte pena y ser dañosas.

Mas habiendo, señor, de obedecerte  
Forzosamente habré de revelarte  
El espantable caso, en que la suerte  
Enemiga comienza amenazarte.  
Esto comprueba la ascondida muerte  
De Habrin, en que el cielo quiere darte  
Aviso, que si ofendes sus Christianos,  
El vengará su ofensa en tus Paganos.

Parecer ante tí los infernales  
Ministros, es señor decirte claro,  
Que te aguardan á tí los propios males,  
Si para atormentallos das tu amparo.  
Las tres Furias que viste á los umbrales  
Con antorchas ardiendo, te declaro,  
Que la inquietud denota que se espera  
En los tuyos, con una gente fiera.

La Dama, que las manos amarradas,  
Y al cuello dos cadenas viste asidas,  
Que por las Furias viste quebrantadas,  
Y sus Moriscas ropas ser rompidas:  
Esa Dama es Sevilla, adonde aunadas  
Hay dos sectas de tí favorecidas,  
La Morisca y Judía, y estas fuéron  
Las dos cadenas que ante tí rompiéron

Quitalle la Morisca vestidura  
Rompiendola, y dexarle la Christiana,

Significa señor, que en guerra dura  
Será quitada á la nacion Pagana:  
Que en el poder Christiano le asegura  
La suerte que estará sin que la humana  
Fuerza puede estorbarle lo que ordena  
El Hado, que á nosotros nos condena.

Esto es gran Rey lo que entender podemos  
Que la vision que viste significa:  
Esto alcanzamos y esto conocemos,  
Y á esto solo tu vision se aplica:  
Y podrá ser que el riesgo que tememos,  
Que lo visto por tí nos certifica  
Se vuelva en contra, y los prodigios vanos  
Comprehendan á solo los Christianos.

Que no somos al cielo tan odiosos,  
Ni del supremo Alá tan olvidados,  
Que todos estos miedos prodigiosos  
No pueda hacer que en contra sean mudados.  
Ni los Christianos son tan poderosos  
Que tengan potestad sobre los Hados,  
Que á su arbitrio dispongan que ellos hagan  
Como á solo su gusto satisfagan.

Procediera adelante el sabio Griego,  
Si el Rey con un suspiro no atajara  
Su razon, que entregó al silencio luego,  
Quedándose mirándolo á la cara:  
Y tornando á humillarse con sosiego  
Grave, el lugar y puesto desampara  
Dexándolo á los Príncipes que estaban  
En torno de Axartaf, y qual él callaban.

Qual sucede pasada una tormenta  
Quedar los que presentes se hallaron  
Suspensos, sin haber hombre que sienta  
Para poder contar lo que pasaron:  
Mas aplacada viendo la violenta  
Furia del mar y vientos que soplaron,  
Desechado el temor, tratan de aquello  
Que no les dexó el miedo conocello.

Así al Griego los Moros escuchando  
Pavorosos estaban, y temiendo  
Mientras les iba el caso declarando,  
Que ellos oian sin valor tremiendo.  
Mas luego que acabó se fué esforzando  
La gente, y acudian proveyendo  
Lo que á las cosas que temian hiciesen  
Seguras, y en remedio suyo fuesen.

Entre los que ocupaban los asientos  
En la consulta Bothalá era uno  
Moro valiente, de altos pensamientos,  
Y en obras dellos en su igual ninguno.  
Este de amor sufriendo los tormentos  
Que causar suele su deseo importuno,  
Quando en conformidad no se responde,  
Ni el uno al otro amor se corresponde.

Perdidamente amaba á la hermosa  
Alguadayra, que dió Alcalá renombre  
De Guadayra, Mora poderosa,  
Hija del Rey, de honesto y claro nombre:  
Por esta, andaba en vida trabajosa  
El Africano Moro, y como hombre

Tan cautivo, dexaba el patrio asiento  
De Marruecos, en este pensamiento.  
Viendo ocasion en que poder mostrarse  
En servicio del Rey, á quien queria  
Complacer y con hechos señalarse,  
Aunque ya su valor se conocia.

Ante el Rey vino el Rey á declararse,  
Y dixo: ó gran señor la razon mia  
Oye, que un puro ánimo la mueve  
El deseo, y la fe que te se debe.

Todas las cosas que en presencia tuya  
Te fuéron referidas, he advertido,  
Y es justo, que qualquiera nos concluya  
Para entender que el cielo es ofendido:  
Mas si quieres señor que la ira suya  
No se execute, haz que sea servido  
Con sacar los cautivos de la estrecha  
Prision, sin causa tal ofensa hecha.

Solo este fin nos dió á entender el Griego  
Ser la causa de todo lo que viste,  
Y de la muerte que le vino luego  
Al que poder para prendellos diste.  
Ser justa la prision no te la niego,  
Justo lo que hacerles consentiste,  
Mas viendo claro el cielo defendellos,  
Tengo por yerro el no favorecellos.

Por esta via (pues la causa es esta)  
Estorbarás de la espantable suerte  
Las amenazas y opresion molesta,  
Que el fatidico Griego nos advierte:

Y si el Christiano Rey contra tí apresta  
Su gente, entre la tuya la hay tan fuerte  
Como la suya, y tu potencia excede  
En mas mil veces que la suya puede.

Dentro de tu Ciudad tienes de guerra  
Trescientos mil y mas hombres, que al punto  
Que importe, el muro que los guarda y cierra  
Dexarán, y estarán en campo al punto.  
Pues sin estos, de gente de la tierra  
Igual número casi tienes junto,  
Que deseando ver la trabajosa  
Guerra, tienen la paz por odiosa.

Manda aprestar las armas previniendo  
Todas las municiones convenientes,  
Y á donde faltan irlas proveyendo,  
Y Capitanes señalar valientes:  
Ir por listas y alardes recorriendo  
Todos los que hallaren suficientes  
Para seguir de Marte el crudo oficio  
Las faciliten siempre en su exercicio.

Si esto haces, gran Rey, puedes seguro  
Desear la venida de Fernando,  
Y sin miedo tenerle abierto el muro  
Porque vendrá su perdicion buscando:  
Este es mi parecer, y ante Alá juro  
Que quisiera en las obras ir mostrando  
La fuerza del deseo que me rige,  
Que á tu solo servicio se dirige.

Hizo al Rey una humilde reverencia  
Botalhá, y á tomar volvió su asiento,

Remitiendo al acuerdo la sentencia  
De su fiel y justo pensamiento.  
Fué notado del Rey con advertencia,  
Y de todo el real ayuntamiento  
El parecer, y todos lo aprobáron,  
Y todos que se hiciese demandáron.

Visto el sano consejo, y que igualmente  
De todos fué por bueno recibido  
Holgose el Rey, y en ver que en todos siente  
El ánimo, que al caso es requerido.

A entender dando que era conveniente  
Dexar el alboroto y el ruido,  
Así les persuadió que se hiciese,  
Y en obra lo propuesto se pusiese.

Las voces sin efecto desechemos,  
Y á las cosas que importan acudamos,  
Pues del cielo con claras muestras vemos  
Que amenazados con rigor estamos.  
La cometida culpa reparemos  
Luego, y qual es razon satisfacemos  
Con obras que le ablanden y provoquen  
A que las amenazas se revoquen.

Por esta suerte hecho lo que digo,  
Las armas aprestemos al efecto,  
Que sin miedo del bélico enemigo  
Puede nuestro temor estar quieto.  
Que el cielo hecho de enemigo amigo,  
En él espero que he de ver sujeto  
El Christiano poder del poder nuestro,  
Y su valor rendido al valor vuestro.

Vámosle al gran Profeta á ofrecer luego  
A la real mezquita un religioso  
Sacrificio, que aumente el sacro fuego  
De Pancaya, el don rico y oloroso.  
Y porque acuda á nuestro humilde ruego  
Botalhá, parte luego presuroso  
Y á los Christianos saca á la luz pura  
De la mazmorra adonde estan obscura.

El Rey se puso en pie y tomó el camino  
De la mezquita, á quien la falsa Secta  
Tenia inmunda con el uso indigno  
Del sacrificio al pérfido P. ofeta:  
Lugar que seria presto del divino  
Y verdadero culto, y la perfecta  
Ley del sacro Evangelio pregonada,  
Por el que al mundo la dexó enseñada.

Juntóse luego la maldita gente  
Sin uso de razon ni entendimiento,  
Y su Alfaqui encendió la llama ardiente  
Que de Arabia espedia el suave aliento.  
Botalhá fué con priesa diligente  
Del Rey cumpliendo el justo mandamiento,  
Y los Christianos todos desencierra,  
Y él cõn sus propias manos los deshierra.

Fuéron saliendo de la obscura gruta  
Los opresos Christianos á la clara  
Luz, de que los privó la disoluta  
Gente sin Dios y de piedad avara.  
No habia en todos quien la faz enjuta  
Llevasé, y sin osar alzar la cara

Pasaban de temor todos tremiendo,  
La muerte cierta ya á los ojos viendo.

El bárbaro entendió el angustia y miedo  
En que los tristes iban afligidos,  
Y así les dixo: amigos si algo puedo  
Es para que seais todos socorridos:  
No temais, y el semblante mostrad ledo,  
Que todos del Rey soys favorecidos,  
Que él me envia á que os saque de esta obscura  
Caverna, él os ampara y asegura.

Oyendo esta razon se arrodilláron  
Junto al bárbaro todos en el suelo,  
Y los ojos y manos levantáron  
Con alegre clamor llorando al cielo:  
Al mismo sentimiento le obligáron  
Al Moro, y con palabras de consuelo  
Uno á uno los iba confortando,  
Y del suelo uno á uno levantando.

Del no esperado Rey siendo admirados  
Los Christianos, á quien el espantoso  
Temor tuvo rendidos y entregados  
Al miedo del castigo riguroso.  
Viéndose con seguro y consolados  
Del Moro, á sus trabajos piadoso,  
Un cautivo tomándole la mano  
Así le dice al Principe Africano:

Dinos así el gran Dios que nos sustenta  
(Para ocuparla en él) te de la vida,  
Y te libre de verte en nuestra afrenta,  
La gloriosa libertad perdida.

¿Qué fué lo que al Rey hizo que así sienta  
Nuestra angustia, si dél fué concedida  
Facultad de encerrarnos en la obscura  
Cárcel y renovar la prision dura?

Respondió Botallhá, fué aconsejado  
El Rey de un enemigo suyo y vuestro,  
Que de su ley Christiana desviado,  
En seguir dió la del Profeta nuestro:  
Este fué el que os puso en tal estado  
Como de tales obras fué maestro,  
Mas avisado el Rey desta crueza  
Revocó el mando con real franqueza.

Esta merced que el Rey con noble pecho  
Hizo en nosotros, respondió el Christiano,  
Aunque parece que tu Rey la ha hecho  
Obra es del Dios nuestro Soberano:  
Que nuestra angustia viendo y duro estrecho  
Nos regaló con su divina mano  
Enviándonos luz en la escondida  
Cárcel, que siempre vimos encendida.

Cesó el amargo y doloroso llanto  
En el instante que la lumbre vimos,  
Y un dulce alivio reparó el quebranto,  
Y la tristeza al punto sacudimos.  
Y lo que debe darte mas espanto  
Que las duras prisiones que metimos  
Hechas pedazos muchos las halláron,  
Y yo soy uno á quien se le quebráron.

Maravillose el bárbaro, y quisiera  
Que adelante pasará con su cuento

El Christiano, si no se lo impidiera  
Llamarlo el Rey, y así partió al momento,  
Fué y hallólo que salia ya fuera  
De la mezquita, adonde habia contento  
Celebrado el infando sacrificio,  
A quien con él queria ser propicio.

Alegres los idólatras mostraban  
Al ciego Rey, que aquello les hacia  
Seguros de los daños que esperaban,  
Y del temor que el alma le affigia.  
Por su falso Profeta le juraban,  
Que ya en el mundo potestad no habia  
Que enojallos pudiese en tal estado,  
Sino el cielo, y que ya estaba aplacado.

Llegáron con el Rey tratando en esto  
A su Real Palacio, adonde al punto  
El consejo de guerra ocupó el puesto  
Que allí mandó que le aguardase junto.  
Y siendo el caso á todos manifiesto,  
Todos para tratarlo iban á punto,  
Y así les dixo el Rey: ninguno ignora  
Para lo que os mandé juntar ahora.

Ya sabeis que nos turban y conmueven  
Los ánimos, temores celestiales:  
Ya sabeis que no hay fuerzas que se prueben  
Contra el cielo sin riesgo de mis males:  
En esto habemos hecho lo que deben  
Hacer los que conocen ser mortales,  
Que el sacrificio siempre es recibido,  
Siendo con puro ánimo ofrecido.

Por esta parte ya tenemos hecho  
Lo que si el Cielo aceta nuestros dones,  
Libres seremos del temor y estrecho  
Que prometen las hórridas visiones.  
Agora resta, que el heroico pecho  
Haga, dexando ofrendas y oraciones,  
Sin remitir lo que han de hacer las manos,  
Que lo obren milagros soberanos.

Todas las cosas que aprestar conviene  
De nuestro muro adentro están dispuestas,  
Como de quien ninguna guerra tiene,  
Aunque para qualquiera ocasion prestas.  
Mas en duda si el Rey viene ó no viene  
Son menester mas prevenciones que estas.  
Tu sabio Hacen, y tu sabio Ariadino,  
Acudid á esto qual haceis contino.

Ireis á prevenir toda la tierra,  
De armas abastecella, y municiones,  
A disponer la gente para guerra,  
De nuevo á reformar sus esquadrones.  
En tanto el fuerte muro que nos cierra  
Botalhá tome á cargo, y los varones  
Que á él le parecieren á guardallo  
Ponga, y á cuenta suya esté el velallo.

A Buyarruz le doy que tenga cuenta  
De andar guardando el campo con la gente  
De á caballo, que ronde, y mire, y sienta  
Todo lo que á este cargo es conveniente.  
Pues no sintiéron su dolor y afrenta,  
Y de si lo lanzáron con ardiente

Furor , en confianza desta injuria  
Este cargo le dó en que emplee su furia.

En todo lo demas iremos viendo  
Lo que convenga mas para hacello,  
Pues nos va el tiempo espacio concediendo  
En que podemos muy despacio vello.  
A lo dicho se acuda , porque entiendo  
Que importa no aguardar ni entrettenello,  
Y espías vayan á Jaen y vengan,  
Que cargo de traer avisos tengan.

A Guanzar y á Buleylá señaláron  
Que á Jaen fuesen á servir de espías,  
Dos Moros los mas diestros que halláron,  
Que en esto habian servido muchos dias.  
Desde allí al punto á entrambos despacháron,  
Y ellos con priesa á diferentes vias  
Principio diéron á cumplir el mando  
De su Rey , y á espíar al Rey Fernando.

De la consulta se saliéron fuera  
Siguiendo todos el acuerdo dado  
Por el Rey , que en su ansia ardiente y fiera  
Gemia temiendo el disponer del hado.  
Así como el que algun peligro espera  
Que siempre lo estimula su cuidado,  
El Moro así de todo temeroso,  
Todo le perturbaba su reposo.

Fuese á quietar su animo inquieto.  
Con el descanso , y luego Hacen parte  
Y Ariadino , á que puesto sea en efecto  
Lo que tocaba á cada uno en parte.

Botalhá se fué al cargo que fué electo,  
Buyarruz dió principio al fiero Marte,  
Los demas por el órden que les diéron,  
A sus obligaciones acudiéron.

Buleylá , que por hombre diligente  
Hecho fué espia en la Real consulta,  
Para aquel ministerio suficiente,  
Y para todo lo que del resulta.  
Confiado en saber perfectamente  
El Christiano language , con oculta  
advertencia , trataba el Africano  
Con Christianos en hábito Christiano.

Queriendo acudir presto al mandamiento  
Del Rey ; y al cargo que quedó á su cargo,  
Bonete y toca se quitó al momento,  
El corvo alfange , y el vestido largo.  
Y todo lo demas que era ornamento  
Morisco , sin que en él hiciese embargo  
La vil pereza , ni el cansado ocio,  
Partió en Christiano trage á su negocio.

No fué ( aunque con priesa esta partida )  
Tan secreta , que el fin se le escondiese  
A Lope Diaz de Alfaro , y entendida  
Sufrir no pudo su valor que fuese.  
Este , en vil cautiverio via oprimida  
Su hidalga persona , sin que hubiese  
Orden de libertarse , porque el Moro  
No estimaba por él plata ni oro.

Entendiendo el designio que llevaba  
El bárbaro , encendido el noble pecho

De la Christiana Fe que le aspiraba  
 A que emprendiese tan heroico hecho.  
 Sacudiendo el temor que acompañaba  
 Su alma, en la prision y nudo estrecho  
 En que vivia, ardiendo en fortaleza  
 Dice á sí mismo lleno de fiereza:

Satisfago al honor que á mi honor debo,  
 ¿Qué una cadena sola impedir pueda  
 Que el fin á que mi ánimo conmuevo  
 Sea tan flaca causa quien lo veda?

Pues con tanta flaqueza no me atrevo,  
 ¿Qual será aquel que al nombre mio conceda  
 Alabanza? y si al riesgo el rostro huyo,  
 Y el cobarde temor me hace suyo.

El claro nombre de mi ilustre abuelo  
 Lope Diaz de Alfaro, y del famoso  
 Sancho Diaz mi padre, que en el suelo  
 Fue el uno y otro igual al mas glorioso;  
 Se ensalzará con el humilde vuelo  
 Mio, pues encerrado y temeroso  
 No salgo (ay Cielo) contra aquel pagano  
 Que á espiar va el ejército Christiano.

No será justo, pues conozco claro  
 Del encubierto Moro el fin que lleva,  
 Que sea á los míos, ni á mi Rey avaro,  
 Ni que les falte en tan heroica prueba.  
 No sea el nombre que heredé de Alfaro  
 Por mi ofendido, ni el temor me mueva  
 De tan justo deseo, pues me llama  
 Lealtad, honor, reputacion y fama.

Lleno de ansias conferia consigo  
 El invencible jóven todo aquesto,  
 Deseando acudir al bando amigo  
 Antes que el Moro le ocupase el puesto.  
 Vacilava temiendo el cruel castigo  
 Si á la prision en que se via puesto  
 Lo volvian, habiendola él dexado,  
 Y sus fuerzas las suyas quebrantado.

En estas dudas, y mortal quebranto,  
 Aquejado de mil contrariedades,  
 La virtud gloriosa pudo tanto  
 Que le hizo romper dificultades.  
 Y el pecho libre de cobarde espanto,  
 Dispuesto al yugo y bárbaras crueldades  
 Si sucedia al contrario el justo intento  
 Que le aspiraba el noble pensamiento.

Resuelto de morir, ó dar la muerte  
 Al encubierto Moro, antes que entrase  
 En el Christiano campo, si la suerte  
 Tan venturosa suerte le otorgase.  
 La cadena quebró con brazo fuerte  
 Y escondido aguardó que se ausentase  
 La luz quel mundo adorna, y puesto á punto  
 Saltó el herculeo muro, y partió al punto.

Acompañado de la sombra obscura,  
 Y de las formas que el luciente Cielo  
 Esmaltan, por la via mas segura  
 Que enseñándole iba su recelo.  
 Ni de cansancio, ni descanso cura  
 Apresurando el curso, y presto vuelo,

Contrastando su ánimo divino  
Los trabajos y afanes del camino.

Tres veces con la luz del bello hermano  
Ilustró el mundo la nocturna Diosa  
Que tiene odio al linage humano  
En su influencia siéndole dañosa.  
Después que el muro Hispalico el Christiano  
Dexó su via siguiendo presurosa,  
Al Moro procurando, y yendo en esto  
Riberas de Genil se halló puesto.

Suspendió el curso el Español valiente  
El sitio viendo, y un lugar famoso  
De antigua poblacion, y un ancho puente  
Para poder pasar el rio espacioso.  
Temió el lugar, y la enemiga gente,  
Y el puente atravesando presuroso  
Se dexó ir por la ribera amena  
De verde yerba, y varias flores llena.

Regalaba su espíritu invencible  
El suave olor quel manso y fresco aliento,  
Que en el lugar quieto y apacible  
Por todas partes esparcia el viento.  
Donde el cansancio, y el afan terrible  
De qualquier fatigado pensamiento  
Aunque fuera de amor, se mitigara,  
Y con alegre alivio descansara.

Las flores olorosas y suaves  
Que en el yerboso suelo iban pisando,  
El dulce canto de las libres aves  
A detenerse le iban convidando.

Mas el deseo, y los cuidados graves  
Lo llevaban el curso apresurando,  
Que ni flor, yerba, arbol, ave, rio,  
Menguar podian de su curso el brio.  
Yendo así el jóven, cuya eterna gloria  
De la edad no será jamas robada,  
Y del coro sagrado su memoria  
Por siglos sin medida celebrada.  
Para que oyese de su ilustre historia  
Que tenia el tiempo por venir guardada,  
El Cielo que lo amaba, y lo regia,  
Lo detuvo, y torcer hizo la via.

Por medio del camino atravesaba  
Del fértil rio un brazo, que tendido  
Un largo espacio en torno rodeaba  
Del agradable puesto florecido.  
Y con mansa corriente se tornaba  
A reducir adonde habia salido,  
Represándose en un artificioso  
Estanque de primor maravilloso.

De alisos está y plátanos cercado  
El caudaloso estanque, que corriendo  
Por todas partes cerca el verde prado,  
Que una pequeña isla va haciendo.  
Después con gran violencia arrebatado  
La tierra de ambas partes va hundiendo  
A dar consigo al rio que está cercano  
No léjos del sombroso y fresco llano.

Toda aquesta ribera fresca umbrosa  
Está de varias flores guarnecida

De blanco lirio, y de purpurea rosa,  
De fresca y verde yerba enriquecida.  
Dó el ayre suave, y el alva deleytosa  
Tienen la hermosa isla ennoblecida  
Con el templado zéfiro y su flora,  
Y alegre primavera que enamora.

Aunque llevado del cuidado ardiente  
Que le aquejaba al jóven animoso  
Se dexó ir tras la veloz corriente,  
Que lo metió en el prado deleytoso.  
Y empezando á mirar atentamente  
El ameno lugar y sitio umbroso,  
Oyó una voz extraña, aunque de hombre,  
Que le venia nombrando por su nombre. (no,

Volvió el rostro, y vió ante él un hombre anciano  
Con una larga y blanca vestidura,  
Coronado del arbol soberano  
Que á Apolo ofrece la Parnasea altura.  
Un libro antiguo en la derecha mano  
En que mostraba bien de la edad dura  
La fuerza, á cuya fuerza no es bastante  
La dureza del mármol ni el diamante.

Quedó el Christiano suspendido oyendo  
Nombrar su nombre, y alterado desto  
Se detuvo, y al hombre anciano viendo  
Con tal insignia, y en el mismo puesto.  
El caso en la memoria revolviendo,  
Y el pensamiento con discurso presto  
Vacilaba, que siendo conocido  
De varon grave, así lo ha divertido:

Si te altera así verme en tu presencia,  
O excelente Lope Diaz de Alfaro,  
Dexa el alteracion, y con prudencia  
Advierte lo que en voz fatal declaro.  
Que tu valor y clara descendencia  
Que triunfan de la edad y tiempo avaro,  
Aguardándome tienen este dia  
Que de tí cante en cierta profecía.

Las cosas que me ofrece la memoria  
Que nos promete tu Real grandeza,  
Remito adonde en copiosa historia  
Sean escritas qual su ilustre alteza.  
Agora en breve te diré la gloria  
Que espera de tí el siglo, aunque en pobreza,  
En opresion de estrecho cautiverio,  
Entre bárbaros puesto en vituperio.

Tú, á quien rige el piadoso Cielo  
Para defensa de su fé en la tierra,  
Por la lealtad, constancia y santo zelo  
Que tu invencible y fuerte pecho encierra,  
Que en tanta angustia, y tanto desconsuelo  
De la cadena que te daba guerra  
Saliste á dar aviso al Rey Christiano,  
Del engaño del bárbaro Pagano.

Los trabajos y afanes del camino  
Menospreciando, y el peligro cierto  
Que te cerca (aun aquí) si por divino  
Socorro no arribaras á este puerto,  
De aquel lugar que ves allí vecino,  
Que es Castroelrio, fueras preso ó muerto,

Que la crueza de su Rey es tanta  
Que al mas cruel del mundo se adelanta.

Gulaytá es el quel regio cetro tiene  
Dese tendido pueblo que se muestra,  
Hombre astuto y feróz, que no contiene  
Nada su furia, ni su fuerte diestra.  
Por su mando se prende y se detiene  
Qualquiera de su ley, ó de la vuestra,  
Que pase por aquí, y esto es de modo  
Que cercado de guardas trae esto todo.

Mas tú, á quien mueve tan glorioso intento,  
Y el zelo lleva que á su Dios le toca,  
Libre verás cumplir tu pensamiento,  
Sin que execute el Rey su furia loca.  
Y á la presencia llegarás contento  
Del Christjano, y la causa que provoca  
Tu noble pecho, siendo del oida,  
Será loada, y bien agradecida.

Revelado por tí el contrario engaño,  
Por tí el engañador vendrá á ser preso,  
Y al Rey santo traído con extrañío  
Aplauso, celebrando el buen suceso.  
De aquella parte reparado el daño,  
Y seguros por tí del crudo exceso,  
Serás tan grato al Rey, que en su presencia  
Al mayor será igual tu preeminencia.

Crecedrá con hazañas gloriosas  
El nombre tuyo, que será temido  
En quanto de luz visten las lumbrosas  
Formas, y el gran Nereo es conocido.

Sucedarán de tí gentes famosas,  
Sucedarán varones que el olvido  
No les podrá hacer jamas ofensa,  
Ni encubrir su alabanza y gloria inmensa.

Los Palacios Reales serán dellos  
Con supremos oficios ocupados,  
Los Consejos de guerra y paz por ellos  
En fuerza y en justicia sustentados.  
Llegarán sus proezas á ponellos  
En donde los presentes ni pasados  
Llegáron, y será el nombre de Alfaro  
Loado de Reyes por ilustre y claro.

En esto tenia mucho que decirte,  
Mas la ocasion me impide detenerte,  
Y me fuerza con priesa á dexar irte,  
Para que des principio á tu alta suerte.  
En la qual solo quiero prevenirte  
Que á Hispali irás con tu Rey fuerte,  
Que inspirado á esta empresa va del Cielo,  
Donde se ha de cumplir lo que revelo.

Aquí Fernando se verá glorioso  
Echando el yugo á esta enemiga gente,  
De la qual triunfará vitorioso  
Premiando su ejército excelente.  
Aquí serás con premio generoso  
Galardonado de tu esfuerzo ardiente,  
De tu invicto valor, y altas empresas  
Que en este inmortal libro están ya impresas.

Aquí en este lugar, donde tu diestra  
Vitoriosa habrá marciales dones,

Qual de ti el tiempo por venir nos muestra,  
 Y las altas y ocultas impresiones.  
 Y habrá en la venidera y edad nuestra  
 De tu apellido célebres varones,  
 Que en las reales casas ocupados  
 Igualarán en gloria á sus pasados.

De solos dos quisiera revelarte  
 Entre tantos que insigne harán tu gloria,  
 Que el uno á Apolo seguirá en el arte  
 Que hizo mas ilustre su memoria.  
 El otro con señal del santo Marte  
 De Calatrava ocupará la historia,  
 Cuyo saber, cuyo valor divino  
 Celebrará un ingenio peregrino.

No puedo decir mas, camina luego,  
 Y este camino sigue, y ve seguro  
 Que el Cielo por quien vas oirá tu ruego,  
 Y libre te hará del trance duro.  
 Esto diciendo, sin ningun sosiego  
 Llevado en alto por el ayre puro,  
 De la vista del fuerte caballero  
 Lo desapareció el volar ligero.

Quedó suspenso el caso contemplando,  
 De su extrañeza en gran cuidado puesto,  
 Mil imaginaciones ocupando  
 Su memoria, con variar molesto,  
 Y un largo espacio en esta duda estando  
 Revolvió sobre sí, y dexando el puesto  
 Por el camino que le fué enseñado  
 Sin detenerse mas siguió su hado.

Con la presteza al caso conveniente  
 (En que á Canisio y Philonides fuera  
 Aventajado el jóven excelente  
 Si en andar mas con ellos contendiera)  
 Caminaba por verse en la eminente  
 Ciudad, y con tal priesa persevera,  
 Que en ella se halló quando el tumbroso  
 Carro en el mar se asconde presuroso.

Por la guardia rompió, que en guarda estaba  
 De la puerta, y entró del muro adentro,  
 Contento en ver quel Cielo le acercaba  
 Yá la ocasion á que él salia al encuentro.  
 Y con el ansia ardiente que aquejaba  
 Su alma, y conmovia en su oculto centro  
 Sin reparar en cosa iba buscando  
 Al Moro que venia procurando.

En toda la Ciudad no dexó parte  
 Donde pudiese el Moro ser habido  
 Que no buscó con diligencia y arte,  
 De su constante fé y deseo movido.  
 Y temiendo que el bárbaro se aparte  
 El efecto á que vino conseguido,  
 Congojoso paró el ligero curso,  
 Sobre el caso haciendo este discurso.

Si este infiel en daño del Christiano  
 Ejército y del Rey cumple su intento,  
 Y victorioso sale salvo y sano,  
 ¿Qué hecho yo, ó qual fué mi pensamiento?  
 ¿Ha de quedar mi afan y riesgo en vano?  
 ¿Mi cuidado ha de ser sin fundamento?

¿Qué emprendí yo si no le dó el castigo  
Que debo, y él se vuelve al bando amigo?

Si me lo encubre el Cielo como á indigno  
Que soy de haber empresa tan gloriosa,  
Con sombras ofuscándome el camino,  
Y con noche espantable y tenebrosa.  
Al Rey á quien aspira el Rey divino,  
Y gobierna su diestra vitoriosa  
Avisaré del caso, porque sea

Preso el Moro sin ver lo que desea.

Con la velocidad que por el viento  
De la nerviosa cuerda despedida  
Va la flecha con presto movimiento  
Del fiero Persa ó Sárмата impelida,  
Partió el Christiano sin tardar momento  
A dar la cuenta al Rey de su venida,  
Y con tal diligencia fué, que un punto  
Tardó en hallarse con su guarda junto.

Pidió que al Rey dixesen que él venia  
A tratar con su Alteza un importante  
Negocio, en que un aviso le traía,  
Que le otorgase ante él llegar delante.  
Siéndole dicho, el Rey por él envia,  
Y en su presencia puesto, en el instante  
Lope Diaz su historia representa,  
Y quanto el Sevillano Rey intenta.

Las municiones que hacia, y la gente  
Que derramaba á pertrechar su tierra,  
El cuidado y la priesa diligente  
En prevenir las cosas de la guerra.

La innumerable suma que al presente  
De Moros dentro el fuerte muro encierra,  
Y llegándose mas al Rey le avisa  
De la espia que el campo suyo pisa.

El magnanimo Rey, con agradable  
Semblante al caballero el brazo toma  
Diciendo, no se yo qual mas loable  
Por su virtud y esfuerzo tuvo Roma.  
Sugeto has dado que la fama hable  
En tu alabanza, con la voz que doma  
A la injuria del tiempo, y que se diga  
Tu honroso pensamiento y tu fatiga.

Diciendo esta razon, llamó en secreto  
A D. Lorenzo y al de Eucles que estaban  
Presentes, y aguardaban el efecto  
De lo que el Rey y Lope Diaz trataban.  
Y siéndoles allí dicho el sugeto  
Qual á solas los dos comunicaban,  
Acuerdan que las guardas se prevengan,  
Y nuevas postas que cuidado tengan.

A poner orden en aquesto acude,  
Por mandado del Rey, el sabio Marte  
D. Pelayo Correa, antes que mude  
De acuerdo el Moro, yéndose á otra parte.  
Y porque todo á su designio ayude,  
Como á su invicto esfuerzo ayuda el arte  
Militar, para el caso elige velas,  
Nuevas postas, espias y centinelas.

Por esta orden disponia el glorioso  
Protector de la Fé con diligencia

Todo lo que importaba al cuidadoso  
 Caso, asistiendo á todo su presencia.  
 Y habiendo á Lope Diaz y al famoso  
 D. Lorenzo encargado la asistencia.  
 En procurar al Moro, á su aposento  
 Se recogió á quietar su pensamiento.

D. Lorenzo salió y llevó consigo  
 A Lope Diaz de Alfaro, y procurando  
 Van con secreto al bárbaro enemigo  
 Por el amigo ejército buscando.  
 Sin hacer de su ida otro testigo  
 Que á las tinieblas que los van cercando,  
 Por entre guardas y soldados que entran,  
 Por entre espías, y velas mil que encuentran.

Todo el Christiano ejército anduviéron  
 En torno por tres veces, y á la puerta  
 De la Ciudad por guardas se pusieron  
 Teniendo aquella solamente abierta.  
 Y allí aguardando solos estuviéron  
 Del cauto Moro la venida incierta,  
 Sin dar lugar quel sueño los rindiese,  
 Ni el trabajo su esfuerzo enflaqueciese.

Quanto la noche fria y tenebrosa  
 Duró en tener tiranizado el suelo  
 Envuelto en sombra oscura y congajosa  
 De angustia llena y triste desconsuelo.  
 En la guarda estuviéron trabajosa  
 Los dos varones, mas dexando el Cielo  
 Desocupado todas las estrellas,  
 Ascondiendo en el mar sus formas bellas.

El puesto dexan, y en su guarda puestos  
 Hombres de quien pudiéron confiarlo,  
 Y á la Ciudad de allí se vuelven prestos,  
 Y al Moro buscan qual debian buscarlo.  
 Los dos constantes ánimos dispuestos  
 Que habian de acabar, ó al Rey llevarlo,  
 Si en el caballo de Perseo subiese,  
 O en su ayuda el Infierno todo fuese.

---



---

## LIBRO SEPTIMO.

Vistió de rayos y de luz la tierra  
 El Planeta oriental, restituyendo  
 Todo lo que la noche obscura encierra  
 Fuera del huerco el mundo poseyendo.  
 Comenzóse á mostrar el llano y sierra,  
 Los altos edificios descubriendo,  
 Solicitando que al trabajo grave  
 Vuelva el que el ocio detenía suave.

Luego que vió el Maestre el nuevo día  
 Que había aguardado en véla entre las velas,  
 A las postas requiere, á ver si había  
 Descuido, y de ellas va á las centinelas.  
 Vuelve á las guardas que la noche fria  
 Habian pasado, y en su guardia velas,  
 Guardando el órden que les dió, aguardando  
 La espia que tantos andan procurando.

Dió nueva orden, y mandó que fuesen  
 Diez caballos que en torno rodeasen  
 La Ciudad, y otros tantos requiriesen  
 La sierra, y hasta el rio no parasen.  
 Que las postas y velas removiesen  
 Porque de la vigilia descansasen,  
 Y con esto á palacio fué y encuentra  
 Al Rey en la primera puerta que entra.

Estaba con algunos Caballeros  
 Tratando el caso, que ponía en cuidado  
 A todos, y obligaba á sus guerreros  
 Del reposo apartarse acostumbrado.  
 Y de la causa ensafia ardiendo fieros  
 Viendo que no podía ser hallado,  
 Al Rey le aconsejaban que hiciese  
 Que el ejército al arma se pusiese.

Y que mandase luego echar un bando  
 Que los que no seguían su estandarte  
 Militar, la Ciudad desocupando  
 Fuera della se fuesen á tal parte.  
 Sola una puerta en la Ciudad dexando  
 Para salir, y allí se pondría parte  
 De la gente á mirar los que salían,  
 Y desta suerte al Moro encontrarían.

Pareció algunos bien, mas al valiente  
 Garciperez desagradó el hacerse  
 Tal cosa, y fué de acuerdo diferente  
 Culpando á los que en esto querían verse.  
 Y decía: ¿es razon que solamente  
 Un Moro á tantos haga conmoverse?

¿Y que puestos al arma lo aguardemos,  
 Y que entenderse pueda que tenemos?

¿Qué dirá este si su buena suerte  
 A su tierra lo lleva salvo y sano,  
 Que él solo al campo de Christianos fuerte  
 Puso en temor, y al mismo Rey Christiano?  
 Y para que no hable y desconcierte  
 Su razon, y con esto vaya ufano,  
 A procurallo luego vamos todos  
 Otras trazas dexando y otros modos.

De por sí cada uno lo procure,  
 Sin que él ni nadie puedan entendello,  
 Y con esto el escándalo asegure  
 Del campo donde está sin conocello.  
 Y si se hubiere ido, ante el Rey jure  
 De ir á Sevilla y dentro entrar y habello  
 Por fuerza, aunque le sea defendido  
 Del bárbaro poder, y aquí traído.

De todos fué por buen acuerdo aceto  
 El que dió Garciperez, y aprestados  
 Para ir, dixo el Rey, ese decreto  
 Se dexa, y sean los ánimos mudados.  
 Y aguardemos á ver aquí el efeto  
 De los dos que tenemos enviados,  
 Y conforme al recaudo que truxeren  
 Haremos, si lo hubieren ú no hubieren.

Tratando en esto con el Rey estaban  
 Los fuertes Caballeros, con deseo  
 De ir todos á buscar los que aguardaban,  
 O haber, hallando al Moro, aquel trofeo.

No menos cuidadosos procuraban  
Al bárbaro , teniendo ya por feo  
El fuerte Don Lorenzo , y el valiente  
Lope Diaz , que así se les ausente.

La gente toda estaba repartida  
Sin órden en concilios diferentes  
Procurando entender la no entendida  
Alteracion , y el repartir de gentes,  
Esto á los unos á hablar convida,  
Y á preguntar á otros diligentes,  
Las plazas y las calles ocupando  
Sin saber que diciendo y preguntando.

Entre los unos y los otros el pagano  
Andaba oyendo , y él tambien decia  
Su parecer , por ver si algun Christiano  
Alguna cosa nueva descubria.  
Por seguro teniendo y caso llano,  
Que nadie su intencion conoceria,  
Que la Christiana lengua y el vestido  
Christiano lo hacian desconocido.

Y así andaba en confianza desto  
Por donde quiera , sin temor ninguno,  
Ocupando ora este ora aquel puesto,  
Sin dexar de espiar ni ver ninguno.  
Y estando en medio de una esquadra puesto  
Le ofreció la ocasion tiempo oportuno  
A Lope Diaz de Alfaro que lo viese,  
Y á Don Lorenzo en viéndolo dixese.

Con próspero suceso conseguimos  
Valiente Don Lorenzo el deseado.

Fin á que tan cuidadosos acudimos,  
Del Rey cumpliendo lo que fué mandado.  
El Moro que con tal deseo venimos  
Procurando , que tiene alborotado  
El invencible ejército , se muestra  
Donde se cumpla la promesa nuestra.

Señalóle el lugar y la persona,  
Diciendo esto , y Don Lorenzo mira,  
Y viendo al Moro dixo , esta corona  
A ti se debe , y tu valor la aspira.  
Llega , y aquellos vean con quien razona  
Que es de tí preso , y yo que vo á la mira,  
Porque se diga al Rey que solo fuiste  
Tú el que esta hazafia conseguiste.

No acertó á responder el glorioso  
Joven de Alfaro , viendo la excelente  
Merced que le hacia el generoso  
Don Lorenzo , en un caso tan urgente.  
Y sin responder parte presuroso  
La cabeza abajando solamente,  
Que lo uno y lo otro le impidiéron  
La lengua , y pies y manos le moviéron.

Rompió por medio de la gente fiero,  
Y al Moro llega asiéndole , y diciendo  
Buleylá ya no soy tu prisionero,  
Ya redimí el estarte á tí sirviendo.  
Ven que ante el Rey de los Christianos quiero  
Presentarte , tu engaño descubriendo,  
Que para esto el Cielo me ha rompido  
Tu prision , y por riesgos mil traido.

Qual suele la real ave al descuidado  
 Cabrito arrebatár de la manada,  
 Y sacarlo arrastrando del ganado  
 Sin que le impida ni resista nada.  
 Y por el ayre en vuelo levantado  
 Llevarlo adonde está su cria amada,  
 Tal Lope Diaz de Alfaro al Moro apaña  
 De donde está, y lo lleva al Rey de España.

En seguimiento suyo al punto parte  
 La gente toda que con él estaba,  
 Cercándoles por una y otra parte  
 Que les impedía el paso y estorbaba.  
 El Moro sin poder con fuerza ni arte  
 A tanta fuerza resistir, callaba,  
 Dexándose llevar por donde iba  
 El que de todo lo que fué le priva.

Artes que llegue al Rey llegó la nueva  
 De la hazaña y venturosa suerte,  
 Que por nueva la gente se la lleva,  
 Del joven alabando el valor fuerte.  
 El clamor crece mas, y se renueva  
 La voz que al Rey suspende y lo divierte  
 Viendo llegar á unos y á otros dando  
 Voces, el caso como fue contando.

Con la revue ta gente y alaridos  
 Que en torno lo cercaba en competencia  
 Unos sobre otros, todos confundidos  
 Por acercarse á la Real presencia.  
 El valiente Christiano y Moro asidos,  
 Y Don Lorenzo sin hacer ausencia

De los dos, ante el santo Rey llegaron,  
 Y á sus pies el pagano arrodillaron.

Las dos rodillas puestas en la tierra  
 Lope Diaz estaba junto al Moro,  
 Sin desviarse dél, aunque lo cierra  
 La gente, el guarda en esto su decoro.  
 Gime el bárbaro viéndose en tal guerra,  
 Donde la redencion, plata ni oro  
 No espera que valdrá, y temiendo esto  
 Tiene en el suelo el mustio rostro puesto.

Viendo el Rey del pagano el sentimiento,  
 Las muestras de tristeza, el acuitarse,  
 El suspirar con tardo movimiento  
 Torciéndose las manos y elevarse:  
 Mandó que lo acercasen á su asiento,  
 Y á los dos caballeros levantarse,  
 Haciendo señas que cesase todo  
 El ruido, procede de este modo.

No te sirve de nada esa estrañeza  
 De sentimiento, ni por ella esperes  
 Que de tu culpa alivies la graveza,  
 Pues no ha de ser por ella lo que quieres.  
 Despide el mudo llanto y la tristeza  
 Que así te tiene, y pues sabemos que eres  
 Pagano y de Sevilla, y que te envía  
 Axartaf á mi campo por espía.

Confía en mi clemencia y no en tu llanto,  
 Pues de ella alcanzarás lo que te niego  
 Si desconfías de mí, y confías tanto  
 En deshacerte en ese llanto ciego.

Si es lo que digo así , ó si lo levanto  
Eso te mando que me digas luego,  
Porque si es ó no daré el testigo  
De quien lo sé , que apruebe lo que digo,

Levantó el rostro el Moro, y dió un gemido  
A Lope Diaz mirando, y al Rey vuelto  
Dixo , no puede serte ya ascondido  
Mi engaño , ni por él me veré absuelto.  
Quanto has dicho es así , yo soy venido  
De Sevilla á espiarte, y yo revuelto  
He andado entre todos tus Christianos  
En el trage que ves por mis paganos.

De Axartaf mi señor soy enviado  
A ver el órden que en tu campo tienes,  
Como lo traes dispuesto y concertado,  
Qué gente , y quanta en número mantienes:  
Si á dalle guerra estás determinado,  
O si de tal empresa te contiene,  
Porque si intentas ir á procurallo,  
Venir antes que vayas á buscallo.

Para esto alistó toda su gente  
Que pasan de trecientos mil guerreros  
Los que dentro están hoy del eminente  
Muro , que piden ya la guerra fieros.  
Sin estos hay de advenediza gente  
De los pueblos cercanos y extrangeros  
Gran número , con grandes prevenciones  
De armas, caballos, viandas, guarniciones.

Con esto está aguardando mi respuesta  
Que tu hado le ataja , y el malino

Disponer de mi suerte , que se apresta  
A que no vuelva allá de mi camino.  
Para hacer con tanta gente puesta  
En campaña, lo que de Alá divino  
Le ha sido tantas veces revelado  
Contra tu suerte y tan dichoso hado.

Del aviso que aguarda por mi parte  
Para hacer lo que á la guerra importa  
Mi Rey, ese Christiano con su arte  
Lo impide todo , y mi ventura acorta.  
Hace que pare del sangriento Marte  
La fiera espada que las vidas corta,  
Porque en llegando yo, y diciendo el modo  
Que veo en tu campo, fueran armas todo.

Puso silencio á su razon con esto  
El bárbaro , y los ojos en la tierra  
En triste suspension quedando puesto  
Como el que teme, ó procediendo yerra.  
Y queriendo el Rey santo á lo propuesto  
Responder , á la gente vió de guerra  
Con clamor alto toda alborotarse,  
Y á diferentes partes apartarse.

Por medio de ella vió venir rompiendo  
Diez escuderos puestos á caballo,  
Como si el son que incita á Marte horrendo  
Los llamara que fueran á buscallo.  
Don Pelayo la gente conociendo  
Ser la que él envió para informallo  
Al Rey, que el verla en suspension le puso,  
Declarandole el caso así propuso.

La gente que á caballo ves, y armada,  
 Gran Señor nuestro, aca venir cruzando,  
 En la última vela fué enviada  
 Por mi al campo, á este infiel buscando.  
 Y de no haber en esto hecho nada  
 A dar razon vendranme procurando,  
 Para que su cuidado y diligencia  
 Se conozca contado en su presencia.

Quando el Maestre dixo estas razones  
 Los diez guerreros ante el Rey llegaron,  
 Y en medio de los ínclitos varones (ron.  
 Que ante él estaban, muerto un Moro echá-  
 La novedad dió nuevas opiniones  
 A todos, y mirándolo quedáron  
 Suspensos, mas de aquellos diez guerreros  
 Dixo el uno al Rey vuelto y caballeros.

Luego que hizo de la tierra ausencia  
 La noche oscura, fria y tenebrosa,  
 Y nos vino á alegrar con su presencia  
 Del bello oriente el aura deleytosa.  
 Buscando con ardiente diligencia  
 Ese Moro en la sierra cavernosa,  
 A la primera luz lo descubrimos,  
 Y de la sierra al rio lo seguimos.

Alli paró hallándose cercado  
 Por todas partes, sin tener remedio,  
 De caballos y lanzas rodeado,  
 Y él puesto á todo aqueste riesgo en medio.  
 De su valor el Moro confiado,  
 Desesperando de otro ningun medio

Puso á su alfange mano arremetiendo  
 A nosotros, en ira y saña ardiendo.

Comenzó á defenderse de tal suerte  
 Que lo que antes con huir hacia  
 Remitió al esfuerzo y brazo fuerte,  
 Con denuedo y soberbia gallardia.  
 Y hubimosle de dar por fuerza muerte  
 Porque arrojarle al rio acometia,  
 Teniendo por mejor allí acaballo,  
 Que con vida huyéndonos dexallo.

Quando á Guanzar Buleylá vido muerto  
 Con claro indicio de sentir su dafío  
 Suspiró, y á mirarle el pecho abierto  
 Llegó con muestras de dolor extrafío.  
 De todos conocido el desconcierto,  
 Receláron algun secreto engaño,  
 Don Lorenzo quel propio mal barrunta  
 Del muerto lo desvia y le pregunta.

La causa que te altera así y conmueve  
 A sentimiento con extremo tanto,  
 Lo que en tí hay para que así te eleve,  
 Y te dexes sin tí desecho en llanto:  
 Diciendo la verdad como se debe,  
 Sin que la impida el miedo ni el quebranto,  
 Su Alteza manda que en presencia suya  
 Le sea contada, y la congoja tuya.

Sosegó un poco el bárbaro lloroso  
 El lastimado llanto y sentimiento,  
 Y con semblante y rostro temeroso  
 Respondió así al forzoso mandamiento.

No sirve ya de nada, ó Rey glorioso,  
Encubrirte el oculto pensamiento  
Que á espiarte me truxo, si veo claro  
Que te defiende el Cielo y da su amparo.

Y quando acudir quiera á lo que debo  
A mi Rey y fieldad, está delante  
Quien me contradirá, si á decir pruebo  
Lo que no es en caso semejante,  
Así, ó gran Rey, por esta causa muevo  
Mi pensamiento, pues razon bastante  
Me obliga, y el temor me hace fuerza  
Que de mi obligacion forzado tuerza.

Este Moro que muerto ves presente  
Es Guanzar, que salió en mi compañía,  
Elegido por sabio y por valiente,  
A ser qual yo del campo tuyo espia.  
Fuele la suerte como á mi inolemente  
Pues su intencion se descubrió y la mia  
Por ese Lope Diaz que en prisiones  
Dexé, y libre lo veo entre tus varones.

Que sí yo el fin que veo conociera,  
Ni de mi cativerio él se librara,  
Ni á verme yo en el que estoy viniera,  
Ni de mi Rey el mando se estorvara.  
Y la gente que ya aprestada espera  
El llano y muro de Jaen cercara,  
Que por milagro lo ha desvaratado  
Tu buena suerte, y nuestro crudo hado,

Los defensores del celeste imperio  
Al bárbaro escuchando se alteráron,

Queriendo respondelle al loco y fiero  
Proceder, y hacerlo se aprestáron.  
Mas su caudillo invicto con severo  
Semblante, á los que airados se mostráron  
Aseegó, y al bárbaro volviendo  
Movió la celestial lengua diciendo.

De Axartaf enviado al campo mio  
A ver su órden dices que veniste,  
Donde el Cielo con libre señorío  
Impidió el intento que truxiste.  
Porque se cumpla (y no su crudo brio)  
Lo que á tu diligencia cometiste,  
Llevenlo y todo mi Real le muestren,  
Y por él los guerreros mios le adiestren.

Luego que al Rey esta razon le oyéron,  
Sin detenerse mas, ni ser mandados,  
Con sus armas en órden se pusieron  
Los bélicos y pláticos soldados.  
Y los que á verlo un punto habia acudieron  
Sin armas, y sin órden derramados,  
En un instante en órden de pelea  
Se ponen donde el bárbaro los vea.

En medio puesto de los dos guerreros  
Garciperez de Vargas, y el valiente  
Don Lorenzo, y con otros Caballeros  
Iba el Moro confuso y obediente.  
Mirando aquí los fuertes escuderos,  
Acá la esquadra de invencible gente,  
Los ricos hombres acullá alojados,  
Las Ordenes, Consejos y Prelados.

Las municiones y armas homicidas  
Que aumentan de los Reyes la potencia,  
Y á las regiones menos conocidas  
Echan el yugo, y traen á su obediencia.  
Las cosas reservadas y escondidas,  
Y las de menos y de mas esencia  
Le enseñaban al Moro, y deste modo  
Le truxéron mostrando el campo todo.

Satisfecho el astuto Sarraceno  
De lo que visto sin contraste habia,  
Teniendo el pecho cauteloso lleno  
De quanto en esto su deseo pedia.  
Encubriendo el mortífero veneno  
A los que lo amparaban y eran guia,  
Con grande admiracion á entender daba,  
Que quanto via todo le admiraba.

El ejército atras iban dexando  
Poco á poco los fuertes defensores  
De la Christiana religion, llevando  
Al ciego Alcoranista en sus errores.  
Y á la presencia vueltos de Fernando  
Se lo entregáron, y él con mil temblores  
Los brazos cruza, y de rodillas puesto  
Fixa en la tierra el demudado gesto.

A este punto fué la gente tanta  
Que acudió, y el ruido tal que alzáron,  
Que el Moro pavoroso se levanta  
Llegándose á los dos que lo guiaron.  
La causa conocida que lo espanta,  
Con seguras razones lo animáron;

Qual la razon del médico prudente  
Apartar suele el miedo del doliente.

Viéndolo así el magnánimo Caudillo  
(Del que la ley dió al mundo verdadera)  
Que era fuerza á su plática admitillo  
De que hacer un hecho heroico espera.  
Para poder mejor hablar y oïllo  
Sin que el ruido impedimento fuera  
Levantó el rostro, y en el mismo punto  
El alboroto todo cesó junto.

Qual la esquadra de Boreas con violencia  
Alterar suele el Reyno de Neptuno  
Con soplo horrible, y aspera inclemencia,  
Con denuedo y con impetu importuno,  
Que las aguas con libre preeminencia  
Siguen su furia, y sin contraste alguno  
Allanan montes, mieses, campo y prado,  
Destruyen sotos, llévanse el ganado.

Mas el rector del umido elemento  
Que sus ceruleas aguas ve alteradas  
Sale dexando su muscoso asiento,  
Y al punto son con verlo asesegadas.  
Así viendo el real acatamiento  
Las voces sosegáron levantadas,  
Y como toda fué en silencio puesto,  
Al bárbaro sin Dios dice el Rey esto.

Esa flaqueza y temeroso espanto  
Despedir puedes, y escuchar seguro  
Sin que te altere ni fatigue tanto  
Que de quanto aquí temes te aseguro.

Libre te hago de qualquier quebranto,  
 Libre te envio á ver tu Herculeo muro,  
 Cuenta del campo mio el arte y modo,  
 Da relacion de lo que has visto todo.

Con esto puedes irte, y al Rey lleva  
 Juntamente con ese Moro muerto  
 De tu suceso y de tu espia la nueva,  
 Y el órden como fuiste descubierto.  
 Y dile que su hueste al punto nueva  
 A buscarme, qual tu me afirmas cierto,  
 Que será si allá vuelves á contalle  
 Lo que te dexé ver para informalle.

Diciendo esta razon el glorioso  
 Y santo Rey, se entró y dexó mandado  
 Darle un caballo al Moro temeroso  
 En que por él el muerto sea llevado.  
 Ponen en obra el mando poderoso  
 Los que á hacerlo el cargo les fué dado,  
 Carga al muerto Guanzar Buleylá y parte  
 Libre del campo del Christiano Marte.

Luego llegó el Real Ayuntamiento  
 Del marcial consejo, al invencible  
 Príncipe, á quien movia el sacro aliento  
 Del espíritu etereo incomprehensible.  
 Que dél siendo regido el sacro intento,  
 Y al caso viendo el tiempo conveniente,  
 Para librar de la opresion infanda  
 A Hispalis, propone así y demanda.

Ya sabeis ó Christianos caballeros  
 Cuya victoriosa espada ha puesto

En libertad á España de los fieros  
 Bárbaros, con su daño manifesto.  
 Que sus horribles y dañosos fueros,  
 Que su yugo á los nuestros tan molesto,  
 Habeis con vuestros poderosos brazos  
 En servicio de Dios hecho pedazos.

Ya sabeis con la gloria y alabanza  
 Que habeis triunfado, y puesto al yugo nuestro  
 Tantos Reyes, rindiendo su pujanza  
 Con la virtud del claro valor vuestro.  
 Pues esto es conocido, y mas se alcanza  
 De lo que yo con mis razones nuestro,  
 Qual los contrarios nuestros lo publican,  
 Y sus muertes y daños testifican.

Que el regalo dexemos que nos tiene  
 Sepultados aquí en ocio tan feo,  
 Y acudamos á aquello que conviene  
 Para aumentar vuestro inmortal trofeo.  
 En esto una ánsia y un deseo me viene  
 Que fuerza mas que fuerza de deseo,  
 Que si deseo ó fuerza humana fuera  
 Menos efecto en mi quietud hiciera.

De esta quietud forzado y conmovido  
 Mi ánimo que nunca se quieta,  
 Viendo que aquí nos hemos detenido  
 Como si fuese aquí la última meta.  
 Y con tanto descuido y largo olvido  
 De los que siguen la enemiga seta  
 Hemos dado lugar que nos inciten,  
 Y con espías y fieros soliciten.

Bien nos lo dió á entender el arrogante  
Moro, quando nos dixo que esperaba  
Axartaf su señor bello delante  
Con el aviso que de aqui llevaba.  
Y que siéndole dado, en el instante  
Marcharía á buscarnos, porque estaba  
Aprestado, y aquesto fué avisarnos (nos.  
Que pues no vamos que él vendría á buscar-

Mirad bien si es razon compadecible  
¿Qué decir ose semejante cosa?

Sin que conozca el ánimo invencible  
Que rige vuestra diestra poderosa.  
Sin que un castigo se le de terrible  
Con muerte y con infamia vergonzosa,  
Por fuerza entrando el levantando muro  
Que le hace hablar con tal seguro.

Y así concluyo, y digo que yo quiero  
Que tras su espia marche el campo nuestro,  
Y primero que el venga, vea primero  
Que á buscar viene el alto valor vuestro.  
Resuelto en esto, vuestro acuerdo espero,  
Y el mio es este qual lo digo y nuestro,  
Responderme si alguna causa impide  
Lo que razon, y honor, y el cielo pide.

En esta razon última dexando  
Su razon el glorioso Rey de España,  
Quedó entre los grandes de su bando  
Un alboroto y una duda extraña.  
El acuerdo los unos aprobando.  
Otros diciendo que el seguirlo daña,

Razones todos dando concluyentes  
Para el efecto mismo convenientes.

Iba creciendo el alboroto y duda  
Con la opinion que cada qual seguia,  
El uno al otro con su voto ayuda,  
El otro de aquel voto se desvia,  
Los unos piden que de allí se acuda  
A la parte que el Rey le parecia,  
No acercarla, mas á darle guerra,  
Talándole y corriéndole la tierra.

Otros decian que á Granada fuesen  
Que era importante á todos tal jornada,  
Y sus campos y vega destruyesen,  
Sin dexar fuera de sus muros nada.  
Y que de vuelta á Hispalis viniesen  
Donde toda su furia executada  
Los pueblos comarcanos le ganasen,  
Y con robos y asaltos la cansasen.

Fuéron de aqueste parecer algunos  
Diciendo, que si así la quebrantavan  
Los Moros serian menos importunos  
En darles la ciudad que les negaban.  
En que fuese esto así impedian los unos,  
Otros mas cuerdos por acuerdos daban  
Que lo que habia de gastarse en esto  
Fuese ocupando de Sevilla el puesto.

Porque teniendo esta ciudad sujeta,  
Los demas pueblos siendo inferiores  
Como le siguen en su falsa seta  
Le seguirán en darse á otros Señores.

Esto pareció bien, y se decreta  
 Por acuerdo de todos los mayores  
 Que á cercar fuesen á Sevilla luego  
 Con armas, fuerzas, ira, saña y fuego.

Viendo el celeste protector christiano  
 Que todos con resuelto pensamiento  
 Acudian al hecho soberano  
 Que le aspiraba el sacro santo aliento,  
 A unos encargó, á otros dió mano  
 Para que con preciso mandamiento  
 A las cosas acudan y prevengan,  
 Y en orden todo lo importante tengan.

Sale la voz de lo acordado; en vuelo  
 Y por el campo todo se derrama,  
 El confuso alarido sube al cielo,  
 Celebrando con él la alegre fama.  
 Desea alejarse del Menteso suelo  
 El soldado, á quien ya la trompa llama,  
 Y el ronco son de caxas solícita,  
 Y á dura guerra y fiero Marte incita.

Echase al punto en el real un bando  
 Que todos con ardiente diligencia  
 Las importantes cosas aprestando  
 De Jaen haga el fuerte campo ausencia.  
 Acuden todos al preciso mando  
 Con diligente priesa y obediencia,  
 Por su parte diciendo cada uno  
 Lo que importaba sin quedar ninguno.

En esto andaban todos ocupados  
 Sin dexar de acudir todos á aquello

Que les forzaba ó eran obligados  
 Con causas á mandar ó a obedecello.  
 Esto solo encendia sus cuidados  
 Consumiendo los dias en hacello,  
 Y las noches negándose el reposo,  
 Siempre en vela y oficio trabajoso.  
 La diligencia y el cuidado presto  
 Con la solícitud pudieron tanto  
 Que dando fin á lo importante en esto  
 Tambien lo tuvo el áspero quebranto.  
 Fué todo en orden y en razon dispuesto  
 Por el orden que dió el caudillo Santo  
 Que luego que el frio invierno vido ausente  
 Mandó marchar á Hispalis la gente.

Señaló en la Tenencia y Alcaydia  
 A Don Ordoño Alvarez, poniendo  
 La fuerte guarnicion que convenia  
 Que á Jaen guarde del contrario horrendo.  
 Y á su hueste siguió que en larga via  
 Los llanos iba de Jaen cubriendo,  
 Amenazando con sangrienta guerra  
 La fiera gente y enemiga tierra.

Vos Christifero Rey que estais gozando  
 La Magestad eterna en paz seguro,  
 Las bellas formas vuestros pies pisando,  
 Que sin ellas el mundo seria oscuro,  
 Pues vos á todo lo que voy cantando  
 Os hallastes siguiendo á Marte duro,  
 Para que informe sin quedar en mengua  
 Mi espíritu regid, y soltad mi lengua.

Que bien sabeis que sin divino aliento  
 Tales proezas no será posible  
 Tratar de ellas terrestre pensaminnto  
 Pues aspiran su efecto á lo imposible.  
 Y habiendo de decir mi humilde acento  
 De vos y vuestro ejército invencible  
 Que el yugo echó á Sevilla poderosa,  
 Sin vuestro aliento es imposible cosa.

Marchando iba el ejército guerrero  
 Con el cuidado igual á la hazaña,  
 Trabajando de todos el postrero  
 De no serlo en ponerse en la campaña.  
 Nueve veces salió el claro lucero,  
 Y nueve se bañó en el mar de España,  
 Y al decimo el ejército formado  
 Sobre Carmona se halló alojado.

Carmona es un lugar inexpugnable  
 Por la parte que está mirando á Oriente,  
 De donde se demuestra su admirable  
 Fortaleza y su Alcazar eminente.  
 Fué de enémgos siempre inconstable  
 Por su disposicion y fuerte gente,  
 Por la naturaleza y por el arte,  
 Despreciadora del rigor de Marte.

Viendo el propagador de la Fe Santa  
 El alto vuelo de la enhiesta cumbre  
 Que á tocar en las nubes se levanta,  
 Y del sol goza la primera lumbre,  
 Que su defensa por allí era tanta  
 Que la virtud ni bélica costumbre

Eran de efecto, y con seguro desto  
 Cerca el lugar buscando mejor puesto.

Está á la parte que se ve Sevilla  
 Inclinándose al Austro un alto llano  
 Que igual altura tiene con la villa,  
 De fértil suelo, y de influencias sano.  
 De donde se quisiese combatilla  
 Podia á su salvo el esquadron Christiano,  
 Y de donde á la vista no se niega  
 El monte, huertas, Axarafe y vega.

Este sitio del Rey considerado  
 Y visto bien por una y otra parte  
 Ser para su intencion acomodado,  
 En su cumbre fixó el santo estandarte.  
 Luego fué del ejército ocupado,  
 Y desde allí la gente envia y reparte  
 Qual á correr, qual á talar la tierra,  
 Por todas partes pregonando guerra.

Al pie de aquesta levantada cima  
 Del tiempo hecha está una zanja obscura,  
 Que puestos en lo alto causa grima  
 Ver su profunda y áspera hondura.  
 Por medio sin que el curso se reprima  
 Por la escabada y tosca piedra dura  
 Destilándose corre un abundante  
 Vena de agua clara y resonante.

Por una senda abaxan retorcida  
 De texidos árboles cubierta,  
 Que hacen la fragosa decendida  
 Al que por ella baxa ser incierta.

Ya Febo en su mayor fuerza encendida  
Niegan la entrada á calentar la puerta  
De una gruta que está en la viva piedra  
Cubierta siempre de lentisco y yedra.

Esta era estancia de un varon Christiano.  
Cautivo de Buzeyte un poderoso  
Moro, que era Señor del alto llano  
Que ocupaba el ejército glorioso.  
Que siendo inutil ya, por ser anciano,  
El Moro lo dexaba en su reposo  
Libre, y no en libertad, mas libertado  
Para vivir del mundo allí apartado.

Seguro de las miseras mudanzas  
De la ligera vida, y de los daños  
Que causan las terrenas confianzas  
Al que ciego confía en sus engaños.  
Libre de emulaciones y venganzas,  
De envidias y odios, sus postreros años  
Pasaba en esta soledad quieto  
Del mundo libre y su engañoso aprieto.

Gozaba sin temor ni sobresalto  
De todo lo que pide un pensamiento  
Que solo aspira á nunca verse falto  
De gloria y de inmortal contentamiento.  
El miedo de caer del lugar alto  
Donde le puso el favorable aliento  
No le alteraba, ni traía afligido  
Promesas, esperanzas, premio, olvido.

Olvidado de todo en su apartada  
Gruta, en quietud á su placer vivía,

Sin saber ni querer del mundo nada  
Una vida de Antonio ó Paulo hacia.  
Y estando en ella como del usaba  
Metido en su caverna obscura y fria,  
Oyó el estruendo y vió el christiano traje  
Que ocupando venia aquel parage.

Juntas las manos en el suelo puso  
Las dos rodillas, levantando al cielo  
Los ojos, de contento se traspuso,  
Significando en esto su consuelo.  
Y á la senda salió que el largo uso  
Tenia hollada, y sin ningun recelo  
Por donde vido ir á los christianos  
Con voces los llamaba y con las manos.

Sin detenerse mas en aquel puesto  
Al tardo cuerpo su deseo guiando  
Por el fragoso monte y risco enhiesto  
Subia el nudoso báculo agravando.  
Y tal cuidado y priesa puso en esto,  
Que la edad y maleza contrastando  
Llegó á la cumbre, que halló ocupada  
De tanto caballero y gente armada.

Apénas del cansancio recibido  
El fatigado espíritu alentaba,  
Quando de armas rodearse vido,  
Preguntando ¿quién era, ó qué buscaba?  
Quedó aunque contento suspendido,  
La gente viendo que esparcida andaba,  
Al hierro y fuego dando con fiereza  
De Palas, Baco y Ceres la riqueza.

Sin perdonar al levantado pino  
 (Que tanto fué á Civeles agradable)  
 La aguda hacha, y golpear contino  
 De la guerrera gente incontrastable.  
 Tendido y sin honor en el camino  
 Se veía con denuesto miserable  
 El que tuvo tan próspera subida,  
 En que se ven las cosas desta vida.

Desta suerte la esquadra victoriosa  
 De la guerra siguiendo la ley fiera  
 Sin perdonar su ardiente saña cosa  
 Trataba quanto habia desta manera.  
 Traía á la cadena trabajosa  
 La gente que del muro estaba fuera,  
 Patentemente arder los montes via,  
 Y las tierras y árboles que habia.

Confuso de ver esto, sin aliento  
 Un grande espacio suspendido estuvo,  
 Como si el Rey no viera del tormento  
 No con ménos espanto se detuvo.  
 El desórden, las voces, el lamento,  
 El humo, el fuego, en que la vista tuvo  
 El horrible espectáculo, mirando  
 Ser esto lo tuviéron contemplando.

Qual suele la tenaz melancolía  
 Representar aquel que señorea  
 Que en las tinieblas ve, y la noche fria  
 Lo que muestra la lámpara Phebea.  
 Así el christiano quando aquesto via,  
 El miedo y novedad le hacen que crea

Oyendo los clamores y cadenas  
 Que viendo estaba las tartareas penas.  
 Pavoroso de ver el caso extraño  
 Deseando que alguno le dixese  
 Por qué á los campos se hacia tal daño?  
 La causa de ello preguntó qual fuese.  
 Fuele dicho, y saliendo de su engaño  
 Pidió al que le informó que lo pusiese  
 En parte adonde con el Rey hablase,  
 Y que á su baxa suerte no mirase.

De la christiana gente acompañado  
 Con él tratando lo que habia en esto,  
 Ante el Rey fué qual lo pidió llevado,  
 Y él de rodillas ante sus pies puesto.  
 Del Rey fué por su mano levantado  
 Viendo al varon anciano en aquel puesto,  
 Que á la vejez se debe tanta honra,  
 Que el mas alto la estima en mas y honra.

La alteracion de verse en la presencia  
 Real, y su flaqueza tremulosa,  
 Las dos suertes con tanta diferencia  
 Su lengua ataban, y tenian medrosa.  
 Mas temblando, y pidiéndole licencia  
 Con voz sin elegancia artificiosa  
 Del hondo pecho arrancada á fuerza  
 Como pudo á decir así se esfuerza.

Recibe deste indigno siervo tuyo  
 La humildé voz, ó excelso Rey Fernando,  
 A quien el sumo Dios con poder suyo  
 Tiene por muro del christiano bando.

Y á mí, que confiado en tí no huyo  
De venir tu presencia procurando,  
Tu poderoso amparo favorezca  
Con solo que besar tus pies merezca.

Bien conozco gran Rey que soy indigno  
De un bien tan alto; mas por ser Christiano  
Merezca que ese ánimo divino,  
Qual es con todos sea conmigo humano.  
Pues te ha traído aquí mi buen destino  
Qual predixo un Morabito Africano  
De ti diciendo que este pueblo fuerte  
Vendría por fuerza presto á obedecerte.

Alterados de oír la gran victoria  
Que de Jaen con triunfo tal hubiste,  
Los despojos habidos y la gloria,  
Con que rindiendo un pueblo tal saliste.  
Un Moro antiguo truxo á la memoria  
De Amir Profeta una espantable y triste  
Profecía, en que todos conmovidos,  
Acuden á Thebid despavoridos.

Este Thebid en la maldita seta  
En que el Halifa Ali fué adorado  
Por sucesor del pérfido Profeta  
Para que su Alcoran fuese enseñado.  
Entre esta gente bárbara indiscreta  
Fué por un varon santo reputado,  
Y así quando algun daño recelaban,  
Por órden de Thebid lo reparaban.

Viendo pues este pueblo belicoso  
Inexpugnable por su sitio fuerte,

De gente fiera y armas copioso,  
que te acercabas, receló su muerte.  
Y á su Profeta acude presuroso  
A que consulte qual seria tu suerte,  
O de la suya que ordenaba el cielo  
Que los tenia así en mortal recelo.

Deste acuerdo Thebid forzado acude  
A lo que demandó el pueblo ignorante,  
Y la pereza y el temor sacude  
Qual pedia ocasion tan importante.  
Quiere que en este menester le ayude  
El influxo del cielo, y luna errante,  
Los ascondidos signos y planetas,  
Las maravillas dellos mas secretas.

Rodeó en torno de funesta rama  
Las sienes, y con negra vestidura,  
Dió el mismo árbol á la ardiente llama,  
Y con fuertes apremios la conjura.  
Del hondo averno á los ministros llama,  
Pegado el rostro con la tierra dura,  
En mal formada y ronca voz hablaba  
Que nada se entendia aunque se escuchaba.

Habiendo estado un largo tiempo en esto  
Revuelto en ansias y mortal fatiga,  
El conmovido pueblo en torno puesto  
Aguardando que el caso exprese y diga,  
Con demudado y congojoso gesto  
Se levantó diciendo: la enemiga  
Suerte nos amenaza, el daño es cierto,  
Este pueblo será cautivo ó muerto.

Oida esta razon, un clamor alto  
Se oyó en confuso y resonante estruendo  
En el pueblo feroz de razon falto,  
Diciendo muera el que eso está diciendo.  
Y como si aprestados á un asalto  
Estuvieran, al Mago arremetiendo,  
Hecho pedazos fué del vulgo rudo,  
Que el furor loco refrenar no pudo.

Luego aprestáron armas, y pusieron  
Guardia en los muros y altas fortalezas,  
Y las puertas y entradas guarneciéron  
Conforme á su temor y á sus fierezas.  
Gente por los caminos esparciéron,  
Recogieron sus frutos y riquezas  
Resueltos de morir, y no rendirse  
Porque no pueda dellos tal decirse.

En este estado, ó gran Señor de España,  
Este indómito pueblo está aguardando  
Tu venida, en su fuerza, y fiera saña  
Y en la suerte que siempre confiando.  
Y es la rudeza tal que le acompaña,  
Tal su bárbaro esfuerzo, que ignorando  
Que tu suerte es divina, está dispuesto  
A contrastalla, y no entregarte el puesto.

Mas ya que el cielo que á tu brazo rige  
Para acabar de aquesta ciega gente  
La idolatría, que jamas corrige  
La verdadera ley que ve presente.  
Ya que á ensalzar la santa Fe dirige  
Tu persona y tu ejército valiente

A este lugar, suplico á tu grandeza  
Una merced otorgue á mi baxeza.

Quisiera (á no temer serte enojoso  
Con tan largo discurso) darte cuenta  
De la ocasion, que á ti me trae cuidadoso,  
Que en vida á mi cansada edad sustenta.  
Mas, pues el cuento como tu es glorioso,  
Y celestial espíritu me alienta,  
De ti será benignamente aceto,  
Por ser de Dios su principal sugeto.

Despues que en miserable cautiverio  
Enagenado de mi patria amada  
Que es la que ciñe el sacro rio Hesperio,  
A donde va tu suerte encaminada.  
Traido fui aquí, no sin misterio,  
Por la razon que te será contada,  
La qual, aunque desnuda de eloquencia  
Oida sea de tí con advertencia.

Siempre en este lugar donde he vivido  
A la cadena bárbara ligado  
De Buzeyte un piadoso Moro he sido  
Cautivo, aunque querido y regalado.  
Y habiéndole la fuerte edad servido  
Y viéndome ya inhabil y cansado  
Para servir, me dixo que me daba  
No libertad, mas libre me dexaba.

Que no acudiese en nada á su servicio,  
Y que como á mi tierra no me fuese,  
En esta libre del cautivo oficio  
Me dexaba, que el gusto mio hiciese.

Pedíle viendo serle tan propicio  
Que en esta honda cima permitiese  
Hacer mi habitacion, donde queria  
De la muerte aguardar el cierto dia.

Como se lo pedi fué del aceto,  
Y por mi puesta en obra mi venida,  
Adonde en soledad libre y quieto  
He pasado treinta años de mi vida.  
Siempre guardando el bárbaro precepto  
Sin desviarme mas de mi escondida  
Estancia que á ese pueblo, por aquello  
Que es forzoso á la vida el usar dello.

En esto he sido del piadoso cielo  
Por su inmensa piedad favorecido,  
Que muchas veces sin hallar consuelo  
En ese pueblo me volvía afligido.  
Y aquí en este lugar quando el frio velo  
Tiene el mundo en tinieblas escondido  
Una resplandeciente y viva lumbré  
Via por toda esta espaciosa cumbre.

La vez primera inadvertido desto  
Viendo la luz que así resplandecia,  
Entendí que ocupaba este alto puesto  
De pastores alguna gañanía.  
Apresuráme por llegar mas presto  
Y salir de la duda en que venia,  
Y demandalles que me socorriesen,  
Y algo en limosna de comer me diesen.

Llegué á este lugar, y en el momento  
Faltó á mi vista el resplandor divino,

Quedé con diferente y nuevo aliento  
Del que tenia haciendo este camino.  
Hallé aquí de celestial sustento,  
Una racion de carne, pan y vino,  
La qual todas las veces que me falta  
Subo y la hallo en esta cumbre alta.

Has de advertir (que es admirable cosa)  
Que quando se me acaba la comida  
Se muestra luego de la luz hermosa  
Esta espaciosa cumbre enriquecida.  
Luego mi edad cansada y trabajosa  
Hallo de tal valor fortalecida,  
Que no fué mas en sus floridos años,  
Quando sufrir podia pesados daños.

Y visto (ó Rey excelso) este glorioso  
Milagro, del gran Dios que tu alma aspira,  
A suplicarte vengo, que piadoso  
Seas al fin que el cielo á mi me inspira.  
Y quando de tu brazo poderoso  
De ese pueblo rendida sea la ira,  
Que á la Virgen que traes en tu estandarte  
Una ermita se haga en esta parte.

En el suelo inclinó las dos rodillas  
El anciano varon, mas el Rey santo,  
Admirado de tales maravillas,  
Suspendido quedó y lleno de espanto.  
Y si otra vez volviera á referillas  
Las oyera otra vez, que puede tanto  
Aquello que es al ánimo agradable,  
Que no cansa aunque en ello mas se hable.

Así el discurso habia del Christiano  
 Con agradable gusto suspendido  
 Al Rey, que con semblante y rostro humano  
 Siempre fué del y con deleyte oido.  
 Y yendo á responder le fué á la mano  
 Un recaudo, que al campo habia venido  
 De Granada el Rey Moro su vasallo  
 Con gente de á pie y mucha de á caballo.

Paró todo, y el Rey mandó que fuese  
 De Don Alonso Tellez alojado,  
 Y como á su persona se le diese  
 Todo lo que pedia su pobre estado.  
 Y vuelto á él le dixo, que estuviese  
 Con él, y que dél siendo acompañado  
 La ermita se haria á la divina  
 Y sacrosanta Virgen Palestina.

Fuele á besar los pies el tremuloso  
 Viejo, con él llorando de contento  
 El Rey no lo dexó, y con amoroso  
 Semblante á entender dió su pensamiento.  
 Mandó luego que el campo belicoso  
 Se recoja á su fuerte alojamiento;  
 Pues quanto fuera del lugar habia  
 Talado estaba y le faltaba el dia.

## LIBRO OCTAVO.

Luego que el ronco son resonó dando  
 Señal de recoger, fué recogida  
 La gente, la cruel llama sosiegando  
 En campos, vega y huertas esparcida.  
 Llegó el Rey de Granada al Rey Fernando  
 Con la gente en sus pactos prometida,  
 Recibiólo el magnánimo guerrero  
 Con semblante agradable aunque severo.

Retiróse á su tienda, y mandó luego  
 Al Maestre de Euclés que aderezase  
 Como á la hora del primer sosiego  
 Quando del mundo el sueño se entregase.  
 La gente en orden marche á poner fuego  
 En Alcalá, y sus campos le talase  
 Si no viniese luego á su obediencia,  
 Poniéndose en rebelde resistencia.

A hacer lo que el Rey dexó ordenado  
 El gran Maestre presuroso parte,  
 Y acudiendo á las cosas de cuidado  
 A los mas suficientes las reparte.  
 Dispuesto en orden todo y aprestado  
 Para en oyendo la señal de Marte  
 Ponerse en el camino, que igualmente  
 Demandaba el ejército valiente.

Treinta caballos envió ligeros  
 Que luego fuesen y el lugar cercasen  
 Por todas partes, siendo los primeros  
 Con quien sus Adalides encontrasen.  
 Ordena, manda, apresta los guerreros  
 Para que en nada al menester faltasen.  
 De una á otra parte discurriendo  
 Carros, bagages, armas disponiendo.  
 A este punto faltó la luz al suelo,  
 Teniéndose por él la sombra obscura  
 Con pálido color y turbio velo,  
 Mostrándose los Astros en su altura.  
 Axartaf cumplir viendo su regelo,  
 Y en las manos la horrible guerra dura.  
 Entra en consejo, pide el que convenga  
 Al daño, y si hay remedio se prevenga.  
 Quantos en la presencia se hallaron  
 Del Rey, que su desdicha temió tanto,  
 Del sobresalto y del pavor quedáron,  
 Suspensos, de horror llenos y quebranto.  
 Y aunque á hablar algunos se esforzaron  
 En ellos hizo el repentino espanto.  
 Tan grande efecto, que la voz formaban  
 Y sin decir su intento se quedaban.  
 Un largo espacio estuvo en esta duda  
 El bárbaro Señor, y su consejo  
 Sin haber uno que al negocio acuda.  
 Dando su acuerdo por valiente, ó viejo.  
 Mas Hacén desató la lengua muda  
 Y dixo, ó Rey honor y claro espejo

De los que al gran Profeta veneramos,  
 Y su Alcoran por santa ley guardamos.  
 Si en la ocasión que tan precisa llama  
 Tu invencible poder así lo impide  
 Un sobresalto, estando ya la llama  
 Entre nosotros que el remedio pide.  
 No me parece que á tu nombre y fama,  
 Ni á tu valor si por razon se mide,  
 Ni á la vida de todos nos conviene  
 La duda que así en duda tal nos tiene.  
 Desechemos el miedo, si se debe  
 Tal nombre al sobresalto repentino  
 Que nos turba así á todos y conmueve,  
 Y pone en pavoroso desatino.  
 Y pues quiere Fernando que se pruebe  
 La suerte, y lo tenemos tan vecino,  
 Los acuerdos dexemos, y acudamos  
 A la defensa, y della nos valgamos.  
 Todo lo que demanda el peligroso  
 Y triste estado que presente vemos,  
 Para que se resista al poderoso  
 Enemigo aprestado lo tenemos.  
 Acudir con esfuerzo valeroso  
 Nes resta solo, y que el hablar dexemos,  
 Que aquí las armas son las importantes,  
 No galas, ni razones elegantes.  
 Hacén con su discurso prosiguiera  
 Si Muley Bohacén no lo atajara  
 Al Rey diciendo en alta voz de fuera  
 Armas nos pide la fortuna avara.

El enemigo viene que se espera,  
Sobre Alcalá está ya, según declara  
Este Moro, que aviso viene á darte,  
Para que ya comiences aprestarte.

Ante el Rey puso al Moro que venia  
Con toda priesa de Alcalá avisallo,  
Que en torno del lugar se parecia  
Una esquadra de gente de á caballo.  
Que sin duda ninguna se entendia  
Ser el contrario que venia á buscarlo,  
Aunque la obscuridad no les dexaba  
Certificarse, ni lugar les daba.

Sin aguardar que el Moro prosiguiese  
En su razon, el Rey dexó su asiento,  
Diciendo, que al remedio se acudiese,  
Y al arma fuesen puestos al momento.  
Que á la tierra noticia se le diese,  
Y con esto en furioso encendimiento  
Salió diciendo: amigos, guerra, guerra,  
Guerra defienda nuestro honor y tierra.

Todos tras él la guerra publicando  
A sus oficios prestos acudieron,  
Unos las municiones aprestando,  
Otros las puertas á cerrar salieron.  
De gente y armas otros ocupando  
El torreado muro, y de allí diéron  
Aviso á los que en torno del andaban  
Que dentro el daño aguarden que esperaban.

Luego que todos fuéron ocupados  
En prevenirse contra el duro estrecho,

Botalhá, aquejado de cuidados,  
En ira ardiendo y en amor su pecho.  
Puesto á caballo dexa los cerrados  
Muros, y á Guadayra va derecho,  
Donde Alguadayra estaba su querida,  
Que en el riesgo el que ama no se olvida.

Aunque el lugar inexpugnable y fuerte  
En seguro podia defendella,  
Y aquesto al padre aseguró de suerte  
Que por seguro allí queria tenella.  
El amante, que al riesgo en que está advierte  
No se asegura, y parte á socorrerla  
Que él solo se juzgaba poderoso  
De librilla del trance peligroso.

Sigue el camino en su cuidado ardiendo  
De amor regido y su deseo guiado,  
Culpándose que se iba deteniendo  
Con ir qual viento ó rayo desatado.  
En su alma mil cosas revolviendo  
Que le representaba su cuidado  
Ansioso entre ellas, allegó á la puerta  
De Alcalá, que le fué en llegando abierta.

Halló la gente en arma toda puesta  
Llena de alteracion y sobresalto,  
Prevenida por orden, y dispuesta  
A la defensa de qualquier asalto.  
Pasó diciendo, la ocasion es esta  
Que de vos se conozca el valor alto,  
Y sin dar mas á su furor espacio  
Dexó el caballo, y se subió á palacio.

La bella Infanta, que afligida estaba  
De pavor llena, y de congoja ardiente,  
Viendo el daño que ya se le acercaba,  
Y de su padre el gran poder ausente:  
De Mulease su Alcayde se informaba  
De lo que el miedo le ponía presente,  
Quando el valiente Botalhá postrado  
Ante ella así habló determinado.

Tal ignorancia ha habido en los que guardan  
O excelsa Infanta tu real presencia,  
Que el riesgo viendo en que estas aguardan  
Quando no sea efecto su potencia  
Que diré, no que temen ni acobardan,  
Que ya de su valor tengo experiencia,  
Sino que el cielo así ordenó que fuese,  
Porque á librarte solo yo viniese.

Esta sola ocasion me trae y me fuerza,  
Para que contra lo que puede el mundo  
Me oponga, sin que deste intento tuerza  
Quando abrir vea contra mi el profundo.  
La fe me anima, y la razon me esfuerza  
En fe, en razon y amor mi intencion fundo,  
Pues si fe, si razon, si amor me ayudan  
? Qué temo quando infierno y mundo acudan?

Permite pues, Señora, que nos vamos  
Donde el cielo promete tu seguro,  
Aunque lo tienes donde agora estamos  
Con fuerte gente, y con cerrado muro.  
Mas segun es el riesgo que esperamos  
Gran mal se espera, porque el hado duro

Con mil desastres amenaza y muertes  
Segun nos dicen las fatales suertes.

Luego, que de espiar al Rey Christiano  
Buleyla vino, y truxo á Guanzar muerto,  
Llamó tu padre al Alfaquí Sultano  
A quien del cielo nada fué encubierto.  
Y lleno de pavor y miedo insano  
Por él le fué el suceso descubierto,  
Y como el Santo Rey hizo mostralle  
Su ejército á Buleyla y libre echalle.

Contóle quantas cosas hubo en esto  
Que su recelo y su temor causaban,  
Que le hacian claro y manifiesto  
El daño que los suyos esperaban.  
El Mago con turbado y mustio gesto,  
Presente el Rey y los que ante él estaban,  
Con sangre de un Christiano á quien dió muerte  
Allí, y lavado en ella, echó la suerte.

Y habiendo por tres veces levantado (to.  
(Mirando á Oriente) el rostro y brazo á un pun-  
Lanzó volviendo á un lado y á otro lado  
Las conjuradas habas al Rey junto.

Y dixo, no permita Alá sagrado  
Que el daño nos suceda que barrunto,  
Ni el que la suerte rigurosa muestra  
Contra todos, con tanta infamia nuestra.

Solo resta gran Rey, que á la defensa  
Pongas tu gente, que será posible  
Que el daño que el Christiano hacer piensa  
Redunde en él, con destruición terrible.

Sobre esta suerte ó Reyna se dispensa  
Que las armas refrenen el horrible  
Intento del contrario que perturba  
Nuestro sosiego y nuestra paz nos turba.

Así al furor la causa remitida  
Solo se acude á prevenir que sea  
Velada la ciudad y defendida,  
Qual pide la ocasion que nos guerrea.  
Y de mí siendo con razon temida  
Tu ausencia y que venidos á pelea  
No estás segura en Alcalá, te ruego  
Que aguardes donde estés segura el fuego.

Este solo designio me acompaña  
Princesa esclarecida, y el me instiga  
Que te acompañe, ó lleve á do la saña  
No te ofenda del Rey que nos fatiga.  
Vamos ántes que ocupe la campaña,  
Y el fin horrible que le trae consiga  
Que yo te pondré en salvo si acudiere  
El mundo todo, y contra tí viniere.

Que no será razon que tu persona  
Con tan poca defensa su ira aguarde  
Aquí, ni que ennoblezcas su corona  
De tí haciendo en cautiverio alarde.  
Exemplo sea el estrago que en Carmona  
Ha hecho, y esto solo te acobarde  
para no aguardar mas en este puesto  
Tu riesgo viendo y daño manifiesto.

La sombra como ves ocupa el mundo,  
En silencio está todo reposado,

El monte, el valle, el rio, el mar profundo  
No se mueve, ni el viento sopla airado.  
Todo ayuda al deseo en que me fundo  
Que es en fe pura y puro amor fundado,  
Esto me trae, Señora, á suplicarte  
Que de esta fe y amor dexes guardarte.

Levantó el rostro la Princesa bella  
Que el temor y la duda la tenían  
En grave suspension, y libre della  
Responde á los que en esto le acudian.  
Tuviera (ó Moros) con razon querella  
De mi padre, y de aquellos que desvian  
Sus personas del riesgo mio y ofensa,  
Si no tuviera á vos en mi defensa.

Con esto el yerro y el cuidado suyo  
Se tendrá en ménos, aunque no en olvido.  
Pues con el valor vuestro restituyo  
Mi persona al seguro y patrio nido.  
Y en esto sea el noble intento tuyo  
¡O excelente Botalha! cumplido,  
Vamos de aquí, que yo confío en tu esfuerzo,  
Con que el temor que me acobarda esfuerzo.

En pie se puso la hermosa Infanta  
Heredera de Hispalis divina,  
Y al camino dispuesto se adelanta,  
Y al fuerte Moro obliga y encamina.  
Un clamor sordo entre ellos se levanta  
Diciendo que á su daño se avecina,  
Y que ciega á ponerse iba en las manos  
De sus fieros contrarios los Christianos.

Otros, que de este temerario intento  
 Por sus respetos, ó intencion gustaban,  
 Daban para ponerlo en obra aliento,  
 Y caballos y armas aprestaban.

Unos la detenian con juramento  
 Que todos los que tal le aconsejaban,  
 Su injusto y cierto daño pretendian,  
 Y otros á esto en contra respondian.

No daba oído ni respuesta á nada  
 La bella hija de Alxartaf, mandando  
 Que principio se diese á la jornada,  
 Miedos, acuerdos y porfias dexando.

Fué obedecida, y fuéle al punto dada  
 Una Africana yegua, confiando  
 Que en qualquiera suceso ó aventura,  
 Con largalle la rienda iba segura.

Ocho Moros los mas acreditados  
 Por su valor, que en el lugar habia  
 Por el Alcayde de Mulease aprestados  
 Fuéron para la guardia y compañía.  
 Y estando ya de todo aderezados,  
 La puerta abriendo, Botalhá los guia,  
 A los Moros diciendo que siguiesen  
 Tras el y en torno de la Infanta fuesen.

Guardando el órden que les dió el valiente  
 Príncipe, caminaban los Paganos,  
 Conformes de morir allí igualmente  
 Y no largar la presa de las manos.  
 Y tal se halla el que menor se siente  
 Que desafía á todos los Christianos,

Y aun le parecian que eran pocos  
 Segun los humos de arrogancia locos.

Acompañados del valor constante  
 Que en sus heroicos pechos hacia asiento,  
 Los fuertes Moros proseguian delante  
 Su camino á dar fin á su alto intento.

Mas de la rueda Prenestina errante  
 Se apresuró el ligero movimiento;  
 Turbando esta quietud con dura guerra,  
 Que esta deidad así el placer destierra.

Iban su via cuidadosa en vela  
 Los Andaluces Moros prosiguiendo,  
 Del riesgo libres que en su alcance vuela,  
 Sus altos pensamientos impidiendo.

Que una oculta y Christiana centinela  
 Que en asechanza estaba, su ida viendo,  
 Dió aviso á los Christianos caballeros  
 Que al punto tras los Moros parten fieros.

La priesa y el corage que ardia en ellos  
 Les puso espuelas y acortó el camino,  
 Y truxo á donde el ver y acometellos  
 Fué qual rayó tras trueno repentino.

Comienzan á herillos y á oféndellos,  
 Antes que el daño que tenian vecino  
 Pudiesen entender los Agarenos;  
 Que de pavor y sáfia aguardan llenos.

Viéndose de repente así asaltados,  
 Sin que el tiempo lugar les concediese  
 De prevenirse, ó ser aconsejados  
 Como á la Infanta en salvo se pusiese.

Pónense á defendella, rodeados  
 Della qual iban sin mostrar que hubiese  
 Tal recelo en sus pechos animosos,  
 Ni que tal los tuviese temerosos.

Hechos un cerco estaban, de la suerte  
 Que de leones siendo acometida  
 De jabalies la esquadra á darles muerte  
 Que á la defensa acuden de su vida.  
 Que todos juntos á aguardar la suerte  
 Se ponen, sin que sea dividida.

Su fuerza, unos con otros tan unidos,  
 Que ofenden, y ser pueden defendidos,

Los bárbaros, al punto que llegaron  
 Los Christianos y fuertes Caballeros,  
 Un esquadron en círculo formáron,  
 Y á la defensa se pusieron fieros.  
 Las lanzas y caballos ajustáron  
 Por tal arte los bárbaros guerreros,  
 Que al contrario la entrada le negaban,  
 Y con valor constante amenazaban.

Desde fuera comienzan á herirse  
 Los unos y otros con mortal cruera,  
 Los Moros con valor á resistirse,  
 Los Christianos á dalles con fiereza.  
 Estos se esfuerzan para no rendirse,  
 Aquellos porque pierdan la braveza,  
 Con fieros golpes hieren por rompiellos,  
 Sin que de su esquadron puedan movellos.

Como quando el mar es atormentado  
 Del animoso Euro que se ensaña,

Que levanta sus ondas mal airado  
 Hiriendo en los peñascos con gran saña.  
 Con una onda y otra apresurado  
 Refurte el agua dellos con extraña  
 Furia porque no puede quebrantallos,  
 Ni porque mas los hiera sojuzgallos.

Aunque el Christiano número excedia  
 Al de los Moros sin poder rendillos  
 Ni de su unida y fuerte valentia  
 Por arte ni por fuerza dividillos.  
 A los Christianos golpes y porfia  
 Por movellos del puesto y por herillos  
 Estaban los Paganos invencibles,  
 Como si fueran rocas inmovibles.

El fuerte Pedro Perez de Quintana  
 Que venia por cabo de esta gente,  
 El valor viendo y rebeldia pagana  
 Enristró con Múlot, Moro valiente.  
 Salió la suerte en el efecto vana,  
 Que á sus pechos halló otra lanza en frente  
 Que le detuvo y lizo que volviese,  
 Y suspenso mirándolo estuviese,

Como el pastor que llega al espumoso  
 Rio que de aguas trae gran crecimiento,  
 Que viene turbio hinchado y arenoso,  
 Arrebatado de impetu violento.  
 Los árboles arranca y desdeñoso  
 Segun viene feróz fuera de tiento,  
 Que se repara y mira con cuidado  
 El paso viendo por allí vedado.

Así Quintana, viendo que impedían  
De las lanzas la una y la otra punta  
Su entrada, y que volverle atrás hacían,  
Paró á mirar el daño que barrunta,  
Y contra Hacein, en quien herían,  
Guillen Piera, y Don Benito, apunta  
La gruesa lanza, y sin ningun recelo  
Lo arrancó de la silla y truxo al suelo.

Cayendo y levantándose fué á un punto  
El Africano Moro, aperciéndose  
El corbo alfange, en pié quedando junto  
Donde cayó su puesto defendiendo.  
Prosiguiendo el Christiano el noble asunto  
Vuelve sobre él, en ira y saña ardiendo,  
Y adarga y malla le pasó y el pecho,  
Y á sus pies vino á dar con él derecho.

Por donde Hacein cayó, arremete  
Para querer romper Guillen Piera,  
Y entre las lanzas del contrario mete  
El caballo, y la espada saca fuera.  
Seleiman, (se le opone y acomete)  
Moro esforzado, Alcayde en la frontera,  
Que de Xerez á demandar venia  
Gente, y en Alcalá se entretenia.

Viendo junto á sí muerto el compañero,  
Y que rompiendo los venia el Christiano,  
A detener su orgullo salió fiero,  
El fiero alfange en la derecha mano,  
Sobre él vino el Christiano caballero,  
Y sobre él descargo el feroz Pagano.

Un golpe, que del hombro al pecho abierto.  
Sobre el muerto Hacein dió con él muerto.

De pies encima del Christiano puesto,  
A los demas las defendia la entrada  
Hiriendo á unos, y acudiendo presto  
A los otros, teniéndola cerrada.  
Todos acuden con furor á esto,  
Y el Moro á todos estimando en nada,  
Comenzó á renovarse una espantosa  
Batalla, y de ámbas partes peligrosa.

La pavorosa Infanta quando vido  
La lid horrible por aquella parte,  
Y que si el esquadron era rompido  
No se podia librar de ningun arte,  
Sin aguardar temiendo y sin sentido  
La rienda alarga, y huyendo parte,  
Queriendo que la presta diligencia  
Supliese allí la falta de potencia.

Ofrece al disponer de la fortuna  
Ciega y mudable su dudosa suerte,  
Quiere tentar si en esperanza alguna  
Su desventura en su favor acierte.  
Y asida del temor que le importuna  
Que con estrecho cautiverio ó muerte,  
Le amenaza, corriendo va y huyendo,  
A su desdicha y á su honor temiendo.

Salió tras ella Don Benito, y luego  
Gonzalo Perez y Nuño Ruiz Mansilla,  
Ruimuñoz de Medina y Blas Gallego,  
Y con priesa comienzan á seguilla.

Ella sin darse un punto de sosiego  
 Huyendo va la vuelta de Sevilla,  
 A Botalhá siguiendo y deseando,  
 Y aunque turbada en ronca voz llamando.

En su alcance iban todos presurosos,  
 Y ella qual cierva en su veloz carera  
 Huyendo los ginetes rigurosos  
 En su huida su remedio espera.  
 Dan rienda á los caballos belicosos  
 Arrimando al hjar la espuela fiera,  
 Y tras el sólo vulto que divisan  
 Las mismas huellas de la yegua pisan.

Botalhá, que iba poco desviado  
 Asegurando el paso, oyó el estruendo  
 Y revolió de ira arrebatado,  
 Lanza, adarga y caballo apercibiendo.  
 Y aunque de oscura sombra rodeado,  
 La belleza que su alma iba encendiendo  
 Le alumbró, y conoció á la Infanta bella,  
 Y vió los que venian á ofendella.

Arrebatado de furiosa ira  
 Sin detenerse, á todos sale fiero,  
 A todos hace rostro, á todos mira,  
 Y á todos en herir es el primero.  
 Por esta parte al que le viene tira,  
 Por esotra detiene al delantero,  
 A qual derriba, á qual hace apartarse,  
 Y á todos igualmente retirarse.

A sus espaldas la gallarda Mora  
 Temiendo el duro trance está arrimada,

Sin osar desviarse gimé y llora,  
 Aunque del Moro vive confiada.  
 Que el valor y la fe con que le adora  
 Contrastarian la fortuna airada,  
 Que el amor sabe en ocasiones tales  
 Exceder de los límites mortales.

Bien mostraba el valeroso Moro  
 En la ocasion que el alma le encendia,  
 Presente (á su entender) todo el tesoro  
 Que el un orbe, y el otro poseia.  
 Y así en defensa del guardó el decoro  
 Con tan sobrado esfuerzo y valentia,  
 Que ser furia y no hombre á entender daba,  
 Porque en hombre una furia horrible andaba.

Todos herian en él, é igualmente  
 Heria en todos con igual pujanza,  
 Sin haber quien le aguarde frente á frente  
 El duro encuentro de su fuerte lanza.  
 Don Benito enristró al Moro valiente,  
 Que con denuedo y fiera confianza  
 Lo aguardó, y apretando el suyo fiero  
 Del caballo echó muerto al Caballero.

La lanza quebró, y luego furioso  
 Puso á la aguda cimitarra mano,  
 Y á un cabo y á otro el bárbaro animoso  
 A esgrimir comenzó fiero y lozano.  
 Sin que ninguno fuese poderoso  
 A estorballe, y así alegre y ufano  
 Con la Infanta prosigue su camino,  
 Adonde le guiaba el buen destino.

Muley Bohacén, que en amoroso fuego  
 Por la Infanta su prima arder se via,  
 Sin recibir momento de sosiego,  
 Ni darlo al alma que por ella ardía.  
 Como oyó que el Christiano venia, luego  
 Cien caballos juntó, y tomó la via  
 De Alcalá, á servilla y socorrella,  
 Y en Sevilla por triunfo entrar con ella.

Yendo con este solo pensamiento  
 El encendido Moro, y confiado  
 Que su pasion acabaria y tormento,  
 A la Infanta sirviendo en tal estado.  
 Sin pensar se halló en su acatamiento,  
 Y como así la viese, y á su lado  
 A Botalhá, por quien vivia celoso,  
 Ardiendo en ira dice furioso.

¿Esto se sufre siendo el Rey mi tio  
 Vivo? ¿y yo vivo, ver tan grande ultrage?  
 ¿Tan ciego error, tan baxo desvario,  
 Tal menosprecio á mí, y á tu linage?  
 O ciega Infanta, por quien no soy mio,  
 ¿Es justo que por tí ese Moro ultrage  
 A tí, á tu padre, á tu linage y tierra? (ra?  
 ¿Y á mí, á mi honor, mi fé, y amor de guer-  
 ¿Parécete que es justo y permitido,  
 Venir sola, ascondida y de esa suerte,  
 De donde el Rey tu padre era servido  
 Por gusto suyo ó por tu bien tenerte?  
 Alevosía grande has cometido,  
 Aunque no hubiera mas que osar ponerte

En riesgo de ser presa del Christiano,  
 Quanto mas venir tú y ese pagano. (ro,  
 Y así has de ir presa al Rey, tú y ese Mo-  
 Para que conste al Rey la maldad vuestra,  
 Para que acabe ya el desden que lloro,  
 Y fin se ponga á la contienda nuestra.  
 Del rostro desvió las hebras de oro  
 La Mora, y la belleza inmortal muestra  
 Que la luz dió, que la tiniebla asconde,  
 Y á su primo Muley así responde.

Quando el Reyno y mi padre no entendiera  
 Tu falsa fe, y tu enemigo intento,  
 Y todo mi linage no supiera  
 Junto con tu maldad tu pensamiento.  
 Con esta mano (aunque muger) te diera  
 El castigo qual es tu atrevimiento,  
 De suerte que igualará al desacato  
 La pena, y mi razon á tu mal trato.

Mas porque tu maldad bien conocida  
 De todos, no execute lo que intenta,  
 Que es culpar ante el Rey mi justa vida,  
 Lo que es fuerza y honor llamando afrenta.  
 Digo, que no es qual dice mi venida  
 Sola con Botalhá, como sustenta,  
 Sino con ocho, que en aquesos llanos  
 Quedan en fiera lid con mil Christianos.

Destos acompañada fielmente  
 Dexamos de Alcalá el cerrado muro  
 Delante yendo Botalhá valiente  
 Quel paso libre nos hacia y seguro.

Que como de mi padre el honor siente  
Vino á saçarme del peligro duro,  
Con la presteza que pedia el negocio,  
Quando todos dormian en torpe ocio.

La Infanta prosiguiera, mas furioso  
Muley le ataja, en alta voz diciendo:  
Yo veré si ese Moro cuidadoso  
Es digno, vivo yo, de irte sirviendo.  
O si será mi brazo poderoso  
De cumplir lo que estoy aprómetiendo  
Que es llevarte, y llevarlo ante el Rey preso,  
Pues mi querer es mandamiento expreso.

¿Tú (dice el Moro en saña ardiendo fiero)  
Ni el mundo todo prenderá á la Infanta?  
¿Ni á mí? ¿ni semejante desafuero  
Osas decir con imprudencia tanta?  
La prueba de eso que prometes, qui ero  
Que se vea claro, y tu hablar que espanta,  
Obras lo aprueben, no desgarros vanos,  
Habiendo armas y teniendo manos.

Azaudi, un Moro que halló á su lado,  
Esto diciendo, le arrancó la lanza,  
Y á él á tierra del caballo ha echado  
Porque tuvo en largársela tardanza.  
Y contra Muley parte denodado  
El Africano Botalhá, en venganza  
De lo que dixo, mas la Infanta en medio  
Se puso, y todos usan de este medio.

Muley, de todos viéndose impedido  
Para llegar al que le está llamando,

Brama qual suele el fuerte toro asido  
Por verse libre fiero forcejando.  
Asi el Moro, mandado y reprimido  
De la Infanta y de todos, levantando  
La voz le dice: yo veré si püesto  
En campaña conmigo haces esto.

Esa palabra tomo, y doy la mia  
(Respondio Botalhá) que quando quieras  
Me pondré en campo, á donde tu osadia  
El premio lleve, y el que della esperas.  
Siguen la Infanta y Botalhá su via,  
Cansados de escuchar palabras fieras  
De Muley, porque siempre es enojoso  
En quanto hace y dice el que es odioso.

Tras la Infanta siguiéron el camino  
Todos á la Ciudad que el Betis baña,  
Solo Muley va en su ansia y desatino,  
Ardiendo en zelos y rabiosa saña.  
Moseró su faz la forma, que contino  
A la nocturna sombra y dia acompaña,  
Aviso dando que el alegre dia  
Dando su luz siguiéndole venia.

A este punto los bélicos Christianos,  
Que la campaña de Alcalá velaban,  
Muertos dexando á todos los Paganos  
Que á la bella Alguadayra acompañaban.  
Aunque victoriosos poco ufanos,  
Sobre sus hombros con dolor cargaban  
A Don Benito y á Guillen Piera,  
Que perdiéron la vida en la lid fiera.

Con lágrimas ardientes y gemidos  
Llegan al puesto, y la enemiga tierra  
Rompen, y á los varones escogidos  
En ella el bando piadoso encierra.  
A este punto los rayos esparcidos  
De Apolo, el llano descubrían y sierra,  
Y del conquistador de España el bando  
De Alcalá llano y sierras ocupando.

Quando los Moros tremolando al viento  
Las Christianas banderas divisaron  
Desde el cerrado muro y alto asiento,  
Frios de espanto y de pavor quedaron.  
Temieron el estrecho encerramiento,  
Y mas viendo que en torno se alojaron  
Del lugar las esquadras vitoriosas,  
Que á las suyas hacian temerosas.

Un confuso clamor, una algazara  
Resonó por los ayres espaciosos,  
Quel frio temor que los rendia declara,  
Y los ánimos torpes y medrosos.  
La gente invicta de sitiar no para  
El lugar y los puestos belicosos  
Por quarteles la guardia repartiendo,  
En todo muerte á todos prometiendo.

Pónense en arma en concertados puestos,  
De armas el pueblo en torno rodeado,  
Tiendas armadas, pabellones puestos,  
El campo á punto en esquadron formado,  
Los caballos ligeros salen prestos  
Corren los campos, tráenles el ganado

A los Moros, y muchos en cadena  
Que á los cercados encendia la pena.

Miedo y dolor creció igualmente en ellos,  
Y así el temor los inquieta y turba,  
De modo que acudia á defendellos  
Lo que los acobarda y los perturba.  
Oyen las voces, ven asir los cuellos  
De los que lleva la christiana turba  
Al cautiverio, gimen y suspiran,  
Y entre el miedo y dolor ciegos se airan.

En medio de esta confusion andaban  
Dos Moros en consejos diferentes,  
Que eran los quel lugar administraban  
Por edad, calidad y por valientes.  
Laatar contradecia á los que trataban  
De entregarse, llamando impertinentes  
A los que á Mohaydin seguian en esto,  
Diciendo así en medio dellos puesto.

Tengo (como es verdad fuertes varones)  
Bastante causa de entender que estamos  
Faltos de honor, y llenos de opiniones  
Contrarias del renombre á que aspiramos.  
Pues el valor y osados corazones  
Que de nuestros pasados heredamos,  
Con mengua tal quereis que acabe ahora,  
Rindiendo vuestra espada vencedora.

Quando quiero de vos que uno me diga  
Hubo en vosotros cobardía tan grande,  
Que de Marte esquivando la fatiga,  
Vengais forzados á quel miedo os mande?

Y á la gente ofrezcais nuestra enemiga  
El lugar, y haya Moro que demande  
Contra el sacro Profeta y Rey humano  
Que den la puerta libre al Rey Christiano.

No veis ; ó Moros cuya excelsa gloria  
Entre Christianos ha ganado tanta,  
Que de vosotros la menor vitoria  
A las mayores dellas se adelanta,  
Que obscureceis vuestra dorada historia,  
Que los hechos borrais que el mundo canta  
De vos, que traspasais las justas leyes,  
Que alevos sois á vuestra patria y Reyes!

Solo que me digais quiero, y con esto  
Dar fin á mi hablar demasiado, (to  
Qué es lo que causa el miedo en que veo pues.  
Este pueblo rendido y desmayado.

Si gente, armas y seguro puesto  
Tenemos ¿ qué nos puede dar cuidado?  
¿ Qué nos puede hacer que acobardemos?  
¿ Qué, que Axartaf nuestro Señor neguemos?

Respondame el que en esto ha dado muestra  
Que al seguro y bien público conviene  
Dar el lugar, rendir la fuerza nuestra  
A quien mortal enemistad nos tiene.  
Y si su flaca y temerosa diestra  
Y el vil temor lo turba y lo detiene,  
Vayase, y dexé á los varones fuertes  
Por su Rey y lealtad sufrir mil muertes.

Oyendo esta razon lleno de ira  
Mohaydin puso al corvo alfange mano,

Y fiero un golpe y otro á Laatar tira  
En alta voz diciendo el cruel pagano.  
Tu adulacion, tu embuste y tu mentira  
Que con el Rey te han dado tanta mano  
No te librarán desta, que hoy el premio  
Tendrás de los que estan por tí en apremio.

Sin refrenar al bárbaro alevoso  
Respeto, ni razon, ni inconvenientes,  
Que se podian seguir, ciego y furioso  
Lo mató entre amigos y parientes.  
Aprobó el hecho el vulgo sedicioso  
Enemigo de justos y prudentes,  
A Mohaydin su defensor llamando,  
Y á tomar le fué el muro acompañando.

Del hecho atroz llevó la horrible nueva  
La presta fama á Mulease valiente,  
Alcayde por su Rey de heroyca prueba,  
En virtud y lealtad resplandeciente.  
Y viendo el alboroto al muro lleva  
De los leales la escogida gente  
A impedirles el paso, que ya estaba  
Por Mohaydin tomado, y lo guardaba.

Remitió al valor que via consigo  
De los constantes á ganar por fuerza  
Quitando del tirano su enemigo  
El alto muro de Alcalá y la fuerza.  
Apellidaba al noble bando amigo  
Que en la lealtad el que lo es se esfuerza,  
Suben, y el Capitan va el delantero  
Contra el tirano que lo aguarda fiero.

Entre los unos y otros se revuelve  
Una sangrienta lid, donde la horrible  
Esquadra de Acheron, fiera se envuelve  
Con daño de ambas partes increíble.  
Este las armas á su amigo vuelve,  
Aquel derriba con furor terrible  
A su hermano, y tal hay que al padre mata,  
Que en civil furia nada se recata.

Manzora, que dió nombre al rio, parte  
Contra el bandó tiránico, dió muerte  
A su hermano Humad, y á él lo parte  
De arriba abaxo el Capitan Buxerte.  
Viene Aliatan, que entrellos era Marte,  
Derriba á Boyda, y á Said el fuerte,  
Hizo dos partes de Zidan Gudifa,  
Quitó la vida á Seydin Halifa.

Por otra parte Mulease acomete  
Fiero haciendo crudo estrago en ellos,  
Rompe picas, alfanges, arremete  
A los perjuros, á querer rompellos.  
Gana el muro en que está Mami Hamete,  
Que á los suyos acude á socorrellos,  
Y á Mulease que entre ellos animoso  
Hiere, derriba, y mata furioso.

Lleno de horrible saña se presenta  
Diciendo, ¿no ves tú que va perdido  
El que tan fuera de juicio intenta  
Reducir todo un pueblo conmovido?  
¿No ves que vemos nuestro mal y afrenta  
Si no nos entregamos á partido,

No basta que este Mohaydin lo ordene,  
Para entender que á todos nos conviene?

¿Entiendes tu que esa lealtad nos falta  
A los que estamos de entregar resueltos  
El fuerte muro y alcazaba alta,

Y ser así del cautiverio absueltos?  
¿O entiendes tú, que ménos nos exalta  
Entregar el lugar que andar revueltos  
En sangrienta batalla con Fernando,  
Que nos la está qual ves representando.

Vive, y vivamos, y viva aquesta gente  
Que su remedio en nuestras manos pone,  
Y sino, tu lealtad impertinente,  
No hará que mi brazo te perdone.

Traydor (responde el Capitan valiente)  
¿Ese titulo quieres que me abone,

Que por la vida de ese pueblo infame  
Quiebre á mi Rey la fe, y traydor me llame?

Sobre el angosto muro estaban puestos  
Ambos con los alfanges en las manos,  
Llenos de ardiente cólera dispuestos  
De que no salgan sus designios vanos,  
De los rebeldes quatro Moros prestos  
Saltan, y el Capitan á los paganos,  
Mami, que divertido lo vió, al punto  
A los brazos con él se trabó junto.

Era Mami Hamete hombre animoso,  
De mucha fuerza y de mayor destreza,  
Mulease, no era ménos poderoso  
En esfuerzo y constante fortaleza.

Comienza el uno y otro codicioso  
De vengar su corage y su fiereza,  
Ciñense en torno los nerviosos brazos,  
Que pudieran un monte hacer pedazos.

La fuerza era de Mami bastante  
Para hacer ventaja á qualquier fuerza,  
Si no tuviera á Muleasé delante,  
Que á tener cuenta y á parar le fuerza.  
Restriba el uno, el otro con pujante  
Valor aguarda que se mueva ó tuerza,  
Y están para ofender y defenderse  
Como dos rocas firmes sin moverse.

El angostura del lugar los tiene  
Medrosos, aunque en cólera encendidos,  
Y al uno y otro hace que refréne  
De executar los odios conmovidos.  
Mami, viendo que mucho se detiene  
Tiró de Muleasé, y ámbos asidos  
Sin poder detenerse ni ampararse  
Del muro abaxo viéron despeñarse.

Cayéron con aquel ruido y estruendo  
Que si tras ellos se hundiera el muro,  
O si el mundo la tierra dividiendo  
Se lo tragata hasta el centro oscuro.  
Tremió todo, y los Moros acudiendo  
Los que al leal seguian y al perjuro,  
Halláronlos sin vida entrambos brazos  
Asidos, con estar hechos pedazos.

Los leales acuden pavorosos  
A Muleasé su Alcayde, y con ardiente

Saña quieren quitar los alevosos  
(te.  
Que á un muerto alleguen donde está presen-  
Los que á Mami truxéron, presurosos  
Repugnan este acuerdo diferente  
Del suyo, y á las armas se remiten,  
Porque el llegar ni al muerto no les quiten.

Comienza entre ellos otra lid terrible,  
Que diera espanto ver su ardor á Marte,  
Con altas voces, con horror terrible,  
Cayendo muertos de una y otra parte.  
Mohaydin con presteza no creíble  
Baxa diciendo en fiera voz de á parte:  
Mueran los que mi acuerdo no siguieren,  
Y luego al orden mio se redixeren.

Nadie le respondió sino el gallardo  
Y valiente Habrael, Moro escogido,  
Del Catalan Yenu hijo bastardo,  
Aunque en Humaya deuda suya habido.  
Y apuntando al aleve pecho un dardo  
Le dixo: ¿ es esto, ó fiero fementido,  
Quando vendiste á Mahomat tu hermano,  
Y te alzaste en el Reyno Valenciano? (to

Pues no ha de ser aunque á tu horrible inten-  
Todo el poder del Huerco favorezca,  
Ni ese pueblo sin fe te dé su aliento  
Para que tu locura y maldad crezca.  
Que el cielo tu atrevido pensamiento  
No quiere que en su ofensa permanezca,  
Y aqieste brazo á que te dé gobierna  
Muerte al cuerpo, y al alma pena eterna.

Blandió el dardo Habrael para arrojallo  
 A Mohaydin, el qual quan presto pudo  
 En moviendo movió, y partió á atajallo  
 Poniéndole delante el fuerte escudo.  
 Dió el golpe, y no pudiendo sustentallo  
 Se lo arrancó del brazo el dardo agudo  
 Que á las espaldas le quedó caído  
 Sin poder levantallo adormecido.

Cargó sobre Habrael del bando aleve  
 Tal número de Moros, que deshecho  
 En piezas fué, y en un instante breve  
 Fué en todos los demas lo propio hecho.  
 Pídenle á Mohaydin, que hacer debe  
 Que cese entre ellos el civil estrecho,  
 Y al Rey Christiano se le den las llaves  
 O sobre ello, enviar dos Moros graves.

Parece á Mohaydin bien acordado,  
 Que se hiciese así, y subiendo al muro  
 Donde su guardia y fuerza habia dexado,  
 Y en donde estar le pareció seguro.  
 A todos desde un puesto levantado  
 Con aquestas razones el perjuró,  
 Les persuade, esfuerza y solicita,  
 Y á que por obra se pusiese incita.

Amigos y leales compañeros  
 Los que por la salud del pueblo vuestro  
 Reduciros quereis á los guerreros  
 Christianos, que están ya en el campo nuestro  
 Habiendo á los contrarios vuestros fieros  
 Desecho con poder y brazo diestro,

Ya es la sazón de todos deseada  
 Para el bien nuestro, y redención llegada.

No se le ponga á nadie por delante  
 Que al Rey la fe debida le quebramos,  
 Ni que es esto de ánimo inconstante,  
 Ni que del deber nuestro le faltamos.  
 Que nadie puede dar razón bastante  
 Que condene hacer lo que ordenamos,  
 Pues Axartaf no acude á socorrernos,  
 Ni podemos nosotros defendernos.

¿No tenemos delante de los ojos  
 De Carmona el estrago miserable?  
 ¿No vemos los cautivos y despojos,  
 De la tala y el robo lamentable?  
 Las muertes, las prisiones, los enojos,  
 El daño y perdición irreparable,  
 Pues quanto fuera del lugar halláron  
 Sin dexar cosa en su lugar taláron.

Si estamos todos los presentes viendo  
 El triste asolamiento de Carmona  
 Hambre, sed, muertes, daños padeciendo,  
 Por no dar el lugar de su corona.  
 Y él sin acuerdo viéndolos muriendo  
 No le envió en socorro una persona,  
 Ni pie ha sacado Moro de Sevilla,  
 Como si fuera de otro Rey su villa.

Este exemplo es bastante y suficiente  
 Para que punto mas no se difiera  
 El acuerdo que á todos igualmente  
 Redime el cautiverio y muerte fiera.

Mi ansia es esta , y mi deseo ardiente  
Es evitar el daño que se espera,  
Y entender que ha de hacerse con nosotros  
De entrambas partes lo que con los otros.

Proseguir quiso Mohaydin en esto,  
Mas Halife Manzor, un Moro anciano  
Que deseaba ver en aquel puesto  
Al vitorioso ejército Christiano.  
Dixo en voz alta: acude, acude presto  
Mohaydin, que tenemos en la mano  
La ocasion mas urgente y mas segura  
Que pide nuestro estado y desventura.

Mirando el sitio y nuestro fuerte muro  
Este Abenhamamat , Rey de Granada,  
Con vista atenta y con valor seguro,  
Cercado en torno de su gente armada.  
O él viene á dar algun asalto duro,  
O á ver por do la villa será entrada,  
A este me parece que llamemos,  
Y de Alcalá las llaves le entreguemos.

Con esto nuestro daño aseguramos,  
Y con este los pactos y conciertos  
Que importan para el riesgo que esperamos,  
Tratar podemos si han de sernos ciertos.  
Las contiendas y dudas acabamos,  
Los contrarios tenemos todos muertos,  
Y al fin damos la villa á un Rey pagano,  
(Quando quieran decir) y no á un Christiano.

A todos satisfizo, y levantando  
Un gran clamor, dixéron que se abriese

La puerta , y al Rey Moro por Fernando  
Posesion de la villa se le diese.  
Dexan el muro, y Mohaydin alzando  
Una bandera blanca, que se viese  
De léjos, hizo abrir la fuerte puerta,  
Que para nadie hasta allí fué abierta.

Salen al campo luego que el cerrado  
Cerrojo de salir les dió licencia,  
Juntos al estandarte levantado  
Con insignias de paz y de obediencia.  
Y siendo al Rey de la Eliberia dado  
Aviso desto, y viendo en su presencia  
Tantos Moros sin armas, que decian  
Que á entregalle el lugar solo venian.

Recibelos con rostro, y con semblante  
De magestad alegre, y puesto entre ellos  
Al que humillado está, que se levante  
Hace, y á todos llega á complacellos.  
Y viendo que tenia ya delante  
Asida la ocasion por los cabellos,  
Pide razon qual sea su venida  
Al que de paz la insignia trae tendida.

Mohaydin se humilló, y dió la bandera  
A Halife Manzor, así diciendo:  
La verdad desto, que saber espera  
Tu grandeza; iré en breve refiriendo.  
Deste pueblo la gente áspera y fiera  
Que de Marte el oficio sigue horrendo,  
De quien tiene Axartaf mas confianza  
Que de Sevilla y toda su pujanza.

Viendo que el Rey Christiano habia movido  
 Su campo, y á correr venia su tierra,  
 De los mas principales fué pedido  
 Que con él evitasemos la guerra.  
 Este acuerdo de algunos fué impedido,  
 Que ya la muerte en el infierno encierra,  
 Pagando su rebelde pensamiento,  
 Contra el comun acuerdo y justo intento.

Queda el bando que solamente pide  
 Que al Rey las llaves de la villa demos,  
 Y con su voluntad la suya mide,  
 Con que en partido solo demandemos.  
 Que pues el miedo de Axartaf no impide  
 Que de Alcalá la fuerza le entreguemos,  
 Ha de ser que los hijos y hacienda,  
 Y libertad por pacto nos defienda.

Y si algunos quedar aquí ordenaren  
 Queden con el seguro que demando,  
 Y si pasar á Berbería gustaren  
 Les ha de dar pasage el Rey Fernando.  
 El Granadino Rey mandó que paren,  
 Y hecho así, y todos aguardando  
 Dixo: esos pactos todos y conciertos  
 Os otorgo, y el Rey los hará ciertos.

Mi gente quede en guardia aquí á guardaros,  
 Porque la gente indomita en fiereza  
 No acuda aquí, y yo volveré á daros  
 El orden, que os mandare dar su alteza.  
 Y la merced que tiene de otorgaros,  
 Seguros, vidas, libertad, franqueza,

Qual yo os lo prometí, os será cumplido  
 Del Rey, en cuyo nombre os lo he ofrecido.  
 El soberbio tirano de Valencia  
 Besó las llaves y se inclinó al suelo,  
 Dándose las al Rey, con la obediencia  
 Negada del á quantos cubre el cielo.  
 Y poniendo al negocio diligencia  
 Teniendo de los bárbaros recelo,  
 Y su inconstancia á dar las llaves parte  
 El Rey de la Eliberia al santo Marte.  
 Al arma estaba el campo todo puesto,  
 Como el clamor horrisonó fué oído,  
 Aguardando por orden, y dispuesto  
 Para qualquier suceso apercebido.  
 Quando llegó el Rey Moro al Regio puesto  
 Y en alta voz fué el caso referido,  
 Las llaves del lugar y fuerzas dando  
 El Moro Rey al Santo Rey Fernando.  
 Recibiéndolos el gran patron de España,  
 Y habido el militar consejo, acuerda  
 Que marche el campo, y dexé la campaña,  
 Y una ocasion tan buena no se pierda.  
 Entráron dentro con presteza extraña  
 Y en paz se auna el pueblo, y se concuerda  
 Con la gente de Marte, á cuya fuerza  
 Armas, gente y lugar se entregó y fuerza.

## LIBRO NONO.

**E**l yugo puesto al pueblo rebelado  
 Que á su Rey faltó en fe, y en obediencia,  
 Y al Christiano la dió y le fué entregado,  
 Sin probar de las armas la violencia.  
 En paz quieta estando sosegado  
 Hechos reparos, puesta diligencia  
 En el seguro dél, el Rey glorioso  
 Sobre Carmona vuelve vitorioso.

Viendo que en su obstinada rebeldía  
 Tanto tiempo sin darsele duraba,  
**A Marte y á Vulcano** remitía  
 Lo que la dura gente le negaba.  
 Comienza abrir el duro acero vía  
 En quanto fuera de la villa estaba,  
 Y el riguroso fuego con fiereza  
**A volver en ceniza** su riqueza.

Arde igualmente el fuego y furor ciego  
 Con espantoso son y estrago horrible,  
 Privando á los cercados de sosiego  
 Que de su alcázar ven su mal terrible.  
 Gimen, y arden en el propio fuego  
 Donde arder ven sus bienes y apacible  
 Regalo, y contra sí las armas vuelven,  
 Y en contenciosas dudas se revuelven.

Piden los unos que á campaña salgan,  
 Y de la suya á los contrarios echen,  
 Que de las armas y el valor se valgan,  
 Pues no hay de que sin ellas se aprovechen.  
 Llenos de horror apriesa otros cabalgan,  
 Diciendo á voces quel hablar desechen,  
 Otros quel cierto daño conocian  
 Dél con maduro acuerdo apercebían.

Oyendo tantos pareceres varios,  
 Tanto hablar del vulgo variable,  
 Y cansado de acuerdos temerarios,  
 Dice Buceyte, un Moro venerable.  
 Si habemos de lanzar nuestros contrarios  
 Ya es tiempo, y ya no es tiempo que se hable,  
 Pues veis llevaros los ganados vuestros,  
 Quemar los campos, cautivar los nuestros.

Los que con armas piensan defenderse  
 A tiempo están para probar las manos,  
 No aguarden mas, ni dexen ofenderse,  
 Salgan al campo, y lancen los Christianos.  
 Mas los que en libertad quisieren verse  
 Y fuera de los riesgos inhumanos  
 Con que amenaza esa invencible gente,  
 Mi acuerdo sigan en la ocasion presente.

El qual es, pues no usamos de defensa,  
 Y el daño que nos hizo y hace vemos,  
 Que las porfias que causan nuestra ofensa  
 Pues tan sin fruto son que las dexemos.  
 Y un medio que remedie nuestra inmensa  
 Y dura afrenta, con el Rey tratemos,

Que nos será provecho, y mas seguro  
Que el fuerte alcázar ni el cerrado muro.

Si á Córdoba y Jaen vemos rendidas,  
La una poderosa y la otra fuerte,  
En guerra entrambas, y en la paz temidas;  
Mas (si decir se puede) que la muerte.  
¿Mirad si están á riesgo nuestras vidas?  
¿Mirad si igual serémos en la suerre?  
Mirarlo bien, y pues á tiempo estamos  
Del remedio con tiempo nos valgamos.

Puso Buceyte fin á sus razones  
En medio puesto del discorde bando,  
El fin de las travadas disensiones  
Por su razon qual convenia aguardando.  
Comenzáron con nuevas opiniones  
A variar los unos, aprobando  
Del anciano Buceyte el sano acuerdo  
Por el mas justo, conveniente y cuerdo.

Otros que á sola su pasion seguian,  
Y á su desordenado pensamiento,  
Blasfemaban de aquellos que pedian  
La paz, y se apartaban de su intento.  
En lo uno y lo otro conferian  
Los unos y los otros, dando asiento  
Despues de haberlo bien considerado,  
Que al Rey Fernando se le envie un legado.

Por el qual, por seis meses se le pida  
Treguas, cesando la enemiga guerra,  
Siéndole cantidad de oro ofrecida  
Como vasallos de su propia tierra.

Y que la tregua siéndoles cumplida  
Quanto Carmona en su distrito encierra,  
O se le entregará ó le pagarian  
Párias, y por vasallos quedarian.

Este acuerdo fué á todos agradable,  
Y todos lo acetáron igualmente,  
Señalando á Buceyte venerable  
Para que en nombre fuese de su gente.  
Que siendo hecho del con admirable  
Prudencia sosegó la guerra ardiente,  
Quedando que en seis meses pagarian  
Tributo ó que la villa entregarian.

Luego que de Carmona concluyéron  
Los pactos, Reyna acude y Constantina,  
Y por vasallos suyos se le diéron,  
Temiendo el daño y destrucion vecina.  
Los de Lora, que al arma se pusieron  
Viendo á los ojos clara su ruina,  
Las llaves entregáron y obediencia,  
Dexando la rebelde resistencia.

Movióse el campo vitorioso luego  
Y á Cantillana el yugo echó y Guillena,  
Sin dar al belicoso ardor sosiego  
Alcalá sujetó y rindió á Gerona.  
Y qual diciendo el rayo embuelto en fuego  
De la nube á la tierra de horror llena,  
Que quanto encuentra sin hallar defensa  
Rinde la fuerza de su furia inmensa.

Tal va el Christiano ejército, arruinando  
El Paganismo horrible con violencia,

Con talas, fuego y armas apocando  
 Haciendas, gente, vidas y potencia.  
 El vitorioso curso enderezando  
 Sin que le haga cosa resistencia  
 A la Herculea Ciudad que el Bétis riega,  
 A donde lleno de despojos llega.

Acuden á las cosas convenientes  
 Los Caballeros que por Dios pelean,  
 Unos mandando y otros obedientes,  
 Y todos al trabajo que desean.  
 Arde el cuidado, arden diligentes,  
 Huyen que en ocio reposar los vean,  
 Forman el campo bélico á su modo,  
 Guardando el orden militar en todo.

Tiene en opuesta la Ciudad famosa  
 Un fértil espacioso y verde llano,  
 Que en la estacion de Sirio calurosa  
 De yerba y flores se demuestra ufano.  
 Tiéndese con carrera espaciosa  
 A la siniestra y á la diestra mano,  
 Hasta que en el famoso Guadaira  
 Toca esta parte que á Sevilla mira.

Aquí este rio lo divide y parte  
 Del opulento campo de Tablada,  
 Que del antigüedad aquella parte  
 La selva del Alerce fué llamada.  
 Corre por esta via de tal arte  
 Que al veloz Tigris diferencia en nada,  
 Y por debaxo de su antigua puente  
 Llega á juntar con Betis su corriente.

Este llano ocupó con su invencible  
 Ejército el caudillo poderoso,  
 Que reputado acaso fué imposible  
 Del enemigo que lo ve cuidadoso.  
 Goza del puesto alegre y apacible  
 A la diestra teniendo el deleytoso  
 Pago del Olivar, y á la siniestra  
 El sacro Betis que en su via se muestra.

El tiempo de este ¡ó Deificado Marte  
 Fernando! que me aspire vuestro aliento  
 Dando á mi plectro voz, ingenio al arte,  
 Y espíritu que guie mi pensamiento.  
 Que ya ocupando os vea estar la parte  
 Que os promete el glorioso vencimiento  
 Que yo celebraré si el miedo vano  
 Desvia de mí vuestra siderea mano.

Mirando estaba el defensor de España  
 Con vista atenta el campo vitorioso,  
 Alojado en la Bética campaña  
 Que ciñe en torno Betis generoso.  
 La Ciudad mira y su belleza extraña,  
 Puesta en lugar tan llano y espacioso,  
 Los altos edificios, que parecen  
 Los dos muros que en torno la guarnecen.

En esto ocupa la gloriosa vista,  
 En esto pone todo su sentido,  
 Llamando felicísima conquista  
 La suya, habiendo á tal lugar venido.  
 No le hace el cuidado que desista  
 De estar mirando á Hispalis, vencido

Qual el que mira una pintura bella  
Que regalando está la vista en ella.

Así el Retor de la Christiana gente  
Sin artarse de ver, mirando estaba  
De la bella Ciudad que via presente  
Quanto se ofrece y él determinaba.  
Preguntando de todo extensamente  
A Lope Diaz de Alfaro, que le daba  
Cuenta de quanto del saber queria,  
De quanto deseaba y quanto via.

Ocupado en mirar el bello opuesto  
Lo que del dia restaba, se estuviera  
Sin divertirse ni cansarse en esto  
Si Don Rodrigo Flores no viniera.  
Que á dar socorro fué enviado presto  
A la armada que el Rey cuidadoso espera,  
A quien de Tanjar, Ceuta, y de Sevilla,  
Moros salian en otra á combatilla.

Mas llegado el socorro, y no hallando  
Nueva que el enemigo la impidiese,  
Viéndola con buen tiempo navegando,  
Fué acuerdo, que la gente se volviese.  
Dándole cuenta desto al Rey Fernando  
Mandó que el campo en órden se pusiese,  
Porque ya se bañaba en occidente  
Del padre de Faeton el carro ardiente.

A este punto una espia le dió aviso  
Que por la puerta adonde el Arriano  
Padre, al hijo la muerte darle quiso,  
Porque siempre adoró el nombre Christiano.

Moros habian salido de improviso,  
Y que apriesa marchaban por el llano,  
A socorrer, segun entendió dellos  
La armada que venia á socorrellos.

Del Rey la nueva al punto siendo oida  
Juntó el Consejo, y entretanto manda  
Que de á caballo salga una escogida  
Y fuerte esquadra por aquella banda.  
Otra que aguarde en vela apercebida  
Si el enemigo sale ó se desmanda  
Por el postigo que el Alcazar cierra,  
Y en este espacio vele el campo y tierra.

A la primera empresa fué el primero  
Don Lorenzo Suarez enviado,  
De la segunda el fuerte Caballero,  
Lope Diaz de Alfaro se ha encargado.  
A Martin Crespo y Sebastian Guerrero,  
Adalides, á cargo les han dado  
Que en seguimiento de los Moros fuesen,  
Y aviso á Don Rodrigo Alvarez diesen.

Estando en Alcalá fortaleciendo  
Las cosas que al seguro convenian,  
En el gobierno de ellas proveyendo,  
Qual la ocasion los casos le ofrecian.  
La tierra de Sevilla entró corriendo  
Aqueste Caballero á quien seguian  
Trescientos, y esta nueva oida al punto  
La flota y Moros á buscar fué junto.

No está ménos cuidadoso aderezando  
Armas y velas, Alxartaf affligido,

Su cierto y presto daño recelando,  
 Y el mal á que su suerte le ha traído.  
 Las cosas de la guerra encomendando  
 A Hacén y Ariadino, recogido  
 Fué en su aposento, á donde saber quiere  
 Que hay que tema ó en que habrá que espere.

A Muley Buhacén, que le seguía  
 por su mandado, y porque en su secreto  
 Era el que solo facultad tenía,  
 Y á quien fuera el Rey todo sujeto.  
 En su congoja ardiendo y agonía,  
 En rabioso dolor de ver su aprieto,  
 Como pudo la lengua desanuda,  
 Y dice así al sobrino en su ánsia y duda.

Pues te toca igualmente el daño mio  
 Como al bien fueras de la misma suerte,  
 Pues eres de quien solo me confío,  
 Y en quien pongo el suceso de mi suerte.  
 Ahora que con manto oscuro y frio  
 Cubre la noche el mundo, en mi ánsia fuerte  
 De Abin Alá saber por su arte quiero  
 Qué remedio tendré, ó qué fin espero.

A esto gusto que al monte vayas,  
 Y con secreto y diligencia venga,  
 Porque en el punto que ante tí lo trayas  
 Lo que restare para el fin prevenga.  
 Sabré por sus caracteres y rayas  
 Lo que al remedio y bien comun convenga,  
 Pues mas que armas pide nuestro estrecho  
 Y mas que hombres han de hacer el hecho.

Lanzó un suspiro á esta razon postrera,  
 Quedándose en la silla reclinado,  
 Sobre la mano el rostro, de manera  
 Que bien claro hacia su cuidado.  
 Muley se iba, mas saliendo fuera  
 La Princesa, detúvose parado  
 Mirándola, mas ella ardiendo en ira  
 Rehuye el rostro y el mirar retira.

Quedó el soberbio Moro de horror lleno,  
 De amor, desden y zelos ofendido,  
 Entregado al furor, que este veneno  
 Enciende mas el corazon rendido.  
 De la razon y la paciencia ageno,  
 De lo uno y lo otro combatido,  
 Sin saber si se temple ó si se ensañe,  
 O si de lo que vió á sí propio engañe.

Dudoso en este ciego desatino  
 Determinado va á querer hablalle,  
 Y lleno de pavor vuelve el camino,  
 Temblando de que airado osó miralle.  
 Determina volver, hállase indigno,  
 Y que era fuerza que padezca y calle,  
 Forzado de pasion, de amor y queja,  
 A donde el Rey le manda va, y la dexa.

Apartado del vulgo en una oculta  
 Y tenebrosa gruta de horror llena,  
 Que á los rayos del claro sol se oculta,  
 Y siempre está de su belleza agena.  
 Donde la horrible esquadra se sepulta  
 Sacada de la mísera cadena,

Por el mágico apremio, aquí es do tiene  
Abin Alá su estancia, y Muley viene.

Llega el airado y congojoso Moro  
A la casa del mago, y ve la puerta  
No de alabastro ni luciente oro,  
Mas de una horrible oscuridad cubierta.  
Oye, ya un lobo, ya un leon, ya un toro  
Junto así, sin que vea cosa cierta;  
Párase y duda, y el honor le anima,  
Que puede mas que la espantosa grima.

Por la puerta del mágico espantosa  
De gorgonas, chimeras y centauros,  
Ocupada se arroja, y entrar osa  
Por sphinges y horribles minotauros.  
Llegó á un patio do estaba una sonora  
Fuente de olmos rodeada y laurós,  
Y dos Mores que en torno della andaban,  
Quel paso á quien entrar queria vedaban.  
Como al valiente Moro así entrar viéron  
Sin que los monstruos que á la puerta habia  
Le impidiesen, airados á él saliéron  
Su entrada condenando y osadia,  
Mas luego que quien era conociéron,  
Y la ocasion sabiendo á que venia,  
Sin detenerse al punto lo llevaron  
Donde el mágico estaba, y lo dexáron.

El sabio Abin Alá quando lo vido  
Solo, á tal hora, y dentro en su aposento,  
De admiracion estuvo suspendido  
Aguardando á saber su pensamiento.

Y Muley, de sus ansias combatido,  
De su ardiente pasion y discontento  
Buscando medio al mal que está sufriendo,  
Asi la lengua desató diciendolo.

Si el amistad que siempre me tuviste,  
Fué sin lisonja, y es segura y cierta,  
Si la debo creer qual me ofreciste,  
Oyeme atento y nada te divierta.  
Mi desventura oirás y estado triste,  
No de que esté el Christiano á nuestra puerta,  
Mas de que un Moro entre nosotros more,  
Y una Mora no quiera que la adore.  
De mi pasion y mi zeloso fuego.

Te tengo dado algunas veces cuenta,  
Y sin darla mi gran desasosiego,  
Hace que claro se conozca y sienta.  
Así rendido, enamorado y ciego  
Por la ingrata Princesa que me afrenta,  
Que me desdeña, olvida, ofende, ultraja,  
Por un Moro que nada me aventaja.

Vivo qual ves y sabes desta suerte,  
Sin hallar orden que me dé remedio,  
Porque si me dispongo á darle muerte,  
Está mi tio que lo ampara en medio,  
Así padezco en mi congoja fuerte  
Sin hallar otro sino solo un medio  
Que me remedie, y este está en tu mano,  
Si en esto amigo, quieres serme humano.

El Rey mi tio apriesa envia á llamarte,  
Que al punto vayas sin tardar conmigo

Para que le reveles por tu arte  
 Lo que consulta el santo Alá contigo.  
 Si está benigno ó sigue á la otra parte,  
 Si espera la vitoria ó su enemigo,  
 Si durará el asedio ó si dexando  
 La guerra, el cerco le alzaré Fernando.

Desto quiere informarse, y desto quiero  
 El remedio sacar que mi ánsia acabe,  
 Que en tu favor y en tu amistad espero  
 Que impedirás que Botalhá se alabe.  
 Y pues dél nace mi tormento fiero  
 Que en mengua mia todo el mundo sabe,  
 Nazca de tí el castigo, y de tí salga  
 Solo el medio que hay de que me valga.

Llamado vas del Rey á que le digas  
 (Por tu ciencia en que tanto te adelantas)  
 Que fin esperará de sus fatigas,  
 Que de sus ánsias y congojas tantas.  
 En esto importa que mi acuerdo sigas,  
 Fingiendo al Rey que con horror te espantas,  
 Le has de decir que todo el mal que tiene  
 Porque aquí tiene á Botalhá le viene.

En esto puedes alargarte quanto  
 A tí te pareciere y dar testigos,  
 Ora traídos por tu fuerte encanto,  
 Ora de los que fueren mas amigos.  
 Señala á Buxa, á Buyalí, á Mohanto,  
 Que no recusará por enemigos,  
 A quien yo tengo ya hablado en esto  
 Para que al Rey lo hagan manifiesto.

Con hacer esto quedaré seguro  
 Del falso Moro y la enemiga Mora,  
 Del desden fiero y tratamiento duro,  
 De aquella ingrata que mi alma adora.  
 Y hecho esto, por Alá te juro,  
 Y por aquesta diestra vencedora  
 De ponerte en el mas supremo estado  
 Que dar puede Axartaf en su reynado.

Oyendo estuvo el mágico suspenso  
 A Muley Bohacen, que le informaba  
 De su congoja y su tormento inmenso,  
 Y del extraño medio á que aspiraba.  
 Y conociendo su cuidado intenso,  
 Y que aguardando su respuesta estaba,  
 Con semblante agradable le responde  
 El que los orbes en su pecho asconde.

Dudoso estoy, ó Principe excelente,  
 Si el debido seguro de mi tienes,  
 Si crees la fe que tengo eternamente  
 A tí y al Rey, en cuyo nombre vienes.  
 Pues para que á servirte esté obediente  
 Me ofreces mandos y prometes bienes,  
 Si mi estado y mi suerte se adelanta  
 Con tocar solo este lugar tu planta.

Y así sin que te haga juramento  
 Debes creerme que si aquí estuviera  
 El que dió á Odman la ley con mandamiento  
 Que la sustente con la espada fiera.  
 No me alegrara mas su acatamiento,  
 Ni con igual placer me enriqueciera,

Y con este seguro te asegura  
Que acabaré ó tu congoja dura.

El Rey (qual dices) nos está aguardando,  
Y si en razones mas nos detenemos  
La noche va su curso apresurando,  
Y si tardamos la ocasion perdemos.  
Ya va el exe, Bootes declinando  
A la siniestra mano como vemos,  
Y las demas estrellas le acompañan,  
Y algunas dellas ya en el mar se bañan.

Alzó del suelo el mágico una vara  
Del un extremo á otro retorcida,  
Y echóla dentro de la fuente clara,  
Y una hacha salió al punto encendida.  
Esta (dice) la via nos aclara  
Que entre la oscura sombra está escondida,  
Con esta la Ciudad toda andaremos,  
Y sin ser vistos quanto hay veremos.

Con la mágica antorcha en la una mano  
Abin Alá tomó el camino al punto,  
Y con la otra asió la del pagano  
Muley, que al mago iba pegado junto.  
Atraviesan el pueblo Sevillano,  
Que puesto alarma estaba todo á punto,  
Calles y plazas de armas rodeadas  
De infantes y caballos ocupadas.

Por entre todos van los dos rompiendo  
De incierta luz y sombra rodeados,  
Sin que los vean libremente viendo  
Los que dellos no entienden ser mirados.

Alli al grave Arriadino ven haciendo  
Repartimiento y enviar soldados,  
Unos á que guardando estén el muro,  
Y otros á quel lugar tengan seguro.

Al sabio Hacen encuentran, y al valiente  
Buyarruz con la gente de á caballo,  
A Mahayni pidiendo apriesa gente  
Que á ver las puertas vayan á guardallo.  
Buhanduza no está dellos ausente,  
Y á Botalhá forzoso fué enconrallo  
Al entrar del Alcazar, ordenando  
La gente que la esté y al Rey guardando.

Aquí paró Muley, y dixo: advierte,  
O claro Abin Alá, que á mi enemigo  
En tan buena ocasion me trae la suerte  
Para vengarme y darle cruel castigo.  
Furioso á darle acometió la muerte.  
Y el mágico abrazándolo consigo  
Soltó la hacha en este breve espacio  
Dentro los dos se halláron del palacio.

Estaba el Rey con Alguadayra solo,  
Tratando el mal que recelaba tanto,  
Y viendo entrar al consultor de Apolo,  
Que en su falsa opinion tenia por santo.  
Dice: ó Abin Alá, que al final polo  
Tu nombre lleva con glorioso canto  
La inmortal fama, que por tí renueva  
La suya en tan heroyca y clara prueba.

Ya ves en daño nuestro con tus ojos  
Al Christiano enemigo que nos cerca,

Que nos afrenta y lleva los despojos,  
 Que nos oprime y mas se nos acerca.  
 Ya ves para mas mengua y mas enojos  
 Rodear de caballos nuestra cerca,  
 Ya ves como nos roban los ganados,  
 Y ya nos ves á todos encerrados.

Quiero, como el que sabe lo que sabes,  
 Que aquí del saber tuyo nos valgamos,  
 Y á esta gente indómita me acabes,  
 O por tu industria libres nos veamos,  
 Desta hazaña quiero que te alabes,  
 Y de decirnos claro que esperamos  
 Desta guerra, si Alá nos favorece  
 O al Christiano, y por él nos aborrece.

Proseguir quiso el Rey con sus razones,  
 Si le dexaran proseguir en ellas  
 El ánsia desigual de sus pasiones,  
 Y la causa cruel de sus querellas.  
 Forzado de tan duras ocasiones  
 Que era fuerza forzosa padecellas,  
 Calló inclinando al hombro la cabeza,  
 Y así á hablar el sabio mago empieza,

Si de la pena, ó Rey, que te fatiga,  
 Un solo punto puedes aliviarte,  
 Que á todos igualmente nos obliga  
 En ella como en todo á acompañarte,  
 Sabrás lo que me mandas que te diga,  
 Sin encubrirte cosa ni engañarte,  
 Mas cumple que valor tengas y esfuerzo  
 Si has de ver á quien ligo, apremio y fuerzo.

Responde el Rey que él quiere estar presente  
 A todo quanto en esto hacer quisiere,  
 Sin que le espante del infierno ardiente  
 La mas horrible forma que saliere.  
 A la hija le manda que se ausente  
 De ver aquello y punto allí no espere,  
 Vase la Infanta, el mágico al momento  
 Tomó en la mano un mágico instrumento.

Puso el rostro pegado con la tierra,  
 Y allí habló en acento no entendido,  
 Apremiando á los que el huerco encierra  
 Haciendo rayas, todo enfurecido.  
 Y habiendo estado en esta horrible guerra  
 Algun espacio, dando un gran gemido  
 Se levantó y tras él al propio instante  
 Un alma se le puso de delante.

El Rey se alteró en viéndola, y el mago  
 Lo aseguró volivéndolo á su asiento,  
 Que en viendo el alma del sulfureo lago  
 Pavoroso se entraba en su aposento.  
 Muley no ménos teme el fiero trago,  
 Volviendo el rostro sin vigor ni aliento,  
 Detras del mago acometió á esconderse,  
 Que el temor lo llevaba allí á valerse.

Sosegó al Rey, y sosegó al sobrino  
 Con razones que fuéron poderosas  
 De templar su cobarde desatino  
 Y desviar sus ánsias espantosas.  
 Y al Tartareo ministro que ante él vino  
 Sacado de las llamas rigurosas

Se vuelve, y de temor la infernal forma  
Tembló, y al Rey por este modo informa.

La poderosa fuerza y duro encanto  
Del sabio Abin Alá me apremia y fuerza  
Que dexé el reyno de congoja y llanto  
Donde del Rey Stygio está á la fuerza.  
Y venga á tí que el mísero quebranto  
Con tal rigor ofende, y mas se esfuerza  
Quanto mas vas su causa contemplando,  
Causada por la guerra de Fernando.

Deste suceso no se alcanza cierto  
Que ordena el cielo que á Fernando guía,  
Porque lo que por venir está encubierto,  
Sino solo al autor del claro día.  
Este puede hacerlo descubierto,  
No la incompreensible astrología,  
En que algunos entienden que han llegado  
A saber lo que á sí se ha reservado.

En aquesta materia me alargara,  
Probando el yerro con que algunos quieren  
Dar de lo por venir noticia clara,  
Y que se entienda así y así lo esperen.  
Mas veo que nos huye y desampara  
La oscuridad, y las tinieblas mueren  
En la ribera Atlantica, y no puedo  
Detenerme aquí mas de fuerza y miedo.

Y ántes que acabe de la noche oscura  
El tenebroso curso, y venza el día  
Con claro resplandor su negregura,  
Quiero cumplir con la embaxada mía.

Y avisarte, que desta guerra dura  
Que de todo contento te desvia  
Puedes esperar bien, si en la defensa  
Mostrare tu poder su fuerza inmensa.

Durará todo el tiempo que durare  
De no rendirse tu invencible gente,  
Y al enemigo el campo sustentare  
Con fuerte brazo y corazón ardiente.  
Y si dentre los tuyos se quitare  
Un extranjero Moro que igualmente  
Es tratado de tí, que tu persona,  
Queda segura tu real corona.

Con este ha hecho tu enemigo trato,  
Con este piensa derribar tu silla,  
Y porque vivas dél con mas recato,  
Si esto te escandaliza ó maravilla.  
Sabrás, que porque cumpla su contrato  
Y al Rey las puertas le abra de Sevilla,  
De entre mil lanzas se escapó el que digo,  
Con una Mora que traía consigo.

El Rey con nuevo escándalo se admira,  
Y vuelto al sábio mágico temblando,  
Enternecido de temor suspira  
Casi remedio al caso demandando.  
Con rostro triste Abin Alá lo mira  
Su pasión misma en él significando,  
Y á la sulfurea forma despidiendo,  
Al congojoso Rey volvió diciendo.

Fácilmente Señor darás remedio  
A tu fatiga y riguroso daño,

Habiendo usado deste cierto medio  
 Que manifesta el enemigo engaño.  
 Y quitando qual pide de por medio  
 El causador de aqueste insulto extraño,  
 Lo demas á las armas se remite,  
 Pues otro medio ni otro acuerdo admite.

En esto con segura confianza  
 (Gracias Alá) vivir puedes seguro,  
 Que es sin igual tu gente y tu pujanza  
 Para sacarte deste asedio duro.  
 Hoy tu poder trescientos mil alcanza  
 Dentro de aqueste levantado muro  
 Hombres valientes, que desean la guerra,  
 Y han de morir, ó defender la tierra.

Sin estos, de la gente de Triana  
 Tienes (si bien te acuerdas) por tu lista  
 Cien mil, y de la tierra comarcana  
 Dos veces mas, que piden la conquista.  
 Así ó gran Rey, no temas la Christiana  
 Potencia, que te aguarde ni resista,  
 Mayormente teniendo ya memoria,  
 Que con traicion aspira á la victoria.

No será tal, Muley respondió fiero,  
 Y al Rey le dice que al remedio acuda  
 Sin dilacion, preñdiéndolo primero  
 Que se prevenga de favor y ayuda.  
 Acude Abin Alá, y dice yo quiero  
 Asegurarte Rey de qualquier duda  
 Si la tienes en esto, con decirte  
 Que debes con cuidado apercebirte.

Fatigado Axartaf de la extrañeza  
 Del espantable caso, no entendido  
 De Botalhá de su ánimo y nobleza,  
 En tantas ocasiones conocido.  
 Mas viendo que afirmaban con certeza,  
 Que importaba vivir apercebido,  
 Del crédito que dél tenia se aparta,  
 Y á prendello á Muley mandó que parta.

Parte Muley á executar al punto  
 El fiero intento que escondia su pecho,  
 Pues de vengarse á la ocasion via junto  
 Su deseo, y en su querer el hecho.  
 El Rey se recogió medio difunto,  
 Cansado de su angustia y crudo estrecho,  
 Suspiros dando el alma congojosa,  
 Que donde hay pena es ordinaria cosa.

La Infanta habia á todo estado atenta,  
 Aunque escondida, y conociendo claro  
 Que el aleve Muley dar muerte intenta  
 A Botalhá en virtud y esfuerzo raro.  
 Como la que es razon sentir su afrenta,  
 Y tenia obligacion de ser su amparo,  
 Pues por ella en Sevilla residia,  
 Y dexaba su Reyno en Berbería.

Conociendo que el padre deseaba  
 Dárselo por marido, y que con ella  
 Quantas veces se via lo trataba,  
 Sin que pudiese á su intencion movella.  
 Temiendo al primo que en lo propio andaba  
 Y le decia en alcanzando á vella

Que el primer dia gozaria el estado,  
Mas que el segundo habia de estar vengado.

Acobardada y temerosa desto  
Vivia sin osar determinarse  
A cumplir de su padre el mando honesto,  
Y con tan noble Principe casarse.  
Conocia el peligro manifesto,  
Y su vida temiéndola acabarse,  
Sufria su injuria, y recelando el daño  
En un martirio padecia extraño.

Por evitar tan duro inconveniente  
De Sevilla vivia retirada  
En Alcalá, del padre y corte ausente  
Por solo de Muley verse apartada.  
Aquí pasaba su pasion ardiente,  
Aquí aguardando á verse remediada,  
La mudanza esperando de fortuna  
Si esperar della pueden cosa alguna.

Aquí fué Botallhá quando fué cierto  
Que la Christiana gente habia llegado,  
Y á riesgo de quedar cautivo ó muerto  
Sacó la Infanta del lugar cercado.  
Desto y del odio que tenia encubierto  
(En el pecho de amor atormentado)  
Se ayró Muley, y con furor zeloso  
Traza la muerte al Moro valeroso.

Conmovida á piedad considerando  
Que ella sola era causa de su muerte,  
Que por ella Muley le va buscando,  
Para que acabe en deshonrada suerte.

Fatigada y ansiosa, imaginando  
Por donde guie, que á librarlo acierte,  
No de amor solo el alma combatida,  
Mas de lástima, y serle agradecida.

Todo le hacia fuerza en su memoria,  
Y amor que en tales ocasiones vela  
Le representa la funesta historia,  
Del fuerte Moro, y fuerza á que se duela.  
Dale á entender que es deuda de su gloria  
Librarlo, y que se entienda la cautela  
Del aleve Muley, y que en su nombre  
Se cante que la vida dió á tal hombre.

De tantas cosas triste y aquejada  
La hermosa Alguadayra, sin sosiego  
Está en un mar de dudas engolfada,  
Sin saber que hacerse en tanto fuego.  
Quiere dexar que á Botallhá sea dada  
La muerte, y condolida vuelve luego  
Diciendo: no es razon que sea ofendido  
Quien mi padre me daba por marido.

Esto le encendió el ánimo, y le puso  
Nuevo valor y esfuerzo á darle ayuda,  
Apartando de sí el temor confuso  
Que la tenia suspensa en ciega duda.  
Queriendo á lo que el ánimo dispuso  
Ver el efecto, y que en el riesgo acuda  
El deseo, que mueve á su deseo,  
Y que Muley no alcance aquel trofeo.

Sin poner dilacion, mandó á Azoraya  
Anciana Mora, que tenia consigo,

Que á Botalhá á darle aviso vaya  
De lo que le trazaba su enemigo.  
Y que consigo al punto se lo traya,  
Sin que del hecho nadie sea testigo,  
Llega el aviso al Moro, y tras él junto  
Adonde está la Infanta viene al punto.

Dale de todo el caso larga cuenta,  
Y quanto importa estar allí escondido,  
Sin que persona este secreto sienta,  
Si quiere ser del riesgo guarecido.  
Su deseo le aclara, y representa,  
Que es pagarle el que dél ha conocido,  
Sin que otro respeto le moviese,  
Mas de que libre por su mano fuese.

Tratando en esto la hermosa Infanta,  
Y el Marroquino Príncipe suspenso  
Colgado de su voz, de sí se espanta  
Lleno de admiracion y gozo intenso.  
Conoce que ya el Cielo lo levanta  
Al Cielo de su gloria y bien inmenso  
De vida, pues lo libra de la muerte,  
La que le trató siempre de otra suerte.

Agradecido y admirado prueba  
A quererle dar gracias, y probando  
Antes que la anudada lengua mueva  
Suspenso queda su beldad mirando.  
Con estas muestras su pasion comprueba,  
Y al punto que á decirla iba empezando  
Oyéron gente, y sin tardar momento  
Azoraya lo asconde en su aposento.

Ya con alegre fiesta y armonía  
Los páxaros sin dueños celebraban  
Del claro bello y deseado día  
La venida que todos deseaban.

Quando Axartaf, que ni en la noche fría,  
Ni con la luz sus ansias afloxaban,  
Salió á requerir y á ver su gente,  
Y la de su contrario puesta enfrente.

Un alto muro del Alcázar corre  
Por el Alcova la famosa huerta,  
Que hace su remate en una torre  
A la campaña de Tablada abierta.  
Esta de luz al caminante acorre  
Habiendo nueva de enemigos cierta,  
Y de haber siempre luz de noche en ella  
Llamada fué la torre de la Estrella.

Aquí Axartaf tristísimo y confuso  
(De ver su estado) sube á ver del arte  
Con que el Christiano su real dispuso,  
De qué traza lo tiene y á qué parte.  
Si guarda de la guerra antigua el uso,  
Si su fuerza está junta ó se reparte,  
Si está de suerte que saliendo á ellos  
Desbaratallos puedan y ofendellos.

Al sábio Uzmen tenido por Profeta,  
Y en sumo honor de todos venerado,  
Que el Alcoran leía de su seta,  
Y de lo por venir contaba el Hado.  
Llevó consigo el Rey á la secreta  
Y levantada torre, confiado

Que Uzmen de todo aviso le daría,  
Como el que todo el campo conocía.

Este, quando acorrer vino á Sevilla,  
Don Alvar Perez, lo llevó cautivo,  
Y en el real anduvo de Castilla  
El tiempo todo que el Señor fué vivo.  
Y queriendo volver á combatilla,  
Ya en libertad del cautiverio esquivo,  
Fué por Embaxador al Rey Fernando,  
Llevando parias y de paz tratando.

De aquí vino á tener conocimiento  
De la hueste Christiana este pagano,  
Y su Rey en su triste descontento  
A preguntarle del poder Christiano.  
Que tomando seguro alojamiento  
De Tablada ocupaba el fértil llano,  
Que ardiendo en saña y en rabiosa ira  
Contempla el órden, y su traza mira.

Maravillado el Rey bárbaro estaba  
Viendo el concierto en el real formado,  
El llano que de tiendas se ocupaba,  
De insignias y banderas adornado.  
Las plazas y las calles por do andaba  
La gente, con tal órden compasado  
Que en qualquiera ocasion que se ofreciese  
Sin desórden á todo se acudiese.

En medio del real habia una plaza  
Guarnecida de infantes y caballos,  
De que solo se ocupa y embaraza,  
Para quando viniesen á buscarlos.

Muchos alojamientos de tal traza,  
Que con facilidad podian hallarlos,  
Esto mira, y el órden considera  
De la gente que entraba y salia fuera.

Las caxas que la gente recogian,  
Y los airosos pifafos con ellas  
Mira, que á todas partes discurrían,  
Y de todas venian á obedecellas.  
Que á sus banderas todos acudian  
Con clamores haciendo las estrellas,  
Que el Rey mandó, que el campo se juntase  
Luego que el claro dia se mostrase.

Quiso ver, si á la empresa á que aspiraba  
Era el número junto suficiente,  
Si aguardaría la gente que esperaba,  
Aunque tenia mucha y buena gente.  
En esta duda y confusion estaba,  
Esto inquietaba el ánimo excelente  
Del caudillo Christiano, y solo en esto  
Tenia el cuidado en vela siempre puesto.

Como el Christiano ejército fué junto,  
El Rey salió, y en medio del se puso,  
Y en concertado alarde puesto á punto  
En órden de batalla se dispuso.  
El bárbaro aguardó á ver este punto  
Que suspendido lo dexó y confuso,  
Considerando el órden, traza y modo,  
Y la destreza de que usaba en todo.

No pudo aquí disimular la pena,  
Y lleno de ansias, dando un gran gemido.

Dixo, ¿qué es esto Uzmen? ¿quál Dios condena  
 Nuestra suerte? ¿á quién hemos ofendido?  
 ¿Qué nos turba así, corta y enagena,  
 Y el poder nuestro tiene enflaquecido?  
 ¿No son como nosotros hombres estos  
 No lo dicen sus talles y sus gestos?

Si esto es así, ¿qué cobardía es la nuestra?  
 ¿Qué nos encierra como gente infame?  
 Si armas, poder, si gente fuerte y diestra  
 Tengo mas que él, ¿qué aguardo á que me llame?  
 Si el glorioso honor que al noble adiestra  
 A que apetezca lo glorioso y ame,  
 No está siempre delante de los ojos  
 La oscura infamia del hará despojos.

Considerando esto, me parece  
 Que no es honor estar aquí encerrados,  
 Ni en la ocasion tan justa que se ofrece  
 Mostrarnos ménos que ellos esforzados.  
 Con esto, nuestra infamia se guarece  
 De ser por ellos como ves cercados,  
 Salgan los nuestros, muestren lo que valen,  
 Y dime en tanto que los nuestros salen.

¿Qué insignias son aquellas diferentes,  
 Que demostrarse en sus banderas veo?  
 Que de este muro, y torres eminentes  
 Presto espero colgallas por trofeo.  
 Y á pesar de esas temerarias gentes  
 Aunque contraste el cielo á mi deseo  
 En libertad pondré la patria amada,  
 Y el yugo á ellos con mi fuerte espada.

Queriendo proseguir en sus razones  
 El airado Axartaf, Uzmen lo vuelve  
 Adonde divisaban los blasones,  
 Quel viento tremolando los revuelve.  
 Y dice, pues á oirme te dispones,  
 Si hubiere falta, tu señor la absuelve,  
 Que de esta gente solo daré aviso  
 De los que alcanzo desde aquí y diviso.

Y reduciendo á breve suma ahora  
 Estos, de quien pretendo darte cuenta,  
 Por quien España es siempre vencedora,  
 Y su poder y gloria se acrecienta.  
 Uno, á quien el presente siglo adora  
 Y en su silla el sagrado Marte asienta  
 Don Pedro es de Guzman, adelantado,  
 A quien dará tributo el Mar sagrado.

De aquella parte de tu diestra en frente  
 Don Pedro Ponce de Leon te mira,  
 Gloriosa esperanza de una gente  
 Que hará eterna una divina Lira.  
 Humilde pide y animosamente  
 Esta empresa, y el cielo que lo aspira  
 Le concede de Hispallis vitoria,  
 Y en ella á él perpetúa su memoria.

El que la espada empuña, y vuelve fiero  
 Contra nosotros, es el valeroso  
 Entre los valerosos el primero  
 Don Gonzalo Ruiz Giron, famoso.  
 Un estimado y fuerte caballero  
 En la paz y la guerra glorioso,

En la paz sábio, y en la guerra fuerte,  
Igual en todo, y sin igual en suerte.

Domingo Muñoz viene de Contreras,  
Capitan de los fuertes Adalides,  
De quien tu tierra tiembla, y las fronteras,  
Y el mundo todo qual del fuerte Alcides.  
Este en las armas predomina fieras,  
Y en un Cesareo pecho muchos Cides  
Incluye, y es la suerte que lo ama  
Que el mundo acabe, y no su clara fama.

La gola puesta, y en la diestra mano  
El real estandarte sostenido,  
Con rostro alegre y con semblante ufano  
De haber su espada á Córdoba rendido,  
El Alférez real del Rey Christiano,  
El Señor de Vizcaya esclarecido,  
El honor de esa tu enemiga hueste  
Don Diego Lopez es de Haro este.

Quisiera (á ser posible) aquel que veo  
Que nos mira con rostro denodado,  
Que en Jaen hizo y Córdoba trofeo  
Y haber de aquí lo espera aventajado.  
Que su nombre en las sombras del Letheo  
Para siempre estuviera sepultado  
Que Don Nuño Gonzalez no se oyera,  
Señor de Lara, y nuestra peste fiera.

Mira á la parte adonde el Rey se asienta  
A Don Alonso Tellez de Meneses,  
Mortal azote, destruicion y afrenta  
De Lunadas banderas y paveses.

Este de España el claro honor sustenta,  
Por este habemos infinitas veces  
Dexado el campo, y este solo ha sido  
Quien seis veces en lid nos á vencido.

El gran Maestre del Patron de España  
Don Pelavo Correa, se te muestra,  
Cuya virtud y fortaleza extraña,  
Es claro exemplo la miseria nuestra.  
Su Nestoreo consejo ofende y daña  
Nuestra nacion, y su invencible diestra  
La apoca, y si á Fernando este faltara,  
Del gran Profeta el nombre no acabara.

Otro Maestre cuyo fuerte pecho  
Orna la roxa Cruz de Calatrava,  
Puedes verlo de aquí puesto en derecho  
De nosotros, la vista alzando brava.  
Al nombre suyo el mundo es todo estrecho,  
Y en quanto Apolo alumbra y Doris lava,  
Es Don Gonzalo Ibañez celebrado,  
Y por Marte en las armas adorado.

Don Pedro Nuñez de Guzman se ofrece  
Cuchillo fiero de la gente mora,  
Dígalo Murcia, que hoy los obedece,  
Y el daño que este en ella hizo llora.  
Este solo me aflige y enflaquece  
El ánimo, y sin alma estoy ahora  
Viéndolo, porque he visto á este Christiano  
Hacer cosas que no son de hombre humano.

Allí veo estar aquel que fué instrumento  
Que Abenhuc, á Fernando no asaltase,

Quando en Córdoba hizo alojamiento  
Sin gente, que á los nuestros contrastase.  
Mudó al Rey Moro del seguro intento,  
Aconsejó al Christiano que velase,  
Viene ahora asolar el bando amigo  
Don Lorenzo Suarez el que digo.

El que á Moron poner yugo pudo,  
Con quien hoy ponen á los Moros miedo,  
Que con semblante mira acá sañudo,  
Y el brazo alcanza con feroz denuedo.  
El que al pecho arrimó el dorado escudo,  
Es de quien con razon y verdad puedo  
Decir, que en valentia de Polo á Polo,  
Melen Rodriguez Galinato es solo.

El que al Rey junto está con él hablando  
Cautivo estuvo aquí, y ahora tiene  
La privanza y la gracia de Fernando,  
Como el que en sangre de los suyos viene.  
De Lope Diaz de Alfaro voy tratando,  
De quien la profecía se detiene,  
Que de los tuyos á de ser vestiglo,  
De los suyos honor, gloria á su siglo.

Aquel que con semblante sosegado  
Está la lista viendo de su gente,  
A quien su Rey concede el diestro lado,  
Lugar digno á varon tan excelente.  
El que mas sangre nuestra á derramado  
Que lleva Betis agua en su creciente,  
Y de quien mas hazañas dirá Apolo,  
Garciperez de Vargas solo es solo.

Arias Gonzalez, que inmortal renombre  
Da á la clara estirpe de Quijada,  
Es aquel valeroso y fuerte hombre  
Que tiene acá la vista levantada.  
No quieras deste que los hechos nombre,  
Ni que de mí su gloria sea cantada,  
Que habiendo de decir lo que en él cabe,  
Ingenio falta y lengua que lo alabe.

Pedro Nuñez de Castro, el claro hermano  
De Alvar Perez del Castillo, el que primero  
Taló esta tierra, y puso al Xerezano  
Rey en huida con destrozo fiero.  
Es aquel que ante el Rey se pone ufano,  
Y el otro es el valiente Caballero  
Don Lope de Quevedo, el que dar pudo  
A Fernando la vida con su escudo.

Gomez Ruiz Mercado es el que ahora  
La gineta movió y pasó delante,  
Capitan de la gente vencedora  
De Madrid, sin igual del Gange á Athlante.  
Rodrigo Flores viene, á quien adora  
El Dios de la milicia, y el constante  
Don Domingo el Obispo de Palencia,  
De la Agarena gente pestilencia.

Don Juan Obispo de Osma, y de Castilla  
Chanciller, y Rui Diaz de los Cameros,  
Y Gutierrez Fernandez de Padilla,  
De los que estima el Rey de los primeros.  
Son, y Gonzalo Diaz de Ribilla,  
Aquellos quatro fuertes Caballeros,

Que junto al lado están del Rey Fernando  
Mirando hácia acá, y con él hablando.

A Don Henrique Perez el que tiene  
Estrella en la milicia favorable,  
Puedes ver desde aquí, que es el que viene  
Con otro que es igual al mas loable.

Don Juan Arias Mexía, que sostiene  
Gente á su costa, y vino al lamentable  
Socorro, contra Córdoba y su tierra,  
Y á dar viene á Sevilla áhora guerra.

Aquel que trae el escudo jaquelado  
De Cabezas de Vaca guarnecido,  
Es Don Fernan Ruiz, que ha conservado  
De cabeza de vaca su apellido.

Otro Fernan Ruiz viene á su lado,  
De igual valor y esfuerzo esclarecido,  
Que es el Prior del Hospital del Santo  
Que entre nosotros celebramos tanto.

De las órdenes es la gente aquella  
Que ves dispuesta en partes diferentes,  
Que nunca yo alcanzara á conocella,  
Ni de aquí demostrará tales gentes.  
Toda esotra, que apénas puedes vella  
De los Consejos es, sin los valientes  
Y ricos hombres, que á Fernando siguen,  
Que á los nuestros apocan y persiguen.

Cansado el Rey de estár á Uzmen oyendo,  
Y de oír tantos nombres de Christianos  
Fatigado lo ataja, así diciendo  
Con las suyas tomándole las manos.

De tus vanas razones comprehendo  
Que son qual ellas los loores vanos  
Que á esas gentes das, á quien yo quiero  
Que vayas desde aquí por mensagero.

Y de la suerte que en presencia mía  
De tantos has contado tantas cosas,  
Tantas hazañas, tanta valentia,  
Tantas victorias contra mí afrentosas.  
Dirás, que tengo yo en mi compañía  
Gentes, (no ménos que ellos) beliciosas,  
Ni de ménos valor, ni ménos fuerzas,  
Que le defenderán la tierra y fuerzas.

Que contra sus Mendozas y Guzmanes,  
Sus Vargas, sus Quevedos y Girones,  
Dirás que Ferranchines, hay y Ozmanes  
Entre nosotros, Muzas y Hazones.  
Que si traen ellos diestros Capitanes  
De los nuestros diran las ocasiones,  
Esto dirás, y mira no te olvides,  
Mientras de aquesta torre el alto mides.

Esto diciendo, lleno de fiereza  
Con él se abraza, y lo levanta en alto,  
Contrastando la fuerza á la flaqueza,  
Y el ánimo, al que del estaba falto.  
Arrojó a Uzmen de la alta fortaleza,  
Que la vida perdió en el grave salto,  
Y mandando tocar al arma parte  
El fiero Rey, principio dando á Marte.

## LIBRO DECIMO.

Guarnecido el real campo del Christiano,  
 Puesto en continua vela á su enemigo,  
 Fuerza á tener las armas en la mano  
 Que sirvan en su ofensa de testigo.  
 Cuidando siempre el infernal pagano  
 Con que daño cruel, con que castigo  
 Quitaria aquel daño de por medio,  
 Satisfaciendo el que sufría en su asedio.

De la esquadra Acheróntica instigado,  
 Que derramando andaba su veneno  
 En su pecho odioso y alterado,  
 Y por todo el ejército Agareno.  
 Que á las mortales armas convocado,  
 De furor todo, y de discordia lleno,  
 Siguiendo de Axartaf el horrible intento  
 Que del Christiano busca el perdimiento.

Teniendo á la cruel guerra apercebida  
 La tierra toda, el bárbaro previene  
 Como por agua sea defendida,  
 Para el seguro del temor que tiene.  
 Pide á Tanjar y á Ceuta, que sea unida  
 Su fuerza, qual á todos les conviene,  
 Y por agua le hagan cruda guerra,  
 Al que él pensaba darsela por tierra.

Los dos principes Libicos siguiendo  
 De Axartaf la demanda, aderezaron  
 Sus baxeles, y gente apercibiendo  
 Al agua en siendo tiempo los echaron.  
 A Aben Mufat, venian obedeciendo  
 Los de Tanjar, y en Ceuta señalaron  
 A Ozmin, de nacion Tártara, escogido  
 Cosario, en mar y tierra conocido.

Sale de Ceuta la enemiga armada  
 Con tiempo, mar y viento favorable  
 Llega sin ser de cosa contrastada  
 Al puerto de Alarache inexpugnable.  
 Aquí de nueva gente reforzada  
 Alza velas, y al mar se da mudable,  
 Da vista á Gibraltar, pasa derecho  
 Surcando el peligroso Herculeo estrecho.

Dexa á la diestra mano al celebrado  
 Calpe, que tiene á Abila en opuesto,  
 Que del hijo de Jove fué apartado  
 Vano del otro entrambos siendo un puesto.  
 Y en estrechez el gran Nereo ligado,  
 Por entre los dos pasa airado y presto,  
 Sin refrenar la furia poderosa  
 Que no cesa jamas, ni aquí reposa.

La Tiria Gades, á la diestra mano  
 Va dexando, y el Austro que la aspira  
 El mar le tiene favorable y llano,  
 Y desde fuera sus ruinas mira.  
 Así navega el esquadron pagano,  
 Y seguros del cielo y de su ira,

Sin haber menester ancla, ni amarra  
Dobla la punta, y entra por la barra.

Celebrando con caxas, y sonoros  
Pífaros, van su próspero viage  
Las Africanas fustas, y los Moros  
Llenos de orgullo, y bárbaro corage.  
Ciertos de haber gran suma de tesoros,  
Y yendo así llegaron al parage  
Donde el mar vuelve con veloz carrera,  
Y comienza la Bética ribera.

Seguro ya de todo buen suceso,  
Como ignorantes que de sí confían  
Con vana presuncion, y loco exceso  
De contemplar las causas se desvian.  
Así los Moros de juicio opreso  
En su viage próspero se fian  
Sin atender, que Dios que los llevaba  
Su daño, y destruicion aparejaba.

Llegaba el carro que el soberbio mozo  
Quiso regir, á emparejar el dia,  
Quando los Moros llenos de alborozo  
La flota ven Christiana que venia.  
Apréstanse al asalto, y cruel destrozo,  
Y dexando las zambras y alegría,  
A las armas acuden, y en un punto  
El poder todo á consultar fué junto.

Aben Mufar á la galera salta  
De Ozmin, y Nazar Scitico guerrero  
General de Sevilla, no les falta,  
Como el que á todo debe ser primero.

Júntanse todos en la popa alta  
(Que por insignia tiene un Dragon fiero  
Despedazando un Rey entre sus dientes)  
Y Ozmin dice en voz alta á los presentes.

La favorable suerte que tenemos  
Que en nuestro bien y ayuda se nos muestra  
Claro se ve en la ocasion que vemos  
Que está segura, y de la parte nuestra.  
Con este presupuesto no aguardemos,  
Sinó sigamos la ventura diestra  
Que como veis, nos trae á nuestras manos  
La flota sin pensar de los Christianos.

Treinta fustas traemos reforzadas  
De quanto pide la ocasion presente,  
Seguras que ser puedan contrastadas,  
Aunque se junte el gran poder de Oriente.  
Las Christianas segun están contadas  
Son trece solas, y con poca gente,  
De treinta á trece ved la diferencia,  
¿Y si está la vitoria en contingencia?

Que en ellos demos presto es lo que importa,  
No den la vuelta con huida infame,  
Que la ocasion los términos acorta,  
Y no cumple dexarla que nos llame.  
Vean si en ellos nuestra espada corta,  
Y que su sangre hay quien la derrame,  
No se difiera mas, hágase luego  
(Como dicen) la guerra á sangre y fuego.

Aben Mufar en pie, y la mano puesta  
En el lunado alfange, así responde;

No hay que aguardar, que la ocasion es esta  
 En que el decir y hacer se corresponde.  
 Nuestra flota al momento sea dispuesta  
 Como á ninguno de los tres se asconde,  
 Que la vitoria cierta la tenemos,  
 Y tarda lo que aquí nos detenemos.

Nazar aprueba el uno y otro acuerdo,  
 Y dice, con tan cierta confianza  
 No me parece que es decreto cuerdo,  
 Que en ocio esté el escudo, alfange y lanza.  
 Que siempre oí decir si bien me acuerdo  
 Que estár suele en peligro la tardanza,  
 Y que la diligencia en lo dudoso  
 Suele hacerlo próspero y dichoso.

Vamos adonde el santo Alá nos llama  
 Por milagro, á ofender los que lo siguen,  
 Haga el templado acero, y viva llama  
 Estrago fiero, en los que nos persiguen.  
 Derramemos la sangre al que derrama  
 La nuestra, que razones hay que obliquen  
 A ello, que en tan célebre vitoria  
 Si es grande el premio, no es menor la gloria.

Estaba en la galera una hermosa  
 Mora, que Ozmin traia procurando  
 A Botalhá, encendida y querellosa  
 Que en largo olvido la dexó aguardando.  
 Y oyendo la consulta belicosa  
 Salió, y licencia de hablar tomando,  
 Celosa y llena de amorosa ira  
 De aquesta suerte prosiguió Tarfira.

Valientes Capitanes, cuyo nombre  
 Celebra con glorioso honor el mundo,  
 El femenil acuerdo no os asombre,  
 Pues no os asombrará todo el profundo.  
 De estár aquí es la ocasion un hombre  
 Que en desleal y crudo es sin segundo  
 Sin que os diga quien es, en decir esto  
 Ser Botalhá lo hace manifesto.

Este, dexando el regio señorío  
 De Marruecos, habita aquí en Sevilla,  
 O sea por su gusto ó desvario,  
 Que tal debe de ser el que lo humilla.  
 Pues siendo Rey, al Reyno da desvío,  
 Y trueca en vasallage la alta silla,  
 Y esto decir me hace, que es locura  
 Su estada aquí, si no es mi suerte dura.

Buscando á este mi enemigo vengo,  
 Confiada en Ozmin vasallo suyo,  
 Que de la pena y el dolor que tengo  
 En que la vida y el honor destruyo;  
 Me hará libre, con venir tan luengo  
 Viage, y el aleve por quien huyo  
 De mi sosiego, me pondrá presente  
 Donde fin ponga al mal que siento ausente.

De esta ocasion, señores ha nacido  
 Ocupar yo esta real galera,  
 En donde humilde (si es razon) os pido  
 Me deis lugar á que os ayude ó muera.  
 Que yo haré mi nombre esclarecido  
 Con claros hechos, de una á otra esfera.

Y pidoos esto; porque sea notoria  
Para lo que se espera mi memoria.

El varonil esfuerzo de Tarfira  
Agradó á todos, y de oirla fuéron  
Satisfechos, y en medio de su ira  
A Ozmin solo la causa remitiéron.  
A su galera apríesa se retira  
Cada uno, y en órden se pusiéron.  
Para dar la batalla, aderezando  
Las cosas, que iba la ocasion forzando.

Formáron su esquadron en media luna,  
Llevando el cuerno de la mano diestra  
Aben Mufar, que sin tardanza alguna  
Soberbio en la alta popa se demuestra.  
Nazar seguro en sí, y en la fortuna  
Que á confiados suele ser siniestra,  
Tomó la punta del siniestro cuerno,  
Y el medio Ozmin por fuerza y por gobierno.

Con esta órden, y una boga blanda  
Poco á poco se iban acercando  
A la Christiana flota, que en demanda  
Suya, venia su esquadron formando.  
Y el Capitan que la gobierna y manda,  
A sus soldados fuertes animando,  
Poniéndoles delante el nombre y gloria,  
Y el provecho que habrian de la vitoria.

No hagais caso (en alta voz decia  
El invencible Bonifaz) que sea  
Esa flota doblada que la mia,  
Con tanta gente y armas de pelea.

si quando venga toda Berbería,  
Todo el oriente junto aquí se vea,  
Llevando á Dios qual va de nuestra parte,  
No hay que temer terrestre fuerza ni arte.

Esto decia el Capitan Christiano  
A los suyos, y todos en voz alta  
Responden, que las armas en la mano  
Tienen, que por qué al bárbaro no asalta.  
Que esté cierto que todo el Otomano  
Poder no les hará que hagan falta,  
Ni su valor descaecerá aunque venga  
El mundo y en contrario allí lo tenga.

Puesta ya en órden la Christiana armada,  
Hecha un ala se acerca á la enemiga,  
Que á este punto partió á Boga arrancada,  
Segura que su intento se consiga.  
Arremete con ira desatada  
Contra el Christiano, que á embestir le obliga  
Con no ménos valor y fortaleza,  
Con ménos arrogancia y mas destreza.

Roncas trompas, discordes tamborinos,  
Algazara confusa, estruendo horrible  
Se oia, y en los valles convecinos  
El son resuena y el clamor terrible.  
Betis, de sus asientos cristalinos  
Salió fuera, dexando el apacible  
Sitio del grave peso compelido,  
Del penetrable estruendo y alarido.

La Lybica y Christiana armada mira  
Trabada en dura y espantable guerra,

Ardiendo en saña y en rabiosa ira,  
 Que executar la una y la otra cierra.  
 La una innumerables tiros tira,  
 La otra golpes que ninguno yerra,  
 Arde el furor, arde el corage ciego,  
 Con igual furia que alquitrán en fuego.

Las voladoras flechas esparcidas  
 Por el ligero ayre con braveza,  
 Y las flexibles hastas impelidas  
 Con ira y saña, y con mortal cruera.  
 A muchos privan de las dulces vidas,  
 A la muerte rindiendo su fiereza,  
 Caían á donde con feroz denuedo  
 Venía la muerte, y no el cobarde miedo.

Por todas partes daban todos muestra  
 De su valor, y defendían su parte,  
 El de la diestra mano y la siniestra  
 Al de en medio siguiendo en órden y arte.  
 El Christiano esquadron, y el que lo adiestra  
 Administrado por Minerva y Marte  
 Con tanto esfuerzo y órden combatía,  
 Que grande estrago en el contrario hacía.

A un tiempo dos galeras se aferráron,  
 Reforzadas de gente, á una Christiana,  
 Y otras tres que á los lados se halláron.  
 A la de Bonifaz, la capitana.  
 Y una tan fiera y cruda lid trabáron,  
 Que lástima pusiera a la inhumana  
 Discordia, y el furor se condeñara,  
 Y pavorosa Thesiphon huyera.

El Christiano navio, que combatido  
 De las dos fustas bárbaras se vía,  
 Con ánimo y valor esclarecido  
 Cruel matanza en su defensa hacía.  
 Suenan los duros golpes y alarido,  
 Huye el temor, y crece la osadía  
 En los unos y otros, aunque en vano  
 Se esforzaba el ejército Pagano.

Que en medio desta furia y cruel combate,  
 La una galera al fondo fué hundida,  
 Y la otra á la lid le dió remate  
 Desecha y sin quedar hombre con vida.  
 Ozmin furioso sin que mas dilate  
 Punto, á la capitana combatida  
 De otras tres fustas su galera allega,  
 Y bordo á bordo echado el ferro apega.

Aquí el furor armigero se enciende,  
 Con mayor furia y con mayor denuedo,  
 Aquí el vencer y no el vivir pretende  
 Quien al honor la vida ofrece ledo.  
 El bárbaro cruel sube y deciende,  
 Sin que le ocupe ni detenga miedo,  
 Hinchese la Christiana nao de gente,  
 Que cerca en torno al Capitan valiente.

No teme Bonifaz su ira y fiereza,  
 Antes espera su furor airado,  
 Qual javalí ardiente en la aspereza  
 De los montes altísimos guardado.  
 Que sintiendo el ladrido y la braveza  
 De los canes, espera denodado,

Y en medio dellos con furor se mete,  
Y sin temor á todos acomete.

Así el constante Capitan aguarda  
A la turba de lybicos guerreros  
Que ni le turba, mueve, ni acobarda  
La muchedumbre de enemigos fieros.  
Vuelve y revuelve golpes que no tarda,  
Piernas, brazos cortando á los primeros,  
Y estos huyendo, á los que atras venian  
Encima atropellándolos caian.

Por la ancha nave pavorosos vuelven,  
Con vergonzoso miedo desmayando,  
Estos y aquellos ciegos se revuelven,  
Gritos de miedo y de turbados dando.  
Los Christianos con ellos mas se envuelven  
Quanto mas se les iban desviando,  
Ozmin da voces en el paso puesto,  
Que le sigan y habrán victoria presto.

Tarfira acude, el mugeril vestido  
Revuelto al cuerpo, y la hermosa mano  
Ocupada de acero endurecido,  
El fuerte escudo al pecho soberano.  
El cabello de oro reprimido  
Con duro yelmo, en el poder Christiano  
Se arroja dando ánimo á su gente,  
A Bonifaz se pone frente á frente.

Ciega de ira, el brazo alzando fiera  
(Aunque cercada de una y otra parte  
De la enemiga esquadra la guerrera  
A quien enseña amor la marcial arte)

Un golpe dió al Christiano de manera  
Que del escudo la mitad le parte,  
Y con otro acudiéndole del brazo  
Se lo arrancó sin dexar pedazo.

Bonifaz, que no ménos animoso  
Que ella furiosa, hiriéndolos andaba,  
Arremete con ella furioso  
Y con soberbios golpes la aquejaba.  
A este punto llega pavoroso

Ozmin, que voces á los suyos daba  
Que maten al Christiano, y los Christianos  
Defienden su Christiano á los Paganos.

Renuévase de nuevo la batalla  
Con mas furor que nunca se vió en ella,  
Los Christianos haciendo por ganalla,  
Los Moros procurando no perdella.  
Aben Mufar, seguro de alcanzalla  
Vuelve la proa, sin curar de habella,  
Viendo de Ozmin arder la capitana,  
Que el ferro tenia echado á la Christiana.

Un frio pavor en ellos cayó luego,  
Que les cortó los ánimos, de suerte  
Que sin aguardar mas, huyendo el fuego,  
En el agua á hallar venian la muerte.  
Despártese la lid, y sin sosiego  
A su fusta huyendo va el mas fuerte,  
Teniendo por victoria conocida,  
Salvarse en ella con infamia en vida.

Tarfira, al fin como muger temiendo,  
Aunque en su esfuerzo no mostró flaqueza,

De sus galeras el destrozo viendo,  
 Y en los contrarios tanta fortaleza,  
 Su persona salvar quiso huyendo  
 Confiada en su presta ligereza,  
 Y al saltar, yendo en el baxel amigo,  
 Puso el pie en vago y dió en el rio consigo.

Al bordo estaba en su galera puesto,  
 Abul Hacén, famoso y fuerte Moro,  
 Diestro en las armas y en maldades presto,  
 Rico de ingenio y pobre de tesoro.  
 Que á su Rey siendo con razon molesto,  
 Porque en lealtad no le guardó el decoro,  
 Huyendo del castigo que esperaba  
 Siempre de Tunez en destierro andaba.

Y esta jornada siéndole notoria  
 Vino á hailarse en ella , con deseo  
 de alcanzar , alcanzando la victoria,  
 A su necesidad rico trofeo  
 Y al nombre infame y la perdida gloria  
 Dar nombre honroso, y el renombre feo  
 Borrar con hechos, que por ellos fuese  
 Libre de infamia, y con honor viviese.

El contrario suceso estando viendo,  
 Y de su flota el conocido daño,  
 Amargamente de dolor gimiendo,  
 Atravesado de un dolor extraño.  
 Y á la hermosa Mora conociendo  
 Puesta en un riesgo sin pensar tamaño,  
 De la veloz corriente combatida,  
 O á varias partes sin parar traida.

De lástima y amor tocado el pecho,  
 Do vivió siempre la discordia fiera,  
 Contra su natural la ira y despecho  
 Puesta á una parte , y vuelto en blanda cera,  
 Va á socorrer el peligroso estrecho  
 De Tarfira , que estaba de manera  
 Que ya las aguas la tenian de suerte  
 Que no podía esperar sino la muerte.

Rompiendo el agua qual delfin ligero,  
 Con fuerte pecho y con nerviosos brazos,  
 Va á socorrer la Mora el Moro fiero,  
 Esperando por premio sus abrazos.  
 Que á conquistar el espantoso impero,  
 Y á hacer todo su poder pedazos  
 Se obligara el Pagano por tocalle  
 La mano , quanto mas por abrazalle.

Llegó el Moro, y Tarfira pavorosa  
 Tendió el hermoso brazo y del se hace,  
 Y con el otro acude presurosa  
 Y el cuello en torno que lo cerque hace.  
 Qual á su amante Salmacis hermosa  
 Tarfira hace al Moro que se enlace  
 Con el estrecho abrazo, y él cortando  
 El agua sobre sí la va sacando.

Poco á poco en aqueste peligroso  
 Trabajo iban los dos de esta manera,  
 El con su carga alegre y animoso,  
 Ella cansada, congojosa y fiera,  
 Como parece al Moro el espacioso  
 Trecho, y desea nunca verse fuera,

Temiendo si en la tierra perderia  
Aquel bien que en el agua poseia.

Esto consideraba el Sarracino.  
Aunque le daba su ánimo seguro  
Que ninguno de gloria tal es digno  
Si no era el Rey, y quien él le era perjuro.  
Que en esta suerte amor le era benigno,  
Y así glorioso en su trabajo duro  
¿Quién vió (iba diciendo) tal extremo (mo?)  
Que encienda el agua el fuego en que me que-

Tocó á este punto el suelo con la planta  
El encendido Moro, y vuelve á ella  
Diciendo si te aflige, ó si te espanta  
El agua, de la tierra puedes vella.  
Ya la puedes honrar y hacer santa,  
Y por seguro y gusto poseella,  
Inclinó el cuello, el dulce peso larga,  
Mas dulce que al Troyano Eneas su carga.

Fatigada Tarfira, aunque contenta  
De haber el grave estrecho guarecido,  
A respirar y á descansar se asienta,  
Del ansia y del cansancio recibido.  
Agua dando de sí, que representa  
En fuente ó rio haberse convertido,  
Que á la sedienta arena humedecia  
La líquida corriente que salia.

La memoria que nunca está quieta,  
Cuchillo fiero del mortal reposo,  
Que siempre aflige, turba, y siempre aprieta  
El animo mas libre y mas gozoso.

A la zelosa Mora aquí inquieta  
Su estado, viendo extraño y riguroso,  
De un cabo al enemigo á quien procura,  
De otro su gente en tanta desventura.

Los dos bellos luceros vuelve, y mira  
La flota suya navegar huyendo,  
Y á la contraria como se retira  
Los depojos de Lybia recogiendo.  
Enternecida de dolor suspira,  
En el poder de los Christianos viendo  
Tres fustas suyas, y encendida desto  
Se levantó y camina á paso presto.

Un fértil llano por allí se tiende  
Con largo espacio, rico, y opulento,  
De ganado y labor, por aquí tiende  
El paso ardiendo en ira y descontento.  
Y sin mirar que el caminar le ofende,  
La tierna planta sin tomar aliento,  
Tres leguas caminó, y siendo rogada  
Del Moro, paró aquí sin sentir nada.

O poderoso amor, y como puedes  
Con los que en ley tu tiranía reciben,  
Como les niegas, como les concedes  
Los premios, como mueren, como viven.  
Das el afan y el llanto por mercedes,  
Haces que riesgo ni cansancio esquiven,  
Que no curen de honor, ni á gloria aspiren,  
Ni á cosa mas que al gusto tuyo miren.

Buen testimonio desto da Tarfira,  
Su lastimado y encendido pecho,

Pues ni en cansancio ni en deshonra mira,  
 Ni verse puesta en riguroso estrecho.  
 Tras la fuerza de amor que su alma tira  
 Forzada va, dispuesta á qualquier hecho,  
 Que ni el trabajo ni el temor le impide  
 Llegar á donde su deseo le pide.

En el desierto llano, por el ruego  
 De Habul Hacén, á descansar forzada,  
 Ardiendo en vivo y amoroso fuego,  
 Aunque en las hondas Béticas mojada.  
 La causa al Moro le refiere luego  
 De su trabajosisima jornada,  
 No llamando trabajo el que sufría  
 Sino descanso, gusto y alegría.

Todo el discurso largo de su historia  
 Los trances y trabajos recibiós  
 Por Botallá le trae á la memoria,  
 Aunque algunos con llanto interrumpidos.  
 El Moro que los oye, y ve su gloria  
 Conmovida, y de llanto enternecidos  
 Los dos rayos que al dia dan su lumbré,  
 Dice, dexando su feroz costumbre.

Dexa (ó bella señora mía) ese llanto,  
 Limpia esós claros y divinos ojos,  
 No te fatigues ni congojes tanto,  
 Porque no me den muerte tus enojos,  
 Todo lo que te aflige y da quebranto  
 Olvida; y haz de mí nuevos despojos.  
 De mí que desde hoy en ley divina  
 Debo ser tuyo, y tú serme benigna.

Si del Rey de Marruécós el ausencia  
 Forzada te sacó del patrio nido,  
 Si te puso su amor en contingencia  
 De acabar, como hubieras concluido,  
 No debe ya tener la preeminencia  
 En tu alma, ni ser de tí querido,  
 Sino el que en salvo como estas te puso,  
 Si de razon no se previerte el uso.

Esta ocasión el cielo la encamina,  
 Que con medios humanos no es posible,  
 Esta sin duda es voluntad divina,  
 Este es milagro como ves visible,  
 Este lo que ocasión haras indigna,  
 Y esceso grande y en razon terrible.  
 Trocar un Rey por un vasallo suyo,  
 Esa es mi fuerza y el descargo tuyo.

Mira que aunque no igual en suerte, tengo  
 En la nobleza de los Reyes parte,  
 Dellos qual sabe toda Lybia vengo,  
 Y qual queriendo puedes tu informarte.  
 ¿Mas para que con esto te entretengo?  
 Si yo que te libré debo adorarte,  
 Yo la vida te di, por mí estas viva,  
 Luego en razon mi amor al del Rey priva.

La cauta Mora, al encendido Moro  
 De su razon cortar queriendo el hilo,  
 Sin responder guardándole el decoro,  
 Y de ingrata huyendo el baxo estilo.  
 Largó la mano, y las madejas de oro  
 De la trenza afloxó, y con nuevo filo

Amor al Moro le atraviesa el alma,  
Que ya rendida le ofrecia la palma.

Cen grave rostro y sesgo movimiento,  
Con descuido cuidadoso, descuidada  
Tarfira comenzó á darlas al viento,  
Y á desatar por sí cada lazada.

El Moro las contempla y mira atento,  
Y á la Mora en aquesta obra ocupada,  
Arde, padece, y lleno de fatiga  
A volvelle á decir su mal le obliga.

Tornó á ponerle su razon delante  
Por los mejores términos que pudo,  
Que la fuerza de amor es tan bastante  
Que hace ser Demóstenes á un mudo.  
Ella con pecho y voluntad constante  
Su fe poniendo á todo por escudo,  
Satisfaciendo á lo que el Moro pide,  
Y á la ocasion esta razon despide.

No te puedo negar, ó amigo mio,  
Que la vida que tengo te la debo,  
Que ya acabada fuera en este rio,  
Y que vuelvo á vivir por tí de nuevo.  
De tu razon la mia no desvio,  
Lo propio que tú dices yo lo apruebo,  
De quanto me quisieres hacer cargo  
Puedes con razon justa, aunque andes largo.

Este conocimiento, esta memoria  
No se puede borrar de mí aunque muera,  
Ora me suba el cielo á mayor gloria,  
Ora me traiga en esta suerte fiera.

Mas que olvide al que hizo su victoria  
Del alma mia, es eso de manera  
Que primero que á tal ose atreverme,  
Al riesgo en que me ví volveré á verme,

Porque primero que en mí fe se vea  
Mudanza alguna, se verá primero  
Sin luz Apolo, y la noturna Dea  
Con igual luz dorar nuestro emisphero.  
Esto la causa hace que se crea,  
Por ella vivo, y en ella morir quiero.  
Que no se apaga llama tan ardiente  
Con tan poca agua, ni tan fácilmente.

Mas ruégote, pues tanto se adelanta  
En tí el valor y claro entendimiento,  
Que la virtud que usaste heroica y santa,  
No manche tan contrario pensamiento.  
Pues del mio, no hay fuerza que sea tanta  
Que me fuerce á que haga mudamiento,  
Con este presupuesto, ó ilustre Moro,  
Como á quien me dió vida, amo y adoro.

Un helado pavor le cortó y puso  
Freno á la lengua, que ocasion tan grave  
Las cosas saca y mueve de su uso,  
Y mas en las que tiene amor la llave.  
Sin saber que hacer está confuso,  
Qual el piloto que llevó la nave  
Por el peligro, y quando llegó al puerto  
De lo que confió lo halló incierto.

Creyó que por haberla guarecido  
A la hermosa Mora el Moro fuerte,

Su gusto al suyo estaba ya rendido,  
 Que ya moverla no podria aun la muerte,  
 Y no entendió el amante no entendido  
 Que en los casos de amor varía la suerte,  
 Que no es tan cierto el mas seguro y firme,  
 Que en estado seguro se confirme.

Aunque aquejado y lleno de fatiga,  
 De la contraria suerte á su esperanza,  
 A persuadirle y responderle obliga,  
 Por entender que habrá en muger mudanza,  
 Y empezando á decir dulce enemiga,  
 Gloria á mi pena, honor mio y confianza,  
 Porque á esta razon vió que venia  
 Un Moro de á caballo que huia.

Púsose en pie el alfange apercibiendo,  
 Que solo de su fusta habia sacado,  
 Quando á Tarfira á priesa socorriendo  
 Qual se halló en el rio habia saltado.  
 Con este aguarda, á ella previniendo  
 Que no se turbe ni le pierda el lado,  
 Que él la sacará libre de aquel punto,  
 Del mundo y del infierno todo junto.

Ella riendo le responde, ¿ entiendes  
 Habul Hacén, que yo no tengo manos?  
 Si entiendes tal, entiende que me ofendes,  
 Y entenderé que son tus dichos vanos.  
 Y si en batalla entrar por mi pretendes,  
 Yo por tí pelearé con mil Christianos,  
 Dame ese alfange y siéntate á mirarme,  
 Y verás si te guardo y se guardarme.

Holgóse el Moro y dixó, yo no dudo  
 Que pueden mas tus manos que prometes,  
 Pues solo un golpe un alma rendir pudo  
 Que teme el mundo, y tú á tus pies sometes.  
 Defiéndele, pues quieres ser su escudo,  
 Mas ha de ser que dentro en tí la aceptes,  
 Que llevándola dentro de tu pecho  
 Será el rendir un mundo corto hecho.

Estando en esto, el Moro que venia  
 Fatigando el caballo veloz, pára  
 Junto á los dos y dice, el ansia mia  
 Este sudor y sangre la declara.  
 Por él conocereis que en este dia  
 Fortuna fiera huye y desampara  
 A la gente Agarena, y favorece  
 A la que la persigue y aborrece.

De Sevilla salimos enviados  
 Por el Rey dos mil hombres de pelea,  
 Escogidos por él, y aderezados  
 De quanto pide la ocasion que sea.  
 Y vamos, á que fuesen ayudados  
 Los de la flota, que Axartaf desea  
 Que ocupe esta ribera, en que consiste  
 La redencion de nuestro estado triste.

Veníamos, y el cielo que nos sigue,  
 O Alá, que de su mano ya nos dexa,  
 Permitted, por quel daño nos obligue  
 A estar en sujecion ó eterna queja.  
 Que con la gente que su honor persigue,  
 Y á los que lo adoramos siempre aqueja

Topásemos, y entrados en batalla  
La victoria al contrario quiso dalla.

Desbarátanos, y en alcance viene  
De los pocos que restan con la vida,  
A quien honor ni esfuerzo los detiene  
De la afrentosa infame y vil huida.  
Yo, viendo aqueste cuerpo que no tiene  
Parte que no señale una herida,  
Desangrado y del modo que estoy vengo,  
Ya cómo inútil que valor no tengo.

Y pues el cielo (en esto piadoso  
A mi desdicha) aquí me ha conducido,  
Y en un trance tan triste y peligroso  
A que me deís amparo me ha traído,  
Favoreced mi estado doloroso,  
Que de vos puede ser favorecido  
Solo, con que la fuerza de esta sangre  
Me tomeis, porque mas no me desangre.

El diestro brazo en el arzon postrero  
Firmó, y al suelo acometió arrojarse,  
Y aunque de esfuerzo el Moro estaba entero  
La fuerza le faltó para ayudarse.  
Corrió á este punto Habul Hacén ligero  
Y el hombro le arrimó en que reclinarse  
Pudiera, que la fuerza que lo acorre  
Sustentar sobre sí podía una torre.

De la silla, á sus hombros traspasado  
Donde Tarfira dixo lo descarga,  
Teniéndole por lecho aparejado  
El duro suelo, y su deshecha adagra.

Y en tantas partes viéndolo llagado  
Gime, y la cura que sabia no alarga,  
Que Hueyla su ama le enseñó en secreto,  
Para remedio á semejante aprieto.

No aplica yervas de virtud secreta,  
En Asia por milagro producidas,  
Ni á infernarles espíritus sujeta,  
Que por fuerza le sean allí traídas.  
Mas las llagas le toca, y las aprieta  
Con su mano, y palabras no entendidas  
Al oído le dice mansamente,  
Con sesgos ojos y serena frente.

Con esto, poco á poco iba cesando  
El fluxo de la sangre, y quando estuvo  
Libre á su parecer, el rostro alzando  
Mirando al Moro espacio lo detuvo.  
Y de nuevo las llagas refregando  
Le dixo, el cielo que te truxo, y tuvo  
Compasion de tu vida, ha detenido  
La sangre, porque seas guarecido.

Ahora solo te conviene ir presto  
A donde con segura medicina  
Las llagas cures, pues en este puesto  
Cosa no hay para ese efecto digna.  
Yo (la responde el Moro) estoy dispuesto,  
Pues la suerte me ha sido tan benigna,  
Volverme á entrar en la Ciudad, por donde  
Está un camino, que al comun se asconde.

Por este con segura confianza  
Iré á donde guarecerme pueda,

Porque no quede sin tomar venganza  
De esa mi sangre, que vertida queda.  
Y de este estado viendo la mudanza,  
Quanto la vida el cielo me conceda,  
Ocuparé en servirte y celebrarte,  
O santa Mora, y como Alá adorarte.

Solo que me digais qual suerte os lleva  
Por esta parte, así tan fatigados  
Os suplico, y si os es la tierra nueva,  
De donde sois, y como sois llamados.  
Habul Hacén, le respondió esta es prueba,  
En que probarnos quieren nuestros hados,  
Yo soy Habul Hacén, y en Tunez tengo  
Mi casa, y de la sangre real vengo.

De esta divina Mora el claro nombre  
Es Tarfira, de ilustre decendencia,  
Viene á Sevilla procurando á un hombre  
De real sangre, y de real potencia.  
Este faltando del real nombre,  
Hále faltado en fe, y hecho ausencia  
De Marruécos, do está su cetro y silla,  
Olvidado de todo por Sevilla.

Abdalac respondió, b en sé esa historia,  
Y á Botalhá conozco, que es mi amigo,  
Por el la sé, y Muley la hace notoria,  
Que es su competidor y su enemigo.  
De aqui procede el no tener memoria  
De ti, del cetro, ni del patrio abrigo,  
Porque á la Infanta Alguadaira pide  
Por muger, y Muley la ama, y lo impide.

Todo el discurso te diré, pues vamos  
Juntos, y el nombre mio juntamente  
Que es Abdalac, señor de esto en que estamos,  
Hasta el real de la enemiga gente.  
Y así, todo este llano que miramos  
Quiero á Tarfira gloria de occidente  
Que el llano de Tarfira sea llamado,  
Que de Abdalac solia ser nombrado.

Pues aquí tuve por tu mano vida,  
Vida á tu nombre aquí le daré eterno,  
Que no lo acabe el tiempo en su huida  
Mientras el sol durare en su gobierno.  
La Mora se le muestra agradecida  
En el semblante, y al afecto tierno,  
Que de su amante habiendo el cuento oido  
Le habi el zelo y pena enternecido.

Llegó Abdalac á Tarfira su caballo  
Despues que sus razones concluyéron,  
Y á Habul Hacén rogó quiera tomallo,  
Pues á Sevilla van qual le dixéron.  
Ninguno de los dos quiso acetallo,  
Mas un acuerdo entrambos Moros diéron,  
Que Tarfira en la silla se pusiese,  
Y que en las ancas Abdalac subiese.

Signió la obra á lo que fué propuesto  
Principió al punto dando á su camino,  
De Tarfira dexando el fértil puesto,  
Llevando al Bctis siempre por vecino,  
Que ufano encima de sus aguas puesto  
Mira el blason y ejército divino,

Que por sus hondas sin temer ultrage  
A la otra banda quiere hacer pasage.

Ascondió la cabeza en su globoso  
Centro de perlas y luciente oro,  
Y con voz alta dice presuroso,  
En medio puesto de su ilustre coro.  
Este es el tiempo alegre y glorioso  
Que yo esperaba, y el que siempre adoro,  
Este es el tiempo que me habeis oido  
Profetizar, del cielo prometido.

El tiempo es este, en que el Pagano fiero  
Teñirá con su sangre mi corriente,  
Y lanzado será del Reyno Ibero,  
Por fuerza de armas de Christiana gente.  
Este es el tiempo, que cuidadoso espero  
Por verme en él qual ya me veo presente,  
Que de Geber la torre milagrosa  
Por insignia tendrá una Cruz gloriosa.

El tiempo es este, que en lo alto della  
Un Christiano Leon se verá puesto,  
Que por su mano subirá á ponella,  
Del Rey mandado, y elegido en esto.  
Este es el tiempo que podemos vella  
Libre del rito de este pueblo infesto,  
Y al verdadero culto dedicada,  
Del Dios que habita la region sagrada.

Llegada es ya la gloria que esperamos,  
Ya el varon santo prometiendo vemos,  
Ya la opresion del bárbaro en que estamos  
Trocada en dulce libertad tenemos.

Ahora resta solo que acudamos,  
Y á su gente las aguas soseguemos,  
De suerte, que el contrario que lo espera  
No le pueda impedir que salga fuera.

Ya veis que está el pasage aderezando  
Don Pelayo Correa, ya veis que viene  
Al Axarafe, y que le está aguardando  
El Rey de Niebla, y el poder que tiene.  
A la lengua del agua está ordenando  
Que el Christiano á salir se desordene,  
De modo, que estorbándoles la tierra,  
Ellos les den y nuestras aguas guerra.

Así ó amigas mias vamos luego,  
Vamos, y favor demos al Christiano,  
Qual en medio del mar al sabio Griego  
Otras Ninfas libraron con su mano.  
Tú Silis, y tú Leucia, haced mi ruego,  
Y las demas seguid mi intento humano  
En que amparemos la Christiana gente,  
A quien el paso impide mi corriente.

Esto diciendo, sin parar camina  
Betis, y al centro decendió profundo,  
Dó la globosa urna cristalina  
Tiene, con el licor que riega el mundo.  
Y en el húmido pecho la reclina,  
Y al Atlantico mar vuelve el jocundo  
Curso, y las bellas Ninfas esparcidas,  
Las aguas quietaban conmovidas.

Unas al centro se hundian ligeras,  
Y el arenoso asiento reposaban,

Otras por cima de las dos riberas  
 Del marino refluxo las vaciaban.  
 Otras mirando están las armas fieras,  
 Que desde Aznalfarache amenazaban  
 A los Christianes, y al remedio desto  
 El medio ocupan de uno y otro puesto.

Miéntas en esto andaban cuidadosas  
 Las Ninfas, y el gran Betis ocupado,  
 El Maestro juntando está las cosas  
 Que convenian al presente estado.  
 Sobre trabadas vigas las forzosas  
 Planchas amarra, y cerca por el lado  
 De fagina, con balsas levantadas,  
 Con fuertes cuerdas por el bordo atadas.

Los ingeniosos tirós que de fuera  
 Hieran los enemigos, y detengan,  
 Para que tomar puedan la rivera,  
 Aunque sobre ellos á estorbales vengán.  
 En planchas van poniendo de manera,  
 Que sobre sí las aguas los sostengan,  
 Que ni el peso llevarlos pueda al centro,  
 Ni ellos faltar de hallarse en el recuento.

Todo ya en órden, todos ya aprestados,  
 Los caballeros y caballos prestos,  
 A la lengua del agua aderezados,  
 Y los Infantes en quarteles puéstos.  
 Don Pelayo, así viendo á sus soldados,  
 Y los pertrechos bélicos dispuestos,  
 Habiendo dado el órden conveniente  
 A todos, que guardasen igualmente.

Porque la noche tenebrosa y fria,  
 Llena de horror, y de tiniebla oscura,  
 Cubriendo el mundo, el manto descogia,  
 Y el sueño su estrellada vestidura.  
 Aguardando el Maestro el nuevo dia,  
 Para pasar del Betis la hondura,  
 El fatigado cuerpo al sueño entrega,  
 Miéntas la luz que lo encamine llega.

## LIBRO UNDECIMO.

Todas las cosas que cobija el cielo  
 En quieto silencio reposaban,  
 El viento y las olas en el frio velo  
 De la noche en tranquila paz estaban.  
 Las aves suspendidas de su vuelo,  
 En los ojosos árboles callaban,  
 El rugiente leon, y el tigre airado,  
 Y el voraz lobo al sueño está entregado.

La invidia sola en su dañosa vela  
 Estaba con la rabia que le mueve,  
 Entre sí deshaciéndose qual vela  
 Al fuego, ó al sol ardiente blanca nieve.  
 Fatigase, consúmese y recela,  
 Que Botallhá tan sin fatiga lleve  
 El favor de la Infanta, sin que sienta  
 El duro estado de Muley y afrenta.

De infernal saña conmovida, acude  
 A los remedios con que aquesto ataje,  
 Haciendo á Botalhá que se le mude  
 Aquel contento en muerte y duro ultrage,  
 Y así quiere valerse, y que le ayude  
 A executar su horrible y cruel corage  
 La sangrienta discordia, á la qual llega,  
 Y de esta suerte congojada ruega.

Amiga mia, ¿qué ocasion te tiene  
 Tan desviada del dolor que tengo?  
 ¿Tan agena de hacer lo que conviene,  
 Y tan fuera del ansia con que vengo?  
 ¿Siendo tu viva, es justo que yo pene  
 En un martirio y un afan tan luengo?  
 Esa quietud desecha, ese sosiego,  
 De rabia te arma, de cruera y fuego.

De tí qual siempre quiero ahora valerme,  
 Pues en mayores cosas me has valido,  
 Pues por mi gusto, y por honor hacerme  
 Infierno, tierra y cielo has conmovido.  
 De que (si aquesto sé) ¿puedo temerme?  
 Si no pedirte lo que humilde pido,  
 Que aquel Lybico Príncipe, que asconde  
 La Infanta, y en amor le corresponde.

Que al punto con tu brazo poderoso,  
 De aquél regalo lo derribes presto,  
 Prívale con discordia su reposo,  
 Mancha con sangre el escondido puesto.  
 Dale aviso á Muley de su afrentoso  
 Ultrage, que él dará el remedio en esto,

Acude al que lo procura, acude  
 Que no hay quien mejor que él su estado mude.  
 Cifrió los dientes, retorció las manos  
 La miserable invidia, suspendiendo  
 La voz y la razon y ruegos vanos,  
 Y entre sí propia se quedó gimiendo.  
 La civil peste, horror de los humanos,  
 Alargó el brazo el de la invidia asiendo  
 Con espantable voz, y rostro airado,  
 Esta respuesta la discordia ha dado.

No estoy tan descuidada como entiendes,  
 Ni al reposo mi espíritu entregando,  
 Que si de invidia y odio el alma enciendes  
 Ira y furor me están la mia abrasando.  
 Los propios daños que hacer pretendes,  
 Me están para hacerlos yo instigando,  
 Y esto será de suerte que tu veas  
 Cumpliendo mi deseo, lo que deseas.

Un órden tengo imaginado horrible,  
 Que será causa de mortales daños,  
 Que en un estrecho los pondrá terrible,  
 Si del infierno pueden los engaños.  
 Tú haz lo que á tus fuerzas es posible,  
 Yo con las mias haré los mas extraños  
 Males, que nunca hice, ni se han visto  
 Entre la gente Lybica y de Christo.

Esto diciendo, una culebra apaña  
 De escamas negras, y fogosos ojos,  
 Y con rabia infernal y furia extraña  
 Se la tragó, encendiendo sus enojos.

Y sin aguardar mas, ardiendo en saña  
 Y en invidia, á hacer fieros despojos,  
 Tomó las armas con que el mundo asuela,  
 Y á dar principio á sus designos vuela.

Sin detenerse ni ocuparse en cosa,  
 A Muley Bohacén llegó que estaba,  
 Reforzando la guardia poderosa,  
 Quel aposento de Axartaf velaba.  
 Viéndolo aquí, la voz alzó furiosa  
 La enemiga del cielo, y dice acaba,  
 Acabá ya Muley, toma venganza  
 En quien te ofende, y goza tu esperanza.

Acude á ti, y á Botalhá castiga  
 Con dura afrenta, y con cruel castigo,  
 Y empieza en él, y acaba en tu enemiga  
 La Infanta, que lo tiene allá consigo.  
 Que ni le altera la marcial fatiga  
 En que su padre está; y el pueblo amigo,  
 Solo su gusto infame en tu desgusto  
 Le agrada, da contento y es su gusto.

Cumplir ahora puedes tu deseo,  
 Si deseas que acabe tu deshonra,  
 Ahora hacer puedes el trofeo  
 De los dos que lo hacen de tu honra.  
 No aguardes mas, que en su delito feo  
 Juntos los hallarás, y si te honra  
 El real deudo, venga en los alevos  
 Tu ofensa, honor, y al Rey que tanto debes.

Muley oyendo así nombrar la Infanta,  
 Y á Botalhá, revuelve furioso,

Y el rostro á donde oyó la voz levanta  
 Con semblante espantable y pavoroso.  
 El vestigio infernal que al mundo espanta,  
 Huyó envuelto en el velo tenebroso,  
 Dexando al Moro suspendido y lleno  
 De nueva ira, su infernal veneno.

Advirtió en todo lo que dicho había,  
 Y como estaba Botalhá escondido,  
 Que consigo Alguadaira lo tenia  
 Porque no fuese hallado ni ofendido.  
 Aquí el zelo creció, en que siempre ardia.  
 Y quedó, qual el Conde quando vido  
 Con Angelica el nombre de Medoro,  
 Que al seso y la razon perdió el decoro.

Sacó el alfange, y abrazó el escudo  
 El zeloso Muley, diciendo muera,  
 Muera, y quien ha de ser decir no pudo,  
 Que le trabó la lengua la ira fiera.  
 Seguidme (á decir vuelve) que no dudo  
 En la venganza que mi alma espera,  
 Y sin darle su loco ardor espacio  
 Dando voces furioso entró en palacio.

Tomó sus armas Arxataf, en oyendo  
 Las voces conocidas del sobrino,  
 De los soldados el clamor y estruendo,  
 Y en medio de ellos á ponerse vino.  
 Muley en ira y en corage ardiendo,  
 Fuera de sí en zeloso desatino,  
 Sin aguardar que el Rey pregunte nada,  
 Así diciendo alzó la voz airada.

El traidor Botalhá, por quien has puesta  
 Contra mí tu poder en defendello,  
 Con tu hija Alguadaira verás presto  
 En su aposento, si gustares vello:  
 Del cielo he sido avisado desto,  
 Que de otra suerte no podia sabello,  
 Y pues revela el cielo tu deshonra,  
 Mueran los que te ofenden en la honra.

Muley, no pudo proseguir delante,  
 Que le anudó la cólera la lengua,  
 Y así airado en su crueldad constante;  
 Que en él un punto su rigor no mengua.  
 El Rey, que de tal caso está ignorante,  
 Su afrenta viendo, y de su honor la mengua,  
 Sin dar respuesta, ni hablar palabra,  
 Va á que la hija el aposento le abra.

Desde el principio la hermosa Infanta  
 Oyendo al primo estuvo atentamente  
 Tras la cerrada puerta, y no le espanta,  
 Que al mas cobarde hace amor valiente.  
 Mas viendo que su padre se adelanta  
 Para hacerle abrir, va diligente  
 Y avisa á Botalhá, que elija el medio  
 Que en tal peligro á entrambos sea remedio.

Sin alterarse el Príncipe Africano  
 Del grave caso, se vistió al momento,  
 Y tomando á la Infanta por la mano  
 Dixo, viendo su justo sentimiento.  
 Desechá de tu pecho soberano,  
 Noagas dentro dél acogimiento

Al cobarde temor que te suspende,  
 Mira que á tu valor divino ofende.

Acude ó Reyna á tí, no te acobarden  
 Las fieras armas que á buscarnos vienen,  
 Ni el furor loco en que los tuyos arden,  
 Ni las ventajas muchas que nos tienen.  
 Que no hay en quantos vienen dos que aguarden,  
 Y si aguardaren, á quien no refrenen  
 Los golpes de este brazo, que en tu nombra  
 No dexará con vida de ellos hombre.

Esto seria, queriendo tu ponerte  
 En que mi espada libre tu persona,  
 En tal caso segura está tu suerte,  
 Y seguro tu cetro y tu corona.  
 Mira qual es tu gusto, y dél me advierte,  
 Y mira que ya el vulgo te pregona,  
 Y conforme al estado, y lo que importa,  
 El tiempo en la eleccion señora acorta.

La Infanta, habiendo bien considerado  
 Lo que el valiente Príncipe decia,  
 Respondió, poco sirve en este estado  
 Botalhá tu valor y tu osadia,  
 Que ir solo un hombre contra un campo armado,  
 Es mas temeridad que valentía,  
 Que al fin un hombre hace como un hombre,  
 Aunque con su valor al mundo asombre.

Aquí el remedio ha de ser que vamos  
 Huyendo este furor, pues conocemos  
 La dura afrenta y muerte que esperamos  
 De los amigos, que seguirnos vemos.

Y pues entre los nuestros no hallamos  
 Amparo, en los Christianos lo busquemos,  
 Que aunque son enemigos capitales,  
 Ellos se apiadarán de nuestros males.

Esta ventana encima de este muro,  
 Al peligroso trance da remedio,  
 Por ella sola el paso está seguro,  
 Pues lo demas mi padre ocupa el medio.  
 Esto solo nos dexa el hado duro  
 Que ser nos pueda en este paso medio,  
 Y pues no hay otro en tan estrecha suerte,  
 Por nuestro honor huigamos de la muerte.

No le responde el Moro, y la hermosa  
 Mora le dice, no difieras esto,  
 No dudes mas, que no es huida afrentosa  
 Huirle á un Rey, en tal estado puesto.  
 Y si mi vida ya no te es odiosa,  
 Acude á lo que digo, y vamos presto,  
 Que los golpes arrecian, y las puertas  
 Serán sin duda á su furor abiertas.

El animoso Botallhá obedece  
 De su Alguadaira el justo mandamiento,  
 Y por donde la ocasion ofrece,  
 Huyen los dos sin diferir momento.  
 Azaraya con llanto se entristece,  
 Y de temor confusa y sin aliento  
 Gime, y viendo las puertas en el suelo,  
 Hecha una estatua se quedó de yelo.

Entran, y el Rey de todos el primero,  
 El alfange desnudo, dice muera

La aleve Infanta, y falso Caballero,  
 Que este es el premio que el traidor espera.  
 Al aposento se abalanza fiero,  
 Y como no los halle sale fuera,  
 Busca la casa toda, sale y entra  
 De un aposento en otro, y nada encuentra.

Pavorosas las damas, y turbadas  
 De ver al Rey del modo que lo vian,  
 De las voces que daba amendentadas  
 En lo mas apartado se escondian:  
 Y como estaban todas descuidadas,  
 Y nada en lo que dice el Rey sabian,  
 Todo era confusion, todo era espanto,  
 Todo gemidos, suspirar y llanto.

Muley furioso no dexaba sala,  
 Ni escondido retrete que no mira,  
 Que en esto mas que todos se señala,  
 Y mas que á todos la pasion le tira.  
 Por los ojos sangriento humor exhala,  
 Y por la boca fuego cruel respira,  
 Voces horribles sin concierto dando  
 De una pieza va en otra apriesa entrando.

Halló Azaraya sola en su aposento,  
 Do Botallhá habia estado recogido,  
 Que por descuido, priesa ó desatiento  
 Se le quedó el turbante conocido.  
 Fué de Muley hallado, y al momento  
 Lo toma, y á la Mora enfurecido  
 Por el suelo arrastrando al Rey la lleva,  
 Diciendo aquí el aleve se comprueba.

No tienes que buscar esta enemiga  
De la trayción ha sido sabidora,  
Ella se halló en ella, ella la diga,  
O ella muera aquí como traidora.  
Sin dar muestra de miedo ni fatiga,  
Así responde la constante Mora:  
¿Si el secreto pusieron en mi pecho,  
Descubriroslo yo será bien hecho?

Antes con esa espada aqieste cuello  
Dividirá tu poderoso brazo,  
Que fácil cosa te será hacello,  
Y de mí toda no dexar pedazo.  
Que por mí el caso vengas á sabello,  
Que con la muerte desde aquí me abrazo,  
Y porque mi fieltad nó caiga en mengua,  
A los tormentos quiero estar sin lengua.

Qual Anaxarcho, con valor constante  
Cerró los ojos, y apretó los dientes,  
Y la lengua cortó, y la echó delante  
Del Rey, y todos los que habia presentes.  
Fué de lealtad la prueba tan bastante,  
Que al Rey templó los fieros accidentes,  
Y viendo el estupendo caso extraño  
Olvidó la memoria de su daño.

Todos suspensos, todos admirados,  
Mirando están la Mora rociada  
De la sangre, que á todos sus pasados  
Podia ilustrar con sangre tan honrada.  
Muley'á quien sus ansias y cuidados  
Afligen, y el suceso desagrada,

Dice mirando al Rey, si esto te admira  
Bien al remedio tu valor aspira.

Esta alevosa Mora desta suerte  
El cometido insulto pagar piensa,  
Con este hecho á todos nos divierte,  
De lo que pide su maldad inmensa.  
Mal acuerdo ha tomado, que la muerte  
Ha de ser la que vengue nuestra ofensa,  
Que si de lengua se privó, yo tengo  
Brazos, y así lo que es tan justo vengo.

Qual el hijo de Jove poderoso  
Suspendió en alto al hijo de la tierra  
Con fuerte brazo y pecho vigoroso,  
Con que dió fin á la empezada guerra.  
Tal Muley fiero horrible, y desdefioso  
(Sin entender si en ello acierta ó yerra)  
Sobre sus hombros Azaraya carga,  
Y al muro llega, y desde allí la larga.

Disgustó al Rey, y todos se alteraron  
Del fiero hecho, y del real disgusto,  
Y en los turbados rostros lo mostraron,  
Y el Rey en las razones de hombre justo.  
Y como vió que todos se indignaron  
De la crueza de Muley injusto,  
Temiendo en ocasion tan peligrosa  
La discordia civil, mostró otra cosa.

Mandó que todos á búscallos fúesen,  
Y él con Muley y con su guardia acude  
A que en el muro velas se pusiesen,  
Y las que habia el Capitan las mudé.

Advirtió que avisados estuviesen  
Del caso todos, porque nadie dude  
En lo que tanto importa, y deste modo  
Requiere, avisa y busca el lugar todo.

Ardese la discordia en ver trocado  
Su horrible intento en diferente efecto,  
De lo que habia consigo fabricado  
Para satisfacer la cruda Aleto.  
Y desdeñosa y llena de cuidado,  
Sin dar reposo al ánimo inquieto,  
De Hispalis salió, y nuevos engaños  
A fabricar comienza y nuevos daños.

Tenia á esta sazón del claro Cielo  
El medio espacio la nocturna Diosa,  
Y el sueño envuelto en su estrellado velo  
En ocio estaba y en quietud sabrosa.  
Quando el Maestro sin ningún recelo  
Que contraste su empresa peligrosa,  
Aprestanda su gente vadeaba  
El Betis por do el mismo le enseñaba.

Los caballos rompiendo van delante  
Con los pechos la mansa y fria corriente,  
Que en ella dando Cinthia relumbrante  
Les mostraba el arena reluciente.  
Las balzas y las planchas en distante  
Orden, y van tras ellos igualmente  
De las hermosas Ninfas impelidas,  
Y sobre sus espaldas sostenidas.

Acercándose iban poco á poco  
A la enemiga y deseada tierra,

Quando llena de ansia y furor loco  
La discordia y del odio que en sí encierra  
A decir comenzó, si no provoco  
Al Rey Abenjafon, y enciendo en guerra  
Este pueblo, que duerme descuidado,  
El Christiano consigue su cuidado.

De Niebla el cetro Abenjafon tenia  
En dura guerra y disension habido,  
Que su tío Mahulud con tiranía  
Mucho tiempo lo tuvo poseido,  
Y Axartaf contra aquesta alevosía  
Salió, y siendo el tirano del vencido  
Y muerto, asosegando el movimiento  
A Abenjafon restituyó en su asiento.

Desta merced agradecido el Moro,  
Siempre la traía escrita en la memoria,  
A esta virtud guardándole el decoro,  
Que es digna de alabanza y alta gloria.  
Y así juntando todo su tesoro,  
Luego que de Fernando fué notoria  
La venida, de Niebla partió al punto  
Con todo su poder de gente junto.

Fuéle de Aznalfarachi dado el gobierno,  
Del Aljarafe y gente de Triana,  
Que con valor y con cuidado eterno  
Lo usaba contra la nación Christiana.  
A este llegó el ministro del infierno,  
Que al dulce sueño el aura soberana  
La tenia rendido, y levantando  
La voz, dice á su padre así imitando:

¿Qué haces Rey en sueño tan profundo  
Sin que de ti ni de tu honor te acuerdes?  
¿Está á tu cargo el defender un mundo,  
Y por dormir tan buena ocasión pierdes?  
¿Dó tu valor y esfuerzo sin segundo?  
¿Hijo do está? ¿no es justo que recuerdes  
Que el enemigo ejército te llama,  
Y tú durmiendo en regalada cama?

Sal, quel contrario tienes ya contigo,  
Pues sin contraste pisa esta ribera,  
Siéndole Betis favorable amigo,  
Por su corriente abriéndole carrera.  
Acude á priesa, acude á lo que digo,  
Toca á rebato, sal ya que te espera,  
Y si en salir momento te detienes,  
Ya alojado á donde estás lo tienes.

Dexó la cama el Moro pavoroso,  
La voz del padre aunque imitada oyendò,  
Y abrazando el escudo furioso  
Tomó el alfange en alta voz diciendo.  
Si al nombre tuyo, ó padre glorioso,  
He de aspirar, qual siempre voy siguiendo,  
No será en mi descuido tal hallado,  
Pues jamás fui de cosa tal culpado.

Todo lo que ha durado en su carrera  
En el callado cerco oscuro y frío  
La Luna, he estado puesto en la ribera  
Del Rey de Reyes Betis nuestro rio.  
Y con la gente que la guarda fiera,  
Que está sujeta al mandó y órden mio,

Hemos hecho la vela de tal modo,  
Que está seguro y á recaudo todo.

Mas dime, ó santo Aladin, que vienes  
Del cielo á darme aviso semejante,  
Y de la gloria abaxas, donde tienes  
Al gran Profeta y sacro Alá delante.  
¿Por qué razon ahora te contienen  
Ya que aviso me das tan importante,  
Que este mi cuello no rodeen tus brazos,  
Dándome piadosisimos abrazos?

¿A dónde estás? respóndeme, y tu diestra  
Guie esta mia, que ante ti protesto,  
Que si tu santo espíritu me adiestra,  
De no dexar Christiano en este puesto.  
Tú, padre mio, á donde están me muestra,  
Que yo te seguiré, y haré sobre esto  
Lo que debo hacer, sin dexar hombre  
Que de Christiano se le dé renombre.

Tiende los brazos el feroz pagano,  
Cierto que el padre ceñiría con ellos,  
Y tres veces abraza el ayre vano,  
Otras tantas volviendo á recogerlos.  
Torna y encuentra con su propia mano,  
Los pies uno con otro da al movellos,  
Ciego atentando á una y otra parte  
Anda gimiendo el Sarraceno Marte.

Confuso y lleno de pavor andaba  
El afligido Rey mil voces dando,  
Sin saber que hacer, ni en que dudaba,  
Ni á que parte lo iria procurando.

310 CONQUISTA DE LA BÉTICA.  
En esta ansia, quel alma le aquejaba,  
Oyó tocar al arma, y desechando  
La horrible confusion, sale furioso  
Y tras el pueblo sigue presuroso.

Sin preguntar qué causa los altera,  
Ni á donde van con tanto desatino,  
Llega á do estaba su real bandera,  
Y encuentra con su Alférez Achilino.  
Este en la Arabia fué en su edad primera  
De los mas nobles, y el que fué mas digno  
De la merced del Rey, y por traidores  
Perdió la patria, el nombre y los favores.

Este, de la inconstante y ciega Diosa  
(Qual siempre son los buenos) perseguido,  
Dexó la Asia y suerte poderosa,  
Y vino á Europa pobre y abatido.  
Y en la batalla de Axartaf famosa,  
Do fué el tirano Mahulud vencido,  
Abenjafon, le dió este honroso officio,  
Por que leal fué siempre á su servicio.

Y oyendo que el lugar tocó á rebato,  
Y que ya al arma se ponía la gente,  
Teniendo de esta alteracion recato,  
Como sabio soldado y tan valiente.  
Juntó su hueste, y envió á Hamato  
Que con la trompa dé confusamente  
Aviso del contrario que venia,  
Incite, aliente, mueva y dé osadía.

Tomó razon de todo el Rey, y al punto  
Mandó marchar á donde está el Christiano,

Que en órden puesto lo aguardaba á punto  
De mostrar ya su esfuerzo soberano.  
Y el un campo del otro estando junto,  
Las homicidas armas en la mano,  
De la tierra huyó la sombra oscura,  
Y el sol restituyó su lumbre pura.

Luego que á verse todos alcanzaron,  
Los bárbaros armados de fiereza  
Guardando el órden que al salir tomaron  
Arremetiéron llenos de braveza.  
Los Christianos la misma órden guardaron  
Con mas esfuerzo y mayor destreza,  
Que aunque en número pocos, eran tales  
Que á ser venian por valor iguales.

De entrambas partes el temor desechan,  
Y con mortal deseo se acometen,  
De esfuerzo, fuerzas y armas se aprovechan,  
Sin que allí cosa en su favor aceten.  
Estos á aquellos á huir estrechan,  
Aquellos á estos en huida meten,  
Vuelven los unos, y los otros paran,  
Y todos con las armas se reparan.

Golpe ninguno á su contraio tira,  
Ni Moro ni Christiano que no vaya  
Regido de furor y ciega ira,  
Porque victoria de su parte haya.  
Ni le vale al que huye ó se retira,  
Ni al que se asconde, y en la lid desmaya,  
Que donde quiera, y de qualquiera suerte  
La imagen vían de la horrible muerte.

Sobre un caballo de veloz carrera,  
 Que presto á todas partes revolvia,  
 Andaba el Rey en la batalla fiera,  
 Que fiero estrago en el Christiano hacia.  
 A qual arranca de la silla á fuera,  
 Y sin alma á la muerte lo rendia,  
 A qual rompe el escudo y corta el brazo  
 De un golpe sin estorbo ni embarazo.  
 A Jayme de Aguilar derribó al suelo,  
 Y á Martin Vela le quitó la vida,  
 Vino sobre el Fernando Maderuelo,  
 Y escapó dél llevando una herida.  
 Pedro Muñiz, y Sebastian Mazuelo,  
 Hiciéron juntos una arremetida,  
 Y descargando en él lo detuviéron (ron.  
 Con dos golpes que á un tiempo ámbos le die.  
 Revuelve el Moro desdeñoso y fiero,  
 Y con ámbos comienza á golpearse,  
 Y entrambos como dos rocas de acero  
 Le aguardan y le hieren sin cansarse.  
 Brama el bárbaro Rey, y con entero  
 Animo, y con deseo de vengarse  
 De uno y otro, á priesa golpes tira,  
 Sin dar descanso al brazo ni á la ira.  
 Muñiz, á un golpe puso el fuerte escudo  
 Con él así creyendo reparallo,  
 Pegándose con él quanto mas pudo,  
 Y en moviendo movió para atajallo.  
 Mas descargando encima el golpe crudo,  
 Escudo, hombre, y frente del caballo

Abrió igualmente y dió con todo en tierra,  
 Poniéndolos en paz de aquella guerra.  
 Vino á este punto un esquadron huyendo  
 De su Agarena gente, procurando  
 Ponerse en salvo el daño horrible viendo  
 Que hacia en ellos el Christiano bando.  
 El Rey acudió á ellos, deteniendo  
 A los quel temor iba retirando,  
 Y con miedo y razones los detuvo,  
 Y así les dixo, quando así los tuvo.  
 ¿Dónde huis con tanto desatiento?  
 ¿A quién temeis las armas en las manos?  
 ¿A quién dais de vosotros vencimiento?  
 ¿De qué tomáis esos temores vanos?  
 Volved, volved, dexar tan baxo intento,  
 No le deis tanta gloria á los Christianos,  
 Mirad que estamos mil para uno dellos,  
 ¿Y huis dellos y dudais vencellos?  
 Seguidme amigos, no á ese miedo indigno  
 Del valor vuestro y de la gloria vuestra,  
 Seguidme, que yo os quiero abrir camino  
 Por medio dellos con aquesta diestra.  
 Castiguemos su altivo desatino  
 De haber puesto su pié en la tierra nuestra,  
 Esto diciendo vuelve, y todos vuelven,  
 Y en fiera lid de nuevo se revuelven.  
 Los de la insignia del patron de España  
 Iban haciendo riguroso estrago,  
 De enemigos cubriendo la campaña,  
 De la bárbara sangre hecha un lago.

Seguian la suerte con virtud extraña,  
Dando vitorioso Santiago  
En los Moros, que quantos mas morian,  
Mas en fuerzas y en número crecian.

Por otra parte á la Christiana gente  
El soberbio Achilino iba affigiendo,  
Arrogante, feroz, diestro, valiente,  
En menosprecio quanto vía teniendo.  
Sin guardar orden con furor ardiente  
A la Christiana esquadra arremetiendo,  
A los Cruzados hizo detenerse,  
Y en órden á sus puestos recogerse.

Con mas furor de nuevo ardió el combate,  
La confusion, las voces y alaridos,  
Sin que de tregua, ni de paz se trate,  
Si no de muertes, quejas y gemidos.  
Los Moros procurando dar remate  
De los Christianos, que sin ser movidos  
De su valor, con ánimo tan fuerte  
Los resistian y les daban muerte.

En forma circular se dispusiéron,  
Y por un cabo y otro los cercáron,  
Y tropas, caxas, pífanos se oyéron,  
Y horribles voces que á una levantáron.  
Que con el veloz viento se envolviéron  
Y las corrientes ondas las lleváron  
Al defensor Christiano, que miraba  
El riesgo en que su fuerte gente estaba.  
Dexemos (dice el gran patron del cielo)  
La tarda dilacion, y socorramos

A los amigos que con santo zelo  
A resistir los Moros enviamos.  
Pisan qual veis el enemigo suelo,  
Están qual todos desde aqui miramos  
Cercados de enemigos, que no tienen  
Número los que á dar en ellos vienen.

Pídenos el estrecho en que están puestos  
Que acudamos con toda diligencia  
A desviar los bárbaros molestos,  
Que los aquejan con mortal violencia.  
Conviene ser en socorrellos prestos,  
Que del contrario crece la potencia,  
Seis mil somos, trescientos solos ellos,  
Mirad si es justo ir presto á socorrellos.

Cesó, y á Don Rodrigo Flores manda  
Y á D. Alfonso Tellez, y al famoso  
Fernandíñez, ir á la otra banda  
A socorrer el riesgo peligroso.  
Y con la priesa que el temor demanda  
Que al Rey tenia affligido y congojoso,  
Se aprestáron, y ciento de á caballo  
Quel negocio pudiesen acabar.

Sin que dificultad los impidiese,  
Ni cosa alguna, al Betis se arrojáron,  
Y por quel justo fin se consiguiese  
Las ondas al pasage sosegáron.  
La via clara hizo que se abriese,  
Y las arenas de oro se mostráron,  
Y como si por tierra caminarian  
Por sus aguas les hizo que pasaran.

Tomaron tierra, y sin parar momento,  
Puesta su esquadra en orden, arremeten  
Por donde con mas furia y desatino  
Al Maestro los Moros acometen.  
Rompen por ellos con valer y aliento,  
Y en el cerrado círculo se meten,  
Llegando á las trincheras que tenian  
Los Christianos de do se defendian.

Desto el bárbaro Rey quedó admirado,  
Aunque en su esfuerzo y su valor, entero,  
Y dice: el brazo levantando osado,  
Todo nos corresponde como quiero.  
Que este socorro que les ha llegado  
Es para nuestro bien y su mal fiero,  
Pues con él, mayor número tenemos  
A quien quitar las vidas que tememos.

No dixo mas, ni dió lugar su ira  
A poder decir mas, y ardiendo en ella  
Donde mas fuerza del Christiano mira,  
Ciego se arroja allí á querer rompella.  
Su gente toda á la victoria aspira,  
Siguiendo al Rey trabajan por habella,  
Arde el furor en todos igualmente,  
Con saña horrible y con deseo insolente.

Los Christianos por una y otra parte  
Contra el furor del bárbaro se oponen,  
Y con valor divino, esfuerzo y arte,  
A morir ó vencellos se disponen.  
Hieren en ellos, y en sangriento Marte  
Pecho con pecho y rostro á rostro ponen,

Trabándose los brazos con los brazos,  
Y algunos que se estrehan en abrazos.  
Caydin, Moro, en la Persia conocido  
Por su valor, en fuerzas invencible,  
De quien Titormo ser podia vencido,  
Y el que en Osta tuvo el fin terrible.  
Como el combate así revuelto vido,  
En medio dél se puso el Moro horrible.  
Con una maza de aceradas puntas,  
Altos los brazos y las manos juntas.

A un cabo y otro la pesada maza  
Sin descansar revuelve el fuerte Moro,  
Quel lugar donde está desembaraza  
Sin ececion y sin guardar decoro.  
Está del modo que en cercada plaza  
De gente y armas suele estar el toro,  
Que por las armas rompe y por la gente,  
A todo resistiéndolo igualmente.

Aquí de los Christianos acudia  
El ímpetu, y el Moro furioso  
Con espantables golpes lo desvia  
Con que retrae al mas fuerte y animoso.  
Crece el furor, las voces y porfia,  
Y el combate se enciende riguroso,  
Los Christianos hiriendo en el Pagano,  
El Pagano en el ímpetu Christiano.

Por la confusa lid venia rompiendo  
Sin resistir á su designio nada,  
Don Pelayo Correa, revolviendo  
A un cabo y otro la sangrienta espada.

Y al fiero Moro en la batalla viendo  
 Con la soberbia maza levantada,  
 Amenazando el mundo su denuedo,  
 Con firme pecho y con semblante ledo,  
 Instigado de ira el fuerte pecho,  
 La rienda vuelve, y donde está endereza,  
 Caydin lo sale á recibir derecho,  
 Y con él, fiera y cruda lid empieza,  
 De su valor da claro satisfecho,  
 Y á un punto alzando voz, maza y cabeza,  
 Dice: Maestro, a questo golpe es mio,  
 Recíbelo, que á tí qual ves lo envío.  
 Antes que descargase el movimiento  
 Natural, el de Ucles fiero arremete  
 Con destreza y con gran conocimiento,  
 Y entre sus brazos el caballo mete.  
 Fué sin efecto el golpe, y al momento  
 El Maestro con golpes le acomete,  
 Y el Moro, porque en todo le embaraza,  
 Sacaba pies para librar la maza.  
 Hiriendo en él con gran valor lo aqueja  
 Sin darle espacio ni tomar sosiego,  
 El Moro quanto puede del se aleja  
 En ira ardiendo y en rabioso fuego.  
 El Christiano apartarse no le dexa,  
 Que donde saca el pie el suyo está luego,  
 Y la espada que no descansa punto  
 Al brazo, al hombro, á la cabeza junto.  
 Creció el combate aquí, acudió la gente  
 Bárbara, al fiero Moro socorriendo,

Que abierto el pecho y la soberbia frente,  
 Del combate se iba retrayendo.  
 Aquí el temor rindió á la furia ardiente  
 Con que siempre su causa defendiendo  
 Habian al Christiano resistido,  
 Y la victoria en peso igual tenido.  
 Viendo á Caydin herido, y desta suerte  
 Retirarse dexando la batalla,  
 El que andado en ella habia mas fuerte,  
 De pavor lleno y de temor se halla.  
 Y creyendo que está en huir la muerte  
 Poderse asconder della ó evitalla,  
 A los pies la defensa remitiéron  
 De la espantosa suerte que temieron.  
 Todo el bárbaro campo á rienda suelta  
 Sin orden se metiéron en huida,  
 Y tras el Rey que dió huyendo vuelta  
 No quedó Moro que al Christiano impida.  
 Viendo su gente así el de Ucles revuelta  
 Con la que iba huyendo de vencido,  
 A recoger tocó, y la trompa oyendo  
 Dexó el alcance, el mando obedeciendo.  
 A un punto fuéron todos recogidos,  
 Y en el mismo quedo el campo formado,  
 De modo que los bárbaros vencidos  
 Volviendo no lo hallen descuidado.  
 Sus razones miraba esclarecidas  
 El Rey santo, aunque dellos desviado,  
 Y gozoso de ver su vencimiento  
 Mostraba así diciendo su contento.

Si con razon nuestros sucesos vemos,  
 Y las victorias tantas que alcanzamos,  
 Ser Dios quien nos las dá conoceremos,  
 Y que en su virtud sola las ganamos.  
 Mirad la que en las manos hoy tenemos,  
 Y la de Bonifaz que á ver gozamos,  
 Y la que Don Rodrigo Alvarez hubo  
 De tantos Moros que en el campo tuvó.

De aquí se infiere, que pues él nos guía  
 Debemos tener cierta confianza  
 Que nos dará segura y clara vía,  
 Como cumplir se vea nuestra esperanza.  
 Así el divino protector decia  
 A los que del gozaban la privanza,  
 Y pasara adelante, si no viera  
 De paz junto á su campo una bandera.

Vio que no estaba en alto enarbolada  
 Sino que un Moro la traia en la mano  
 A pie, y de una Mora acompañada,  
 Que la seguia por el verde llano.  
 Suspensos todos sin tratar en nada  
 Los estan viendo, mas el Rey Christiano  
 Porque los vió parar, mandó ir por ellos  
 Y á su presencia qual venian traellos.

Fué cumplido del Rey el mandamiento,  
 Y puesto el Moro y Mora en su presencia,  
 Que con alegre y manso acogimiento  
 Los recibió, y de hablar les dió licencia.  
 El Marroquino Principe contento,  
 La piedad viendo igual á la potencia,

Y todo en el extremo aventajado,  
 Quién es, y quién la Mora le ha contado.

Y tomando el principio de su historia,  
 Con un largo discurso le dió cuenta  
 De su dulce tormento y de su gloria,  
 De su placer y de su honrosa afrenta.  
 La traicion de Muley le hace notoria,  
 Y lo que teme, y lo quel falso intenta,  
 El fin de su deseo, y la confianza  
 Que en él tenían de su mal andanza.

Quedó suspenso el Rey, habiendo oido  
 El suceso del Moro y de la Mora,  
 Y por donde dos Reyes le ha traído  
 A su poder la suerte vencedora.  
 Y así viendo que habia concluido  
 En su discurso, en grave voz sonora,  
 Destilando suave ambrosia della  
 Al Moro dice, y á la Mora bella.

No te fatigue estar de Lybia ausente,  
 Ni á ti el dexar el patrio Señorío,  
 Pues que venis entre Christiana gente,  
 Y estais guardados del amparo mio.  
 Mira el medio que pide el mal presente,  
 Que mi gusto del vuestro no desvío,  
 Ora queriendo ir de aquí á otra tierra,  
 Ora el fin aguardar de nuestra guerra.

Segura hallareis en mí la suerte,  
 Y con seguro desto estad seguros  
 Que tratados sereis de aquella suerte  
 Que estando dentro en vuestros regios muros.

Pedí, para que yo á cumplillo acierte,  
Y tengan fin vuestros trabajos duros,  
Que yo os recibo, y no por prisioneros,  
Si no como á mis propios Caballeros.

Mandó luego, que junto con su tienda  
Otra en que los reciban se formase,  
Y á Lope Diaz el cargo dió que entienda  
En esto, y los sirviese y regalase.  
La guardia que los guarde y los defienda  
Señaló, y como aquesto se acabase.  
Trompas, caxas, y pifanos se oyéron  
Que con alegre son los recibieron.

## LIBRO DUODÉCIMO.

**F**atigada Tarfira en su congoja,  
Sin dar alivio á su pasion ardiente  
Se desespera, aflige, y se congoja,  
Aborreciendo quanto via presente.  
Ni el dia descansa, ni la noche afloja  
Su ánsia, viendo al que procura ausente,  
Y mas en la ocasion que lo desvía  
Rabiaba en zelos, y en amor se ardía.

Siempre la causa andaba imaginando  
Que en tal extremo la traia muriendo,  
Mil formas de remedios aplicando,  
Mil trazas quel amor le iba ofreciendo.

Mas á la execucion dellas llegando  
Mil imposibles iba prometiendo,  
Y así confusa, triste, congojosa,  
Para, suspira, gime, teme y osa.

Tal vez se determina á la venganza  
Resuelta con la espada ya en la mano,  
Y en sí volviendo dice: ay que no alcanza  
Mi cortø brazo á donde está el tirano.  
Huyó, y con él mi gloria y mi esperanza,  
Que con su fe, las lleva el ayre vano,  
Siendo perjuro en su promesa al cielo,  
Aleve, infame en su palabra al suelo.

Desto, para que mas me ofenda y dañe,  
Permite el cielo ser en daño suyo,  
Y que á mí la verdad me desengañe  
Del mal que veo en que él vivir concluyo.  
O ley de amor, permite que me ensañe  
Contra el cruel por quien mi honor destruyo,  
Y que sabiendo á donde van los siga,  
Y qual otra Medea los persiga.

Desta suerte la Mora enamorada  
Los dias y noches consumia en su queja,  
De su tierra hállándose apartada  
Por quien por otra así la olvida y dexa.  
De amor, de zelos, y pasion forzada  
Se precipita, y de razon se aleja,  
Mas Meleyca su huéspedea, en sus penas  
La anima, esfuerza y da esperanzas buenas.

Meleyca, de Tarfira agradecida,  
Que á su marido guareció de muerte,

Viéndola de sus ansias combatida,  
De Bothalá sabiendo ya la suerte,  
A su pasión y á su amistad movida,  
Temiendo el mal que le aquejaba fuerte,  
Un día á solas se apartó con ella,  
Y así dice en razón de su querella.

Desde el día primero que veniste  
A esta tu casa, de Abdalac mi esposo,  
Traida á ella, porque en darle fuiste  
La vida, con poder maravilloso.  
Luego que la ocasión me descubriste  
Que te trae de tu patria y tu reposo,  
Fuiste de mí informada haberse ido  
Con Alguadaira tu amador huido.

Pareciéndome hacerte un gran ultrage,  
Y á la amistad una inhumana ofensa,  
No saber ya á donde hizo el viage  
El que da fuerza á tu pasión inmensa.  
Que hacerte puedo bien pleyto homenaje,  
Que tu misma aflicción me trae suspensa  
Viendo como te afliges y consumes,  
Y de dar fin á tu vivir presumes.

Acudí á una amiga, que en la Grecia  
De padres magos tuvo el nacimiento,  
Que este lugar en tanto estima y precia,  
Que es sin contradicción su mandamiento.  
Esta, del Huerco el gran poder desprecia,  
De su voz tiembla el mas profundo asiento,  
No hay fuerza que á su gusto no responda,  
Ni á su saber hay cosa que se esconda.

Hícele clara tu mortal fatiga,  
Tu ardiente pena y tu inhumana suerte,  
La justa causa, que á tu bien me obliga,  
Y la razón que tengo de quererte.  
Oyó mi ruego, y fuéme tan amiga  
Que la respuesta en obras la convierte,  
A su arte sortilega acudiendo,  
Las superiores causas inquiriendo.

Tres veces cubrió Apolo el mar profundo,  
Y otras tantas se vió su hermana bella  
En su argentado carro dar al mundo  
La luz que agrada al dios Cynmerio el vella.  
Y tantos consultando el sin segundo  
Dolor, que te lastima en tu querella,  
Mi amiga ha estado, por saber á donde  
Está tu amado, ó qué lugar lo asconde.

Y habiendo hecho quanto en esto entiende  
La Argólica adivina, con deseo  
De dar razón del falso que te ofende,  
Y decir donde goza su trofeo.  
Dice, que el Rey Christiano lo defiende,  
Y que con él está, de donde creo  
Que tu remedio es mas dificultoso,  
Si un medio no elegimos provechoso.  
¿Qué medio puede haber, dice Tarfira,  
Que aprovecharme pueda en tal extremo?  
Si con prudente proceder se mira,  
Todos lo mismo temerán que temo,  
Si no hace el rigor y mortal ira  
Lo que el fuego no hace en que me quemó,

Ningun remedio puede ser remedio,  
Que es gran poder el que me ocupa el medio.

Por los hermosos ojos, larga vena  
De perlas derramó la bella Mora,  
Indicio dando de la angustia y pena  
Que le causaba el Moro á quien adora.  
De sí no hace la pasion agena  
Meleyca, que igualmente gime y llora  
Que la triste Tarfira, y asi estando  
Las estorbó Habul Hacén entrando.

Los ojos puso luego en la llorosa  
Y amada suya, aunque no de ella amado,  
Y el color viendo de púrpurea rosa  
Del humor cristalino rociado.

Quedó suspenso sin decille cosa,  
Al mismo llanto casi povocado,  
Y viendo que ella un poco se sosiéga,  
Diciendo así, á donde está se llega.

Si la causa, ó Tarfira á quien adoro,  
Es sola la ocasion que yo imagino,  
Mi fe te doy como hidalgo Mórro  
De morir ó vengar tu ultrage indigno,  
Que á servirte guardándote el decoro,  
Con las armas me pongo en el camino,  
A Muley Bohacén acompañando,  
A Bothalá y á la Infanta procurando.

Tiene aviso que están con el Christiano  
Conquistador, en amistad acetos,  
Desto Muley, en furia ardiendo insano,  
Las armas toma sin mirar respetos.

El Rey le ha dado facultad y mano  
Que haga qual la causa los efectos,  
El sobrino promete la venganza  
Contra quanto poder el mundo alcanza.

Viendo yo una ocasion tan oportuna  
A Muley supliqué me concediese  
Que habiendo de ir con él persona alguna  
(Qual era fuerza) yo el nombrado fuese.  
Favoreciome en esto la fortuna  
Porque á servirte, qual deseo; acudiese,  
Nombrome, mira ahora lo que quieres,  
Y pide aquello que servida fueres.

Bothalá como sabes te ha ofendido  
En el honor, y dexa escarnecida,  
Sin acordarse que jamas te vido,  
Qual la esperanza vemos conocida.  
Yo que á tu voluntad tengo rendido  
El vivir mio, y no deseo la vida  
Si no para ocuparla en solo aquello  
Que es gusto tuyo sin jamas torcello.

De tu ofensa ofendido vengo solo  
A que el órden me des que siga en esto,  
Si quieres que te vengue, y vengue el dolo  
Del Rey perjuro al firme amor y honesto.  
Por quel siguiente dia quando Apolo  
Con luz el mundo haga manifesto,  
En singular batalla ha de probarse,  
Con quien posible no será escaparse.

Mira si gustas que en prision lo traya,  
Y no consienta que le dén la muerte,

O si te agrada que con vida vaya  
 Suelto, á gozar de tu felice suerte.  
 Esto será con que un concierto haya  
 Entre tí y entre mí, que has de ofrecerte  
 A que siendo cumplido lo que digo,  
 Has de cumplir la voluntad que sigo.

La discreta Tarfira, conociendo  
 El arrogante proceder del Moro,  
 Levantó el bello rostro, recogiendo  
 A las espaldas las madexas de oro,  
 Y dixo: amigo Habul Hacén, yo entiendo  
 Que á tu valor no guardas el decoro  
 En prometerme cosas imposibles,  
 Que serán, aunque sean, increíbles.

Bien sabes tú, y el mundo sabe claro,  
 De Botalhá los valerosos hechos,  
 Bien sabes tú quel solo ha sido amparo  
 De Africa y de Lybia en sus estrechos:  
 Bien sabes que á su esfuerzo y valor raro,  
 Ni hay enemigas fuerzas, ni pertrechos  
 Que se le puedan resistir, y sabes  
 Mas que del digo aunque no le alabes. (fre

Pues sabes esto, y sabes que hombre á hom-  
 En singular batalla ha dado muestra  
 Con los mas fuertes, y de mas renombre  
 Que tiene y conoce la edad nuestra.  
 ¿Por qué quieres tú ahora que me asombre  
 Que pruebe con Muley la fuerte diestra?  
 Si contigo y Muley, y todo el mundo  
 Lo hará el valor suyo sin segundo.

Con esto á tu demanda doy respuesta,  
 Y que decir no tengo mas en esto,  
 Ve, y las cosas á la lid apresta,  
 Pues que qual dices ha de ser tan presto.  
 Y mira que en el campo he de estar puesta,  
 Porque todo me sea manifesto:

Esto diciendo vuelve desdeñosa,  
 Y el Moro ardiendo en saña va furiosa,  
 Mil congojas de nuevo se le ofrecen  
 El caso triste en que se via pensando,  
 Que aunque el ánimo invicto no enflaquece,  
 El anima le estan atormentando.

Y así las formas viendo que guarnecen  
 El cielo las tinieblas alumbrando,  
 A su huésped pide que le acuda,  
 Y en aquel menester le dé su ayuda.

A donde estaba Abdalac herido  
 Entra, y su intento y la ocasion le cuenta,  
 Del fiero Habul Hacén el encendido  
 Amor, y lo que mas de nuevo intenta.  
 Y que para acudir á su querido,  
 Y dar principio á remediar su afrenta,  
 Armas le dé y caballo, con que entiende  
 Librar su honor, y ver lo que pretende.

Levantó el rostro el fatigado Moro  
 Por la flaqueza grande que tenia,  
 Y dixo: no me guardas el decoro  
 Tarfira, en no aguardar la salud mia.  
 Y así te ruego, por el dios que adoro  
 Que me dexes tenerte compañía,

Y no me aguardes mas de quanto pueda  
Tenerme en pie, y de tí se me conceda.

Yo te pondré en presencia de tu amnte  
Y que te hables con él como conmigo,  
Que le pidas teniéndolo delante,  
La fe que de cumplir quedo contigo,  
Y si fuere el cumplirtela importante,  
Que te la cumpla qual quedó me obligo,  
Detente ahora, y á Muley no temas,  
Que Botalhá castigará sus temas.

Sabiendo lo quel pérfido inhumano  
Habló Hacén, contra mi Rey ordena,  
¿Será (dice Tarfira) acuerdo sano  
Que dexé en él executar la pena?  
No será, en quanto aquesta diestra mano  
No estuviere deste brazo agena,  
Y este constante corazon rigiere  
El que en él vive y á la Infanta quiere.

No pudiendo Abdalac mover su intento,  
Ni persuadir á la Africana Mora,  
Que por entónces dexé el pensamiento  
A que le instiga la pasión que adora.  
Acudiendo á cumplir su mandamiento  
Traer las armas hizo allí á la hora  
Las quales se arrojó Tarfira encima,  
Sin que le agrave el peso ni le oprima.

Con el cerrado yelmo el rostro bello  
Cubrió, ascondiendo su beldad divina,  
Agrabando los lazos del cabello,  
De belleza extremada y peregrina.

Que si dexara así de recogello  
No saliera de Aurora matutina,  
Que al punto por las puertas del oriente  
Salió mostrando la rosada frente.

Resonó al punto desde el alto muro  
El cóncabo metal con ronco estruendo,  
Por señal dado para el caso duro,  
Y prevenir la gente el son horrendo,  
Que en siendo oído, nadie fué seguro  
A las horribles armas acudiendo,  
Las puertas, calles, muros ocupando,  
Y el Real Alcazar rodeando.

Tarfira, oyendo la señal de Marte,  
La espada apica en el siniestro lado,  
Y de Muleyca, y de Abdalac se parte  
Dónde de amor llevaba su cuidado.  
Y sin andar de una á otra parte  
Se fué al Alcazar, do halló formado  
Un campo en orden de batalla puesto,  
Para el efecto en la ocasión dispuesto.

A la parte que ménos gente habia,  
Y que con mas secreto estar pudiese,  
Allí el caballo presurosa guia,  
Y allí se asconde al vulgo que la viese.  
Mas la luz del cercano y claro día  
Hizo que todo manifiesto fuese,  
Y con la luz la causa se aclarase  
Que á la trompa hacia que resonase.  
El desafío fué contado luego  
Que á Botalhá Muley á hacer iba,

Llevado de su honor y ardiente fuego,  
 Que de toda razon lo aparta y priva.  
 En esto se ocupaba el vulgo ciego,  
 Dicho generalmente con voz viva,  
 Quando baxa Muley y Hacén armados,  
 De un Rey de armas delante acompañados.

Lanzas, adargas tomar y caballos,  
 Y con quinientos Moros de pelea  
 De la guardia del Rey, para guardallos  
 Salen, y van donde Muley desea.  
 Entre ellos va Tarfira, sin dexallos,  
 Que la pasion le anima y le espolea,  
 Que la fuerza de amor es poderosa,  
 Y en pecho noble no le impide cosa.

Hacen los Moros alto, y luego parte  
 El Rey de armas al campo del Christiano,  
 Apercebido del ingenio y arte,  
 Que el caso pide á que se via cercano.  
 Y en la presencia del Sydereo Marte,  
 Con grave aspecto y con semblante ufano,  
 Siéndole de hablar dada licencia,  
 Propone así, con libre preeminencia.

Pues me concede tu Real grandeza,  
 O poderoso Rey, que ante tí hable,  
 Perdona del estilo la baxeza,  
 Y advierte en la ocasion, que es memorable.  
 Esta, de Marte pide la fiereza  
 De quien un fin se espera miserable  
 Entre Muley, de nuestro Rey sobrino,  
 Y Botalhá, que á tí huyendo vino.

Este del patrio Reyno estando ausente  
 Vino á Sevilla, donde fué admitido  
 De Axartaf, y con mando preminente,  
 Y con obras de Rey favorecido.  
 Y olvidado de aquesto, injustamente  
 A su hija le truxo, y ofendido  
 Deste insulto, Muley lo desafia,  
 Y á que lo desafie el Rey lo envia.

Súplicate permitas que se haga  
 La singular batalla con seguro,  
 Porque del hecho la debida paga  
 Haya el aleve en el combate duro.  
 Y porque Botalhá se satisfaga,  
 Entre tu campo y el cerrado muro  
 Pide que sea la lid, la qual demando  
 Por Muley, que en el campo está aguardando.

Inclinó la cabeza, y sobre el pecho  
 Los dos brazos cruzó, llegando á tierra  
 Las rodillas, y ufano y satisfecho  
 Quedó así, en denunciar la guerra.  
 Botalhá á informar de su derecho,  
 Y á que se entienda que en lo dicho yerra  
 En llamarle alevoso, al Rey suplica  
 Le oiga, y su razon así publica.

Yo vengo, ó soberano Rey, forzado  
 De lo que en tu presencia se ha propuesto,  
 En mi razon qual debo confiado,  
 Y en la verdad que te he contado en esto.  
 Y vengo á suplicarte, que otorgado  
 Le sea el campo que demanda presto,

En donde se verá, Rey poderoso,  
Si es Batalhá ó Muley el alevoso.

Sin exceder de la verdad un punto  
Sabes de mi la verdadera historia,  
Y ella en el páso á que me veo tan junto  
Si es qual he dicho así me dé victoria.  
Con las armas estoy ya puesto á punto,  
Ante tí vengo á que me des tal gloria  
De que en batalla singular me vea  
Con él, que contra la verdad pelea.

No dixo mas el Principe Africano,  
Que la ira y deseo que tenia  
A las razones fuéron á la mano,  
Y la lengua quedó suspensa y fria.  
Mas el divino protector Christiano  
Que todo el caso y la verdad sabia  
Al Rey de armas concede lo que pide,  
Y con aqueste acuerdo lo despide.

Partió el Rey de armas, y la invicta gente  
Se puso en arma por el Rey mandado,  
Y el Africano Príncipe valiente,  
Puesto á caballo se presenta armado.  
Pide licencia, y con valor ardiente  
Sale, llevando á su derecho lado  
A Lope Diaz de Alfaro, y al siniestro  
A Garci Perez, luz del siglo nuestro.

Llamó en secreto el Rey al invencible  
Don Pedro Ponce de Leon, diciendo:  
Don Pedro, yo imagino, y es creible  
Haber engaño en esto que estoy viendo.

El caso es grave, la ocasion terrible,  
Partí con gente á Botalhá acudiendo,  
No pueda si hay traicion hacelle daño,  
Pues vuestra espada atajará su engaño.

El valiente Español, el leon fuerte,  
A la merced del Rey agradecido  
Inclinó la cabeza, y desta suerte  
Le prometió que del seria servido.  
Y con aquel denuedo que á la muerte  
Pone en pavor, y del Rey se ha despedido,  
Sube á caballo, apaña un hasta, y parte  
Confiando en sí solo el fiero Marte.

En seguimiento suyo salen luego  
Docientos de á caballo que los guarden,  
Que en vivo ardor de glorioso fuego  
Sus no rendidos corazones arden.  
Van tras sus pasos sin tener sosiego,  
Y puestos donde en la ocasion no tarden,  
Hiciéron alto, viendo que salia  
El Rey de armas, y el campo les partia.

Muley al punto en un feroz caballo  
Rucio, de los de Africa ligeros,  
Que sin freno pudiera gobernallo,  
Y entrar sin miedo en los asaltos fieros,  
Sin aguardar que vuelvan á llamallo,  
Contra los dos Christianos Caballeros  
Salió, á su enemigo conociendo,  
Caballo, adarga y lanza apercibiendo.

Pónese en frente, y por su nombre llama  
A Botalhá, pidiéndole que venga

A la batalla, si su nombre y fama  
 Quiere quel nombre que ha tenido tenga.  
 Botalhá, que la misma ocasion ama,  
 Sale sin quel Rey de armas lo detenga,  
 Que los puestos andaban señalando,  
 Partiendo el sol los pactos asentando.

A una se arremeten furiosos  
 Los dos valientes Moros, de la suerte  
 Quel aquilon y el Africano animosos  
 El uno contra el otro horrible y fuerte.  
 Que con porfia y soplos espantosos  
 El mar en blanca espuma se convierte,  
 Y del centro remueven las arenas,  
 Y las riberas braman de horror llenas.

Las riendas largas, con hervor batiendo  
 Las pungientes espuelas, se enristraron,  
 Llenos de furia y de corage horrendo,  
 Y las dos lanzas sin lision quedáron.  
 Al punto los caballos revolviendo,  
 Sin perder punto á arremeter tornáron,  
 Dándose dos encuentros, que hicieran  
 Que dos montes de acero se movieran.

Quedáron fixos sin perder las sillas,  
 Mas las dos lanzas hechas mil pedazos,  
 Volar al cielo viéron en astillas,  
 Quedando casi asidos á los brazos.  
 Aquí Muley, juzgando por sencillas  
 Sus fuerzas si se estrechan en abrazos,  
 Puso á la fiera cimitarra mano,  
 Antes que se mejore el Africano.

Revuelve Botalhá el caballo fiero,  
 Mas su enemigo ántes que revuelva,  
 Con presurosos golpes va ligero  
 Sobre él, privando que al combate vuelva.  
 Rendido quiere que lo vean primero,  
 Y no que en nueva lid con él se envuelva,  
 Y así, sin desviarse dello aqueja,  
 Que mejorar ni aun respirar le dexa.

De entre los Moros un clamor confuso,  
 Con ronco son iba ocupando el viento,  
 Siguiendo en esto su discorde uso,  
 Cantando por Muley el vencimiento.  
 Axartaf, que á mirar la lid se puso  
 Desde el cerrado muro, está contento  
 Viendo á Muley, del modo que traia  
 A su contrario, y como lo heria.

Botalhá, viendo á su enemigo junto,  
 Y que de sí apartarlo era imposible,  
 Y que su suerte estaba puesta en punto  
 De acabar con infamia y muerte horrible,  
 Tuvo el escudo apercebido á punto,  
 Y con destreza y ánimo increíble  
 Al tiempo que baxar vió el brazo alto,  
 Largó el escudo y dió en el suelo un salto.

Sobre el escudo descargó el furioso  
 Golpe, que arrebatado por delante,  
 Por el ayre fué en vuelo presuroso,  
 Qual presto rayo ó qual estrella errante.  
 Botalhá fiero, entero y an moso,  
 Sobre él revuelve con valor constante,

Y son pesados golpes lo detiene,  
Aunque así á pié y sin escudo viene.

Comienza, aunque en armas desiguales,  
La lid de nuevo, y á herirse fieros;  
Señales dando de su esfuerzo, tales  
Quales prometen tales Caballeros.  
Tarfira, llena de ansias inmortales,  
Mira la horrible lid de los guerreros,  
Poniendo el alma á cada golpe crudo:  
Que su amante aguardaba sin escudo.

Entre sí se está en ansias deshaciendo,  
Llena de amor, y de rabiosa ira,  
A su querido en la batalla viendo,  
De rabia gime, y de dolor suspira.  
Quiere salir, detiénese temiendo  
Que si estorba la lid, el Rey la mira,  
Si no la estorba, está en peligro puesto  
Su amante, y ve su daño manifiesto.

Perplexa está, dudosa y combatida  
De mil contrarios, sin saber que haga,  
Como dar pueda á Botalhá la vida,  
Y su amor y su honor se satisfaga.  
Después de estar en esto suspendida,  
Sintiendo fiera la pungiente llaga,  
Sin poner cosa á su deseo delante,  
Rompió por todo á remediar su amante.

Los dos andaban en la lid sangrienta  
Sin que de un bando ni otro se moviese  
Persona, mas que estar teniendo cuenta  
A lo que el cielo dellos despusiese.

Tarfira fiera, el fiero alfanje tienta,  
Pica el caballo; y como Muley fuese  
A Botalhá, entre los dos se mete,  
Y con Muley, que lo seguia arremete.

El bárbaro revuelve, ella furiosa  
Con fieros guipés sin cesar lo aqueja.  
Botalhá, estimulado de ira honrosa,  
Del que á favorecerlo entro se queja.  
Ponese en medio, y dice en voz rabiosa:  
Que si del puesto luego no se aleja  
La muerte le dará; Tarfira calla,  
Y con Muley prosigue su batalla.

Asio la rienda Botalha á Tarfira  
Diciendo: esta es maldad de mi enemigo,  
Con esta industria quiere con mentira  
Decir que peleó mas que conmigo.  
Muley un golpe á Botalhá le tira,  
Diciendo: dexa pelear tu amigo,  
Que tu flaqueza conociendo claro,  
De entre los míos sale á darte amparo.

Sobre Tarfira revolvió al momento,  
Fieros golpes en ella redoblando,  
Ella no ménos con valor y aliento,  
En ofenderle se iba adelantando.  
Niégale el deseado vencimiento,  
Con un golpe tan fiero descargando,  
Que perdió los estribos, y el caballo  
Cayó, que mas no pudo levantallo.

Muley al punto en pié se puso fiero,  
Va contra ella, y Botalhá lo impide

Diciendo á voces : quel es el guerrero,  
 Y que á él solo la ocasion le pide.  
 Y puesto pecho á pecho el delantero,  
 La cimitarra con su alfange mide,  
 Habul Hacén, con una gruesa lanza,  
 A Botalhá hiriendo se abalanza.

Tarfira, al tiempo que enristró el aleve,  
 Que dar la muerte á su señor queria,  
 Atravesó el caballo, y fué tan breve,  
 Que la enemiga lanza le desvia.  
 Y porque el premio de su intento lleve,  
 Que era el amor que della pretendia,  
 Sobre los dos estribos se endereza,  
 Dándole un fiero golpe en la cabeza.

Perdió las riendas, y el sentido junto,  
 Viniendo á tierra con aquel estruendo,  
 Que si la tierra se hundiera al punto,  
 Que en ella el grave peso fué cayendo.  
 Botalhá, viendo su caballo á punto,  
 La adarga y lanza toma, en él subiendo,  
 Da voces el Rey de armas, los Christianos  
 A detener se meten los Paganos.

Comienza de ámbas partes un ruido  
 Confuso, demandando la victoria.  
 Muley da voces, dice que ha vencido,  
 Y que es traicion la que se usó notoria.  
 Botalhá, dice: tu no me has rendido,  
 Ni el mundo tiene á quien se dé tal gloria,  
 Y esa traicion salió dentre tu gente,  
 Que yo qual sabes, della está inocente.

Prendan aqueise Moro, que contigo  
 Probó su fuerza, y sepan dél si tiene  
 Pacto, concierto ó amistad conmigo,  
 O si contigo, ó si conmigo viene.  
 Por esta via se sabrá que digo  
 Verdad, y que mi brazo la mantiene,  
 Y en el campo qual ves y á tiempo estamos,  
 Que la lid acabemos que empezamos.

De todos el acuerdo fué aprobado,  
 Y de Tarfira oido, mas revuelve  
 El caballo, diciendo: el mas osado  
 Llegue á prenderme, quel verá qual vuelve.  
 Y si Muley se siente injuriado,  
 Y Botalhá de culpa no me absuelve,  
 El que de entrambos mas sentido queda,  
 A entrambos vengan do probarse pueda.

Volvió la rienda, y el caballo pica  
 Por el tendido y espacioso llano,  
 Muley, así el desafio se aplica,  
 Como el que fué ofendido de su mano.  
 En contra desto Botalhá replica,  
 Que tras él vaya un Moro y un Christiano,  
 Y no ninguno dellos, que son parte,  
 Y la verdad encubrirán con arte.

Habul Hacén furioso se levanta  
 Del golpe que le dió Tarfira bella,  
 Y dice: de ese que huye y se adelanta  
 La suerte es mia, y no es razon perdella.  
 Nómbrame á mí, pues con infamia tanta  
 Me derribó, y es justa mi querella.

Que yo te lo traeré ó le daré muerte,  
O me ofrezco á sufrir la misma suerte.

Fuéle otorgado á Habul Hacén que fuese  
Por parte de Muley, qual él pedía,  
O que allí muerto ó vivo lo truxese,  
O razon de la oculta alevosía.  
Botalhá, porque cierto se entendiese  
Que él de aquella maldad nada sabia,  
A Lope Diaz de Alfaro señaláron  
Por él, y dél el caso confirieron.

Parte al momento el bárbaro guerrero,  
Sin aguardar caballo, como estaba  
A pié y cubierto de pesado acero,  
Aunque del peso poco se curaba.  
Lo propio hizo el Christiano Caballero,  
Con la priesa que el caso demandaba,  
Pica el caballo, y aunque mas lo aqueja,  
Atras el Moro que iba á pié no dexa.

Botalhá pide que Muley concluya  
El combate, y Muley lo propio pide,  
Y dice: que pedirlo es suerte suya,  
Como estorbarlo que acabarlo impide.  
Mia sí es esa suerte, que no tuya,  
Si la ocasion el justo acuerdo mide,  
El Principe de Lybia dió en respuesta,  
Y el fuerte escudo y corbo alfange apresta.

El Rey de armas en medio de ámbos puesto,  
Fide que se suspenda la batalla  
Por entónces, y vueltos á su puesto,  
Despues podrán, qual piden acaballa.

Estando solo confiriendo en esto,  
La trompa resonó de la muralla,  
Que era señal, que al punto que la oyesen  
Todos á la ciudad se recogiesen.

Fué hecho así, y los bárbaros se entráron,  
Dexando el campo, en el cerrado muro;  
Los Christianos allí á aguardar quedáron  
A Lope Diaz, por que esté seguro.  
Que yendo con el Moro que enviáron,  
Tras del que revolvió el combate duro,  
Que viéndose seguir revolvió á ellos  
Diciendo así, haciendo suspendellos:

Si á buscarme venis, ya estoy presente,  
Si á probaros conmigo, ya os aguardo,  
Y si es á esto, salga el mas valiente,  
Y aunque entrambos salgais no me acobardo.  
El Moro lleno de furor ardiente,  
Dice: eso pide el fuego en que me ardo,  
Eso es solo á lo que vengo, y creo  
Que nos rige á los dos solo un deseo.

Contra Farfira el brazo levantando  
Habul Hacén, arremetió furioso,  
Del cielo y de su suerte blasfemando,  
Si no alcanzaba el premio victorioso.  
Lope Diaz de Alfaro, emparejando  
Con él le dice: aguarda y ten reposo,  
Que ese no es solo el fin á que venimos,  
Pues así la verdad no descubrimos.

Proponele el caso, y quando no hiciere  
En él lo que le fuere demandado,

En tal caso la espada se requiere  
Que ponga fin a lo que está empezado.  
Y porque nuestro hecho se difiere,  
Digo: que tu furor sea sosegado,  
Y el tuyo enfrenes, dándonos respuesta  
Qual pide el caso verdadera y presta.

Tarfira el furioso ardor sosiega,  
Reprime el alterado movimiento,  
La espada abaxa, y al Christiano allega,  
Diciendo, que hará su mandamiento.  
Que pida, que su fe le da y entrega  
De decirle verdad con juramento,  
Y esto afirmando, levanto la mano  
Y así prosigue (oyendo esto) el Christiano:

No dudo que de tí me sea cumplida  
Esa palabra, y con seguro della  
Que la verdad nos sea referida  
Como de quien es justo mantenella,  
Digo, que pues de nadie no es sabida  
La razon que de tí nos da querella,  
Por haberte á Muley así atrevido,  
De donde un gran escándalo ha nacido.

Porque los que se allegan á su parte,  
Y la voz toman en defensa suya,  
Y Muley mismo dice que fué arte  
De su enemigo la osadía tuya.  
Botalhá se disculpa con culparte,  
Diciendo: que traicion que se le arguya  
Tal cosa, porque ni él sabe quien eres,  
Ni que ocasion te mueva, ni que quieres.

Fué acordado, para que esto fuese  
Qual es razon, á todos manifesto,  
Porque á ninguno culpa se le diese  
Sin saber ántes si es culpado en esto;  
Que Habul Hacén viniese, y yo viniese,  
Por Muley él, por Botalhá yo puesto,  
A que digas por quien te dispusiste  
Al temerario hecho que emprendiste.

Haciendo en esto tú lo que pedimos,  
Libre en su honor será el que está sin culpa,  
Nosotros nuestro intento conseguimos,  
Y tú absuelto del crimen que te culpa.  
De otro modo los dos que á esto acudimos,  
No tendremos legítima disculpa  
Si muerto á donde estás no te dexamos,  
O á que lo digas preso te llevamos.

Si se concluye tu razon en eso,  
Y la venida de ámbos esa ha sido,  
Tarfira respondió, yo te confieso,  
Que justa causa á todos ha movido.  
Y porque entiendan que ese no fué exceso,  
Y si lo fué, de mí fué cometido,  
Sin quel temor me fuerce á que lo diga,  
El honor de esos Principes me obliga.

Yo hago juramento, y por testigo  
Al gran Profeta en mi verdad presento,  
Que es verdad pura lo que en esto digo,  
Y no invencion ni falso juramento.  
Que tengo á Botalhá por enemigo,  
Y que guerra mortal con él sustento,

Y que ayudalle fué por que no fuese  
De Muley muerto, sin que yo lo hiciese.

De Habul Hacén (esta razon postrera)  
Fué la hermosa Mora conocida,

Y la voz levantando dixo: ó fiera,

A un alma triste á tu querer rendida,

¿Por qué, ó ingrata, así de tal manera

Tratas al que te dió esa injusta vida,

Y le diste la vida al que tu honra

Ofende, y solo aspiras á tu deshonra?

Dime: cruel, que nombre tal se debe

A quien usa conmigo tal cruéza:

¿Qué razon hay, que ley, que Dios que apruebe

Tan inhumana, y áspera fiereza?

De mí no te lastima ni conmueve

El llanto, afán, ni la mortal tristeza

En que vivo por tí, que con tal furia

Hiriéndome hiciste tal injuria.

Pues no se ablanda tu inhumano pecho

Con lástimas ni otras, yo te juro

Que ha de hacerse bueno mi derecho

Con saña horrible, y tratamiento duro.

Y que la injuria que á Muley has hecho,

Por dar la vida á Botalhá perjuro,

Has de pagar de modo, que la paga

Igualmente nos vengue y satisfaga.

Levantó la visera la hermosa

Mora, y el rostro descubrió divino,

Coloreado qual purpúrea rosa

Cubierta de rocío cristalino.

Y dice: si tu industria es poderosa,

Si tu traicion te abre algun camino,

Has todo aquello que te diere gusto,

Que yo haré lo que es honor y justo.

Yo (qual ya sabes) vengo procurando

A Botalhá, que huye de cumplirme

La fe, y la mano que me dió, jurando

De por muger legítima admitirme.

Esta fe, de que así me va faltando,

Está en mi alma, y estará tan firme,

Que primero huirá el terreno asiento,

Que pueda haber en ella mudamiento.

Siempre de mí has habido por respuesta

Que este Príncipe solo es á quien quiero,

Que en este solo, el alma mia está puesta,

Que este la rige, y este es por quien muero.

Despues desto ¿seria cosa honesta,

Quo á un Príncipe prefiera un escudero?

¿Quel Rey por un vasallo se posponga,

Y la gloria á la infamia se anteponga?

Mira tú esto, y tú Christiano advierte

Por la misma razon, que fué mi intento

Librar mi amado de la cierta muerte,

Y no á Muley quitar el vencimiento.

Por él probé la peligrosa suerte,

Y á quantas mas hubiere me presento

Por él, y no por él aunque lo digo,

Mas porque nadie ofenda á mi enemigo.

Esto diréis que fué la intencion mia,

Y no otra cosa, ni por otro acuerdo,

Y el que dixere que es alevosía,  
De la verdad se aparta y de ser cuerdo.  
Este afecto me aspira, este me guía,  
Este me trae, y por él la vida pierdo,  
Por este, y por la causa del que adoro,  
Y esto deci al Christiano y vando Moro.

Y tú, Christiano, que verás presente  
Al que la causa de mi daño ha sido,  
Así á tu ruego el cielo sea clemente,  
Y quanto le pidieres veas cumplido.  
Que le digas por mí, que si consiente  
La fe Real faltar lo prometido,  
Que si se acuerda de una desdichada,  
A quien faltó en la fe, y dexó burlada. (te

Que esta, á quien en Marruecos de esta suer-  
Dexó, á procurarlo viene ahora,  
Y que si el cielo no le da la muerte,  
Ha de ser de su ofensa vengadora.  
Con esto, señor mio, puedes volverte,  
Dexando aquesta desdichada Mora  
Amenazada y puesta en tanto daño,  
En tal peligro y en dolor tamaño.

Enternecióse y reprimió el acento,  
Anudada la lengua con el llanto,  
Y con un sosegado movimiento,  
De su congoja encubrió el quebranto.  
Sintió el Christiano el propio sentimiento,  
Y con ella á hacer vino otro tanto,  
Quel sentir las pasiones con terneza,  
Es grandeza de ánimo y nobleza.

Suspense estuvo, y congojoso en vella  
De aquella suerte, mas en sí volviendo,  
Con voz que nectar despedia della,  
A Tarfira se vuelve así diciendo.  
Justa es tu queja y justa tu querella,  
Y justa la ocasion de andar muriendo,  
Que por quien es, será gloriosa suerte  
Qualquier suceso aunque suceda en muerte.

No tengo en esta parte que decirte,  
Pues que contigo está tan saneada,  
Sin cansarme de nuevo en persuadirte,  
Que ha sido tu afición bien empleada.  
Solo (á poder) quisiera reducirte  
A que entiendas que dél no eres burlada,  
Aunque lo ves con otra, por que en eso  
No tiene culpa, y fué extraño suceso.

Todo lo sé, le respondió Tarfira,  
No tienes mas que persuadirme en esto,  
Que si mi causa con razon se mira,  
Será la suya condenada presto.  
Y por que el llanto se convierta en ira,  
Permíteme que dexé aqueste puesto,  
Y vete en paz, que yo en mi ardiente guerra,  
La muerte iré buscando en esta tierra. (go,

No, (dice Habul Hacén) tú has de ir conmi-  
Que yo qual sabes debo acompañarte,  
Y donde fueres tengo de ir contigo,  
Que en mi mano no está el poder dexarte.  
Tarfira airada, al Moro su enemigo  
Dice: mas sano te será el quedarte,

Yo tengo de ir, Habul Hacén responde,  
Aunque te vayas donde el sol se asconde.

La espada empuña la indinada Mora  
Diciendo: quando á eso te atrevieres,  
Este brazo y espada vengadora  
Te dará el premio que es razon que esperes.  
Y porque llegue de tu fin la hora,  
La muerte habiendo que á tu Rey dar quieres,  
Pues yo soy causa de tu aleve furia,  
Yo con tu muerte atajaré su injuria.

Tarfira al Moro arremetió furiosa,  
Y Lope Diaz de Alfaro la detiene,  
Gime el Moro de pena congojosa,  
Los brazos cruza y á do está se viene.  
Proete que la saña rigurosa  
Despida, y la crueldad que le mantiene,  
Ella con espantosa y cruda vista  
No le responde ni hay quien le resista.

Destá suerte, ella fiera, y él llorando,  
Lope Diaz en medio de ámbos puesto  
Desvía al Moro, á ella está rogando,  
El le importuna, y ella dexa el puesto.  
Este extrañó suceso imaginando,  
Duda el Christiano lo que haga en esto,  
Mas acudiendo á su valor divino,  
Y su alto ingenio elige este camino.

Que á dar cuenta á Muley, del caso fuese  
El Moro, y que la Mora se quedase  
Allí, y desde allí la via siguiese  
Que mas á sus designios conformase.

Propuso el caso, y tomo lo dixese,  
Dixo el Moro, que tal no le mandase,  
Que él habia de ir acompañalla,  
O morir ántes que pensar dexalla.

La Mora replicó, que si él queria  
Contra su voluntad hacer tal cosa,  
Que presto arrepentido se veria:  
Con muerte, y con infamia vergonzosa.  
Sobre esto entre ámbos crece la porfia,  
En ella el odio, en él la ánsia amorosa,  
Mas el Christiano su contienda oyendo,  
Resume el caso así á los dos diciendo.

Tú por la parte de Muley veniste  
A saber quien al Príncipe Africano  
Favoreció, y sobre esto te ofreciste  
Que preso ó muerto al campo iría el Pagano.  
Esta palabra que á los tuyos diste  
No les puedes cumplir ni está en tu mano,  
Porque ni ella dexará llevarse,  
Ni dexar por mi parte de ampararse.

Por Botalhá qual sabes me eligieron  
A procurar lo propio á que has venido,  
La mesma facultad que á tí me diéron,  
Lo propio que ofreciste he yo ofrecido.  
Asique en lo que en esto pretendieron  
Saber, llevamos como ves sabido,  
Ya nos consta que no es alevosía,  
Y que la culpa de ámbos se desvía.

Vamos juntos de aquí, quédese ella,  
Elija aquello que por bien tuviere,

352 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

Que yo por fuerza debo defendella,  
Que á mi oficio, y mi parte se requiere.

La cabeza abaxó la Mora vella

Diciendo: eso me avisa que no espere,

Vuelve la rienda y sigue el verde llano,

Lo propio hizo el Moro y el Christiano.

A la ciudad el bárbaro camina

A dar cuenta del caso, y al momento

De volver á buscarla determina,

Que no le da mas venia su tormento.

Lope Diaz, sus pasos encamina

Do le aguarda el Christiano Ayuntamiento,

Con el qual luego á darle cuenta parte

Del sucedido caso al santo Marte.